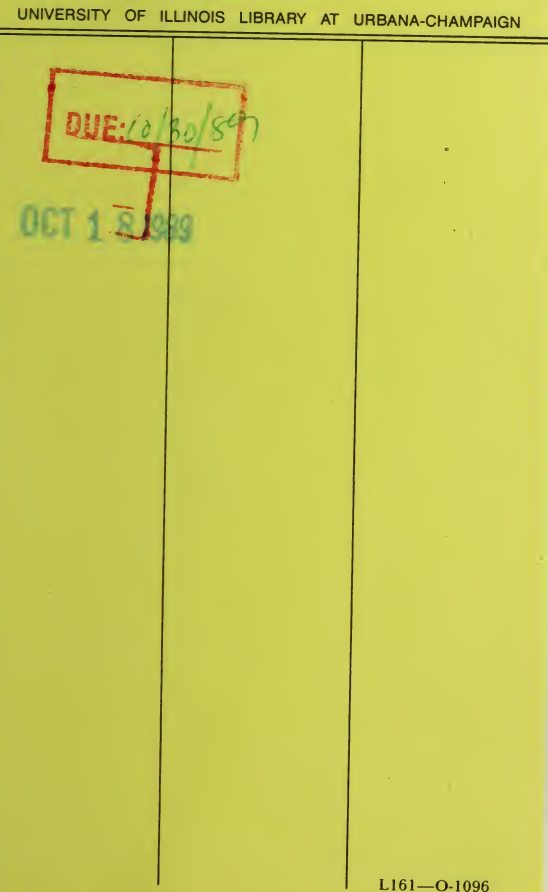





DUE: 10/30/89
OCT 1 8 1989

RESUMEN

DE LA HISTORIA DE AMÉRICA

RESUMEN

DE LA

HISTORIA DE AMÉRICA

POR

NICOLÁS ESTÉVANEZ

SEGUNDA EDICIÓN

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

RESUMEN

DE LA HISTORIA DE AMÉRICA

PRIMERA PARTE

América Primitiva

CAPÍTULO PRIMERO

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA

El mundo americano está situado entre los 83° ıt. N. y 56° lat. S., 20° y 171° long. O. de Greenwich. ıas regiones boreales no son hasta la fecha suficien- ɜmente conocidas, siendo probable que se extiendan ıás allá de los 83° N.

Se divide el continente en dos grandes penínsulas nidas por el istmo de Darién ó Panamá. La situada . norte del istmo es la América Septentrional y . situada al sur es la América Meridional. Pero la ırte sur de la primera, comprendida entre los tmos de Tehuantepec y Panamá, se distingue co- unmente con el nombre de América Central.

Pertenecen por lo tanto á la América del Norte la

Groenlandia é islas Árticas, la América inglesa ó Canadá, los Estados Unidos é islas adyacentes y el territorio mejicano.

La América Central contiene hoy cinco repúblicas, las de Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, más las islas del Seno Mejicano (Antillas, etc.), que en efecto son centrales por su situación.

Forman parte de la América del Sur las repúblicas de Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Oriental del Uruguay, Estados Unidos del Brasil y las Guayanas.

América está separada de Europa y África por el Océano Atlántico, de Asia por el Océano Pacífico ó Grande Océano. Llega por el norte al Océano Glacial Ártico y tiene su extremidad antártica en el cabo de Hornos.

En el hemisferio boreal tiene América una multitud de tierras y de islas, apenas exploradas, que parecen una prolongación glacial del continente hacia el polo. Al N. O. hay un estrecho de 50 kilómetros de anchura, el de Behring, qui separa la América del Asia.

Lo primero que llama la atención al echar una ojeada sobre el mapa general de América, es su dirección de Norte á Sur, opuesta al eje del antiguo mundo. En tal sentido tiene de longitud 14,000 kilómetros, aproximadamente, distancia igual á la que media entre el N. E. de Asia y el S. O. de Europa. América está colocada de través, como cortando el camino que siguen los vientos, las corrientes y las razas.

Norte-América y Sur-América son próximamente iguales en extensión ; la primera es muy poco mayor

que la segunda. Reunidas ambas y sumadas las numerosas islas, resulta una superficie de 41 millones de km. cuad. Casi la extensión superficial de Asia, que es el más vasto de los continentes.

Las dos Américas tienen la forma triangular, terminan las dos en puntas hacia el sur, ambas tienen sus grandes cordilleras al oeste, no lejos del Pacífico, y al este inmensas llanuras inclinadas al Atlántico.

Las montañas de América se pueden dividir en tres sistemas principales : el del Norte, que comprende las montañas Rocosas y una multitud de sierras; el de Anáhuac, comprensivo de todas las cordilleras mejicanas y centro-americanas hasta la sierra de Veragua en el istmo intercontinental; el de los Andes, que por el istmo se eslabona con los precedentes y que recorre de norte á sur toda la América Meridional.

Estas montañas siguen la dirección de las costas del Oeste, con diversas ramificaciones hacia el Este que determinan y separan las cuencas de los ríos.

En los Andes, y en toda la cadena orográfica de América, hay amplias mesas, profundos valles, nevados pintorescos, volcanes elevadísimos.

Las cimas culminantes y nevadas son :

El monte San Elías, en Alaska, midiendo una altura de más de 5,000 metros; el Popocatepetl y el Pico de Orizaba, en Méjico, más elevados aún que el anterior; el Volcán de Agua en la América Central, con más de 4,000 metros; el Antisana y el Cotopaxi, en el Ecuador, con cerca de 6,000 metros; los volcanes de Bolivia y Chile son los más altos de la cordillera, contando algunos hasta 7,000 metros y más de elevación.

De la gran cordillera coronada de volcanes descienden los grandes y majestuosos ríos que riegan el Nuevo Mundo : el Misisipí, que desagua en el golfo de Méjico después de haber recogido inmenso caudal de aguas; el Magdalena y el Orinoco, tributarios del mar de las Antillas; el Amazonas, rey de los ríos, que desemboca en el Atlántico, el de la Plata, formado por el Paraná y el Uruguay.

Las principales penínsulas de América son las de Labrador, Florida, Alaska y California en el continente septentrional; la de Yucatán en Centro-América, pues si bien forma parte de los Estados Unidos Mejicanos, corresponde geográficamente á la América Central; por último, la de Patagonia en la América del Sur.

Entre las dos Américas se forma una especie de mar Mediterráneo, que es el llamado mar de las Antillas, en cuyo fondo occidental se encuentran el Seno Mejicano y el Golfo de Honduras. Otro golfo importante es el de California en el Pacífico.

Los estrechos son numerosos y difíciles en el litoral del norte y entre las islas de la mar Glacial; escasos en la América del Sur, donde el más importante es el de Magallanes entre Patagonia y la Tierra de Fuego, que sirve de comunicación entre los Océanos Atlántico y Pacífico.

Las islas más importantes y más hermosas de América son las Antillas; pero existen otras muchas, particularmente en la América del Norte.

Si es fácil hacer una descripción geográfica y estadística de la América actual, no sucede lo mismo cuando se trata de la América precolombina. Los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo no quisieron ó no supieron reunir todos los datos que

pudieron encontrar y recoger de los indígenas. Hallaron en América dos imperios bien determinados y en cierto grado de civilización (Méjico y Perú), de los cuales se tiene abundancia de noticias; pero de otros reinos, cacicatos, pueblos y tribus esparcidos por todas las regiones y hablando diversidad de lenguas, sólo se sabe que opusieron á los conquistadores una tenaz resistencia, más eficaz y valerosa que la de las naciones bien constituídas. Esas tribus y razas, de costumbres suaves y apacibles en casi todas las islas y en las altillanuras de las zonas intermedias, eran salvajes y feroces en los extremos septentrional y meridional del Nuevo Mundo y en todo el litoral. Carecían de tradiciones, desconocían su historia y sólo poseían el instinto de la independencia.

CAPÍTULO II

LAS RAZAS AMERICANAS

La historia de América se divide en tres partes: *antigua*, *colonial* y *moderna*.

Comprende la primera todas las épocas precolombianas; la segunda los tres siglos de dominación europea; la última, desde la independencia hasta los días que corren.

Si es difícil estudiar la geografía de América, desde que aparecieron sus primeros pobladores hasta el descubrimiento por Colón realizado al final del siglo XV, más difícil aún es estudiar la historia de las mismas épocas. Ignoramos hasta el origen de

sus habitantes, el número de sus lenguas y de sus dialectos, el proceso de su relativa civilización.

En cuanto al origen de sus habitantes, la ciencia no ha dicho aún ni sabemos si dirá algún día su última palabra, viéndonos obligados á aceptar ó á discutir hipótesis. El más eminente de los historiadores de la América antigua, don Francisco Pi y Margall, ha dicho con elocuencia admirable cuanto se sabe al presente respecto á la cuestión; pero no afirma lo que nosotros pensamos : que la raza americana tuvo su origen en América. Esto no se opone en modo alguno á la posibilidad de que en lejanos tiempos recalaran á América, poblada ya, navegantes, aventureros ó náufragos de procedencia china; ó fenicios, ó judíos, ó noruegos, ó africanos.

Lo que sin duda hace dudar á los historiadores más versados en la ciencia moderna, como el ya citado Pi y Margall, impidiéndoles afirmar que el hombre apareció en América al mismo tiempo si no antes que en el antiguo mundo, es la apreciación contenida en los estudios de Haeckel, según la cual no han sido encontrados en el mundo americano los monos antropoides. Semejante apreciación no nos impide creer que las razas de América son tan americanas como el continente y su vegetación.

Pero dejemos á un lado la cuestión dificilísima del origen de los americanos. Como ha dicho Humboldt, « el problema de la población de América no es del dominio de la historia, así como tampoco es del dominio de las ciencias naturales el origen de las plantas ó de los animales ni la distribución de los gérmenes orgánicos. »

Si es dudoso el origen de los habitantes, no es menos confusa la historia de sus reinos. Sólo se

tiene datos positivos de los últimos siglos anteriores al Descubrimiento, y aun esos datos se refieren sólo á Méjico y el Perú. Más adelante hablaremos de estos dos grandes, civilizados y poderosos imperios, distantes uno de otro y sin tener entre sí ninguna relación, pues los mejicanos ignoraban la existencia del Perú como los peruanos tampoco sospechaban que Méjico existía. Hablemos ahora, aunque ligeramente, de otros pueblos y otras razas.

Los españoles encontraron en el Nuevo Mundo, no sin sorpresa, hombres que se diferenciaban considerablemente unos de otros, no solamente por sus tipos sino por sus lenguas. Aprendían la lengua hablada en una isla, y no podían con ella hacerse entender en otra. Tomaban un indio como intérprete en cualquier región del continente, y sus servicios eran casi inútiles á muy pocas leguas de distancia. Los filólogos modernos dicen que, en efecto, se hablaban en América más de 400 lenguas y sobre 2,000 dialectos.

Por su tipo no presentaban los indios tantas diferencias como por el lenguaje, si bien las variedades eran muchas. Según dice Maury (1), « desde el polo hasta la Tierra del Fuego no hay matiz que no se manifieste en América, desde el negro hasta el amarillo. Entre los indígenas hay blancos, negros, amarillos pálidos, amarillos bronceados, cobrizos, aceitunados, etc. Las estaturas no son menos variadas. Entre la estatura elevada de los patagones, y la pequeña por no decir diminuta de los changos, hay multitud de tallas intermedias. Las proporciones del cuerpo y las de la cabeza también varían en las

(1) *La terre et l'homme.*

distintas regiones. Sin embargo, todos los pueblos americanos presentan entre sí un aire de parentesco y rasgos que los distinguen de las razas del antiguo mundo. »

Prescindiendo de los esquimales, que viven en las regiones circumpolares del norte, y de los patagones, habitantes del extremo sur, se ha dividido á los indígenas americanos en ocho grandes ramas : 1ª La *roja,* que comprende todas las tribus, casi extinguidas hoy, que ocuparon el territorio de los Estados Unidos; 2ª la *californiana,* que ocupaba el occidente de la América Septentrional; 3ª la *mejicana,* raza no menos subdividida que las anteriores, que vivía en los territorios mejicanos y centro-americanos; 4ª la *caribe,* originaria de las Guayanas y extendida por los archipiélagos del mar de las Antillas; 5ª la *peruana* de los Andes; 6ª la *araucana* ó chilena; 7ª la *pampa,* dueña de la parte oriental y llana de la América del Sur; 8ª la *guaraní,* que se extendía entre las cuencas del Plata y el Amazonas. Estas ramas se subdividían en numerosas familias no bien clasificadas, muchas de las cuales han desaparecido.

Fuera de los dos grandes imperios á que ya nos hemos referido, las razas de América vivían en lamentable atraso; unas en la barbarie más feroz, otras en la indolencia más infecunda y perniciosa. No obstante, los *chibchas* ó *muiscas,* habitantes de la región bogotana, poseían una civilización rudimentaria y habían sabido hacer la división del tiempo con exactitud maravillosa (1). El calendario

(1) *Disertación sobre el calendario de los muiscas,* por Duquesne, inserta en el Apéndice de la *Conquista de Nueva Granada* por el coronel Acosta.

inventado por los muiscas es sumamente ingenioso, y lo han celebrado todos los hombres de ciencia.

Vargas Machuca, en su *Milicia y descripción de las Indias,* hizo notar que los habitantes de las tierras cálidas eran más inteligentes que los pobladores de las tierras frías, observación que no debió sorprenderle, pues en todos los continentes se observa enteramente lo mismo.

* *

Las tribus americanas del norte, como sucede en Asia y en Europa con los habitantes de las regiones frías, eran de raza inferior, aunque no físicamente.

Consignaron en sus relaciones algunos de los que tomaron parte en la conquista, la circunstancia de que los indios de América, aun los más bárbaros, creían en la existencia de un Dios. Observación inútil, pues semejante creencia es común á todos los salvajes. Lo mismo sucede en África y en las islas más atrasadas de la remota Oceanía. Con todo, según afirma Varnhagen en su *Historia geral do Brazil,* « la única creencia fuerte y arraigada que tenían los indios guaraníes, era la de la venganza, que consideraban una obligación; este espíritu de venganza era su única fe ». Según Adair (1), « los indios eran capaces, por satisfacer una venganza, de caminar mil leguas arrostrando privaciones, desafiando peligros y despreciando inclemencias ».

No es extraño, pues, que casi todas las tribus, aun las más adelantadas, hicieran de la guerra su constante ocupación. Los hombres eran cazadores y

(1) *History of American Indians.*

guerreros; los trabajos de la agricultura, donde los había, estaban á cargo de las mujeres, que vivían esclavizadas.

Las naciones pacíficas eran escasas en la antigua América. Las otras combatían sin darse apenas punto de reposo, no para conquistar los territorios vecinos ó para imponer tributos á sus adversarios, sino para destruír todo lo que indicara bienestar ajeno, para vengar ofensas reales ó supuestas de sus enemigos y para hacer prisioneros á fin de sacrificarlos.

En la época de la conquista existían en América los sacrificios humanos; los prisioneros enemigos eran sacrificados en aras de los dioses; no interrumpiéndose los bárbaros sacrificios por falta de prisioneros. Podían faltar prisioneros enemigos, pero víctimas propias no faltaban nunca. Las religiones han sido siempre duras y los dioses implacables.

Pero si los indios eran sanguinarios por exigencia de sus sacerdotes, no eran antropófagos como se ha supuesto, salvo algunas tribus.

En toda la extensión del Nuevo Mundo, sin excepción alguna, los aborígenes eran y son todavía supersticiosos. Atribuían las enfermedades á sortilegios ó hechizos, y para curarlas acudían á los sacerdotes, que eran hechiceros ó adivinos. Estas creencias daban origen á venganzas personales y á guerras de tribu á tribu.

En la zona tórrida, los habitantes de casi todas las islas y muchos del continente vivían enteramente desnudos. En la zona templada y en las regiones frías, se abrigaban con cueros ó con tejidos muy toscos. Pero los mal vestidos y los bien desnudos se engalanaban con adornos de oro, piedras bri-

llantes, perlas ó conchas, así en las narices como en las orejas.

En algunas tribus, hombres y mujeres se pintaban ó se barnizaban todo el cuerpo, lo que no carecía de utilidad en la guerra y les servía también para preservarse de la intemperie y de las picaduras.

Se adornaban con plumas la cabeza, distinguiéndose en diversas tribus la calidad de las personas y el rango de los jefes, por el número de plumas ó por su tamaño.

Las tribus nómadas y cazadoras vivían en tolderías que abandonaban con frecuencia. Las tribus sedentarias ó de agricultores vivían en chozas de madera, de adobes y de cortezas de árboles. En diferentes puntos de la América continental se han encontrado ruinas de edificios muy notables, de verdaderas ciudades abandonadas ya en tiempo de la conquista.

Los indios eran aficionados al juego, amigos del baile y dados á la embriaguez. Hacían licores fuertes con el maíz y con diversas plantas. Según el historiador chileno señor Barros Arana, las mujeres no tomaban parte casi nunca en las diversiones de los indios.

Para terminar este capítulo y ampliar algunas ideas, copiaremos ciertos párrafos de un juicio publicado en el *Geographical Magazine* y referente á los célebres estudios de Bancroft (1).

« Aunque se ha escrito mucho sobre las razas de América, aun no se ha llegado á un trabajo completo y satisfactorio.

(1) *Las razas primitivas del Pacífico.*

» Los que se han dedicado á tan difícil asunto, lo han tratado con ideas preconcebidas, esmerándose menos en descubrir la verdad que en probar tal ó cual absurda teoría acerca del origen de las civilizaciones americanas.

» Montesinos abordó el asunto con ideas particulares sobre el rey Salomón y el monte Ophir; Ranking, pensando en sus elefantes y en sus príncipes; lord Kingsborogh, on la cabeza llena de judíos; Brasseur de Bourbourg, bajo la influencia de ideas aun más fantásticas; y el doctor López, en sus *Razas arianas del Perú*, sólo ha demostrado su mucha erudición.

» Por consiguiente nos place el trabajo del señor Bancroft, nutrido de datos y de investigación original sobre las razas de América, al mismo tiempo que libre de aventurados prejuicios y descartado de teorías sin fundamento.

» La civilización al norte del istmo de Darién la divide en dos troncos distintos : la más antigua, llamada *maya*, y la más reciente que es la *nahua*.

» Estas dos civilizaciones muestran diferencias tales, que indican, ó una cultura separada desde el principio, ó un progreso por distintos caminos desde una época muy anterior á la llegada de los europeos.

» La civilización maya floreció muchos siglos antes del descubrimiento de América, en la región que ahora ocupan los espesos bosques de Chiapas, Guatemala, Yucatán y Honduras, donde se ha encontrado grandes y magníficos vestigios de antiquísimas ciudades.

» Estas ciudades estaban en ruinas, abandonadas, y aun eran desconocidas, á la llegada de los espa-

ñoles; todo lo que subsistía de la raza maya, lo representaban los quiches de Guatemala y varias tribus de la América Central.

» La civilización nahua era la de los toltecas y aztecas de la mesa mejicana.

» El estudio de las lenguas americanas recibirá nuevo impulso con motivo de la publicación de la obra de Bancroft; no hay mejor medio de conocer la edad y los progresos de un pueblo.

» Bancroft presta un servicio á los americanistas, ridiculizando á esa cohorte de teorizadores superficiales que han entorpecido la materia con grandes y eruditos absurdos. Nájera nos dice que el otomí es chino, porque ambas lenguas son monosilábicas; López escribe todo un volumen para probarnos que la lengua quichúa es una lengua ariana; Brasseur de Bourbourg intenta demostrarnos que el maya es la lengua primitiva, de la que se derivan el griego y el latín, el alemán y el inglés.

» Es evidente que torciendo y retorciendo palabras se puede encontrar analogías entre dos idiomas cualesquiera.

» Así como el quichúa es la lengua más rica de la América Meridional, el azteca es la más perfecta lengua que se hablaba al norte del istmo.

» Después del azteca, el otomí era la lengua más extendida en la zona mejicana. Y es una lengua digna de estudio, por ser la única monosilábica de toda América.

» En el tomo quinto y último de su importante obra, estudia el autor la historia primitiva de los aztecas y mayas.

» Méjico y el Perú han tenido la suerte de poseer historiadores del país, descendientes de las antiguas

dinastías, que han perpetuado sus pasadas grandezas en la lengua de los conquistadores. No obstante las diatribas de que ha sido objeto, el inca Garcilaso de la Vega será siempre la autoridad más competente en la historia del Perú. El Garcilaso mejicano es Hernando Ixtlilxochitl, á quien uno de los virreyes dió el encargo de escribir su crónica. Bancroft ha escrito su obra sin desdeñar estas autoridades. »

CAPÍTULO III

EL IMPERIO DE LOS INCAS

Entre las sombras que envuelven la historia antigua del mundo americano, sólo aparecen dos puntos luminosos : el imperio de los Incas y el de los Aztecas. Dejando este último para el capítulo próximo siguiente, hablaremos aquí de los incas peruanos y de su notable civilización.

La historia del Perú se puede decir que data de la fundación del imperio de los Incas, pues poco ó nada sabemos de los tiempos anteriores. No quedan ni tradiciones de las hordas primitivas.

Sin embargo, como no es posible que las razas pasen repentinamente del estado salvaje á la civilización, debemos conjeturar que al aparecer los Incas habían llegado las tribus peruanas á cierto grado de sociabilidad, de cultura y de progreso. Y la verdad es que en los monumentos peruanos, en las viejas ruinas encontradas por los conquistadores,

aparecen vestigios de una civilización más antigua que la de los Incas.

Sea como quiera, los peruanos vivían diseminados por las vertientes de los Andes, formando grupos ó tribus gobernados por caciques ó *curacas*, al aparecer el fundador de la célebre dinastía inca. Las tribus más importantes eran : las de los *chinchas*, habitantes de la costa; las de los *aimaraes*, dueñas de la altillanura del Titicaca; las de los *huancas*, moradores de la región del Cuzco.

En el valle del Cuzco fué precisamente donde apareció *Manco-Cápac*, fundador de la monarquía. Llegó en compañía de su mujer, *Mama-Ocllo*, y con la aureola de una leyenda que los suponía hijos del Sol y engendrados en el seno del lago de Titicaca.

Manco-Cápac, en realidad, era hijo del cacique de Pacaritambo, segun dicen algunos historiadores. Se había propuesto fundar una dinastía, libertar á los indios de la tiranía de los curacas y enseñarlos á labrar la tierra, para lo cual empezó por deslumbrarlos con su origen sobrenatural y su misión divina. Aun en los pueblos más civilizados, las leyendas fantásticas dan más prestigio á un hombre que sus méritos ó sus virtudes.

Pero Manco-Cápac no carecía de virtudes ni de conocimientos. Enseñó á los peruanos las tareas de la agricultura, el respeto á la propiedad y el culto del Sol, dispensador de bienes. Su mujer enseñó á las de su sexo el arte de hilar y el de tejer. Ambos dieron ejemplos de moralidad, y así acabaron con la autoridad de los curacas, reemplazando su feudalismo bárbaro por la monarquía sagrada de los hijos del Sol.

El imperio de los Incas nació en el valle del

Cuzco, donde estuvo siempre su capitalidad, pero no tardó mucho en extenderse á todas las regiones del Perú; los descendientes de Manco-Cápac ensancharon sus límites por medio de la guerra, como se dirá más adelante.

El primero de los Incas se cree que reinó cincuenta años. Estableció que la monarquía fuera absoluta y hereditaria; fundó la capital de su imperio llamándola *Cuzco* (ombligo); estableció las órdenes religiosas de sacerdotes y sacerdotisas, para que velaran por los templos y por el culto del Sol; por último, dividió las tierras en tres partes, destinando la primera al culto, la segunda al monarca y la tercera al pueblo.

Le sucedió su hijo *Zinchi-Rocca*, monarca pacífico y fiel continuador de la política de su padre.

Los Incas siguientes fueron : Roca-Yupanqui, Maita-Cápac, Cápac-Yupanqui, Inca-Roca, Yáhuar-Huaccac, Vira-Cocha, Pachacútec, Inca-Yupanqui, Tupac-Inca, Huaina-Cápac, Huáscar y Atahualpa.

Ignorándose la fecha exacta de la fundación del gran imperio, es imposible saber su duración; algunos historiadores creen que á la llegada de los españoles contaba una existencia de 500 años. Acaso no pasara de tres siglos.

El primer Inca guerrero fué *Roca-Yupanqui* (el tercero de la dinastía); pero el más conquistador fué *Maita-Cápac*, emprendedor y activo, que llevó á mucha distancia las fronteras de su imperio.

Capac-Yupanqui prosiguió las conquistas de su predecesor, hizo construír canales de riego y fundó una orden de caballería.

Inca-Roca fué impopular, no tanto por sus vicios como por su espíritu absorbente. Impuso á todas

las tribus conquistadas la obligación de aprender la lengua quichúa.

En el reinado de *Yahuar-Cápac* se extendieron las conquistas por la parte sur hasta los territorios que hoy pertenecen á Chile, sin que el monarca, hombre débil, tomara parte en las expediciones. Hubo sangrientas revoluciones y guerras civiles que no tenían precedentes, abdicando el monarca en su hijo *Vira-Cocha*. Éste hizo varias conquistas y agregó á su imperio la tierra de Tucumán.

Pachacútec subió al trono en lugar del legítimo heredero — Inca Urco — obligándole á abdicar á los diez días de reinado. Fué Pachacútec gran monarca.

Inca-Yupanqui llevó la frontera sur del ya vastísimo imperio á las orillas del Maule; se le debió la construcción de grandes acueductos y dejó buena memoria.

Tupac-Inca-Yupanqui extendió sus dominios por el norte y el nordeste; sometió las tribus del Marañón y fué guerrero incansable.

Con *Huaina-Cápac* se elevó el imperio al apogeo de su grandeza y de su poderío, si bien amenguó su gloria por la crueldad y saña con que trató á los pueblos conquistados y á los rebeldes vencidos. Sofocó algunos levantamientos, se apoderó de Quito y conquistó varias islas,incluso la de Puná. Habiéndose enamorado apasionadamente de una hija del rey de Quito, no quiso volver al Cuzco. De aquella princesa tuvo un hijo que se llamó Atahualpa y murió en su nueva capital en 1525. Su cuerpo fué trasladado al Cuzco, pero dejando el corazón en Quito, como él mismo había dispuesto. Reinó 50 años, de los cuales pasó los 12 primeros en el

Cuzco y los restantes en Quito. Fué casado tres veces; de sus mujeres legítimas tuvo dos hijos: Huáscar y Manco-Cápac. De su concubina, la quiteña, no tuvo más hijo que Atahualpa.



Huáscar

Al morir Huaina-Cápac dejó dividido y perturbado el imperio, pues legó á su hijo *Huáscar* el imperio del Perú, tal como era antes de ser conquistado el reino de Quito, y este reino se lo dejó á Atahualpa, descendiente por su madre de los antiguos reyes.

Huáscar no se mostraba dispuesto á reconocer la independencia de Quito; y ofendido Atahualpa con la resistencia de su hermano, que le exigió obediencia, aspiró á su vez á la corona imperial.



Atahualpa

Dos generales quiteños, Calicuchima y Quisquis, al frente de un poderoso ejército, marcharon sobre el Cuzco, batieron á los pe-

ruanos en la sangrienta batalla de Quypaypampa é hicieron prisionero al mismo emperador. Se cree que Huáscar estuvo encerrado en una fortaleza del valle de Jauja hasta 1532, fecha en la que su hermano lo hizo degollar temiendo que los españoles, por convenir á su política, le devolvieran la libertad y el trono.

Atahualpa, último emperador (y usurpador del imperio de los Incas), pagó bien pronto la usurpación y el fratricidio, muriendo á manos de los españoles, que llegaron al Perú en una época tan agitada y aprovecharon las disensiones internas para llevar á cabo su conquista.

CAPÍTULO IV

EL IMPERIO DE LOS AZTECAS

La historia antigua de Méjico ha sido más estudiada que la del Perú, sin ser por eso mucho mejor conocida. En ambos imperios encontraron los conquistadores un grado de cultura que no se imaginaban, pero con notables diferencias de organización. En el Perú existía la monarquía absoluta, hereditaria y despótica, al mismo tiempo que en Méjico se encontraron con una monarquía electiva, menos conquistadora y tal vez mejor organizada. En el Perú lo era todo la dinastía reinante; en Méjico también tenían los monarcas el poder ejecutivo y el legislativo, pero los tribunales de justicia fun-

cionaban con independencia sin que de sus sentencias pudiera apelarse ni al mismo emperador.

Los Incas peruanos habían fundado su imperio en el centro del Perú, en el ombligo como decían ellos *(cuzco)*, habiendo partido de aquel centro y en todas direcciones para llevar sus armas, su autoridad y su civilización á los cuatro puntos cardinales. Por los cuatro rumbos conquistaron territorios y sometieron tribus. Los mejicanos ó aztecas, al contrario, eran extranjeros que procedían del norte y que llegaron en el siglo XIII al valle del Anáhuac; allí encontraron, á lo que parece, tribus más civilizadas que ellos mismos, pues en vez de darles su civilización y sus costumbres adoptaron las de los vencidos. En las orillas de un hermoso lago fundaron la ciudad de Tenochtitlan (hoy Méjico).

Parece indúdable que los mejicanos anteriores á la invasión azteca, si débiles por su número para resistir al invasor, le aventajaban en inteligencia ó en industria. No en vano habían pasado ya otras civilizaciones y diferentes razas por aquel delicioso paraíso.

En efecto, desde tiempos remotos muy difíciles de determinar había existido en Méjico una civilización, la cual se extendía de mar á mar, llegaba á los confines de Centro-América y había dejado huellas en tan dilatados territorios. Los monumentos, las ruinas, la cerámica, las momias, y las tradiciones mismas de los aztecas del tiempo de Motezuma, dan testimonio de lo que decimos. En Yucatán, sobre todo, se encuentran testimonios irrecusables de que los aztecas no civilizaron el país : en el país se civilizaron ellos.

Poblada ya, según la tradición, el territorio de

Méjico y de toda la América central, fué invadido el Anáhuac por los *toltecas* que operaron en él una gran transformación. Los toltecas fueron quizá los primeros agricultores del valle central de Méjico, en época difícil de fijar.

Á los toltecas siguieron los *chichimecas*, estableciendo éstos su capital en Tula (Tollán).

Pasaron muchos siglos, aunque no se sabe cuántos, desde la invasión de los chichimecas hasta la de los aztecas. Pero estos últimos no tardaron en constituir un poderoso imperio, que estaba en su apogeo á la llegada de los españoles.

El imperio azteca era una federación de tres reinos : el de Méjico ó Tenochtitlan, el de Tezcuco y el de Tacuba. Según los cronistas españoles, el de Tezcuco era con mucho el más civilizado ; sus costumbres eran más humanas y sus leyes más benignas. Entre los reinos de la federación no habían faltado rivalidades sangrientas; pero al llegar los españoles, el soberano de Méjico tenía como emperador la autoridad suprema.

Los mejicanos habían establecido un sistema de correos que les permitía mantener sus comunicaciones con regularidad. En los caminos había casas de postas, las que servían para relevarse los mensajeros sin pérdida de tiempo; cada uno corría de una casa á la próxima, de suerte que las órdenes ó las noticias llegaban á su destino con celeridad. Los correos servían también para que el emperador comiera todos los días pescado fresco llevado de la costa. En el Perú se practicaba lo mismo.

La industria mejicana era sin duda la más notable de América; los aztecas hicieron progresar la agricultura, y tenían artífices que hacían obras de arte

con metales preciosos y con plumas. No se conocía en Méjico la escritura, valiéndose los aztecas de dibujos y de jeroglíficos para entenderse á distancia. En dibujo, pintura y escultura adelantaron poco; no así en arquitectura, pues dejaron edificios y templos monumentales.

Su literatura no carecía de mérito, consistiendo en cantos legendarios, idilios de amor é himnos guerreros que se transmitían de boca en boca.

La ciencia azteca era rudimentaria; su numeración partía del número veinte, que tiene la ventaja de ser divisible por dos, por cuatro y por cinco. Los peruanos conocían el sistema decimal.

Los conocimientos astronómicos de los mejicanos eran superiores á los de los peruanos, como lo prueba el famoso calendario azteca. Los mejicanos conocían exactamente las horas, la época de los equinoccios y la de los solsticios; ajustaban su año civil al solar, dividiéndolo en dieciocho meses de veinte días cada uno; el mes tenía cuatro semanas, cada una de cinco días; cada año tenía cinco días complementarios que no pertenecían á ningún mes. No tenían años bisiestos, pero á cada siglo (que tenía 25 años) le agregaban doce días y medio, de manera que habían de transcurrir más de quinientos años para que el error fuera de un día.

Si los peruanos eran idólatras del sol, los mejicanos eran politeístas á semejanza de los antiguos griegos. Sus dioses eran muchos, si bien creían en la existencia de un ser supremo, creador y soberano del mundo. Entre los centenares de dioses venerados por los mejicanos, figuraba en primer lugar *Mexitli,* dios de la guerra.

Las ceremonias del culto eran fastuosas; los sa-

cerdotes eran numerosísimos; había sacerdotisas como en el Perú.

Lo mismo que todas las religiones, la de los aztecas enseñaba los principios de la moral humana; pero no los practicaba, como sucede también con todas las religiones. Eran numerosas las víctimas inmoladas en los altares de Méjico; las sacerdotisas no tomaban parte en aquellos sacrificios. Los sacrificados en los templos ó *teocalis* mejicanos eran por lo general prisioneros enemigos. « El cadáver era entregado al guerrero que había cogido á la víctima en la batalla, el cual después de guisarlo lo ofrecía á sus amigos en un espléndido banquete[1] ». La educación de la juventud estaba á cargo de los sacerdotes.

La profesión de las armas era muy considerada entre los indios aztecas; se batían éstos con singular arrojo, procurando no matar enemigos, sino cogerlos vivos para inmolarlos en aras de sus dioses. Coger prisioneros era casi siempre el objeto de sus guerras, el único fin de sus expediciones, pues necesitaban cada año más de un millar de víctimas. Los jefes usaban coraza de oro; todos los guerreros vestían resistente cota de algodón, que las flechas no traspasaban. Las armas ofensivas eran flechas, picas, maza y espada. Los ejércitos se dividían en cuerpos de 8,000 hombres y éstos en fracciones de 400 cada una. Cada cuerpo llevaba su estandarte, más parecido al *signum* de los romanos que á las banderas modernas. « Los estandartes mejicanos eran picas de ocho á diez pies de alto, adornadas con plumas de garza ó de otras aves y alguna figura de animal hecha de oro y pedrería. El estandarte de

1. Don Diego Barros Arana, *Compendio de Historia de América*. Tomo I.

los reyes ofrecía la imagen de un águila embistiendo á un tigre [1] ».

Reinando en Méjico el emperador Motezuma II (Moteuczoma), en 1517, llegó Hernández de Córdoba á la península de Yucatán ; el capitán español desembarcó su gente cerca de cabo Catoche, quedando maravillado al encontrar en aquella tierra desconocida y más occidental que todas las hasta entonces descubiertas, edificios de sólida construcción, terrenos cultivados, indics vestidos. Atacado por éstos, se reembarcó después de recibir doce heridas y de haber perdido alguna gente.

Al año siguiente, 1518, llegó Juan de Grijalva con otra expedición á la costa de Tabasco y reconoció gran parte del litoral de Méjico. Noticioso Motezuma de la llegada de los extranjeros, dispuso que los indios no los hostilizaran. Grijalva regresó á la isla de Cuba y dió noticia de su descubrimiento.

En 1519 llegó á la costa de Méjico la expedición acaudillada por Hernán Cortés, capitán español que destruyó el imperio de los Motezuma. La historia en sus anales presenta escasas conquistas como la realizada por Hernán Cortés, pocas empresas tan grandes y portentosas como la conquista del imperio azteca. Hernán Cortés conquistó para su patria un extensísimo y poderoso imperio, tocándole además la gloria insigne de haber acabado para siempre con los sacrificios religiosos de víctimas humanas. La figura de Cortés se eleva sobre todas en la historia del riquísimo imperio mejicano : es más grande que el Popocatepetl.

1. Brasseur de Bourbourg, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale.*

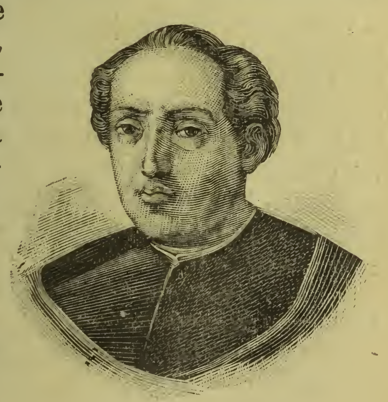
SEGUNDA PARTE

Historia colonial

CAPÍTULO PRIMERO

EL DESCUBRIMIENTO Y LOS DESCUBRIDORES

Los españoles se envanecen no sin motivo con las glorias de su patria. Siglos de resistencia á los romanos, siglos de lucha con los moros, sacrificios y epopeyas como los de Sagunto, Numancia é Iliturgi, son testimonios de la pujanza ibérica. Pero todas las glorias antiguas y modernas de la vieja España se desvanecen ante la magnífica de haber descubierto, conquistado, civilizado un mundo. Á fines del siglo XV era España la nación más vigorosa, más potente y mejor organizada de Europa; su población aumentaba prodigiosamente; su industria y su comercio se desarrollaban, lo mismo que las artes y las letras. La raza ibera, que en



Colón

siglos anteriores se había modificado desventajosamente por la abundante mezcla de sangre latina y sangre goda, recuperaba de nuevo y mejoradas todas sus antiguas energías, gracias á la sangre árabe unida á la española durante siete siglos. Abríase para España un porvenir de grandeza; nadie le hubiera disputado el dominio de África y la supremacía más absoluta en Europa; nadie tampoco hubiera entonces previsto que había de llegar en menos de dos siglos á una decadencia lastimosa. Pero esa misma notoria decadencia es una inmensa gloria para España, que se desangró para dar vida á las naciones de América. España ha cumplido su gran misión histórica.

Y por eso mismo, aunque España pereciera, su memoria no perecería; aunque España se despoblara hasta convertirse en un desierto, quedarían como testimonios de su grandeza nunca superada las brillantes repúblicas de América pobladas por su raza, destinadas á porvenir glorioso y herederas de la armoniosa lengua de Castilla. El recuerdo de España subsistirá en el mundo, mientras existan los Andes y no se agoten las aguas del Plata y del Amazonas.

El descubrimiento de América se debe en primer término al inmortal Colón.

Era Cristóbal Colón un marino genovés que mendigó inútilmente en su patria y fuera de ella los auxilios necesarios para realizar su pensamiento. Sólo en España encontró al fin los recursos que solicitaba.

Lo hemos dicho en otra parte : « La figura de Colón es una de las que crecen á medida que aumenta la distancia. Los grandes de su tiempo disminuyen, lo cual también contribuye á que él parezca cada día más alto. Los emperadores, los

reyes y los papas del siglo XV, junto á los cuales era Colón un pigmeo, han sido punto menos que olvidados. ¡Y dichosos los que de ellos han logrado merecer un generoso olvido! En cambio el gran Colón, á quien entonces apenas conocían los magnates que se burlaban de él y los sabios que le tenían por loco, llena con su nombre un continente, da gloria y esplendor á todo un siglo, es conocido y venerado en toda la extensión del universo. »

Cristóbal Colón, marino desde su primera juventud, se había distinguido por su arrojo en las guerras del Mediterráneo y especialmente en las que había sostenido la República de Génova contra su eterna rival, la de Venecia. Era joven todavía cuando los azares de la suerte lo condujeron á Lisboa, donde trató á los mejores marinos de aquel tiempo. Los navegantes portugueses del siglo XV eran los más atrevidos de la época, y la fama de sus descubrimientos volaba por el mundo. Colón se casó en Lisboa con la hija de un capitán que había navegado por el Atlántico hasta las islas Azores; en las cartas y diarios de su suegro estudió las navegaciones del Atlántico, y él mismo se embarcó en diferentes naves portuguesas en clase de piloto, haciendo algunos viajes á las Azores, la Madera y las Canarias.

La experiencia adquirida en tantas navegaciones, los estudios geográficos, los numerosos indicios recogidos en sus viajes y en los de sus compañeros, llegaron á persuadir á Colón de que navegando hacia el poniente se encontraría un camino más corto para llegar al Asia. Buscando este camino encontró lo que ni sospechaba : un nuevo continente. Aun á su muerte, imaginaba Colón que las tierras descubiertas eran asiáticas.

Para llevar á cabo su atrevida empresa, dirigióse Colón á Génova, su patria, en demanda de recursos. El senado de Génova se los negó, creyéndolo un iluso y un aventurero. No fué más feliz en Portugal. Acudió á Inglaterra y fué también desoído. Sólo en España encontró quien le atendiera, si bien le impusieron dilaciones y lo sujetaron á mil pruebas que hubieran acabado con la paciencia de un hombre menos fuerte ó menos convencido. Su fortaleza no se quebrantó con los desaires de la corte ni con los sarcasmos de los necios, pues le alentaba un pensamiento fijo, la visión de un mundo nuevo, el más bello de los ideales.

El 3 de agosto de 1492, zarpó la escuadrilla de Colón del puerto de Palos, en Andalucía. Formábanla tres carabelas, que se llamaban *Pinta*, *Niña* y *Santa María;* ésta última era la mayor y sólo tenía cien toneladas de arqueo.

El segundo de la escuadra, un piloto de Huelva llamado Martín Pinzón, era un marino diestro y esforzado, que más tarde tuvo envidia de Colón, causándole muchas penas con sus celos y sus ingratitudes; pero justo es consignar que prestó grandes servicios, no solamente en la navegación, sino antes de emprenderla. Sin el concurso de Pinzón, quizá no hubiera habido marineros bastante osados para embarcarse en frágiles carabelas con rumbo desconocido. La ignorancia y la superstición aumentaban los peligros y los exageraban, y Colón hubiera tenido solamente forzados para tripular sus carabelas. Afortunadamente la marinería, que no conocía á Colón, tenía en el piloto de Huelva una confianza absoluta. Al saberse que se embarcaba Pinzón, hubo tantos marineros como se necesitaron.

Es indudable que Martín Pinzón merece agrias censuras; mas no tantas ciertamente como la posteridad le ha dirigido. Para Colón no tuvo la sociedad de su tiempo otra cosa que desdenes, burlas y grillos; el exceso de injusticia de sus contemporáneos ha producido en la posteridad una reacción igualmente excesiva. Se ha querido enaltecer á Colón, y en esto su posteridad no hace más que lo que debe; pero se le enaltece á expensas de los demás, como si se elevara su figura deprimiendo las de todos y cada uno de sus contemporáneos. El magnánimo Colón no aprobaría un procedimiento que es injusto sobre ser innecesario. Sin rebajar á ninguno, Colón estará siempre más alto que los otros marinos y sabios de su tiempo. La posteridad puede elevarle un monumento y colocarle en la cúspide, quedando sitio en el amplio pedestal para otras figuras tan interesantes como la venerable de Pérez de Marchena, la arrogante de Pinzón y la notable de Isabel Primera de Castilla. Por que ésta fuera fanática, por que Pinzón tuviera debilidades y flaquezas de hombre, porque el padre Marchena se quedara en su tranquilo convento de la Rábida mientras su noble protegido se lanzaba á la lucha con las tormentas y los abismos de una mar incógnita, no se les ha de negar la parte que tuvieron en la empresa magna de su siglo.

Entonces, como siempre, hubo un factor importante desdeñado por cronistas y por historiadores: el pueblo. Cortesanos palatinos y pretendidos sabios, reyes y gobiernos, frailes y doctores, opusieron resistencias á la empresa de Colón, á quien consideraban un pobre visionario, un personaje ridículo, un ente vulgar entre los más vulgares, juzgando al hombre por su capote raído y por su mo-

destia natural; en cambio la oscura plebe, esa indocta multitud que es el cimiento sólido de todas las conquistas y el nervio principal de todas las empresas, tuvo el presentimiento de la realidad, tuvo fe en el genio de Colón, tuvo alientos para seguirle sin tantos desfallecimientos como han dicho los historiadores. La marinería, las clases miserables de la marina de Huelva prestaron á Colón su indispensable concurso. No un puñado de marineros, sino tantos como hubiera querido el almirante futuro, habrían salido de las costas andaluzas para descubrir un mundo occidental. Y cuando partieron de Palos Colón y sus marineros, todo un pueblo saludaba desde la playa andaluza á los hermanos, los hijos, los padres y los esposos que desafiaban serenos los peligros más incalculables, acometiendo una empresa que entonces parecía más temeraria de lo que hoy podemos concebir.

Entre las playas andaluzas y las americanas mediaba lo infinito antes del Descubrimiento; el Océano que las separaba puede decirse que hoy las une; los marinos de Huelva que avistaron la primera tierra americana, pensaban en la suya al dar la voz de *¡Tierra!*; y de seguro que los americanos, cuando al venir á Europa divisan en la noche el primer faro europeo, se acuerdan involuntariamente de la primera luz que divisaron los rudos marineros de Colón en la risueñas playas de la primera isla descubierta, que fué según se cree la de *Guanahaní*. Las impresiones difieren como las circunstancias; pero el pensamiento reconstruye las de los descubridores. El viajero está hoy familiarizado con lo que va descubriendo, y aquellos encontraban por do quiera lo desconocido. El vapor, la electricidad, la ciencia,

han eliminado casi enteramente los peligros de la navegación, han suprimido la noche y la distancia; pero concebimos que deslumbrara á los descubridores la tea que ardía en las Lucayas, más que á nosotros la espléndida luz eléctrica de los modernos faros.

Y si reconstruímos con el pensamiento las impresiones vivas del pasado, también podemos con él vislumbrar las glorias de lo porvenir. Es difícil que venga al mundo otro Colón; pero gracias á él surgirán maravillas en las dos riberas del Atlántico: las Repúblicas de América, las venideras de África y Europa, serán en lo porvenir repúblicas hermanas, casi vecinas, que la humanidad es perfectible y el progreso es incesante. Ya no existen las supersticiones del siglo XVI, ya ha pasado para siempre la odiosa esclavitud, ya está herido de muerte el despotismo... ¡Adelante!

¡Adelante!... Así exclamaba Colón cuando su gente se desanimaba, así lograba en los trances más difíciles imponer su autoridad á los díscolos, arrastrar á los débiles, vencer todos los obstáculos. Con semejante grito por enseña, no hay dificultad insuperable. Pararse, es lo mismo que retroceder; vacilar, es una perdición; ni los hombres ni los pueblos deben dudar ni temer cuando van de frente á su destino. Si Colón no hubiera dicho ¡adelante! con la fe del creyente y el ánimo del héroe; si hubiera cedido á la fatalidad que le persiguió con tanto ensañamiento; si hubiera cejado ante las amenazas de la indisciplina, ante los obstáculos de la naturaleza ó ante los peligros temerarios, su nombre, que es inmortal, jamás hubiera sonado en nuestro oído, no existiría su fama imperecedera, faltaría en la historia de su siglo una de las primeras y más legítimas glorias.

Colón en su primer viaje se detuvo en Canarias con el objeto de reparar averías, entre ellas la de la *Pinta* que había perdido el timón. Este accidente en los principios del viaje causó mal efecto en las tripulaciones, pues los marineros, que son todavía supersticiosos, lo eran entonces en grado superlativo. Consideraron la rotura del timón como presagio funesto; pero Colón, que nunca perdía la calma ni la serenidad, les dijo que era una aberración creer en malos agüeros ni en augurios de ninguna clase; que los marinos españoles no debían acobardarse ni aun por contratiempos de más gravedad que el ocurrido, que la avería del timón sólo indicaba una cosa : la necesidad de componerlo.

El valor y el buen sentido se impusieron entonces, como otras muchas veces en el curso de aquel viaje, á los temores y supersticiones de la marinería. La flotilla zarpó de la Gomera el día 6 de septiembre, engolfándose en un océano sin límites, no hollado jamás por las quillas europeas.

Las tres naves andaluzas navegaron en conserva, luchando Colón con paciente y singular heroísmo contra todas las contrariedades; los marineros se desanimaban al ver que pasaban días sin descubrir señales de una tierra próxima, reanimándose un poco al más ligero indicio.

Una bandada de pájaros desconocidos, pasando á la vista de las carabelas con dirección al oeste, llenó todos los pechos de dulces esperanzas. El éxito de la expedición pareció entonces, aun á los más incrédulos, punto menos que seguro.

No obstante, siguieron pasando días sin descubrir la tierra deseada; más de una vez los marinos confundieron los celajes de occidente con los perfiles

e una imaginaria costa, pero no tardaban en isiparse los celajes engañosos y las ilusiones alagüeñas. Á cada terrible desengaño, á cada ueva desilusión, el desencanto de los marineros roducía naturalmente un desaliento profundo y eneral, que se traducía en denuestos contra el alnirante. Un día se insubordinaron las tripulaciones, menazando á Colón con arrancarle la vida si no iraban de rumbo: querían volver á la patria, de la ue ya distaban setecientas leguas.

Colón se mostró sereno; conocedor del corazón umano, contestó preguntando:

— ¿Tenéis miedo, españoles?

Súbitamente se despertaron el sentimiento patrio, altivez de raza y el orgullo de los marineros. Vendos á la vez por la imperturbable calma de aquel ombre superior, se sometieron sin condiciones rnando á la obediencia.

Pero esta sumisión no duró mucho; desesperando gunos días después de encontrar la tierra prometi-, pues la sonda no hallaba fondo, las tripulaciones dan por engañadas, se convencen de que el alminte es un demente y exigen la vuelta á España.

Los mismos oficiales que en otras sediciones haan permanecido fieles á Colón ayudándole á restblecer la disciplina, hicieron causa común con s rebeldes.

La situación era crítica; no había más remedio e ceder ó morir, dada la furia de los amotinados. lón no temía la muerte, pero sí la pérdida de sus isiones. ¿Cómo había de resignarse á morir sin scubrir un continente que no podía estar distante? cuanto á ceder, no lo pensó un momento ni lo biera hecho jamás. ¿Había de soportar el oprobio

de volver á España sin descubrir un mundo qı según sus cálculos estaba cerca?

Impasible Colón y con su fría serenidad de sien pre, levantó la mano en medio del tumulto pidien silencio para hablar. Todos callaron, aunque resu tos á cambiar de rumbo quisiera ó no el almirant Díjoles éste que cedía de buena voluntad, que l conduciría de nuevo al litoral español, si no enco traba tierra en un plazo de tres días. Como el pla era corto, los marineros aceptaron la proposici ofreciendo tres días más de resignación y de ob diencia.

Colón estaba tranquilo, seguro de que el desc brimiento había de efectuarse en el breve térmi de dos ó tres singladuras. Los indicios de tie eran cada vez más numerosos. Ya la sonda hal tocado al fondo; millares de avecillas que, á juzg por su tamaño, no podían alejarse mucho de tierra, cruzaban el aire en diversas direcciones; el mar flotaban ramas verdes que no podían ser vegetación marina; todo anunciaba que se acerca el término de tan laboriosa y larga navegación que el osado marino genovés iba á recibir el pren de su constancia heroica.

El 11 de octubre á la caída de la tarde man Colón que se cargaran las velas, adoptando ot varias precauciones para no encallar.

Serían las diez de la noche cuando Colón cre ver una luz en lontananza. Pero la luz se mov ¿La llevaba un hombre que caminara en tier ¿Sería una embarcación? ¿Ó podría ser un fe meno de fosforescencia? En la duda, resolvió cal hasta que despuntara un nuevo día.

Pero á las dos en punto de la madrugada se c

grito de ¡*Tierrra*! dado á bordo de la *Pinta*. Las pulaciones repitieron con entusiasmo: ¡Tierra! erra! Todos los corazones se inundaron de alegía, aunque todavía temiendo una nueva decepción. abían sufrido tantas!

Al fin se desvanecieron las sombras de la noche, illó en Oriente la aurora con sus resplandores matinos, y todos los ojos se llenaron de lágrimas ndo una hermosa tierra coronada de vegetación, ñida por cinturón de espumas y arrullada por los rmurios del mar. Era el 12 de octubre de 1492, ha para siempre memorable por ser la del día ís célebre de la Historia.

Los marinos felicitaron cordialmente á Cristóbal lón, que había conquistado la inmortalidad: piéronle perdón arrepentidos, ofreciéndole para en elante la más ciega obediencia; vitorearon con bilo á España, al Almirante y á Isabel Primera, y strados de hinojos cantaron un *Te Deum*.

Colón enternecido les dijo que perdonaba todas ; ofensas; era tan magnánimo como valeroso.

La voz de ¡tierra! que se oyó en la carabela *Pinta*, dió el marinero Rodrigo de Triana.

Quedaba descubierto el Nuevo Mundo; ya no se día dudar de su existencia. Pero Colón en este imer viaje no vió más que algunas islas del grupo las *Lucayas*, la hermosísima de *Cuba* y la de nto Domingo que él llamó *Española*. Sus habites la denominaban *Haití* en la parte occidental *Quisqueya* en la oriental.

En un compendio histórico de las dimensiones l presente, no cabe la historia detallada de los scubrimientos sucesivos realizados por los españles. Haremos sin embargo una sucinta reseña.

Vuelto Colón á España, nombrado Almirante de las Indias y autorizado para proseguir sus grandes descubrimientos, se puso al frente de una expedición que zarpó de Cádiz en septiembre de 1493. Hizo escala en Canarias para refrescar sus víveres, y descubrió en este segundo viaje las islas que él denominó *Martinica* y *Guadalupe* (con algunas más de las Antillas menores). Avistó la de *Puerto Rico*, arribó á la *Española* y descubrió después la de *Jamaica.*

De regreso á España, emprendió su tercer viaje en el mes de mayo de 1498, partiendo de Sanlúcar, deteniéndose en Canarias y logrando descubrir las costas del continente por la parte de *Guayana,* la isla de *Trinidad* y el *Orinoco.*

Conducido á España en calidad de preso, no tardó mucho Colón en justificarse ante los Reyes Católicos. Repuesto en sus dignidades y reparada en parte la injusticia, salió por cuarta y última vez con rumbo al mundo nuevo partiendo de Cádiz en 1502. En este viaje llegó hasta el golfo de Honduras, descubriendo todo el litoral desde *Portobelo* al cabo *Gracias á Dios,* así como varias islas. Pasó penalidades sin número en Jamaica, donde con toda su gente hubiera perecido sin la fidelidad y abnegación de Diego Méndez. Éste fué en una canoa de indios desde la Jamaica á la Española, y pudo enviar socorros á sus compañeros.

El gran Colón murió en Valladolid (España) el día 20 de mayo de 1506. Tenía cerca de 70 años. Se le hicieron unas exequias pomposas, erigiéndosele más tarde en la cartuja de Sevilla un magnífico mausoleo en el que se leían estas palabras :

Á Castilla y á León
Nuevo Mundo dió Colón.

El cadáver del Almirante fué trasladado á Santo Domingo en 1536, y por último á la Habana en 1795.

Desde el segundo viaje de Colón, fueron muchos los navegantes de diferentes países que compartieron con él las glorias y fatigas de los descubrimientos.

El veneciano Juan Gaboto, al servicio de Inglaterra, salió de Brístol con una expedición que descubrió el *Labrador* y la isla de *Terra Nova* en 1497.

Alonso de Ojeda, Juan de la Cosa y Américo Vespuci (1), armaron una escuadrilla y zarparon del Puerto de Santa María en 1499; descubrieron la isla de *Curazao* y el puerto de *Maracaibo*, dando al país el nombre de Venezuela (diminutivo de Venecia) porque las viviendas de los indios á la orilla del agua, les recordaron la reina del Adriático.

Dos aventureros andaluces, Pero Niño y el sevillano Guerra, con una sola nave y sin más fuerza que la de treinta hombres, salieron de Palos en el mismo año 1499, llegando al golfo de *Paria* y reconociendo las mismas costas visitadas por Ojeda. Allí sostuvieron recias luchas con los naturales, pues más de una vez fueron atacados por canoas tripuladas por caribes que hacían uso de flechas envenenadas.

Á fines del mismo año de 1499 salió también de Palos Vicente Yáñez Pinzón, que dirigiendo su

(1) Américo Vespuci, negociante florentino que contra su voluntad ha dado su nombre al Nuevo Mundo, no sólo usurpó tamaña gloria al insigne genovés, sino que la ha debido á las cartas de los descubrimientos firmadas con su nombre y hechas con el concurso de Juan de la Cosa, piloto de Santoña.

rumbo al sudoeste, descubrió las costas del *Brasil* al sur de la línea equinoccial. Navegando hacia el oeste, descubrió poco después la desembocadura de un gran río (el *Amazonas*). Continuó su viaje á la vista de la costa, reconociendo el litoral de Guayana y llegando por fin á la Española. El resto de su viaje fué una serie no interrumpida de graves contratiempos; habiendo querido reconocer las Bahamas, perdió dos naves con las tripulaciones y la suya propia tuvo serias averías.

Diego de Lepe, natural de Palos, zarpó de Huelva en 1499 poco después de haber salido Pinzón; descubrió el cabo de *San Agustín.*

El portugués Cabral, zarpando de Lisboa en marzo de 1500, é ignorando (como lo ignoraba todo el mundo) el descubrimiento del Brasil, lo descubrió á su vez en abril del mismo año.

El sevillano Rodrigo de Bastidas emprendió un viaje de exploración en 1500, llevando consigo al ya célebre cosmógrafo Juan de la Cosa. Descubrieron el istmo de *Darién* y la desembocadura del río *Magdalena.*

Américo Vespucio, que había dejado el servicio de España para servir al rey de Portugal, salió de Lisboa con una expedición en 1501 y llegó á descubrir el cabo de *San Roque.* En 1503 partió nuevamente con seis barcos, y fundó en el Brasil la primera colonia portuguesa.

Alonso de Ojeda emprendió un segundo viaje en 1502 y fué á recalar al cabo de *la Vela.* No hizo descubrimiento alguno; pero sus crueldades con los indios, su despotismo con las tripulaciones y su codicia insaciable, fueron motivos sobrados para que volviera á España con grillos y cadenas.

Vicente Yáñez Pinzón y Juan Díaz de Solís em-
rendieron un viaje por cuenta del rey en 1508; lle-
ıban el encargo de continuar los descubrimientos
esde el cabo de San Agustín al sur. La falta de
·monía entre los dos navegantes esterilizó la em-
resa.

Juan Ponce de León, que ya había conquistado la
la de Puerto Rico, salió de esta isla en marzo
e 1512 y descubrió la *Florida*. Algunos años des-
ıés se propuso conquis-
rla, y murió en un com-
ıte con los indios.



Balboa

Vasco Núñez de Balboa,
ıe es una de las figuras
ás simpáticas del descu-
imiento y la conquista,
scubrió el *mar del Sur*
oy océano Pacífico) en
13. El 22 de septiembre
dicho año, entrando
el mar, á pie, con la
ndera de Castilla en una
ano y la espada desen-
inada en otra, tomó po-
sión « de aquel océano, de las tierras que bañara y
las islas que contuviera », en nombre de Castilla.
ra llegar al Pacífico, tuvo Núñez de Balboa que
avesar el istmo con su gente, luchando sin cesar
n la naturaleza y con los indios.

El descubrimiento del Pacífico destruyó las creen-
ıs que algunos conservaban. Las tierras descu-
ertas no eran del Asia, como creyó Colón hasta su
ıerte. España y sus marinos se hallaban en pre-
ıcia de un continente más. El rey nombró al lebri-

jano Juan Díaz de Solís, de quien hemos hablado anteriormente, piloto mayor de España; le confió la empresa de buscar la comunicación, el paso, del uno al otro océano, y partió Solís de Andalucía en 1515 con tres naves de pequeño porte. En 1516 descubrió Solís el río de la Plata, por el que navegó; pero habiendo desembarcado en una tierra poblada y sin precaución alguna, fué atacado por los indios y pereció á sus manos. Sin su prematuro y desastroso fin, Solís hubiera descubierto la comunicación de los dos mares.

La encontró un navegante portugués más célebr que Solís : el ilustre Magallanes.

Hernando de Magallanes salió del Guadalquivi con cinco embarcaciones españolas en septiembr de 1517; después de costear una parte de la América del Sur, llegó al rio de *Solís*, que así se llamab el de la Plata en los primeros tiempos. Ni las con trariedades ni la indisciplina pudieron detener Magallanes, que se impuso á las tripulaciones tur bulentas por medio del terror; le abandonaro algunos para volverse á España; tuvo que castiga á otros, por díscolos, con la muerte; invernó e costas desiertas é inhospitalarias; y descubrió po fin el estrecho de su nombre. El 27 de noviembr de 1520, las naves españolas navegaban ya por e Pacífico. El *estrecho de Magallanes* estaba descu bierto.

Soportando bravamente las más extremadas pr vaciones, Magallanes y su gente se lanzaron á la inmensidades del Pacífico. Se vieron diezmados po el escorbuto, algunos murieron de hambre, todo sufrieron las angustias de la sed; pero descubriero innumerables islas y archipiélagos. En un combat

ɔstenido con los habitantes de una de las islas *'ilipinas,* murió Magallanes luchando heroicamente. e las cinco naves que habían salido de España, ólo quedaba una: la *Victoria;* mandábala un intrépido marino vascongado, Juan Sebastián Elcano, que ɔmó el gobierno de la expedición y á quien cupo ı gloria de ser el primer marino que diera la vuelta mundo. Arrostró ɛmpestades inaudis; pero su nave fondeó en Sanlúcar el de septiembre de 522. Magallanes hafía partido con 265 ɔmbres en cinco barɔs; á los cinco años ɔlvía uno solo con 3 hombres. La gloria e esta empresa no a sido nunca superada.



Magallanes

Aquí terminaríamos este capítulo del Descubriiento y de sus héroes, si al mismo tiempo que agallanes y sus compañeros daban la vuelta al undo no se hubieran hecho en el continente amecano descubrimientos nuevos.

Francisco Hernández de Córdoba, uno de los hom'es más esforzados de aquellos heroicos tiempos, lió de Cuba en 1517 con una expedición que puso s proas al oeste y descubrió la península de *Yucan.*

Juan de Grijalva partió al año siguiente — 1518 — e la ya conquistada isla de Cuba, descubrió algus islas del golfo mejicano y reconoció gran parte

del litoral de *Méjico;* el río de *Tabasco,* descubierto por él, llevó algún tiempo su nombre.

Juan Bermúdez fué el descubridor de las islas *Bermudas*, que son unas trescientas, en 1522; pero los españoles no las poseyeron nunca y los ingleses las ocuparon cerca de un siglo después.

El cabo de *Hornos,* extremidad meridional de la Tierra del Fuego y por consiguiente de la América del Sur, no fué descubierto hasta 1578 por el marino Drake. El primero que le dió la vuelta para entrar por él en el Pacífico, fué el holandés Schouten en 1616. Éste le dió el nombre de su ciudad natal, *Horn,* el mismo que conserva aunque españolizado.

Los descubrimientos del Pacífico y los del interior del continente se fueron realizando al par de la conquista.

El *Perú* fué descubierto en 1522 por Pascual de Andagoya, que al efecto zarpó de Panamá navegando hacia el sur y sin alejarse de la costa.

El *Paraguay* lo descubrió un hijo de Juan Gaboto (Sebastián), que desde el Plata remontó el Paraná hasta más arriba del Bermejo, en 1528.

El descubridor de *Chile* fué Almagro, que desde el Cuzco se dirigió hacia el sur en 1535.

La mayor parte de los descubridores fueron á la vez conquistadores. El descubrimiento y la conquista fueron simultáneos. Los que conquistaron y los que descubrieron el nuevo continente comparten las mismas glorias, si manchadas á veces por crueldades odiosas, deslumbradoras siempre por su magnitud. Eran hombres de hierro aquellos españoles del siglo XVI, que fueron capaces de emprender la temeraria conquista de un mundo defendido por costas nunca exploradas, por insectos y miasmas

onzoñosos, por millones de indios bravos, por
nontes impenetrables y selvas misteriosas; y que
o conquistaron, sin desfallecer ante las más inau-
itas privaciones, sin retroceder ante las tempes-
ades, sin vacilar ante ningún peligro, salvando
íos inmensos y volcanes rugidores, cordilleras ne-
adas y cumbres inaccesibles.

Pero los gigantes del siglo XVI, que así lucharon
or los ideales cristianos de su siglo y por la gloria
e la raza ibérica, si resucitaran se sentirían orgu-
osos al ver que sus descendientes hispanoameri-
anos luchan con la misma fe, con la propia forta-
eza y con igual constancia, por los ideales mucho
nás humanos del presente siglo : por la Libertad,
or la Democracia, por la Ciencia.

CAPÍTULO II

LA CONQUISTA Y LOS CONQUISTADORES

Conquista de las Antillas. — La primera conquista
mprendida por los españoles en América, fué la de
anto Domingo.

Descubierta la isla por Colón el 5 de diciembre
e 1492, no tardó en desembarcar en ella para
omar posesión con toda solemnidad en nombre de
reina de Castilla. Así lo verificó el 12 del mismo
es.

Los naturales de aquella parte, que corresponde
la actual república de Haití, no le opusieron resis-

tencia alguna y le permitieron la construcción de un fuerte.

Pero Colón debía regresar á España para dar cuenta de sus descubrimientos y solicitar nuevos recursos. El día 4 de enero de 1493 se hizo á la mar, dejando en el fuerte del Guarico una guarnición de treinta hombres con el oficial Diego de Arana, cordobés. Este puñado de españoles se quedaba solo y abandonado en la isla; si Colón naufragaba antes de llegar á Europa, no les quedaba más esperanza que la de vivir y morir en aquella tierra semisalvaje, ignorada de sus compatriotas y de todo el mundo. Pero es cierto que quedaron muy recomendados por Colón, á la protección y buena voluntad de Guacanagarí, uno de los caciques más poderosos de la isla.

Antes de alejarse de la costa, recorrió Colón sus principales puertos. En la magnífica bahía de Samaná, tan codiciada ahora mismo por los extranjeros, tuvo Colón una reñida pelea con los naturales. Fué el primer combate que hubo en América entre los indígenas y los españoles. En memoria del combate, bautizó Colón aquella extensa bahía de Samaná con el nombre de « golfo de las Flechas ».

Después de hacer las paces con los indios ciguayos y con su cacique, zarpó Colón para España el 16 de enero del año referido.

Al volver á la isla en su segundo viaje, se encontró con algunas novedades que llenaron su pecho de dolor. El fuerte había sido arrasado por los indios; la débil guarnición había sido exterminada, sin salvarse un solo hombre,

Pero no culpemos á los indios; no hubo más culpables que los españoles.

Éstos querían distraer sus ocios merodeando por as cercanías del fuerte y atropellando á las mujeres ndígenas. Diego de Arana contuvo los desmanes le la soldadesca; pero su mismo celo y su abuso tal 'ez de autoridad provocaron la más desenfrenada ndisciplina. Pedro Gutiérrez y Francisco de Escoedo quisieron dar muerte á Arana, lo que no consiuieron; y desertando del fuerte, se refugiaron en l cacicazgo ó provincia de Maguana. El cacique aonabo les hizo quitar la vida.

El mismo cacique y otros reunieron grandes uerzas para atacar la fortaleza de los españoles y unque salió á su defensa el generoso Guacanagarí on la gente de sus tribus, el fuerte fué tomado por salto muriendo en él hasta el último de los espaioles. Guacanagarí fué herido por Caonabo en comate singular.

El Almirante, en su segundo viaje, llegó á la isla on 1300 hombres, abundancia de recursos y varias ersonas de notoriedad, entre ellas su hermano)iego Colón. Pero él había dejado la isla sosegada la encontraba revuelta; los indios que antes mosraban tan buenas disposiciones, se habían tornado ostiles; hasta el cacique Guacanagarí le demostraba a su natural descontento,

Fundó Colón una ciudad, la *Isabela*, primera polación europea del Nuevo Mundo, y la fortificó.)espués destacó fuerzas para explorar el interior de a isla, que fué recorrida en todas direcciones por lonso de Ojeda, por Ginés Corbalán, por Juan de uján y por él mismo.

Los indios se replegaron á los montes manifesndo las disposiciones más hostiles; entre los espaoles hubo también actos punibles de insubordi-

nación. Pero Colón había prometido hacer nuevos descubrimientos, y partió de Isabela con tres barcos dejando confiado el gobierno de la isla á una junta presidida por su hermano Diego.

Al llegar poco después á la isla Bartolomé Colón, se apoderaron de sus barcos algunos descontentos, entre ellos Margarit y el padre Boil, los cuales huyeron de la isla y se volvieron á España.

Al mismo tiempo el cacique Guatiguaná mató algunos españoles que se aventuraron en sus tierras, y atacó después á los que al mando de Arriaga custodiaban el fuerte de la Magdalena. Caonabo atacó á Ojeda en el fuerte de Santo Tomás. Los españoles se defendieron bien; pero su situación era precaria.

El Almirante, en vista de los sucesos, emprendió contra los indios una campaña en la que los batió. Pero Caonabo y Maniocatex no se dieron por vencidos, concertaron con otros caciques una alianza y cayeron sobre los españoles con gran golpe de gente. Se dió entonces la célebre batalla de la *Vega Real*, en la que los indios quedaron muy mal parados.

Colón persiguió á los indios con ensañamiento, los sujetó á la más infame tiranía y los redujo á la esclavitud más degradante, dejando sentado un precedente funesto que fué imitado y aun exagerado por otros conquistadores. Dando caza á las indios como á fieras, inventando los repartimientos y estableciendo un tributo que se convirtió después en trabajo personal, contribuyó á crear en la isla conquistada y en los territorios que luego se conquistaron « una sociedad viciada radicalmente (1) ».

Con la derrota de los indios en la Vega Real no

(1) Rafael M. Baralt, *Historia de Venezuela*.

terminó el sangriente período de la conquista, pero los españoles tenían ya por seguro el triunfo definitivo. Por otra parte, los límites de esta obra no nos permiten detallar todas las resistencias y luchas que siguieron hasta la completa pacificación. La conquista de Santo Domingo fué lenta, ruda y penosa, como necesariamente había de suceder tratándose de una isla tan extensa, tan montuosa, tan agreste, poblada por numerosas tribus de gentes valerosas que defendían su suelo, un suelo muy quebrado. Los españoles además luchaban con enfermedades nuevas y desconocidas, con un clima tórrido y con su propio espíritu de indisciplina.

Poco después salió Colón para España, dejando el gobierno de la isla á Bartolomé Colón. El vencedor de Vega Real se llevaba á España treinta indios, entre ellos los caciques Caonabo y Maniocatex.

Bartolomé Colón mandó también á España más de 300 indígenas, dominó un alzamiento en el Cibao y tuvo que luchar con Francisco Roldán que á la cabeza de varios españoles se había sublevado contra él. Estas revueltas de los españoles perturbaron la colonia durante mucho tiempo.

En 1500 llegó á la isla el nuevo gobernador Francisco de Bobadilla, que fué un verdadero tirano; premiando á Roldán, fomentó la indisciplina de los españoles; puso presos á los hermanos Colón (incluso el Almirante que ya había vuelto á la isla); trató á los indígenas con excesivo rigor y no hizo adelantar un solo paso la colonización ni la conquista.

Fué relevado en 1502 por Nicolás de Ovando, que empezó embarcando para España á los españoles turbulentos y al cacique Guarionex; casi todos se ahogaron en el viaje, como también Bobadilla. Des-

pués cometió con los indios todo género de iniquidades, haciendo ahorcar á muchos y entre ellos á la infeliz é inocente Anacaona.

De Santo Domingo salió la mayor parte de las expediciones que sucesivamente conquistaron las Antillas. La conquista de las Antillas menores se hizo fácilmente, á excepción de la de *Trinidad*, isla habitada por indios corpulentos; esta conquista fué realizada por el capitán Cedeño (digno de empresas más altas) y no sin sangrientas luchas. En las Antillas mayores hubo necesidad de más tiempo y más esfuerzo.

Una de las que opusieron resistencia porfiada fué la de Jamaica. Para su conquista salió de Santo Domingo el oficial español Juan de Esquivel, con la exígua fuerza de 70 hombres. Los indios de Jamaica eran valientes y se defendieron con tesón. Los conquistadores creyeron necesario aterrorizar á los indígenas, y mancharon su triunfo con algunas crueldades.

La isla de Puerto Rico fué sometida por Ponce de León, el mismo que descubrió más tarde la Florida. Era Ponce un veterano curtido en las campañas de Granada y la Española; más tarde murió á consecuencia de heridas que recibió combatiendo en la América del Norte.

Los insulares de *Borinquen* (éste era el nombre que daban sus habitantes á la isla de Puerto Rico), se distinguían por su sencillez. Mostráronse al principio muy hospitalarios; mas comprendiendo al fin el objeto de los invasores, trataron de resistir. El aguerrido Ponce dominó su resistencia con facilidad, sin cometer con ellos las brutalidades y las villanías tan frecuentes en los conquistadores. Quedó consumada esta conquista en 1510.

La conquista de CUBA fué menos difícil y mucho menos dramática, afortunadamente, que la de Santo Domingo.

Cristóbal Colón, al descubrir la isla el 27 de octubre de 1492, la bautizó dándole el nombre de *Juana* que no ha prevalecido; conserva el nombre de *Cuba* con que la designaban sus primeros moradores.

Colón tomó posesión puramente nominal de la interesante isla, pues no dejó en ella destacamento alguno como hizo en la Española pocos días después. La posesión efectiva data del año 1511.

Ya en 1509 reconoció la costa, dando vuelta á la isla, Sebastián Ocampo con alguna gente. Algunos otros españoles de los que navegaban por el mar de las Antillas, recalaron también á diferentes puntos y puertos del litoral, siendo en general bien recibidos por los naturales; pero otros en cambio fueron asesinados en una bahía, que se llamó por eso de *Matanzas*, (nombre que conserva una de las ciudades más importantes de la isla). Un tal Mejía y dos mujeres españolas procedentes de un naufragio, estuvieron prisioneros y sujetos á servidumbre más de cuatro años. Francisco Pizarro, futuro conquistador del Perú, también estuvo en Cuba en un viaje desastroso que hubo de hacer en 1509 desde el istmo de Darién á Haití. Alonso de Ojeda, uno de los que más trabajaron en los descubrimientos y conquistas, fué á parar en aquel tiempo á la costa de la isla, donde tuvo que batirse con los insulares arrollándolos briosamente. Los cubanos, tan dóciles al principio, estaban ya muy alerta, muy sobreaviso, muy enconados con los europeos desde que empezaron á refugiarse en la isla muchos indios escapados de

Santo Domingo en frágiles canoas, los cuales contaban á sus vecinos lo que en la Española estaba sucediendo.

Pero la conquista no empezó hasta que, en 1511, llegó á Cuba el capitán Diego Velásquez, natural de Cuéllar, con 300 hombres, escogidos entre los españoles que en Santo Domingo peleaban. Entre éstos se hallaba Hernán Cortés, más adelante conquistador de Méjico. El venerable y venerado fray Bartolomé de las Casas formaba parte de la expedición.

La conquista hubiera sido pacífica, probablemente, si se hubiera emprendido algunos años antes; pero Velásquez desembarcó cerca de punta Maisí, donde había muchos haitianos fugados de la Española; y unidos haitianos y cubanos atacaron rudamente con flechas, con macanas y con hondas á la reducida hueste de Velásquez. Éste, después de derrotar á los indios, hizo quemar vivo al caudillo de la resistencia, el cual no era otro que un cacique dominicano llamado Hatuey que ya había dado mucho que hacer en la Española. Fué un acto de ferocidad indigno de Velásquez, pero debe ser tenida en cuenta la circunstancia de que en aquella época se usaba y se abusaba de semejante suplicio; no hacía mucho tiempo que Juana de Arc, en Francia, habia sido sacrificada por los ingleses en la misma forma (1).

Derrotados los indios y ejecutado su jefe de pelea, quedó pacificada la parte oriental de Cuba. Entonces fundó Velásquez la villa de *Baracoa*.

Un día salió con 30 hombres á practicar un reconocimiento cierto oficial más adelante muy céle-

(1) Si no ha existido Juana de Arc, según pretenden algunos; si no fué quemada viva, como aseguran otros, pudieran citarse otros ejemplos en la Europa de aquel siglo y en siglos posteriores.

bre : Pánfilo de Narváez. Atacado cerca de Bayamo por más de siete mil indios, los conquistadores se batieron á la desesperada luchando como leones hasta dispersar al enemigo. Velásquez pasó entonces á situarse en Bayamo, y los indios se refugiaron en el Camagüey.

Á principios de 1513 hubo otra acción importante en el corazón del Camagüey, en la cual murieron muchos indios.

Poco después, en la parte occidental de la isla, fueron rescatados por Narváez el prisionero Félix Mejía y las dos mujeres españolas que compartían su suerte. Los caciques que los habían tenido prisioneros no fueron castigados, por la generosa intercesión de Mejía.

Aun quedaban indígenas ocultos en las sierras, en los bosques y en los cayos; pero la mayoría de los habitantes se sometió resignada al dominio de los extranjeros. Velásquez murió en 1523, dejando pacificada la isla y bien comenzada su colonización.

Conquista de Costa Firme. — La conquista del continente era una empresa demasiado ardua para realizarla con los medios de que disponían los conquistadores. No obstante, la emprendieron con una osadía verdaderamente extraordinaria. Y al fin la realizaron, llevando á cabo proezas inverosímiles.

Hacia el año 1508, se presentaron en la corte de España dos solicitudes de autorización para fundar colonias en la COSTA FIRME. La una fué presentada por el ilustre navegante Juan de la Cosa en representación de Alonso Ojeda, aquel atrevido capitán que había explorado en parte los costas de Cumaná y Venezuela. Diego de Nicuesa, caballero bien quisto

en la corte de Castilla, fué el otro solicitante. Á los dos les fueron concedidas las autorizaciones que solicitaban; si bien la corte, para evitar rozamientos, señaló á cada uno la región en que debía operar. Á Ojeda se le nombró gobernador de *Nueva Andalucía,* es decir, de los territorios comprendidos desde el cabo de la Vela hasta la mitad del golfo de Darién; y Nicuesa obtuvo los países que se llamaron *Castilla de Oro,* esto es, desde la mitad de dicho golfo de Urabá ó Darién hasta el cabo de Gracias á Dios.

Nicuesa y Juan de la Cosa equiparon por su cuenta las expediciónes respectivas, llevando el último 200 voluntarios en tres embarcaciones, y el primero mucha más gente por que, teniendo más recursos, pudo reunir hasta seis naves. Las dos escuadrillas arribaron á Santo Domingo casi al mismo tiempo, engrosando sus fuerzas una y otra con aventureros de los que se hallaban en la isla; pero Ojeda enganchó más, porque ya tenía hecha su reputación de caudillo experto y de guerrero indomable.

No tardaron en surgir diferencias y rivalidades entre Ojeda y Nicuesa, que no fueron más graves, porque el despótico y autoritario Ojeda escuchaba los consejos de su prudente apoderado en la corte y socio en la conquista, Juan de la Cosa, que era más transigente por ser más instruído.

Una de las cuestiones que se agriaron más entre Nicuesa y Ojeda fué la de Jamaica, por sostener ambos que esta isla se hallaba comprendida en su demarcación. Esta diferencia fué zanjada por Diego Colón que gobernaba entonces en Santo Domingo, nombrando á Juan de Esquivel gobernador de Jamaica; pero Ojeda protestó, quedando muy resentido.

En noviembre de 1509 salió Ojeda de Santo Domingo con su tropa, en la que se alistó con otros nuchos el célebre Pizarro. Llegó al puerto de Cartagena, descubierto por Bastida en 1501. Los indios, ue ya conocían á los españoles, rechazaron sus preensiones de paz y de amistad aprestándose á defenler el territorio que les pertenecía. El valiente Ojeda 10 quiso escuchar los consejos de la Cosa y atacó esueltamente á los indios; el ataque fué tan impeuoso, que los indios fueron destrozados aunque ran numerosos y valientes. Ojeda los persiguió con u acostumbrada furia, internándose tras ellos en spesos bosques. Al llegar á Turbaco seguido solaaente de setenta hombres, cayó sobre ellos tal nube e indios que los conquistadores fueron derrotados. llí perecieron casi todos luchando heroicamente; ólo pudieron salvarse Diego de Ordaz y Alonso de)jeda, este último gravemente herido. Juan de la osa quedó muerto en el campo de batalla.

Los soldados que habían quedado en la costa y en os buques ignoraban la suerte de sus compañeros; econocieron todos los bosques vecinos, y al fin enontraron á Ojeda mal herido, agobiado de fatiga y róximo á perecer.

La situación de los expedicionarios era insosteible, y ya se disponían á retirarse á la Española uando apareció á la vista la flota de Nicuesa. Éste avegaba con rumbo á los territorios que se le haían otorgado; pero al saber el desastre de su rival jeda, le abrazó con efusión olvidando sus agravios se puso á su disposición. Desembarcando 400 hombres, Ojeda y Nicuesa marcharon juntos á Turbaco onde vengaron la derrota quemando un pueblo, natando muchos indios y haciendo atrocidades.

Ojeda se retiró después de aquella costa, para fundar no muy lejos el pueblo que se llamó *San Sebastián de Urabá.*

Nicuesa continuó su viaje á la costa de Veragua, pero sorprendido por una tempestad, perdió la embarcación en que iba, salvándose con algunos hombres en una isla desierta. Allí hubieran muerto de hambre, si no hubiera acudido en su auxilio con otra embarcación Lope de Olano que los encontró extenuados y casi moribundos.

Grandes penalidades pasó aún el desgraciado Nicuesa y más de una vez se vió rechazado por los indios. Al fin se decidió á volver á la Española con los restos de su expedición, pereciendo sin duda en un naufragio, pues nunca más hubo noticia de él ni de sus compañeros ni del barco que los conducía.

No pasó Ojeda menos tribulaciones que Nicuesa; y hubiera sucumbido miserablemente, sin el auxilio generoso que le prestó en Jamaica uno de sus enemigos: Esquivel.

Ojeda murió pobre en 1515 (1).

Conquista del Istmo. — Los desastres que afligieron en Costa Firme á los conquistadores, no desalentaron á otros aventureros de los que estaban en Santo Domingo. Pronto salió de esta isla con rumbo al Darién una expedición de 150 hombres á las órdenes del abogado Martín Fernández de Enciso. Era el año de 1510.

Ya en alta mar se encontraron un hombre que no estaba alistado y se había ocultado en una pipa. Era un hildago pobre de Jerez de los Caballeros, an-

(1) Wáshington Irving, *Compañeros de Colón.* — Navarrete, *Biografía de Ojeda.*

sioso de aventuras. Desconocido entonces, aunque ya era un hombre de treinta y cinco años, alcanzó después renombre universal: era Vasco Núñez de Balboa, futuro descubridor del océano Pacífico.

La expedición de Enciso encontró hacia Cartagena un barco que volvía de la colonia de San Sebastián con los pocos hombres que quedaban de la expedición de Ojeda; uno de ellos era Francisco Pizarro. Incorporada esta pequeña fuerza á la de Enciso, llegó la expedición á la costa del Darién. Allí fundaron un pueblo que se llamó *Santa María la Antigua.*

El alma de la colonia fué Núñez de Balboa, tanto por su valentía como por la popularidad que supo granjearse entre sus compañeros. Buscaba el oro como los demás, no para atesorar ni por codicia vil sino, como él decía, para pagar sus deudas que eran muchas. Reconocido y proclamado jefe, después de haber expulsado al bachiller Enciso, emprendió la conquista de aquellos territorios con 190 hombres escogidos. Quiso oponérsele el cacique Quaracá, uno de los más valientes, que quedó muerto en el campo con 600 de los suyos. Dejando atrás sus heridos, continuó Vasco Núñez avanzando con 67 hombres. Vasco Núñez ignoraba que aquella tierra era un istmo.

El 26 de septiembre de 1513 fué avistado el mar del sur; el primero que lo vió fué Vasco Núñez; tomó posesión, como dejamos dicho en el capítulo de los descubrimientos; descubrió las islas de las Perlas, reconoció las costas, sojuzgó las tribus y regresó á Darién.

La empresa de Balboa parece colosal, cuando se considera que los territorios del istmo de Darién

(hoy de Panamá), si no de mucha extensión comparados con los que después conquistaron Pizarro y otros caudillos, son en cambio insalubres, selváticos y habitados entonces por belicosas tribus. Núñez de Balboa supo vencer todas las dificultades, llevando su bandera del uno al otro mar entre torrentes, rocas, precipicios, y bajo un sol de fuego, en uno de los climas más perniciosos del mundo.

Los conquistadores tenían un auxiliar poderoso en los perros avezados á cazar indios. Vasco Núñez de Balboa tenía también el suyo, un perro célebre por « sus fazañas y sus cicatrices », que se llamaba *Leoncico.* Era un animal inteligente y bravo, tan temido por los salvajes como respetado por los españoles. Una vez se concertaron 40 indios para matar á Balboa cuando se presentara solo en una mina donde trabajaban; pero al verlo llegar en su caballo de guerra, con sus armas y con su Leoncico, no se atrevieron á acometerle porque los cuarenta hubieran mordido el polvo.

Los indios, sin embargo, querían mucho á Balboa ¡ Cómo serían los otros aventureros !

Balboa gobernaba en el Darién sin mandamiento real; no tenia más autoridad que la usurpada, en perjuicio de los derechos de Colmenares (1), de Enciso y de Nicuesa, cuando llegó al Darién Pedro Arias de Ávila, más conocido por Pedrarias, á quien el rey había nombrado gobernador de la colonia. La expedición que conducía Pedrarias era la más lucida y numerosa que hasta entonces había salido de España para América; se componía de más de

(1) Colmenares había llegado á Santa María la Antigua con recursos para Nicuesa.

2,000 hombres (figurando entre ellos muchas personas de rango) que salieron de Sevilla en más de veinte embarcaciones. Además de los caballeros nobles, amigos de aventuras, iban muchos letrados en la expedición. Iba entre otros el renombrado Enciso (1), que volvía de nuevo á la colonia; iba el soldado historiador Bernal Díaz del Castillo, que tanto se distinguió más tarde en la conquista de Méjico; iba el famoso Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de las Indias. No terminaríamos si hubiéramos de citar las personas distinguidas que acompañaban en su expedición al gobernador Pedrarias.

Éste desembarcó en Darién dando el brazo á su esposa doña Isabel Bobadilla, y acompañado por el primer obispo católico y español que pisó la Tierra firme de América (2). El tal obispo sería buena persona, pero fué en el istmo un ave de mal agüero, pues Balboa se vió inmediatamente procesado siendo decapitado por *traidor al rey*. Con Balboa fueron ejecutados sus oficiales Botello, Valderrábano y Muñoz. Cuando ya sólo quedaba uno por ejecutar, llamado Argüello, la multitud se arrodilló delante de Pedrarias pidiendo que perdonara á la última innecesaria víctima. Pedrarias, inflexible, negó el perdón que se solicitaba. Argüello fué degollado lo mismo que los otros. Los bienes de Balboa fueron embargados; su cabeza, en la punta de una pica, estuvo algunos días expuesta en la plaza pública.

(1) Enciso, que era en su tiempo geógrafo notable, dió á luz en 1519 la *Suma de geografia que trata de todas las partidas è provincias del mundo, en especial de las Indias.*

(2) Juan de Quevedo, franciscano, que había sido nombrado obispo de Castilla de Oro.

El inolvidable Vasco Núñez de Balboa tendría cuarenta años al morir en patíbulo afrentoso. La posteridad ha lavado la mancha de su frente, haciéndola caer sobre la frente de Pedrarias y sobre la corona de su rey.

Pedrarias fundó la ciudad de *Panamá*.

Para que se comprendan las dificultades que ofrecía la empresa realizada por Balboa y para que se sepa lo que era en aquel tiempo atravesar el istmo, bastará decir qne intentando atraversarlo murieron en los primeros treinta años 40,000 españoles (1).

Después de tantas proezas y de tantos triunfos, de tantos esfuerzos y de tantas víctimas (así de indios como de españoles), es lo cierto que los castellanos sólo habían conquistado en Tierra firme los territorios del istmo de Darién ó Panamá. La verdadera conquista del continente americano del sur no se emprendió hasta 1525, fecha en que los invasores europeos se internaron en la actual Colombia.

Para seguir en lo posible un orden cronológico, interrumpimos aquí la historia de las empresas que se realizaron en la América del Sur, ya que fueron precedidas por la conquista de Méjico.

Conquista de Méjico. — La conquista de Méjico es maravillosa. Otras fueron más rudas, porque en ellas los conquistadores lucharon más con la natu-

(1) Como en un compendio sólo caben los hechos culminantes sin que sea posible descender á pormenores, no hemos dicho que Balboa salió absuelto libremente de la primera causa que se le formó. Es más : se le nombró Adelantado del istmo, á las órdenes de Pedrarias Dávila. En ese período hizo algunas campañas por el sur, en las que no fué feliz. Procesado segunda vez por supuesta ó real conspiración contra Pedrarias, fué ejecutado en 1517.

aleza que con los guerreros indios; pero en Méjico xistía un imperio poderoso, rico, bien organizado, apenas se conciben la audacia, la decisión y el xito de los conuistadores.

Francisco Hernánez de Córdoba desubrió la península e Yucatán en 1517, econociendo parte e sus costas con tres aves cuyos pilotos an Antón de Alainos, Juan Álvarez Camacho de Triana. abiendo intentado n desembarco, fué



Cortés

chazado por los indios en la que se llamó *Bahía la mala pelea*; Córdoba recibió doce graves ridas. Al año siguiente partió de la isla de Cuba a segunda expedición á las órdenes del capitán an de Grijalva, que reconoció mayor extensión litoral y recogió noticias. Animado con ellas el bernador de Cuba, que era Diego Velásquez, deñó á Cortés para acaudillar una tercera y más rte expedición: la de 1519.

Hernán Cortés había nacido en la ciudad de Melín (Extremadura) en 1485. Fueron sus padres n Martín Cortés y Monroy y doña Catalina Pizarro ltamirano. El conquistador de Méjico había estudo en la universidad de Salamanca, pero bien nto su espíritu aventurero le hizo trocar las as por las armas y lo llevó al Nuevo Mundo. En onquistas de Santo-Domingo y Cuba no se había

distinguido por hechos de guerra extraordinarios, pero se hizo notar como persona instruída. Tal vez por eso lo escogería Velásquez para la empresa que le confió.

Empezó Cortés por levantar su bandera de enganche en Santiago de Cuba, y no tardó en reunir 300 voluntarios. Cuando los tuvo embarcados se hizo á la mar sin despedirse del gobernador, demostrando anticipadamente que no pensaba conquistar reinos é imperios en honra y beneficio de Velásquez, sino en provecho y gloria de sí mismo.

Velásquez, enojado, relevó á Hernán Cortés del mando de la fuerza designando á otro en su lugar. Inmediatamente comunicó sus órdenes á todos los puertos de la isla, órdenes que fueron trasladadas á Cortés por las autoridades en los diversos puntos en que tocó para proveerse de recursos y reclutar más gente; pero Hernán Cortés no obedeció. Era muy grande su empresa para que él se arredrara ni se detuviera por vanas etiquetas ni por escrúpulos de disciplina. Así han procedido los españoles en todas las edades y por eso es España el país de los pronunciamientos. Siempre que en España se ha realizado algún hecho sublime, ha sido faltando á los preceptos de la ley ó á las formalidades reglamentarias de la subordinación. Prescindiendo del legendario Cid Campeador, ese personaje tan popular y tan típico que se pronunciaba con frecuencia en las mismas guerras del Nuevo Mundo encontramos ejemplos abundantes en corroboración de nuestro aserto. Hernán Cortés se pronunció contra Velásquez, así como Núñez de Balboa se pronunció contra el bachiller Enciso y Francisco Pizarro contra el gobernador de Panamá. Las naciones americanas

son independientes, porque se sublevaron cierto día contra el gobierno de España; así como España inició su memorable guerra de la Independencia, porque Daoiz y Velarde faltaron á los preceptos de la disciplina militar en 1808. Sin los pronunciamientos de Núñez de Balboa, de Cortés y de Pizarro, no se hubiera descubierto el mar Pacífico ni conquistado los imperios de Méjico y el Perú, ó hubieran sido otros los héroes glorificados.

La expedición de Cortés, después de completada en varios puertos de Cuba, se componía de 11 barcos, 10 cañones de bronce, 4 falconetes, 13 escopeteros, 32 ballesteros, 508 soldados y 16 caballos. Francisco de Orozco mandaba la artillería; los once buques llevaban por pilotos á Antón de Alaminos, Pedro de Alvarado, Alonso Portocarrero, Diego de Ordaz, Juan Velásquez de León, Alonso de Ávila, Francisco de Morla, Francisco de Saucedo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante y Francisco de Montejo.

Llegó Cortés con sus naves á la isla de *Cozumel* el 18 de febrero de 1519. Allí supo que en Catoche se hallaban entre los indios algunos prisioneros y trató de rescatarlos. Rescató, en efecto, á un individuo natural de Écija, que se llamaba Jerónimo de Aguilar; hacía ocho años que se encontraba cautivo en aquella costa, á la que lo habían llevado las corrientes en un viaje del Darién á Santo-Domingo; de sus compañeros de naufragio todos habían sido ya sacrificados por los indios, menos él y un tal Guerrero. Éste prefirió quedarse con los indios, porque la familia que se había creado, las orejas que tenía horadadas y los primores de su taraceo, lo habían hecho ya tan indio como pudiera serlo el más pintado. Y acaso también por haber sido de

los combatientes contra Hernández de Córdoba.

El rescate de Aguilar fué muy útil á Cortés, pues en ocho años de cautiverio había aprendido bien la lengua maya y no hubiera podido hallar mejor intérprete.

La expedición tocó en la isla de *Mujeres*, en el río de *Tabasco* ó de *Grijalva* y en la punta de *Palmares*, donde se efectuó el día 22 un desembarco. Los tabasqueños quisieron resistir, siendo ahuyentados por los españoles. En su seguimiento se internaron Alvarado y Lugo con 200 hombres, ganando una batalla el 25, no sin pérdida de gente y de caballos. Como la victoria se consiguió contra enemigos muy superiores en número, la atribuyeron algunos españoles á milagrosa intervención de Santiago, patrón de España, de quien decían que había peleado con su espada flamígera y montado en su caballo blanco. Pero el historiador de la conquista que se halló presente en el combate, no estaba seguro de ello, pues escribe: « Puede ser que así sea, y que yo como pecador no fuese digno de verlo; lo que yo entonces vi y conocí fué á Francisco de Morla en un caballo castaño (1). »

Puestos en libertad los prisioneros indios, no tardaron sus caciques en pedir la paz. Se hizo, en efecto, cambiándose presentes los españoles y los naturales. El cacique principal le regaló á Cortés veinte mujeres esclavas, entre las cuales se hallaba la que se llamó después doña Marina.

La escuadra levó anclas el 18 de abril, dando fondo el 21 en la pequeña isla de *San-Juan de Ulúa*, cercana al continente. En aquella parte desembarcó Hernán Cortés para establecer una colonia, que se

(1) Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista.*

lamó desde luego *Villa Rica de la Vera Cruz.*
Fundada la ciudad y constituído ayuntamiento, se clavó la picota y la horca, emblema de jurisdicción. El ayuntamiento, por primer acuerdo, nombró á Cortés justicia mayor y capitán de la armada; pero os parciales de Velásquez no aprobaron el acuerdo y aun quisieron regresar á Cuba, con lo que obligaron á Cortés á proceder con rigor: al piloto Gonzalo le Umbría le mandó cortar los pies; á Pedro Esculero y á Diego Cermeño los hizo ahorcar.

Temiendo, sin embargo, que algún día quisieran narcharse otros, aceptó la indicación de unos soldalos adictos, haciendo quemar las naves. Estas naves no eran más que lanchones, pero su destrucción hacía imposible toda retirada; por eso fué un acto heroico, y por eso muchos le niegan realidad.

En Vera Cruz recibió Cortés una embajada con riquísimos presentes del poderoso emperador Moezuma. Los embajadores rogaron á Cortés que abandonara el país, ofreciéndole en cambio todo el oro que quisiera. Cortés les respondió que antes había de visitar al poderoso monarca de tan rico imperio. Aquellos embajadores no conocían el corazón humano y mucho menos á los conquistadores, pues revelándoles inocentemente la abundancia de oro en el país, todo podían esperarlo menos que se fueran.

Cortés y sus soldados supieron con regocijo, lo que hubiera sido para otros motivo de espanto y causa de terror: que se encontraban en un país relativamente adelantado, en las playas de un imperio inmenso, que disponía de ejércitos, de caudillos y de toda clase de recursos.

Para impresionar á los embajadores, los saludó

Cortés con salvas de artillería y con ejercicios militares, despidiéndolos afablemente y asegurándoles de sus intentos pacíficos.

Al saber Motezuma que el caudillo de los invasores quería llegar á la ciudad de Méjico, celebró consultas, oyó consejos, vaciló bastante, y por fin contestó negándole á Cortés el permiso que solicitaba; pero remitiéndole nuevos regalos, tan cuantiosos, que según los españoles valdrían 20,000 ducados (1).

Cortés recibió los presentes y la negativa del Emperador con apariencias de sumisión y ademanes de respeto; pero volviéndose á sus capitanes les dijo: « Es un poderoso príncipe, no cabe duda, pero es menester que le hagamos una visita. »

Los embajadores de Motezuma que habían llevado á Cortés los presentes y las órdenes del soberano, dieron también á los indios la de oponerse á la marcha de los invasores en el caso de que pretendieran avanzar al interior; esto era evidente, pues los españoles notaron desde aquel día señales de guerra próxima. Los indios se alejaban, dejaron de vender víveres á los españoles y no parecían estar contentos.

Por aquellos días recibió Cortés otra embajada que no procedía del Emperador, sino del jefe de los totonecas; los totonecas vivían alrededor de *Cempoalla*, en la región del norte, y sus embajadores informaron á Cortés de que los aztecas ó mejicanos eran extranjeros que habían conquistado el territorio y ejercían sobre los antiguos habitantes un despotismo creciente. Los totonecas solicitaban la alianza de Cortés para sacudir el yugo de los meji-

(1) López de Gomara, *Historia de Méjico*.

anos. El caudillo español comprendió inmediatamente el partido que podía sacar de sus nuevos uxiliares, y movió una parte de su ejército en lirección á Cempoalla donde fué recibido con aclanaciones. Cortés ofreció á aquellos indígenas la rotección de sus soldados, pero exigió de ellos que bandonaran el culto de sus dioses y renunciaran á os sacrificios de víctimas humanas.

Hallábase Cortés de regreso en Vera Cruz, donde ecibió una tercera notificación de Motezuma para ue no se internara, cuando resolvió marchar en irección á Méjico. Dejando en Vera Cruz una buena uarnición á las órdenes del capitán Juan de Escante, rompió la marcha el 16 de agosto de 1519 con 00 soldados de infantería, 15 jinetes y 7 cañones. l cacique de Cempoalla puso además á su disposiión 1,300 guerreros, con 1,000 cargadores para rrastrar la artillería, las provisiones y los equipajes.

Á los quince días de marcha por un hermoso país ubierto de frondosa y rica vegetación, llegaron los spañoles al territorio de la pequeña república de laxcala, que conservaba su independencia después e largas y terribles guerras con el imperio azteca. e opusieron los tlaxcaltecas á la marcha de los inasores, trabándose el 2 de septiembre una reñida atalla que duró todo el día. Los tlaxcalteas se batieron con la misma bizarría que habían mostrado n tantas ocasiones contra los aztecas; su caudillo, l joven y animoso Xicotencatl, hizo verdaderos proigios de valor, pero al fin cedió el terreno á los añones, lanzas y ballestas de sus enemigos. Bernal íaz del Castillo calcula en 40,000 los tlaxcaltecas e Xicotencatl; Gomara en 80,000; según Hernán ortés, eran 100,000.

Pero los vencidos se retiraron en orden, aumentaron su fuerza con todos los guerreros disponibles y ocuparon nuevas posiciones. Al amanecer el 5 de septiembre pasó Hernán Cortés revista á sus soldados, les dirigió una arenga y marchó de frente al enemigo que en número de 50,000 guerreros (1) se aprestaba á combatir. Se empeñó la batalla por ambas partes con gran resolución, pero bien pronto se desbandaron algunos millares de tlaxcaltecas obligando á Xicotencatl á abandonar el campo después de haber peleado algunas horas.

Cortés aprovechó esta victoria para hacer proposiciones de paz. Los tlaxcaltecas las rechazaron. Además intentaron una sorpresa nocturna dirigida por Xicotencatl, siendo rechazada en la noche del 7 de septiembre.

Después de esta victoria se ajustó la paz, quedando obligados los vencidos tlaxcaltecas á unirse á los invasores contra los mejicanos. Hernán Cortés y sus tropas entraron el 22 en la ciudad de *Tlaxcala* siendo admirados por la muchedumbre. Allí dispuso Cortés que sus tropos descansaran, pues estaban fatigadas, los heridos eran numerosos y él mismo estaba enfermo.

El 13 de octubre, reforzada su hueste con 6,000 auxiliares Tlaxcaltecas, emprendió su marcha hacia *Cholula,* donde salieron á esperarle en actitud pacífica millares de personas. Pero bien pronto descubrió Cortés el secreto de aquella pacífica actitud gracias á doña Marina. Ésta supo que se tramaba un plan para asesinar á todos los españoles y que

(1) Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista.*

os indios rodeaban la ciudad con masas numerosas le gentes bien armadas. Comprendiendo Cortés la nminencia y gravedad del peligro, resolvió precipi-ar los sucesos y hacer un escarmiento para domi-ıar por el terror.

El ejército pasó la noche en vela y sobre las armas, sperando á cada instante un asalto por sorpresa. Al amanecer llegaron á su cuartel los principales aciques de Cholula con una fuerte escolta. Cortés nontó á caballo para recibirlos, diciéndoles que él ıabía entrado en Cholula como aliado y amigo, que llos en aquel momento como amigos lo obsequia-ɔan, y que sin embargo tenían proyectos pérfidos ue él conocía en todos sus pormenores. Los caci-ues, sobrecogidos de espanto al ver con estupor ue sus planes estaban descubiertos, se imaginaron ue los españoles eran hombres de otra especie apaces de adivinar los pensamientos y las inten-iones; confesaron sus planes, atribuyéndolos á rdenes de Motezuma, pero Cortés fingió no creer ue el Emperador fuera culpable. Á una señal de ortés cayeron sus soldados sobre los caciques y su scolta, pasándolos á cuchillo. Los habitantes de holula, que estaban preparados, acudieron en uxilio de sus compatriotas; pero Cortés había tuado convenientemente sus piezas de artillería, on las que hizo en ellos un destrozo. Entre tanto s tlaxcaltecas acudieron en auxilio de sus aliados pañoles, contribuyendo eficazmente á la matanza la carnicería. Ebrios de sangre los soldados de ortés, incendiaron los templos y los ídolos pere-endo en las ruinas algunos sacerdotes. Siguió al ıcendio el saqueo, tomando los españoles conside-ble botín. Se calculó en 6,000 el número de in-

dios muertos en la terrible matanza de Cholula

El ejército conquistador emprendió su march hacia los lagos de Méjico, á través de campos cultivados, de hermosas arboledas y de fragantes flores Las orillas de los lagos estaban bordadas de pueblo y caseríos, levantándose en medio del de Tezcuco l rica *Tenochtitlan* con sus templos piramidales y su construcciones ostentosas.

Los españoles contemplaban con justificada admi ración aquel espléndido valle que ostentaba en s suelo y en sus aguas las más risueñas galas de l naturaleza, coronándolas con su nevada cumbre e majestuoso Popocatepetl.

Cortés con sus jinetes marchaba á la cabeza de l marcial columna; seguía con banderas desplegada la infantería española; en el centro iban la artillerí y bagajes, cubriendo la retaguardia los totoneca y los tlaxcaltecas.

Nadie se opuso á la entrada de los españoles e la hermosa Tenochtitlan ó Méjico, penetrando e ella por el arrecife ó istmo que separaba los lago de *Tezcuco* y *Chalco* y por un puente de bastant anchura.

En el puente salió á recibir á Cortés el propi emperador Motezuma con su comitiva de magnates el 8 de noviembre de 1519.

El Emperador había dispuesto alojamiento par los invasores, y obsequió á su caudillo con magnífi cos regalos. Pudieron los soldados pasear por la ciu dad, visitándolo todo libremente y pasando de sor presa en sorpresa ante las riquezas de la capital las maravillas de su civilización.

Cortés visitó al monarca, recorrió los templo inspeccionó la ciudad, y comprendió que estal

risionero si al Emperador se le antojaba. En efecto, ra evidente el peligro, pues se hallaba con su pe- ueño ejército en una ciudad de 300,000 almas, tuada en medio de un lago y sin más comunica- ones con el exterior que las calzadas, fáciles de ortar cuando los indios lo estimaran conveniente. ıs capitanes le propusieron salir de la ciudad para ımpar en las inmediaciones; pero Cortés, que ıbía observado la absoluta obediencia de los meji- nos á los mandatos de su Emperador, comprendió ıe podía permanecer en la ciudad teniendo en su oder á Motezuma. Esta idea fué apoyada por algu- ›s oficiales y preparó Cortés su ejecución.

Ante todo necesitaba un pretexto, y habiendo sa- do que Juan de Escalante, jefe de la guarnición de ›ra Cruz, había muerto de resultas de heridas que cibió en un combate con los indios de la costa y e éstos además habían matado á unos cuantos ldados españoles, se presentó á Motezuma el 15 de viembre sin más escolta que cinco oficiales de nfianza. El Emperador lo recibió con su habitual mplacencia, pero Cortés, dándose por ofendido ı los incidentes de la costa, usó un lenguaje alta- ro y reclamó que se le diera satisfacción cumplida. 'eció Motezuma castigar á los culpables, pero rtés exigió que el Emperador saliera de su palacio 'a vivir en el cuartel ocupado por los españoles. Motezuma se sintió indignado ante la osadía del nerario Cortés, y declaró que no estaba en el o de constituírse prisionero. Cortés le replicó ergicamente que no se trataba de tenerlo prisio- 'o sino de cambiar de habitación. Insistió Mote- na en negarse á la exigencia del capitán español, ndo tiró de la espada uno de los oficiales de

Cortés, Velásquez de León, y exclamó dirigiéndos á Cortés: « ¿Qué hace vuesa merced con tantas pa labras? Ó le llevamos preso ó le daremos de estoca das » (1). El débil Emperador, que era afeminado pusilánime, cedió por fin dejándose llevar preso.

La prisión de Motezuma produjo en todo el imp rio la mayor indignación; pero el monarca dal reiteradas órdenes á sus vasallos para que evitara un rompimiento con los españoles. Un sobrir suyo, Cacamaca, príncipe reinante de Tezcuco, en pezó á organizar la resistencia; pero fué descubier y retenido preso en el mismo cuartel que albergal á Motezuma.

Cortés exigió de Motezuma que se reconocie súbdito del rey de España, como en efecto lo hiz no faltando historiadores que supongan lo hizo p propia iniciativa y espontáneamente (2). Motezun reunió en el cuartel español á los grandes señor del imperio, y les dijo en su lengua estas palabra « Espero que me deis la última prueba de sumisió obedeced al príncipe que reina en las region donde nace el sol, y en su ausencia al capitán q él ha enviado; pagadle los tributos que me dabais prestadle los servicios que debéis á vuestro sob rano. »

Al terminar su discurso le ahogaban los sollozo los nobles también lloraban; los mismos español estaban conmovidos. « Queríamoslo tanto á Mot zuma, dice Bernal Díaz, que á nosotros de verle llor se nos enternecieron los ojos. » Los nobles mejican prestaron reconocimiento de vasallaje con las sole nidades de costumbre.

(1) Bernal Diaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquis*

(2) Antonio de Solís, *Historia de la conquista de Méjico.*

En el ínterin no se descuidaba Hernán Cortés. mo temia que se rebelaran los aztecas, lo que ya bría sucedido á no estar la nación desde largo impo sometida al despotismo absurdo de un gorno personal, y previendo que al rebelarse coran las calzadas y puentes levadizos, había mando construír dos barcos en la ribera del lago con cuales creía tener la retirada segura.

Pretendió Cortés que Motezuma aceptara el crisnismo, prohibiera los sacrificios humanos y cera sus templos á los españoles, á todo lo cual resistió el Emperador cautivo con un tesón que había tenido antes. El pueblo por su parte se mostrando cada día más amenazador. La situan era crítica.

En aquellos días recibió Cortés unos pliegos del itán Sandoval, sucesor de Escalante al frente de guarnición de Vera Cruz, avisándole que habían ado de Cuba diez y ocho naves enviadas por ásquez contra el mismo Hernán Cortés, á quien ía por rebelde. La expedición era más fuerte que ntas hasta entonces habían organizado los espaes en el Nuevo Mundo. La mandaba el famoso filo de Narváez y se componía de 800 infantes, inetes, 1,000 indios de las islas y 12 cañones. La ión de Narváez se reducía á apoderarse de Cormandarlo preso á Cuba y continuar la conquista nombre de Velásquez.

arváez desembarcó en el puerto de Ulúa el le abril de 1520, y lo primero que hizo fué intiá Sandoval la rendición de las fuerzas que estacon él en Vera Cruz. Sandoval no hizo caso de ntimación, y por medio de los indios avisó á tés. Éste supo, además, que Narváez había enta-

blado negociaciones con Motezuma ofreciéndole su alianza contra Hernán Cortés.

Este caudillo se condujo con tanta habilidad como prudencia, comisionando al capellán Olmedo para que hiciera á Narváez proposiciones pacíficas. Narváez contestó con singular arrogancia, declarando á Cortés y á sus compañeros rebeldes y traidores. Confiaba en sus soldados, por ser más numerosos y mejor armados que los de Cortés.

Decidióse Cortés á salir de Méjico en busca de Narváez, no llevando consigo más de 70 hombres. En el campo se le unieron los capitanes Sandoval y Velásquez de León; pero aun así no tenía más que 250 soldados españoles que oponer á las fuerzas de Narváez. Para mantener el orden en la ciudad de Méjico dejó á su paisano el capitán Alvarado.

En Cempoala recibió Narváez nuevas proposiciones de paz que le dirigía Cortés, pero las desechó. Los dos ejércitos se encontraron á orillas del río de las *canoas,* donde supo Cortés que su cabeza estaba pregonada; pero una fuerte lluvia aplazó por entonces el combate. Aquella noche sorprendió Cortés el campamento de Narváez, con una audacia increíble. Narváez se defendió personalmente dando pruebas de extraordinario valor, pero cayó herido de un lanzazo y quedó prisionero. Sus soldados presentaron una resistencia floja, porque muchos simpatizaban con Hernán Cortés y deseaban unírsele. Al amanecer el 26 de mayo de 1520 se habían rendido todos. El vencedor trató á los soldados de Narváez con prudente consideración, dejándolos en libertad de quedarse con él ó regresar á Cuba. Todos ingresaron en su ejército, lo que fué para Cortés un refuerzo muy considerable.

nmediatamente volvió Cortés á Méjico, donde la uación de los españoles de suyo comprometida se ɔía agravado después de su salida por las impruıcias y criminales abusos de Alvarado. Este avenero, natural de Badajoz (Extremadura) se distin-a por su natural arrojo, pero más todavía por su atismo religioso y por su instinto cruel y sangui-io. En ausencia de Cortés hizo acuchillar al pue-, matando 600 indios, según dice algún historia- (1); pero otro fija en 2,000 la cifra de los muer- (2).

a injusta y feroz carnicería del tremendo Alva-o enfureció á los mejicanos, que se lanzaron en-ecidos contra el cuartel español. Cortés lo supo presuró su marcha, entrando en Méjico el 24 de io de 1520 con 1,200 soldados españoles y cerca 8,000 indios. Entró en el cuartel sin dificultades; n vez de castigar á Alvarado, culpable de lo ocu-lo, reprendió á Motezuma suponiéndolo agitador pueblo. No calmó la presencia de Cortés la agita-ı del pueblo de la capital, que atacó de nuevo y con ; ímpetu el edificio en que los españoles estaban artelados. El ataque fué rudo y brava la defensa; ɔho trabajo les costó á los españoles que los me-nos iracundos no incendiaran el cuartel. Pasó la he sin novedad, pero se repitió el ataque al día uiente. Se efectuó una salida vigorosa en la que tés y su caballería mataron mucha gente, pero mejicanos se batían con desesperación causando ɔhas bajas en las filas españolas; el mismo Cortés bió una herida en una mano.

Oviedo, *Historia general de las Indias.*
Las Casas, *Brevissima relación de la destruyción de las as.*

Al tercer día hizo Cortés que Motezuma, vestid con sus ornamentos imperiales, se asomara á lo muros del cuartel y arengara á la alborotada mult tud; al principio se le escuchó con respeto, pero decir que él no estaba prisionero y que los español eran sus amigos, sus vasallos le contestaron co imprecaciones y aun con actos hostiles. Su sobrin Guatimozín fué el primero que le disparó una fl cha, siguiendo una lluvia de pedradas. Motezum cayó con tres heridas; pero al verlo caer, el pueb se desbandó espantado creyendo haber cometido sacrilegio.

Los españoles intentaron consolar y curar á M tezuma, pero él se arrancaba los vendajes y se n gaba á comer. Sus heridas no eran mortales, pero no quería sobrevivir á su afrenta. Por fin mu aquel monarca infeliz, resistiéndose con entere hasta su último instante á cambiar de religión.

La suspensión de hostilidades producida por muerte del Emperador fué breve. Renovadas c más vigor que nunca y estando los españoles co tantemente asediados, pensó Cortés que no era sible permanecer más tiempo en la ciudad sin de lojar al enemigo de un templo mejicano converti en fortaleza, de donde partían nubes de piedras diluvios de dardos. Lo tomó, en efecto, después una resistencia valerosa por parte de los indios, p diendo los castellanos 45 hombres. Pero la situaci no mejoraba, pues los mejicanos reponían sus p didas con refuerzos que cada día recibían del ex rior. Cuantos más morían eran más los combati tes. Al fin tuvo Cortés que decidirse á emprender retirada, abandonando la ciudad; la empresa difícil, casi imposible. Las naves construídas en

go habían sido incendiadas por los indios; la dis-
ncia del cuartel á las calzadas no era corta; los
dios estaban muy alerta, sin que su vigilancia
interrumpiera nunca. Pero arriesgando el todo
r el todo, preparó Cortés su retirada para la noche
l 1.º de julio de 1520.

Eran tres las calzadas por donde podía salir, y
rtés eligió la de Tacuba. Divididas las tropas en
s cuerpos, confió á Sandoval la vanguardia; se
cargó él mismo de dirigir el centro con los heri-
s, los prisioneros y la artillería; de la retaguardia
encargaron Alvarado y Velásquez de León.

Al salir del cuartel no encontraron oposición nin-
na; pero en las cortaduras de la calzada elegida
ron atacados repentina y briosamente por una
ba de indios que los acometía por todas partes.
lago se llenó de canoas enemigas, y un puente-
o de madera tendido por Cortés sobre una corta-
ra, se rompió bajo el peso de la artillería hun-
ndose en el fango. Los españoles siguieron ba-
ndose en retirada, pero eran tantos los indios,
angosta la calzada y tan oscura la noche, que,
ueltos indios y españoles en confusión espantosa,
lie sabía quien lo hostilizaba ni á quien acometía
por donde caminaba.

a vanguardia y el centro salvaron las cortaduras,
diendo la artillería, los bagajes y un gran nú-
ro de hombres muertos, ahogados ó prisioneros.
retaguardia quedó cortada, no obstante el de-
do con que todos buscaban la muerte ó la salida
a no ser cogidos prisioneros. Velásquez de León
umbió como un héroe dando ejemplo á todos y
ntándolos. Alvarado, perseguido por todas partes,
ió la salvación á su prodigiosa agilidad, saltando

la última cortadura y logrando unirse á Hernán Cortés. Se puede ver todavía en los suburbios de Méjico el lugar conocido por el nombre de *salto de Alvarado.*

El general formó en la orilla opuesta á los soldados que iban escapando vivos, y retrocedió hasta la calzada para proteger la marcha de los últimos; de esta manera pudo salvar á unos pocos, pero casi todos los de la retaguardia sucumbieron al número quedando prisioneros ó pereciendo en el lago. Los de Cortés oyeron en la infernal confusión las imprecaciones de sus camaradas prisioneros, destinados á la piedra de los sacrificios.

Al amanecer continuó Cortés su retirada, con todos sus hombres rendidos de cansancio y heridos gran número de ellos. Al verlos desfilar en un estado tan desastroso y tan mermados en número, el insigne Cortés se llevó las manos á los ojos y sus soldados lo vieron prorrumpir en llanto. Los mejicanos conservan resguardado por una verja, y el autor de estos renglones lo ha visto, el secular ahuehuete que fué regado por las lágrimas del conquistador. Aquella noche de angustia conocida en la historia con el nombre de *la noche triste*, costó á Cortés la pérdida de más de 400 españoles, 2,000 indios auxiliares, muchos caballos, casi toda la artillería, los bagajes y las municiones. Los intérpretes más útiles, que eran doña Marina y Aguilar, se salvaron milagrosamente.

Si los mejicanos hubieran continuado la persecución, mal lo hubieran pasado los españoles; pero ocuparon dos días en enterrar los muertos, sacrificar prisioneros y restablecer el orden, y así dejaron que Cortés ganara mucha distancia.

Los españoles y sus aliados marchaban sin dete-
ərse, continuamente observados y aun hostilizados
or grupos de indios apostados en los cerros. Pasa-
n por pueblos abandonados, carecían de provi-
ones y miraban la vida con indiferencia. Solo
ortés conservaba su inalterable energía, alentando
los enfermos, curando á los heridos, reanimando
los que empezaban á desfallecer y no omitiendo
imprescindible vigilancia.

Á la séptima jornada llegaron los españoles á unas
ninencias que dominaban las llanuras de *Otompan*
de *Otumba*. Desde aquellas alturas, la vista no
visaba otra cosa que innumerables pelotones de
ldados aztecas. Los historiadores dicen que aque-
s guerreros no serían menos de 200,000. Al con-
lerar Cortés su reducida fuerza, el cansancio de
s hombres y la falta de armas de fuego (porque
nada servían careciéndose de municiones), creyó
gado su último momento y el de todos los héroes
e le acompañaban. Pero su corazón no flaqueó.
engó á los suyos con vehemencia, les dijo que
a ocasión de vencer y atacó resueltamente á las
asas enemigas. Los mejicanos lucharon con bra-
ra; si un cuerpo se dispersaba, otro en seguida
gaba de refresco. Los españoles estaban fatigados
próximos á ceder agobiados por el número, cuando
lanzó Cortés con unos pocos jinetes hacia el
upo en que estaba Cihuacaltzín con el estandarte
ejicano. De una lanzada lo derribó al suelo, y el
dado Juan de Salamanca le cortó la cabeza y se
zo dueño del simbólico estandarte. Este suceso
odujo la dispersión de los indios, que eran valien-
pero supersticiosos, y así ganó Cortés la gran
talla de Otumba en la que murieron muchos mi-

llares de indios con escasas pérdidas de los españoles y de sus aliados. Era el 8 de julio de 1520.

Después de tan brillante victoria, se dedicó principalmente el caudillo á consolidar su alianza con los tlaxcaltecas, á reanimar el espíritu de los españoles y á reorganizar su ejército pidiendo refuerzos á Jamaica. En la costa encontró un barco procedente de Canarias con cargamento de pólvora, ballestas y escopetas, y no sólo compró todo el cargamento sino que Juan de Burgos y sus veinte marineros se alistaron en la tropa como voluntarios.

Hizo Cortés una expedición contra varios pueblos que se mostraban hostiles, recogiendo gran botín que repartió con sus fieles aliados. Fundó por entonces un pueblo que se llamó *Segura de la Frontera*.

Á mediados de diciembre de 1520 ya tenía Cortés su ejército dispuesto para una nueva campaña; se componía de 550 infantes (sólo 80 tenían armas de fuego) y de 40 jinetes, con 9 cañones. Reforzada esta expedición con 10,000 tlaxcaltecas y otros indios aliados, tomó Cortés el camino de la ciudad de Méjico ansioso de dar término á su penosa conquista.

El heredero de Motezuma había fallecido de viruelas, sucediéndole Guatimozín, bravo guerrero de veinte y cuatro años.

Al salir de Tlaxcala, por todas partes encontró Cortés disposiciones hostiles; pero avanzó resueltamente, y el último día del año se apoderó de la ciudad de *Tezcuco*.

Á orillas del lago emprendió Cortés la construcción de una escuadrilla, con maderas transportadas por los indios auxiliares; el velamen, la jarcia y l

rretería se habían transportado desde Vera Cruz. 28 de abril de 1521 surcaba la escuadrilla las uas del lago mejicano con sorpresa de los indios entusiasmo de los españoles. El cronista Oviedo, uy parco en elogios, dice que Cortés al transpor- r los elementos para construír su escuadra, desde uy lejos y por senderos casi impracticables, oscu- ció las célebres hazañas de Sesostris. La historia lo recuerda un hecho semejante : el de Núñez de lboa, que trasladó las naves del uno al otro océano ra reconocer el mar del Sur.

Cuando Cortés se preparaba para formalizar el io de la ciudad de Méjico, y ya había cortado el ueducto, recibió un refuerzo inesperado de 200 mbres, 80 caballos, 2 piezas de artillería y abun- ntes municiones. Este refuerzo procedía de Es- ña, según cuenta Bernal Díaz.

El sitio de Méjico, si es glorioso para Hernán Cor- , no lo es menos para Guatimozín. El primero ntaba con 900 infantes españoles, de los cuales 5 tenían armas de fuego, con 86 caballos y con lios animosos que se elevaron á 150,000. Por su rte Guatimozín combatió defendiendo la ciudad, combatió heroicamente, por espacio de setenta y co días.

El primer combate del sitio fué naval; atacaron escuadra innumerables canoas, y Cortés las echó ique asegurando su predominio en el lago.

Los ataques por tierra fueron rechazados varias es, mostrando los mejicanos insuperable valor. imposible detallar los combates sucesivos, cada de los cuales merece un capítulo y algunos poema. En uno de ellos estuvo Hernán Cortés á nto de caer en manos de los aztecas; no lo ma-

taron, porque tenían empeño en apresarlo vivo para sacrificarlo en el gran templo. Herido ya, fué salvado por el arrojo de Cristóbal de Olea, natural de Medina del Campo (Castilla). Aquel día perdieron los españoles más de 60 soldados; pero los sitiadores no se condolían por los muertos en la lucha, sino por los prisioneros, que infaliblemente morían sacrificados.

Convencido Cortés de que con sus elementos no tomaría la ciudad por medio del asalto, la asedió por hambre y ofreció á Guatimozín una honrosa capitulación. Guatimozín no quiso capitular, y sus mejicanos preferían morir de inanición á rendirse á los que tantas veces derrotaron.

Al mismo tiempo los sitiadores iban tomando las casas una á una; casa tomada, casa destruída; de suerte que al fin los mejicanos sólo poseían un barrio, y los defensores de este barrio estaban reducidos á la mínima expresión.

Por fin decidió Cortés dar el asalto á aquel montón de ruinas defendidas por un puñado de sombras. Pero aquellas sombras se defendieron dos días: el 12 y 13 de agosto de 1521. Los mejicanos, desfallecidos de hambre, se batían como leones. Acorralados ya y sin defensa posible, dió Cortés la orden terminante de respetar á los vencidos en premio de su valor; mandato inútil, pues los tlaxtecas asesinaron sin compasión á cuantos enemigos encontraron.

Cortés dispuso la suspensión del ataque, teniendo ya la rendición por segura. Los mejicanos, empero, estaban resueltos á sucumbir y no á capitular. Se dió el último ataque, y los mejicanos extenuados tuvieron aliento para defenderse todavía. La matanza fué horrorosa; los españoles respetaban á las

ujeres, á los ancianos y á los niños; los tlaxcalcas no respetaban á nadie. En la ciudad sitiada urieron durante el sitio más de 100,000 aztecas. ı los dos días finales perecieron luchando cerca : 40,000.

Los sitiadores perdieron en tan rudos combates, sí diarios, cerca de 30,000 indios auxiliares y pos españoles. Éstos, sin embargo, se batieron mu.o en el lago y en las calles, siendo rechazados petidas veces. Murieron durante el sitio los capines Francisco de Morla, Juan del Portillo, Pedro ırba y otros; se distinguieron Pedro y Jorge de varado, Juan de Limpias, Sandoval, Ruiz de la ɔta, Holguín, Sotelo y Farfán. Entre los soldados uertos se hallaba el heroico y abnegado Olea, que ır dos veces le salvó á Cortés la vida.

La última resistencia de los mejicanos tenía por ıico objeto facilitar la fuga de Guatimozín, para ıe pudiera en otros puntos organizar la resistencia ntra los españoles; pero el capitán Holguín apresó canoa que lo conducía. Cortés lo trató al princio con la consideración debida al heroísmo y á la sventura, si bien manchó su nombre con una bilidad: la de ceder más tarde á la presión de ıa soldadesca ansiosa de botín, permitiendo que rturaran á su noble prisionero hasta hacerle consar donde guardaba sus tesoros. Nada confesó ni ofirió una queja.

Con la toma de Méjico sucumbió el imperio meano; las partidas españolas que recorrieron todas s provincias apenas encontraron resistencia; Cors reedificó la capital azteca para que fuese taməén cabecera de la Nueva España, fundó diversas ıdades y llegó hasta las playas del Pacífico. Sus

capitanes conquistaron la América Central, y él mismo hizo un viaje á Honduras.

El 15 de octubre de 1522 nombró Carlos Quinto á Hernán Cortés gobernador, capitán general y justicia mayor de Nueva España.

En 1526 dispuso Hernán Cortés la conquista de *Yucatán*, donde los españoles habían desembarcado muchas veces con escasa fortuna. Francisco de Montejo, natural de Salamanca, fué nombrado por Cortés adelantado de aquella península poblada por indios belicosos (los mayas). Montejo con sus 400 hombres derrotó á los indios en la batalla de *Ake*, en la cual murieron 120 españoles; pero tuvo que retirarse vencido en 1527. La conquista la realizó por fin un hijo de Montejo, pero los naturales se defendían con tesón y duró la guerra muchos años. En el pueblo de *Tiho* fundaron los españoles la ciudad de *Mérida*.

Gran figura es la de Hernán Cortés, como caudillo y como conquistador; pero pesan sobre su memoria abrumadoras responsabilidades. Buena es la tolerancia, buenas la atenuación y la disculpa, cuando se juzga á soldados ignorantes, aventureros oscuros y jefes vulgares como los de la conquista; no cuando se trata de un Hernán Cortés, que poseía toda la cultura de su tiempo y aparece en la historia como uno de sus jigantes. Cortés hizo muy mal en consentir el tormento de Guatimozín, y peor todavía en ordenar la matanza de Cholula.

Conquista de Centro-América. — La conquista de Centro América la consumaron los capitanes de Cortés; pero mucho antes, desde 1518, había sido explorada una parte del país por varias expedi-

ciones salidas de Panamá. La primera fué dirigida por el licenciado Gaspar de Espinosa; navegando al norte, llegó hasta un golfo que él llamó de *Sanlúcar*, el cual se llamó después y se llama todavía golfo de *Nicoya*. Espinosa regresó por tierra á Panamá, estudiando prolijamente aquella agreste y cálida región.

En 1519 salió del mismo puerto Gil González Dávila, desembarcando en el golfo de Sanlúcar y atravesando luego terrenos pantanosos con mil dificultades. En su marcha tropezó con un jefe indio que se nombraba Nicoya, nombre que dió González al golfo de Sanlúcar. Nicoya era pacífico; no sólo obsequió á los castellanos dándoles oro, sino que aceptó con mucho gusto la religión cristiana.

Pero el animoso Gil González Dávila, aunque sólo contaba con 100 hombres, avanzó por las tierras del cacique Nicarao (que ha dado su nombre á *Nicaragua*). Allí empezaron á ver claros indicios de una civilización relativamente adelantada, lo que sirvió de estímulo á aquellos españoles para continuar su marcha entre volcanes, selvas y lagunas. Reconocieron los lagos de *Managua* y *Nicaragua*, y poco después derrotaron á unos indios que los atacaron rudamente; pero siendo la fuerza tan escasa, volvieron á Panamá donde esperaba Gil Dávila reclutar más gente.

Al mismo tiempo que Dávila exploraba el interior del país, su piloto Andrés Niño reconocía la costa; de manera que su expedición tuvo importancia geográfica.

La noticia de tales descubrimientos despertó la codicia de Pedrarias, gobernador de Panamá. Equipó tres naves, reunió gente y dió el mando de una ex-

pedición á Francisco Hernández de Córdoba, en 1523. Córdoba derrotó á los indios que se le opusieron, construyó pequeñas embarcaciones para reconocer el lago de Nicaragua y sus pintorescas islas, descubrió el río *San Juan* y navegó por él hasta persuadirse de que desemboca en el Atlántico. Fundó las ciudades de *León*, *Granada* y otras, en 1524.

En el ínterin Gil González Dávila, que no había encontrado en Panamá los necesarios recursos y los había buscado en la Española, desembarcaba en *Honduras* con una expedición. Al saber que andaban españoles por aquellas tierras, lo que él consideraba un atentado á sus derechos de descubridor, quiso combatir á Córdoba; pero lo pensó mejor y se retiró de Honduras.

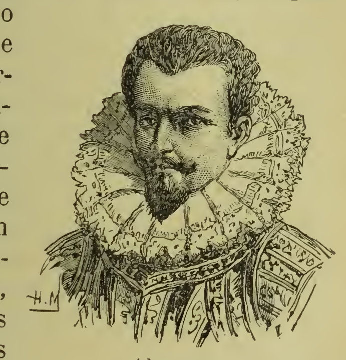
Terminada la conquista del imperio mejicano, confió Cortés el mando de 6 buques con 400 hombres á uno de sus más bizarros subalternos, á Cristóbal de Olid. Éste debía recorrer toda la costa de Honduras, buscando una comunicación entre los dos océanos. El capitán Olid desembarcó en Honduras en 1534, y fundó una colonia con el nombre de *Triunfo de la Cruz*, sin que en el acta figurase el nombre de Hernan Cortés, de quien era simple delegado. Aunque Cortés había hecho lo mismo con Velásquez, no esperaba que Olid procediera así con él; y en cuanto supo que Olid se declaraba independiente de su autoridad, mandó una expedición á las órdenes del oficial Francisco de las Casas para castigar á Olid. Las naves de las Casas, las tripulaciones y todos los expedicionarios quedaron en poder de su enemigo, que los trató muy bien.

Gil González Dávila también quiso disputar á Olid el gobierno y la conquista de Honduras; como las

asas, tuvo que sucumbir á su rival que lo acogió en us filas generosamente.

Poco después se conjuraron Francisco de las Casas Gil González Dávila, y una noche asesinaron á lid. Después de muerto lo procesaron « por rebelde traidor ». Las Casas tomó el mando y puso los mientos de la ciudad de *Trujillo*.

Al mismo tiempo que Olid salía de Méjico para onquistar el territorio e Honduras, Pedro de lvarado recibía de Cors la orden de conuistar la región de *uatemala*. Salió Alvado de Méjico el 13 de oviembre de 1523 con n cuerpo de 300 intes y 130 caballos, n contar los indios tecas y tlaxcaltecas ıxiliares de la expedión. Sometió Alvarado á los indios de *Tehuantepec*, nció á los de *Soconusco* y en febrero de 1524 netró en el reino de *Quiché* donde encontró más ria resistencia.



Alvarado

Alvarado confirmó en esta campaña las dotes que bía mostrado en Méjico : valor temerario, instinto litar y refinada perfidia. Supo derrotar á fuerzas ıy superiores en número é iguales en osadía á que él mandaba; y para no faltar en nada á su tumbre, cometió las crueldades más odiosas, los os de barbarie más tremendos, las atrocidades s horribles. En muchas partes los indios maestaron un valor á toda prueba; pero Alvarado fué

brutal con todos, hasta con los más pacíficos. Lo más odioso en los crímenes del capitán Alvarado era su inutilidad; pero los móviles no eran menos repugnantes, pues obraba á impulso de una codicia sin freno.

Fundó Alvarado las ciudades de *San Salvador* y *Santiago de los Caballeros;* y no pacificó todo el país, porque los indios estaban exasperados : olvidó que « con vinagre no se puede coger moscas ».

Hernán Cortés en persona hizo una expedición á la América Central, como dependencia que era de la Nueva España. Salió de su capital en octubre de 1524, recogiendo en su marcha varios destacamentos de los que tenía diseminados en diferentes regiones. Si Cortés no hubiera tenido ya tanto renombre, hubiéralo ganado en aquellas jornadas penosísimas por sendas desconocidas, por desiertos nunca transitados, á través de lagunas y charcas pestilentes, de ríos invadeables, de selvas seculares y de montes vírgenes.

En su viaje le acompañaba el noble Guatimozín, cuya vida en todas circunstancias debió ser sagrada para su vencedor. Pero fué acusado ante Cortés de conspirar con los indios para sublevarse, y Cortés no supo ser magnánimo : lo hizo ahorcar, no obstante sus protestas de inocencia. Aunque fuera cierta la conspiración, tenía derecho á la generosidad y á la clemencia de los españoles, sobre todo á la de Hernán Cortés.

Cortés se volvió á Méjico por mar.

Pedrarias Dávila estaba celoso de Cortés, y habiendo sabido que Hernández de Córdoba, su delegado, se había puesto á las órdenes del conquistador de Méjico, emprendió por sí mismo una expedición

á Nicaragua sin más objeto que castigar á Córdoba. Lo encontró en la ciudad de León, lo sometió á un proceso y lo hizo decapitar en 1526.

En Nicaragua se repitieron los bárbaros horrores que se habían cometido en Guatemala. Pedrarias encargó de continuar la conquista á un teniente suyo llamado Martín de Estete. Comparado con el de esta fiera, el proceder de Alvarado era benigno. Estete marcaba á los indios con un hierro candente, los encadenaba por el crimen de oponerle resistencia y los descuartizaba si no se le oponían. Después de Alfinger, tirano de los indígenas de Venezuela, Estete fué el más inicuo de los conquistadores.

Pedro de Alvarado tuvo diferencias con Pedrarias y estuvo á punto de romper las hostilidades por su cuenta y riesgo con el gobernador de Panamá; pero optó por presentarse en España, como lo hizo en 1527, para que el rey le otorgara el título de capitán general de Guatemala. Su hermano Jorge sometió á los naturales de lo que hoy se llama *Costa Rica*.

Á su vuelta de España le acompañaban algunos caballeros ansiosos de hacer fortuna, que formaron su corte en Guatemala. Pero el genio del conquistador no era á propósito para vivir tranquilo en su gobierno; tenía la nostalgia de la guerra, mezclada con ansia de oro; y al saber las conquistas de Pizarro, se embarcó en dirección al Perú.

Durante su ausencia quedó el gobierno á cargo de un hombre más político, de Maldonado. Éste se condujo con nobleza, con desinterés y con acierto. Pero los indignos atropellos cometidos por los devastadores de la América Central no podían olvidarse fácilmente, siendo precisa la acción del padre Las Casas para restañar la sangre copiosamente vertida

por los cuerpos y las almas de los indígenas de Centro-América.

Bartolomé de Las Casas, llamado el protector de los indios, era un piadoso fraile sevillano que había querido ensayar una conquista pacífica, lo mismo en Venezuela que en las hermosas islas antillanas. Llegó después á Nicaragua con algunos frailes dominicos, y trató de practicar el mismo procedimiento. Pero antes de predicar á los indios necesitaba convertir á los conquistadores que, en Guatemala más que en parte alguna, estaban acostumbrados á temperamentos de rigor. Las doctrinas de Las Casas estaban resumidas en un tratado latino que él había compuesto y que se titulaba *Único modo de convertir*; en Centro-América había donde hacer la prueba del sistema de Las Casas, pues si Alvarado había sometido muchos tribus por medio del terror, quedaban indios bravos en Honduras, donde los invasores habían sido muchas veces derrotados. Tan belicosos eran los indios de aquel lado, que los españoles llamaban á la región « Tierra de guerra ».

Absortos se quedaron los colonos de Guatemala al saber que Las Casas pensaba someter aquellos indios por la predicación; pero él, contando con la cooperación de Maldonado, gobernador interino, acometió la empresa. Instruyó á algunos indios sometidos, les enseñó á cantar en lengua quiché canciones que compendiaban las bases fundamentales del cristianismo, y precedidos por ellos penetraron Las Casas y los otros dominicos en tierra de salvajes. Gracias al padre Las Casas, la que se llamó Tierra de guerra pudo llamarse luego provincia de Vera Paz.

Las Casas no se ocupaba sólo en convertir indios

ravos, sino que era el defensor constante de los ometidos y de sus derechos. Escribió mucho en avor de los indígenas, demostrando á la vez su pielad, sus buenas intenciones y su origen andaluz; lgunas de sus afirmaciones son evidentemente xageradas.

Ocupado todavía Las Casas en la conversión pacíica de los idólatras, se supo con terror que el célebre lvarado estaba ya de regreso. No bien llegó á la aciente colonia de Guatemala, cesó la tranquilidad n el país. Ordenó la ejecución de algunos indios, se puso en campaña contra los de Guadalajara, que e habían sublevado, pero que no dependían de su utoridad sino de la de Méjico. En esta campaña reibió en el pecho una coz de su caballo y se deseñó por un barranco en 1541.

Le sucedió Maldonado, al mismo tiempo que se reaba la audiencia de Guatemala y se organizaba la olonización de Centro-América.

El padre Las Casas, de venerable memoria, falleció n Madrid á los noventa y dos años de edad.

Continuacion de la conquista de Costa Firme. — ntes de empezar la narración, que ya hemos acaado, de las conquistas de Méjico y Centro América, abíamos dejado á los españoles en posesión noninal de lo que llamaban ellos Costa Firme y es la ctual Colombia; posesión quo sólo era efectiva en a colonia del istmo de Darién.

En los años siguientes se efectuaron algunos viajes e exploración, practicándose reconocimientos y lgunos desembarcos en la costa; pero no se realizó ingún desembarco permanente hasta 1525.

En esta fecha llegaron á la costa cuatro naves

procedentes de Santo Domingo, con algunos colonos y soldados á las órdenes del andaluz Rodrigo de Bastidas. Éste eligió para desembarcar un punto no distante de la desembocadura del río Magdalena, donde fundó una ciudad con el nombre de *Santa Marta*.

Las tierras vecinas estaban pobladas por tribus numerosas y guerreras, siendo la más importante una que dominaba desde el cabo de la Vela hasta la Sierra Nevada, extendiéndose por el territorio del Hacha. Bastidas era hombre de buenos sentimientos, y pensaba civilizar el país por medio del comercio viviendo mientras pudiera en paz y amistad con los indígenas. Prohibió que se les maltratara, se les engañara y se les ofendiera, y su sistema sin duda hubiera dado resultados ventajosos; pero no fué del agrado de algunos aventureros que sólo pensaban en enriquecerse por todos los medios lícitos ó ilícitos. Los descontentos, aunque no eran muchos, tramaron una conjuración (dirigida por Juan de Villafuerte) para deshacerse de Bastidas; los conjurados lo sorprendieron en su aposento y allí mismo le dieron de puñaladas. El pobre Bastidas no murió en el acto, por haber acudido á tiempo en su socorro el maestre de campo Rodrigo Palomino; pero, á consecuencia de las heridas, falleció al cabo de algún tiempo. Sus bárbaros asesinos fueron juzgados, sentenciados á muerte y ejecutados en Santo Domingo.

Quedó Palomino al frente de la colonia hasta la llegada del nuevo gobernador Pedro Vadillo; estos dos fueron tan malos el uno como el otro. Si el primero se contentaba con saquear á los indios, el segundo los tiranizaba además de expoliarlos. Maltrataba sin necesidad lo mismo á los españoles que

á los indios, para arrebatarles el oro que tuvieran.

Puestos de acuerdo Vadillo y Palomino, emprendieron juntos una campaña contra los indios pangüeyes, que los derrotaran haciéndolos huír. Intentaron otra expedición, y al pasar un río murió Palomino ahogado en 1527. Vadillo también se ahogó, pero en el mar, cuando navegaba para España procesado por sus demasías.

Tanto Vadillo como otros españoles hicieron campañas serias contra los guajiros, indios muy valientes, consiguiendo en ellas algunos ventajosos resultados.

El gobernador García de Lerma que sucedió á Vadillo, gobernó bien la colonia de Santa Marta y atrajo emigrantes portugueses. En su tiempo llegó á la colonia el alemán Ambrosio Alfinger, que andaba por Venezuela con autorización del rey de España. Alfinger mandaba 200 españoles; y éstos, con ser unos desalmados, se horrorizaban de las crueldades llevadas á cabo por su jefe. No hubo para los indios mayor déspota, ni se vió en América un hombre tan malvado, tan perverso como Alfinger. Hizo con los pobres indios verdaderas hecatombes, sacrificándolos por capricho y con encarnizamiento. En una de sus cruentas campañas recibió en el cuello una herida de la cual murió. Se sospecha que fué herido por uno de sus soldados.

García de Lerma hizo también diversas expediciones al interior, y con buen éxito; pero al fin lo derrotaron. Las derrotas se repetían con frecuencia para los españoles; los indios taimaros como los guajiros y los guajiros como los demás, dieron mucho trabajo á los primeros conquistadores de la región que baña el Magdalena.

En aquella época, y entre los afanes consiguientes á una guerra constante y desastrosa, acometieron los españoles una empresa difícil y arriesgada: la de explorar el río Magdalena. Este empeño se le confió al portugués Jerónimo de Melo, que remontó dicho río en 1532 llegando á 35 leguas de la desembocadura. El conocimiento de una vía fluvial tan importante era utilísimo á los españoles; pero las operaciones se paralizaron algún tiempo, no sólo por el incendio que casi destruyó el pueblo de Santa Marta, sino por que muchos de los habitantes abandonaron el país seducidos por el espejismo de las inmensas riquezas que esperaban ganar en el Perú.

Á los cuatro años de lucha, no había logrado más el gobernador García de Lerma que algunos adelantos en el conocimiento de la geografía de la región. En 1532 le sorprendió la muerte.

García de Lerma tuvo por sucesor á Infante, que no hizo cosa alguna de provecho; á este abogado le siguió en el mando un oficial llamado Bezos, que no hizo mucho más. Encerrado en Santa Marta ó haciendo correrías inútiles contra los indios envalentonados, estaba ya entre los linderos del desamparo y la desesperación, con su escasa gente muriéndose de hambre y sumida en la desnudez y la miseria, cuando llegó al país el nuevo gobernador Pedro Fernández de Lugo.

Era Fernández de Lugo descendiente del conquistador de Tenerife y adelantado él mismo de Canarias. Solicitó y obtuvo de Carlos Quinto, *por dos vidas,* el nombramiento de adelantado en Costa Firme, y en 1535 desembarcó en Santa Marta con una expedición compuesta de 1,500 infantes y

200 jinetes. Durante la travesía, en un día de tempestad, se les cayó un hombre al agua y no fué posible recogerlo. Imagínese la sorpresa de sus compañeros cuando al llegar á Santa Marta se lo encontraron allí. Recogido por un galeón extraño cuando llevaba tres horas en la mar, llegó á Santa Marta dos días antes que sus compañeros. De este aventurero extraordinario dice Juan de Castellanos en sus *Varones ilustres de Indias :*

> Y vieron pasear por la ribera
> Mozo gentil en Málaga nacido,
> Que se dijo Gonzalo de Cabrera,
> Soldado del ejército florido,
> Que les cayó á la mar estando fiera
> Y no pudo ser dellos socorrido,
> Pues por ser aquel tiempo tan terrible
> Amainar pronto no les fué posible.

Esta expedición de Lugo era la más lucida, la nejor vestida y equipada que había desembarcado n América; los soldados eran casi todos (1) isleños le Canarias, de muy buena presencia, de buen nimo y de mucha disciplina. Acompañaban á Lugo n esta expedición personas distinguidas de las siete slas Canarias, entre ellas su primogénito Luis Fernández de Lugo, Francisco Baamonde, Alonso Benítez de las Cuevas y otros muchos que sería prolijo numerar. Le acompañaba igualmente, con el título e Justicia mayor de la colonia, un abogado granaino que se llamaba Gonzalo Jiménez de Quesada, quien le estaba reservada la gloria de ilustrar su

(1) Según Viera, salieron de Canarias en esta expedición)0 voluntarios « de Tenerife, la Palma y demás islas ».

nombre con las más grandes proezas y de ser el verdadero conquistador de aquellas magníficas regiones.

Los historiadores describen el contraste que formaban las lujosas tropas del adelantado con los harapientos defensores de Santa Marta, cuya miseria, aunque gloriosa, no podía ser más deplorable.

Fernández de Lugo emprendió desde luego las operaciones; y aunque los indios le opusieron una resistencia vigorosa, consiguió varias veces derrotarlos; pero pronto supieron él y sus soldados lo que era guerrear en Costa Firme, pues conocieron el hambre, la sed y los rigores del clima, no tardando mucho los canarios en verse tan andrajosos como sus predecesores en aquella tierra. En una columna mandada por Luis Fernández de Lugo, hijo del adelantado, se murieron de hambre veinte hombres.

Conocidas las dificultades de la empresa, no tardó Lugo en cambiar su plan de operaciones. Resolvió, pues, internarse en el país por la arteria fluvial del Magdalena y llegar hasta su nacimiento si esto le era posible. Al efecto organizó una columna de 700 hombres y la puso á las órdenes de Jiménez de Quesada. Éste salió de Santa Marta el 6 de abril de 1536, llevando consigo cierto número de barcos para poder navegar por el caudaloso Magdalena. La infantería se dirigió por tierra hacia Tamalamaque, en la orilla del río, donde debía reunirse la escuadrilla de Quesada. En la boca del Magdalena se perdieron tres de las embarcaciones, pero Quesada penetró en el río con las que le quedaban y alguna de refuerzo que recibió de Lugo.

El intrépido Quesada colocó en los barcos sus

ıeridos y enfermos, y él avanzó por tierra apoyando ıu derecha en la margen del río para mantenerse ːon sus naves en constante comunicación. Á vanguardia marchaba una partida de monteros encargada de abrir paso entre las espesuras de los ːnmarañados é impenetrables bosques. Los padecinientos de aquella marcha son indescriptibles, son ːasi inconcebibles para quien no conozca las selvas mericanas: calores tropicales, pantanos peligrosos, iebres causadas por emanaciones pútridas, multitud le insectos que desconcertaban á los hombres, aimanes y tigres que los atacaban.

« Cubiertos van de llagas y de granos,
» Se los comen en vida los gusanos
» Sin poderse valer de pies ni manos (1). »

' sobre todo esto, la incertidumbre, la ignorancia ıás completa acerca del porvenir. La tropa algunas eces desmayaba; pero Quesada sabía comunicarle ı ardor, pues él no perdió nunca la fe ni el entu-.asmo.

Y pasaban días, y pasaban meses, y la tropa marıaba, marchaba siempre en persecución de lo esconocido. Llegaron las lluvias, que son terribles ı aquellas regiones tropicales; hubo inundaciones ıe se extendieron á mucha distancia, anegando los ɔsques; la marcha se hizo imposible. Entonces uesada resolvió campar, disponiendo que las naves ɔntinuaran remontando el río.

En el campamento se padecieron enfermedades rribles, siendo imposible dar sepultura á todos

(1) Juan de Castellanos, *Elegías de Varones ilustres de Indias.*

los cadáveres; y hartos los caimanes de devorar cuerpos muertos, atacaban á los vivos que apenas podían dormir ni reposar. Los soldados estaban ya más desnudos que los indios; de los uniformes tan vistosos con que habían desembarcado, no les quedaba ni el recuerdo.

Muchos soldados querían retroceder, pero Quesada se opuso. Eligió doce hombres de los más resueltos, y les mandó que apartándose del Magdalena remontaran las aguas del Opón. No tardaron en volver, diciendo que habían encontrado senderos en las montañas, señales de población y tierras en cultivo. En aquella dirección movió Quesada su tropa, después de embarcar á los enfermos para que por el río se fueran á Santa Marta. Su columna de 700 hombres quedaba reducida á 140 infantes y 62 jinetes un año después de haber salido con ella de Santa Marta; pero siguió su marcha con resolución, pues era hombre que no conocía los desalientos.

Y trepó montañas, y cruzó torrentes, y llegó á las mesetas centrales habitadas por tribus semicivilizadas dispuestas á resistir. Al descender de las montañas de Opón, los españoles se vieron atacados por los indios; pero el número, única ventaja de éstos, no podía triunfar de la táctica, el armamento y los caballos de los españoles. Por otra parte, los indios del interior no parecían tan valientes como los del litoral.

Al llegar los españoles al valle de Bogotá, quedaron sorprendidos al ver tantos campos cultivados, pueblos de consideración y caminos perfectamente trazados que atravesaban el hermoso valle en toda su longitud. Por fin llegaron los españoles al pueblo de

Muquetá, residencia del *zipa* y capital de todo el erritorio de los muiscas; pero el pueblo estaba nteramente desierto.

No sin combatir, conquistó Quesada el reino de os *zipas* que comprendía poco más ó menos el actual Estado de Cundinamarca en la república de Co-ombia; también hubo de pelear para hacerse dueño el reino de los *zaques*. El caudillo y su gente de-nostraron mucho arrojo, pero no dejaron de cometer xcesos reprensibles. Se apoderaron con avidez y on violencia del oro y las esmeraldas que eran ropiedad de los indígenas; fueron tan rapaces como mayoría de los conquistadores, aunque no tan nhumanos como lo fueron muchos. La conquista e Bogotá se realizó en 1537.

De aquella planicie partieron destacamamentos en odas direcciones. El capitán Céspedes con 55 hom-res obtuvo una victoria sangrienta sobre los feroces anches, que vivían más al sur, entre los rios Mag-dalena y Fusagasugá. El capitán San Martín exploró on 30 hombres las inmensas y riquísimas llanuras ue todavía se llaman los Llanos de San Martín. El ueblo de Tunja fué tomado á viva fuerza por uesada mismo, y saqueado, el 20 de agosto de 37.

Quesada echó los cimientos de la bella ciudad e es capital de Colombia y la denominó *Santa Fe Bogotá*. Como era granadino, á los países con-istados por él los llamó *Nueva Granada*.

La empresa de Quesada parece fabulosa; la debió su inteligencia y á su esfuerzo, pero también al ncurso de su indomable tropa y á la pericia de stres oficiales que ya se habían distinguido por s hazañas en Europa y en América. Baste decir

que entre los conquistadores de Bogotá formaban Diego de Urbina, Juan de San Martín, Gonzalo Suárez Rendón, Juan del Junco, Juan Chamorro, Juan de Céspedes, Antonio Díaz Cardoso, Velásquez de Velasco, Fernández Valenzuela, Benítez de las Cuevas, Diego de Cardona, Francisco Baamonde y Antonio de Lebrija.

—

Con independencia de Quesada, contribuyeron otros capitanes á llevar á cabo la conquista de lo que hoy es Colombia. En regiones tan extensas, los conquistadores operaban sin estorbarse ni ayudarse los unos á los otros, sin comunicarse, y hasta sin saber los unos que los otros existían.

Al mismo tiempo que el osado granadino conquistaba los grandes territorios de la parte oriental del Magdalena, hacía otro tanto Heredia en la parte occidental. Pedro de Heredia, que ya se había distinguido por su indomable valor en varias expediciones y campañas y que era muy experto en las guerras de América, obtuvo licencia de Carlos V para conquistar y colonizar la zona comprendida entre el Magdalena y el istmo de Darién. Reunió en Sevilla 150 hombres, hizo construír una embarcación ligera para el reconocimiento de los ríos y salió de Cádiz en 1532. En Puerto Rico y en Santo-Domingo enganchó aventureros aclimatados, y en 1533 desembarcó en el continente, en una bahía á la que se dió el nombre de *Cartagena*, fundando allí la ciudad que todavía conserva el mismo nombre. Tuvo que batallar rudamente con los indios, sometiendo unas tribus por la fuerza y otras por la di-

lomacia. En 1534 recorrió una gran parte del valle
el Zenú y, penetrando en las escabrosidades de los
ıontes, soportaron con valentía él y sus hombres
.s rudas inclemencias y las tempestades tropicales;
ero al fin volvieron á Cartagena cargados de rique-
ıs, aunque macilentos desharrapados, escuálidos, y
ı un estado verdaderamente lastimoso. Los teso-
ıs conquistados procedían de las sepulturas indias
ı las que encontraron mucho oro. Entre los te-
entes del indómito Heredia, no hubo ninguno que
distinguiera tanto como un portugués llamado
ésar.

Pero ni Heredia, ni César, ni Alfinger, ni el mismo
ıgo llegaron nunca á la altura de Jiménez de Que-
da; éste fué el verdadero conquistador de las re-
ones más difíciles de conquistar. Quesada tuvo á
.s órdenes soldados de pujanza irresistible y de
ıgular abnegación, entre ellos Maldonado, que en
ıa batalla le salvó la vida sacrificando la suya y
ırándose milagrosamente. Digno es también de
r citado el esforzado Lázaro Fonte, que apoderán-
se del zipa en Cajicá, lo asió por los cabellos
ando estaba en medio de los suyos y lo levantó
mo si fuera una paja.

El país conquistado por Quesada fué recorrido en
las direcciones por fuerzas procedentes de distin-
puntos. Allí se reunieron al conquistador el ca-
án extremeño Benalcázar, que venía del sur des-
és de haber conquistado el reino de Quito, y el
ranjero Nicolás Federmán, que procedía de Ve-
zuela y empleó tres años en su viaje á través de
páramos y de los montes.

Pedro Fernández de Lugo había muerto en Santa
rta, « rico de reputación, pero tan pobre de otros

bienes que se vendieron hasta las camisas para pagar á sus soldados (1). » Éstos por su parte habían realizado las hazañas prodigiosas que refieren los historiadores de las Indias (2). Jiménez de Quesada, que era entre aquellos soldados el más ilustre de todos, se dirigió á España para solicitar el nombramiento de gobernador, que no le fué conferido por habérsele otorgado ya á Luis Fernández de Lugo, hijo de su predecesor.

La conquista de Costa Firme es una de las más extraordinarias llevadas á cabo por los españoles en América; pasados algunos siglos parecerá fabulosa, tan fabulosa ó más que la de Méjico. No sin motivo dice un escritor (3): « Si la invasión del nuevo mundo se hubiera fundado en un derecho legítimo; si los horrores de una guerra contra pueblos pacíficos no ofendieran á la razón y á la justicia; si el yugo impuesto á hombres libres de cuya ambición nada se podía temer no fuese un ultraje á la humanidad y una violación del derecho de gentes, los conquistadores de América merecerían ser colocados en el rango de los semidioses con título más justo que los héroes de la antigüedad y sin que la fábula usara de sus derechos para exagerar los hechos y las virtudes. »

Conquista de Venezuela. — Las costas de Venezuela habían sido visitadas por muchos exploradores desde que Colón las descubriera. Algunos habían desembarcado para cautivar piráticamente

(1) Viera y Clavijo, *Historia de Canarias.*

(2) Piedrahita, *Historia de la conquista del Nuevo reino de Granada.*

(3) Depons, *Voyage à la terre ferme.*

los indios que las habitaban, los cuales eran
ndidos como esclavos en la Española y en Cuba.
eda y Ocampo hicieron atrocidades en aquella
sta. El padre Bartolomé de las Casas, protector de
s indios, quiso practicar allí, sin resultado, su
sayo generoso de una conquista pacífica. Pero la
nquista verdadera se emprendió más tarde.

Era tan grande y tan justa la irritación de los
dios con los extranjeros, que las misiones fueron
sgraciadas muriendo asesinados algunos misio-
ros.

La audiencia de Santo-Domingo dispuso en 1523
e el capitán Castellón pasara á Cumaná, para
tablecer una colonia y castigar los atentados que
s Indios cometieran. Castellón se condujo con pru-
ncia, fundó una población, estableció una pesque-
. de perlas y no se alejó del litoral.

Pero repitiéndose á menudo los criminales aten-
dos de los traficantes de esclavos, que eran el
te de los indios, las autoridades de Santo-Domingo
vieron obligadas á reprimir aquel tráfico ilegal y
ioso. El capitán Ampués, con 60 soldados, fué el
cargado de perseguir la trata, pasando á situarse
las playas del país.

Ampués no se limitó á impedir los desembarcos
los pérfidos mercaderes de hombres, sino que,
diante un concierto con el cacique Manaure, tomó
sesión de algunos terrenos favorables y fundó el
eblo de *Coro* en 1527.

El capitán Ampués se proponía realizar una con-
ista lenta, pero humana y pacífica. No á la ma-
ra del padre las Casas, que pretendía conquistar
n misioneros armados de crucifijos, sino con bue-
s colonos que se fueran estableciendo para vivir

en paz en el país, aunque bien armados por si acaso.

Los proyectos pacíficos de Ampués fracasaron totalmente por efecto de una disposición de Carlos V. El rey de España había concedido la conquista de Venezuela á una compañía alemana establecida en Ausburgo, la de los Welser, que era quizá la casa de comercio más rica de todo el mundo. Los Welser querían conquistar el país de Venezuela por su cuenta y riesgo y en concepto de especulación puramente mercantil, y como habían prestado fuertes sumas el rey-emperador, obtuvieron la concesión que pedían mediante las siguientes condiciones : « La Compañía se obligaba á equipar cuatro navíos para conducir 300 españoles y 50 alemanes, y á fundar en Venezuela dos ciudades y tres fortalezas en el término de dos años; el rey les concedía todo el territorio comprendido entre Maracapana y el cabo de la Vela con facultad de internarse en el continente cuanto pudieran ó quisieran, cediéndo- además una parte de los derechos que cobraba la corona por la explotación de minas y la facultad de *reducir á la esclavitud á los indios que no quisieran someterse al vasallaje.* »

Los Welser nombraron gobernador á Ambrosio Alfinger y teniente á Jorge Seyler, dos personajes que eran agentes en España de la poderosa compañía. Llegaron á Coro en 1528, y presentaron á Ampués las órdenes que tenían para que se les hiciera entrega. Ampués entregó el mando y se retiró á Santo Domingo.

Para los alemanes, que no eran movidos por ambición de gloria ni por fanatismo religioso ni por patriotismo, las minas era lo único importante. Co-

liciaban el oro del Nuevo Mundo con mas afán y on más vivas ansias que los españoles. Su primer uidado fué tomar informes sobre las riquezas del aís, y cuando Alfinger se convenció de que Veneuela no era un Méjico, adoptó el sistema de apresar ndios para venderlos luego como esclavos. La conuista de Venezuela, por lo tanto, fué al principio na especulación mercantil del peor género, tan epugnante en sus fines como en su ejecución.

Alfinger no tardó mucho en emprender su marcha l interior del país, dejando en Coro una pequeña arte de la fuerza al mando de Seyler, que era su egundo; pero antes de internarse exploró toda la osta de Coro y el lago de Maracaibo. En Maracaibo ejó otro destacamento, y entró resueltamente en el aís con más de 200 hombres. Era el año de 1530.

Los servicios prestados por Alfinger á la ciencia eográfica fueron excelentes; pero en cambio no restó ninguno á la civilización, pues era enemigo e la humanidad. Su gente era tal vez la más vil ue salió de España para América, y sin embargo él ra peor que el más malo de los suyos. « Apoderado e su alma un furor insano que degeneraba en frenesí, señaló por todas partes su paso con el robo, el omicidio y el incendio (1) ».

El audaz y cruel explorador recorrió gran parte el país, estudiando prolijamente la topografía de s localidades y sembrando entre los indios el esnto y la desolación. No permaneció en los límites ue se le habían señalado, pues penetró en territoos que no le correspondían y llegó hasta el agdalena. En todas partes encontraba resistencia,

(1) Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela.*

pero también hallaba lo que quería : prisioneros y oro. Estuvo algunos meses en el valle Dupar, donde con sus infamias casi exterminó á los indios; los que no murieron se expatriaron. Llevaba consigo filas de indios cargando los víveres y los equipajes, y todos iban atados por el cuello con una misma cuerda; como la cuerda formaba para cada cabeza un anillo á lazo, no era posible soltar á uno sin empezar por el primero de la fila; por eso cuando un indio se cansaba, le hacía cortar la cabeza, ya que no se la cortara él mismo, sin deshacer la cadena ni hacer alto.

Los indios que vivían cerca de la pintoresca laguna de Zapatosa, aterrados por la conducta de Alfinger, huyeron en sus canoas para esconderse en las islas. El tirano los persiguió con su gente de á caballo, haciendo volcar las frágiles canoas y ahogando á los indios ó acuchillándolos sin compasión.

Una vez, para descargar á sus soldados del peso y el cuidado del botín, destacó 25 hombres que habían de llevar á Coro los prisioneros indios y el oro arrebatado. Las penalidades que sufrieron aquellos individuos, fueron horrorosas ; de los veinte y cinco, sólo uno llegó á Coro; los demás perecieron de hambre en las soledades espantosas, después de haber degollado uno tras otro á los pobres indios prisioneros y de habérselos comido.

Tres años enteros fué terror de los indígenas el infame agente comercial y militar de la compañía germánica; pero á la vuelta á Coro tuvo un encuentro con los naturales del valle de Chinacota, en el cual perdió la vida. No se sabe de cierto si lo mató un indio ó alguno de sus soldados.

Á la muerte de Alfinger, se puso al frente de la

onia bélico-mercantil de Venezuela otro sujeto
mán cuyo verdadero nombre nos es desconocido;
toriadores y cronistas lo nombran Juan Alemán.
.e no salió nunca de Coro, no sabemos si por
ıtía ó por otras causas; pero los subalternos,
mados en la escuela del difunto Alfinger, conti-
aron apresando desventurados indios para escla-
arlos ó para venderlos.

.a casa Welser no sacaba del negocio todo el
ıvecho con que había soñado, y relevó al pacífico
ın Alemán. En 1533 confió el gobierno á Jorge
ira, alemán igualmente, dándole por segundo
; un compatriota : Nicolás Federmán. Reclutados
ı hombres en españa y en las islas Canarias, llegó
a expedición á Venezuela en 1534.

.a campaña de Spira fué penosa, pero la sostuvo
co años; al volver á Coro en 1539, sólo tenía la
ırta parte de la gente con que la emprendió.

'edermán operaba separadamente; sus viajes de
ıloración fueron de suma importancia para la
ɔgrafía, y al mismo tiempo fecundos en peripe-
s y padecimientos. Evitaba Federmán con singu-
empeño todo encuentro con Spira, pues no an-
ɔan de acuerdo; alejándose de su huella y proba-
mente de sus órdenes, llegó al territorio de los
.iscas en 1538 después de una marcha de tres
ɔs. Ya hemos dicho que en aquellas comarcas se
ınieron Quesada, Federmán y Benalcázar.

'edermán no quiso volver á las órdenes de Spira,
edió su gente á Jiménez de Quesada mediante
ı remuneración de 10,000 pesos.

Spira murió en Coro en 1540; Federmán murió
steriormente, en España.

Muerto Spira, se encargó del mando otro alemán

llamado Felipe Uten. Éste salió á campaña cc 130 hombres; su intento era descubrir la regió fabulosa de *El Dorado*.

Pedro Limpias, soldado valeroso que había se vido á las órdenes de Federmán, volvió de Bogot contando maravillas de un país imaginario llamad El Dorado por los españoles. Para descubrirlo y cor quistarlo, salió Uten de Coro en 1541. Su peregrina ción duró cuatro años, en los cuales recorrió paíse desconocidos, regiones inexploradas, inmensas e tensiones; pero *El Dorado*, aquel país en que abur daba el oro como en el mar la arena, se alejab cada vez más ó no existía. En estos viajes fuero muchos los padecimientos, en medio de los cuale dió pruebas el caudillo de energía sobrehumana. los indios los trataba con benevolencia, no pare ciéndose en nada á sus compatriotas y mucho me nos á Alfinger. Sin embargo, fué asesinado en 154 al regreso de la expedición por dos de sus subalte nos. « Ningún capitán de cuantos militaron en la Indias, dice el historiador Oviedo y Baños, ensan grentó menos la espada, pues sólo movió su mode ración la guerra cuando no halló otro medio d conseguir la paz. »

Hernán Pérez de Quesada, hermano del conquis tador de Bogotá, y otros varios oficiales españoles emprendieron también la ilusoria conquista de E Dorado. Esta ilusión, dice Humboldt, « era una fan tasma que parecía huír de los españoles y que n cesaba de llamarlos ». Tan penosísimas expediciones continuaron repitiéndose durante medio siglo tan arraigada estaba en los españoles la idea de l existencia del Dorado y tal era su apego á lo maravilloso.

La compañía Welser no cumplió su compro-
iso; de los artículos del célebre contrato con Car-
s V, sólo tuvo cumplimiento el de apresar indios
venderlos como esclavos. Ni la compañía ni sus
;entes fundaron una sola población, pues la de
)ro había sido fundada por Ampués antes que los
emanes llegaran al país. Sólo Carbajal, uno de los
esinos del bondadoso Uten, fundó el pueblo de
)cuyo para sustraerse á las persecuciones de la
sticia. Los otros no hicieron más que cambiar los
ombres de algunos ranchos de indios.

En vista de tan pobres resultados se suspendió el
ivilegio. Y dice un historiador: « Los diez y ocho
ios que Venezuela estuvo bajo la dominación de
compañía alemana, causaron una despoblación y
ia miseria tan grandes que se elevó por todas par-
s un grito de indignación contra el gobierno de
uellos extranjeros. Los campos estaban yermos,
oro se había convertido en un mercado de escla-
s, los indios que escapaban de la servidumbre
taban huídos en los montes; ningún asiento de
igen alemán se había hecho en parte alguna; los
pañoles se veían entre sí divididos y el odio con-
a la compañía era causa de infinitos desórdenes. »

Por censurable que sea el sistema de los españoles
sus conquistas de América, era muy preferible al
los alemanes. « Si los castellanos anhelaban
incipalmente el oro de las minas, buscaban tam-
én un lugar donde establecerse con mayores co-
odidades que las que poseían en España. De aquí
s repetidas fundaciones de ciudades y los cons-
ntes repartimientos de tierras entre los conquis-
dores. Ellos cuidaban de la propagación de ani-
ales útiles, del cultivo de las semillas y plantas

europeas, y aun en medio de las atrocidades c
que iban señalando la conquista, se les veía prest
particular cuidado á la organización y gobierno
la colonia. Los alemanes procedieron de muy di
tinta manera en Venezuela. Agentes de una com
pañía de comercio que trataba sólo de sacar grand
provechos en el menor tiempo posible, ellos n
pensaron en colonizar ni en organizarse sino sólo
negociar vendiendo indios (1). »

Hizo bien Carlos V en suspender el privilegio
los Welser; hubiera hecho mejor en no otorgarl
Al suspenderlo en 1546, envió por gobernador y c
pitán general de la provincia al licenciado Ju
Pérez de Tolosa, hombre desinteresado, prudente
instruído. Comenzó Tolosa por prender á Carbaj
en Tocuyo, sometiéndolo á juicio por el asesina
de Uten y haciéndole pagar su crimen en la horc
Fundó colonias, repartió con equidad las tierras,
si también hizo repartimientos de indios, no fu
para ser vendidos como esclavos sino para que ayu
daran á cultivar las tierras.

Tolosa tardó poco en morir, siendo sustituído po
Villegas que fundó en 1552 la ciudad de *Nueva Se*
govia (hoy Barquisimeto) en recuerdo de su ciuda
natal. Villacinda fundó la ciudad de *Valencia* e
1555. Un año más tarde fundó García de Paredes un
ciudad con el nombre de *Trujillo*, en memoria d
su patria. Este García de Paredes mostró en la
guerras de América el valor que había heredado
pues era hijo de aquel extremeño hercúleo y vale
roso que tanto había sabido distinguirse en las cam
pañas de Italia.

(1) Barros Arana, *Compendio de Historia de América.*

El sistema de conquista por la colonización fué practicado más que en parte alguna en Venezuela; en ninguna parte fundaron los españoles tantos pueblos durante la conquista; cuatro ó seis docenas de españoles servían de núcleo para formar una ciudad; repartidos los solares se nombraba un cabildo. Caracas, hoy capital de Venezuela, no se fundó hasta el año de 1560 como habremos de ver más adelante.

Una de las exploraciones más importantes realizadas en el período de la conquista, fué la del *Orinoco*. Descubiertas sus bocas por Colón, fué recorrido años después por el insigne Diego de Ordaz, natural de Castroverde (León). Alfonso de Herrera penetró hasta el *Meta*, perdiendo mucha gente en los combates y por falta de víveres. Quizá el explorador que mas méritos hubo, fuese Jerónimo de Hortal, natural de Zaragoza. Este salió de España para las Indias, porque le parecía poco para él hacer la guerra en Italia y batirse con franceses que, como él decía, « no tenían las armas envenenadas y no eran ni siquiera antropófagos ». Llevó una expedición de castellanos y andaluces, que reforzó en Canarias, pues como dice Juan de Castellanos en sus *Varones ilustres de Indias* :

En Tenerife fué principalmente
Donde se le allegó copiosa gente.

La gente de Hortal padeció y peleó mucho en Trinidad y Guayana.

Conquista del Perú. — La conquista del Perú es una conquista épica. ¡Lástima grande que los con-

quistadores la mancharan con sus crímenes! *Culpas del tiempo son y no de España*, dijo el poeta; y aunque esto no los limpia de responsabilidad ante la historia, lo cierto es que los invasores del Perú, iletrados en su mayoría, tienen la disculpa en su propia ignorancia y en la de su tiempo. Europa acababa de salir de la brutal Edad-media; España, después de una lucha secular con los hijos de Mahoma, era presa del fanatismo cristiano; los conquistadores en general eran soldados oscuros y el mismo Pizarro no sabía leer. Con todo, los crímenes de los españoles en América en la primera mitad del siglo décimosexto, no exceden ni aun igualan á los cometidos en el décimonono por los ingleses en la India y en Australia, por los alemanes en sus fáciles conquistas de África, por los italianos á orillas del mar Rojo, y aun por los franceses en las costas de Indo-China. En la misma Europa de estos días hemos presenciado humanas hecatombes nunca igualadas por los españoles en América. En París, centro de la civilización universal, cuando quiso el pueblo de París en 1871 tener lo que tienen hace siglos todas las ciudades fundadas en América por los españoles y todos los pueblos cultos, es decir, un cabildo popular, fué tan bárbara la represión que pasaron de 40,000 los hombres y mujeres fusilados.

Pero hablemos ya de la conquista.

Vasco Núñez de Balboa parecía ser el hombre destinado á conquistar los pueblos del Pacífico; su muerte en un cadalso retrasó la empresa. Pero ya había hecho algunas excursiones por la costa desde el golfo de San Miguel hacia la parte sur. Pascual de Andogaya costeó también el mismo litoral en 1522, llegando hasta el río *San Juan*. Las noticias

·ecogidas por Andogaya alentaron á Francisco Pi-:arro y Diego de Almagro, y asociándose éstos con ·l clérigo Hernando de Luque (1) se aprestaron á ıuevas aventuras on el continente.

Francisco Pizarro nació en Trujillo, ciudad de ·xtremadura. Era hijo natural del coronel Gonzalo ·izarro, siendo su madre una mujer de humilde ondición. En su juventud se dedicaba á guardar erdos, hasta que un día se presentó en Sevilla y se listó para servir en América. Otros dicen que antes e marchar á América se batió en Italia. Sea como uiera, en 1510 se encontraba ya en el Nuevo Mundo aciéndose notar en diferentes campañas por sufrido, ıliente, constante y vigoroso.

Su socio Almagro era asimismo un valiente, na-ıral de Almagro en la Mancha, hijo de un pobre brador según dice Gonzalo Fernández de Oviedo ıe lo trató con mucha intimidad. Otros dicen que a expósito. De todos modos, gozaba de simpatías ıtre sus compañeros por su carácter abierto, franco generoso, en lo cual se distinguía de Pizarro, que a reservado, cauteloso y muy calculador.

Los dos soldados, igualmente rudos é ignorantes es no sabían ni leer, estaban unidos por amistad ıy estrecha aunque sus caracteres no se pare-ın.

Luque obtuvo licencia de Pedrarias para una ex-dición por el Pacífico, y los tres socios empezaron s aprestos con una actividad impropia de la edad e ya tenían, pues Pizarro que era el más joven saba de los cincuenta.

) Pizarro y Almagro necesitaban lo que llamamos hoy un o capitalista, pues ellos tenían heridas pero no dinero. Luque su nombre, pero el dinero lo daba el juez Espinosa.

Pizarro zarpó de Panamá en 1525, llevando cien hombres en una pequeña nave. Almagro salió después con sesenta aventureros más.

Los sufrimientos del viaje de Pizarro fueron desmedidos, pues todo se conjuraba en contra. La estación era la peor del año; empezaban las lluvias de los trópicos y había que temer las inundaciones de los ríos. Con grandes dificultades llegó la expedición al puerto de *Piñas,* donde desagua el río *Birú* ó *Pirú*, del cual procede el nombre de Perú (1). Con la crecida del río, aquel terreno era un inmenso pantano. Los expedicionarios tuvieron que pasar hambre, y al internarse los atacaron los indios obligándolos á retirarse.

Poco después desembarcaba Almagro con sus 60 hombres; Pizarro estaba más lejos, y aquél hubo de defenderse de una acometida muy briosa de los naturales. Almagro, pues, se tuvo que reembarcar habiendo perdido un ojo de un flechazo. Después de muchas é ingratas peripecias, pudieron reunirse las dos expediciones en el puerto de Chicama. Allí convinieron en que Pizarro se quedara con la fuerza, volviéndose Almagro solo á Panamá en solicitud de nuevos elementos.

Eran éstos difíciles de reunir, pues aparte la oposición de Pedrarias, los habitantes del istmo se burlaban de la empresa, negaban la existencia de naciones ricas en el sur y nadie quería por el momento embarcarse.

Es imposible que en un compendio demos cuenta de los episodios, algunos interesantes, del período

(1) En los primeros tiempos de la conquista, los españoles denominaban Perú, Pirú ó Pirul á todas las tierras del Pacífico. El puerto de Piñas dista bastante del actual Perú.

á que nos referimos. Sólo diremos que hallándose Pizarro con su gente pasando privaciones inauditas en la isla del *Gallo*, se trasladó en una balsa á otra isla más segura situada 25 leguas al norte de la primera y que él llamó *Gorgona.* Allí pasó con sus hombres siete meses mortales en la más ansiosa expectativa.

Pedro Ríos, nuevo gobernador de Panamá, despachó al piloto Bartolomé Ruiz (que ya había navegado por el Pacífico hasta pasar la línea equinoccial), para que recogiera á Pizarro y á su famélica tropa llevándolos de nuevo á Panamá. En su situación desesperada, aquel barco debió parecer á la gente de Pizarro un auxilio de la Providencia; en efecto, la mayor parte de aquellos hombres enfermos y demacrados se alegraron mucho al recibir la orden y se dispusieron á embarcar. Pizarro empero declaró muy alto que él había pedido auxilio, no para volver á Panamá, sino para conquistar el imperio del Perú. Y trazando una línea con su espada, de levante á poniente, en la arena de la playa, dijo á los aventureros señalando al sur : « Por aquí se va al Perú, á ser ricos »; y en seguida, señalando al norte : « Por ahí se va á Panamá, á ser pobres. » La mayor parte prefirió volver á Panamá; pero hubo trece valientes que pasaron la raya sin vacilación; cada uno de ellos se sentía capaz de conquistar el Perú. La historia ha recogido sus nombres; helos aquí :

Bartolomé Ruiz, Cristóbal Peralta, Domingo de Soria, Pedro de Candia, Francisco de Cuéllar, Nicolás de la Ribera, Juan de la Torre, Pedro Alcón, Martín de Paz, Alonso Briceño, Alonso de Molina, Antón de Carrión y García de Jarén (canario).

Con Francisco Pizarro eran catorce; y tenían en frente... dos mil leguas de costa, la cordillera de los Andes y el imperio de los Incas. — Eran catorce descamisados dignos de la epopeya homérica. — La quijotada fantástica del manchego imaginario atacando á los molinos de viento, es menos típica, menos española, menos sublime que esta real y efectiva quijotada.

El piloto Bartolomé Ruiz era uno de los trece; pero Pizarro le dijo que volviera á Panamá para conducir á los desengañados y traerle gente decidida. No tardó Ruiz en volver con el pobre refuerzo de algunos voluntarios, en un buque de pequeño porte. En el mismo buque zarparon de la isla aquellos conquistadores, haciendo rumbo al sur.

Después de un viaje de reconocimiento por la costa y de haber divisado varios pueblos, entró la nave en la bahía de Tumbes. Los castellanos quedaron sorprendidos al ver allí grandes muestras de civilización. Á Pizarro no le quedaba duda, ni á sus compañeros, de que habían llegado al imperio de los Incas.

Continuaron sus exploraciones hasta el puerto de Santa; y adquiridas por Pizarro las noticias convenientes, emprendió el caudillo la vuelta á Panamá á fines de 1527. Llevaba consigo muestras de la civilización indígena y dos ó tres peruanos; uno de éstos, que fué bautizado con el nombre de Felipe y á quien los españoles llamaban Felipillo, desempeña un papel muy importante en la historia del Perú.

Pizarro dejó en Tumbes á dos de sus compañeros, Ginés y Molina, para que aprendieran el idioma de los naturales y en lo sucesivo pudieran servir de intérpretes.

Cuando Pizarro desembarcó en Panamá fué mal recibido por el gobernador. Le negó éste los auxilios que necesitaba; pero entonces, consultado el caso con Almagro y Luque, resolvió embarcarse para España á fin de presentarse á Carlos Quinto.

El 26 de julio de 1529 firmó la reina de España, en ausencia de su esposo, la memorable capitulación que aseguró la conquista del Perú y el porvenir de Pizarro. Obtuvo éste para sí los títulos de Adelantado, Gobernador y Capitán General, con autoridad casi absoluta, y con independencia completa del gobernador de Panamá en los países que descubriera del Perú ó *Nueva Castilla.* Para Luque obtuvo el nombramiento de obispo de Tumbes, y para Almagro el de gobernador de varias fortalezas que sería necesario construír. Por cierto que Almagro no quedó contento, y con razón.

En cambio de estas concesiones, Pizarro se obligaba á reclutar la gente y á conseguir los barcos, lo que le fué difícil, no obstante la ayuda pecuniaria y la protección de Hernán Cortés que se hallaba á la sazón en España y gozaba del mayor prestigio.

Pizarro estuvo entonces en Trujillo, su ciudad natal, en busca de aventureros para la conquista; se alistaron no pocos amigos y parientes, entre ellos sus cuatro hermanos Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro, y Francisco Martín de Alcántara que era hermano de madre solamente. « Todos eran tan orgullosos como pobres, dice Oviedo, y tan sin hacienda como deseosos de alcanzarla. »

En enero de 1530 salió Pizarro de Sevilla con sus nuevos compañeros de armas, llegando á Panamá después de un viaje feliz. En enero de 1531 zarpó de Panamá con tres embarcaciones, sin haber po-

dido reunir más que 180 hombres y 27 caballos. Almagro, á quien Pizarro cedió su título de adelantado, permaneció en Panamá para reclutar más gente.

Para llegar á su destino, tuvieron que soportar los expedicionarios muy grandes sufrimientos. Las corrientes los obligaron á desembarcar en el puerto de San Mateo, situado al norte de la línea equinoccial; desde allí continuaron su expedición por tierra, acompañados de las naves que no se alejaban de la costa para auxiliarlos en el paso de los ríos. Caminaban por un país desierto, cortado por los ríos y lleno de pantanos. Al fin llegaron á una ciudad que tomaron sin resistencia y en la que encontraron vasijas de plata y de oro. Más adelante, al pisar la isla de Puná en la boca del río Guayas, los indios les opusieron una resistencia más seria y aun obstinada.

Durante el viaje recibió Pizarro, por tres veces, refuerzos que venían de Panamá. En suma, 130 hombres con los cuales llegaron dos capitanes que gozaban en las Indias de gran reputación : Hernando de Soto y Sebastián Benalcázar. Reforzada la tropa con estos auxiliares, se continuó la marcha hasta llegar á Tumbes. Hubo un descanso, bien justificado después de tantas fatigas, y luego se prosiguió hasta el río de Piura donde Pizarro dispuso la edificación de una ciudad, que se llamó *San Miguel*, en junio de 1532.

El día 24 de septiembre ordenó Pizarro la marcha al interior, y la emprendió con 110 infantes y 60 jinetes después de haber dejado el resto de su tropa en la naciente colonia de San Miguel.

La marcha de los españoles á través de las mon-

añas fué maravillosa; pero lo que á ellos les mara-illaba era el sublime espectáculo de la naturaleza, ıródiga allí en barrancos, precipicios y desiertos mponentes, en desfiladeros ventajosos para la de-ensiva y en los que nadie, sin embargo, les oponía esistencia. Bien comprendió Pizarro que los perua-ıos obedecían á un plan, mas ya era tarde para etroceder. Querían en efecto que los invasores se nternaran mucho para exterminarlos.

Reinaba á la sazón Atahualpa, usurpador del im-ıerio de los Incas, y estaba prisionero el monarca egítimo, su hermano Huáscar. Atahualpa se hallaba n Cajamarca celebrando sus victorias. Confiado en u poder, había mandado que nadie se opusiera á la narcha de los españoles. Sabía que no pasaban de 00 hombres, y él contaba con todos sus ejércitos.

El 15 de noviembre de 1532 alcanzaron á ver los spañoles, desde las solitarias alturas de la sierra, ın valle hermosísimo : el de *Cajamarca*. En el alle existía la ciudad del mismo nombre, en sus ercanías se encontraba el Inca en una casa de ampo, alrededor de esta casa estaba el campamento el ejército.

Los invasores llegaron á la ciudad y la encontra-on desierta, acuartelándose en los mejores y mejor ituados edificios. « Algunas mujeres que habían uedado en el pueblo, dice un historiador, parecían nirarlos con aire de compasión como si supieran la riste suerte que les reservaba el inca. »

En la pequeña hueste de Pizarro se contaban algu-ıos veteranos aguerridos que habían tomado parte, a en conquistas anteriores, ya en las campañas de talia; no podía, pues, ocultárseles el peligro de su ituación. Pizarro mismo no trató un momento de

ocultarlo. Aquel puñado de hombres estaba cerca de un enemigo fuerte por el número; en caso de una derrota era imposible toda retirada; había necesidad de evitar una sorpresa, que parecía muy fácil dado el natural cansancio de las tropas. Recomendóse á la gente la más exquisita vigilancia y que no se alejara nadie de su puesto; y á fin de no perder tiempo, resolvió Pizarro apoderarse de la persona del inca imitando lo hecho en Méjico por Hernán Cortés.

Al efecto salieron de Cajamarca Hernando de Soto, capitán ilustre, y Hernando Pizarro, hermano del caudillo, con treinta jinetes que les servían de escolta. Llevaban orden de presentarse al inca en su mansión imperial, y de notificarle oficialmente de parte de Pizarro « que venía desde el otro lado de los mares, mandado por un rey muy poderoso, para estrechar amistad con el soberano del Perú. »

Hernando Pizarro y Soto cumplieron su cometido. Atahualpa los agasajó, despidiéndolos con el encargo de dar la bienvenida al jefe que los mandaba. Al mismo tiempo anunció que al día siguiente lo visitaría. En la entrevista les sirvió de intérprete el indio Felipillo.

Las noticias adquiridas por los emisarios y comunicadas á sus compañeros, nada tenían de tranquilizadoras. Los guerreros peruanos que acompañaban al inca parecían innumerables; por otra parte, los jinetes habían sorprendido en muchos ojos expresivas miradas de mal oculta ira. Los españoles pasaron la noche en vela, unos de avanzada, otros de guardia y varios haciendo rondas. Al amanecer oyeron misa, y Francisco Pizarro los arengó con franqueza no ocultando lo crítico del lance. « Debéis

acer fortalezas de vuestros corazones, les dijo, pues n ellos y en el socorro de Dios está toda nuestra efensa. Ataquemos con serenidad y con ímpetu, ue el triunfo será nuestro. »

Pizarro situó la fuerza en torno de la plaza; los os cañones con que contaba quedaron dentro de os edificios; él tomó una escolta de veinte soldados scogidos, para dar la primera acometida que sería ecundada por los otros.

Por su parte el inca preparó su ejército para ntrar en la ciudad. Según los historiadores, Atahualpa tenía consigo 30,000 hombres ó más. De nimo esforzado y varonil, de confianza ilimitada n sí mismos, de un desprecio á la muerte superior toda ponderación, dieron allí gallarda muestra los onquistadores al concebir la idea de apoderarse del ica. La idea fué de Pizarro; pero no le pareció teieraria á ninguno de sus héroes.

Al mediar el día 16 de noviembre de 1532 se puso n marcha el ejército de indios. Moviéronse en dirección á la ciudad con orden y concierto. Á vanuardia marchaban los honderos, seguían los hacheos, por último el grueso del ejército. Ya los prieros estaban muy cerca de Cajamarca, y todavía retaguardia con sus lanzas y picas no había acaado de salir del campamento. En el centro se disnguía la majestuosa figura de Atahualpa, condudo en riquísima litera que llevaban en hombros gunos de sus vasallos.

La comitiva imperial entró en la plaza de Cajaarca á la hora en que ya el sol con sus postreros ıyos doraba las alturas. Los indios desfilaron por elante de su templo del Sol, limpiando el lugar n que iba á ser colocada la imperial litera. Ata-

hualpa con mirada inquieta buscaba á los españoles invisibles; el primero que se le acercó fué fray Vicente Valverde con el crucifijo en una mano y el breviario en otra; díjole el fraile que, de orden de su jefe, iba á explicarle las doctrinas de la verdadera fe, para cuya propagación habían salido los españoles de su patria. En efecto, sirviéndose del indio Felipillo para la interpretación, engolfóse el fraile en una explicación de los misterios cristianos, explicación que Atahualpa no comprendería, pues lo mismo nos sucede á todos. Comprendió, sin embargo, cuando Valverde le dijo que el sumo pontífice había concedido al rey de España la soberanía del Nuevo Mundo, y cuando le pidió que se sometiera á Carlos Quinto. « No quiero ser tributario de ningún rey, exclamó Atahualpa; yo soy más poderoso que todos los príncipes del universo. » Y al decir esto arrojó al suelo el breviario que le había dado Valverde; y que él no hubiera entendido, pues estaba en lectura al mismo nivel de Almagro y de Pizarro.

El fraile se enfadó ó fingió enfadarse y empezó á gritar : ¡Venganza, españoles! En aquel momento sonó un tiro, y los españoles atacaron impetuosamente á los indios asombrados. Los cañonazos, las descargas de los arcabuces, el sonido de las trompetas y el humo de la pólvora, aturdieron á los peruanos sobre los cuales cargó la caballería con sus temibles espadas y sus agudas lanzas. La confusión y la muerte se extendieron por la plaza, muriendo muchos indios á los pies de los caballos y aplastados por sus herraduras. Nadie pensó en resistir; los indios se dispersaron y huyeron en distintas direcciones. La caballería los persiguió, ha-

iendo en ellos una matanza horrorosa. De los per-
onajes peruanos que rodeaban al inca, no hubo
ino solo que lo abandonara; si no se portaron como
iéroes, todos parecían dispuestos á morir como
nártires. Algunos sucumbieron antes que los espa-
oles pudieran llegar al inca. « Nadie le hiera so
ena de la vida », gritó Pizarro; y metiéndose en la
onfusión, se apoderó de Atahualpa sin que éste
pusiera resistencia alguna.

La matanza duró más de media hora en aquel
ampo de carnicería. Según Francisco Jerez, secre-
ario de Pizarro, murieron 2,000 hombres.

Los prisioneros indios fueron tratados con bas-
ante consideración. Atahualpa se mostró sereno;
son usos de la guerra vencer y ser vencido », con-
estó á Pizarro por medio del intérprete cuando se
ató de su derrota.

No descuidaron los vencedores las precauciones
xigidas por las circunstancias. Aislados en un país
nemigo y obligados á custodiar un buen número
e prisioneros, sabían que su única defensa era el
rror de los indios. Pero también sabían que el terror
pasajero, como los arrebatos del dolor ó la alegría,
omo los ímpetus del entusiasmo; y redoblaron su
gilancia, pasando muchas noches sin dormir.

Atahualpa ofreció por su rescate una inmensa
ntidad de oro, ofrecimiento que aceptó Pizarro;
esde su prisión comunicó sus órdenes, que fueron
bedecidas, puesto que no tardaron en llegar á Ca-
marca indios cargados de oro y plata para el em-
rador. Éste, según parece, aprovechó la ocasión
ra dictar la orden de que se diera muerte á su
rmano Huáscar, valiéndose para hacerlo de los
dios que le llevaban el oro. Huáscar, en efecto,

fué asesinado en Jauja. Atahualpa temía, y no sin fundamento, que los españoles se valieran de su hermano para desatar la guerra civil en el Perú.

Por aquel tiempo recibió Pizarro 150 hombres que le traía de refuerzo el compañero Almagro. Con tal motivo se atrevió á diseminar su hueste, enviando columnas en varias direcciones. Las pequeñas columnas ó partidas visitaron el Cuzco, Jauja y diversas provincias del imperio, adquiriendo informes sobre la riqueza, la extensión y demás circunstancias del país; en todas partes fueron recibidos los destacamentos con respeto y consideración. El capitán de una de las columnas, á su vuelta á Cajamarca, informó á Pizarro de que los indios se aprestaban á la guerra. El indio Felipillo confirmó la especie, afirmando que sus compatriotas, por orden expresa del Emperador, trataban de libertar á éste matando á los españoles. Pizarro con tal motivo se negó á devolver su libertad á Atahualpa, aunque ya había recibido y repartido el oro que se había convenido por precio de su rescate. Hizo más : comisionó á Hernando de Soto para salir con un destacamento en busca de nuevos datos.

Entretanto el infeliz Atahualpa reclamaba el cumplimiento de lo convenido, como él había cumplido por su parte lo que prometiera; con los tesoros entregados por sus indios, eran ya ricos los soldados extranjeros. Estaba además soportando humillaciones; los soldados se repartían sus mujeres, y hasta Felipillo pretendía casarse con una de las que él prefería. Sin duda por eso lo calumnió el intérprete, que á veces el amor engendra el odio.

Excitado Pizarro por su gente y dando por cierta la conspiración del inca, lo sometió á un juicio en

da regla. Se nombró un fiscal y un defensor, nstituyéndose en tribunal Pizarro, Almagro y algu-)s consejeros.

Atahualpa hizo protestas de inocencia; las declaciones de algunos indios le fueron favorables; un ldado español dijo que él había custodiado reyes isoneros, como el de Francia en Pavía, sin que r enemigo se le procesara. Todo fué inútil, pues nsultado el caso con fray Vicente Valverde, éste claró que había motivo sobrado para matar al :a, ofreciéndose á firmar él mismo la sentencia. ı vano algunos soldados propusieron que se dejara caso á la resolución de Carlos V, ofreciéndose á ponder con sus personas del inca prisionero hasta e llegara aquella resolución. El tribunal cedió á presión de los más y á la del teólogo Valverde, ıl inca fué ejecutado. Atahualpa no quería morir: ı lágrimas de dolor ofreció dar doble suma por su la y su rescate. Sólo al perder la esperanza volvió mostrarse sereno. Dióséle muerte en garrote el de agosto de 1533.

?ocos días después regresó Hernando de Soto con noticia de que era falsa la acusación formulada ıtra el inca. Todo estaba tranquilo en el imperio; supuesto complot era una calumnia del traidor ipe; en ninguna parte se aprestaban los indios á guerra. Cuando Hernando de Soto supo la muerte inca, no pudo ocultar su indignación y su pena. Iuy mal lo ha hecho su señoría y fuera justo ıardarnos », dijo á Pizarro el leal y honrado calero. Pizarro no supo responder; el crimen averızaba á su autor (1).

) Las acusaciones formuladas por el fiscal no eran de la mbencia de los españoles; algunas además eran absurdas.

Con la muerte de Atahualpa quedó el imperio e la mayor anarquía; era la del Perú una socieda decapitada, circunstancia de la que Pizarro se apr vechó hábilmente. Explotando los odios que exi tían entre cuzqueños y quiteños, desencadenó guerra entre los indios presentándose él como pac ficador. Pero no se pacificó á sí mismo ni á lo suyos, pues los conquistadores del Perú, en s mayor parte, los unos murieron peleando, los otr en el patíbulo.

No tenemos espacio para reseñar las turbulenci de los españoles, tanto en plena conquista com después de haberla consumado. Sólo haremos ur ligera mención de los hechos culminantes.

Un general indio, Rumiñahui, pretendió ser re de Quito; para lograrlo convocó á todos los parien tes de Atahualpa, y los hizo degollar empezando pe el heredero.

En el Cuzco había también profunda perturb ción.

La fuerza de los conquistadores había crecid bastante con la llegada de muchos aventureros pr cedentes de América Central. Con 500 hombres lleg Pizarro al Cuzco en septiembre de 1533.

Poco después hubo una batalla muy reñida entr las fuerzas de Hernando de Soto y las tropas indi que en buenas posiciones lo acechaban; las prime ras estuvieron á punto de sucumbir, y hubieran su cumbido sin la llegada oportuna de Almagro co refuerzos.

Mientras combatían en las montañas los honrad

Se acusaba al inca de usurpación del trono, de malversación c la riqueza, de la muerte de su hermano, de tener concubinas de conspiración.

no Soto, había muchos que convertían el Cuzco nueva Capua. Nadie contenía el desenfreno de españoles en la capital del vasto imperio ; viola- los templos y las sacerdotisas, maltrataban á los ios en recompensa de su hospitalidad, se repar- n las riquezas de los inofensivos moradores. Un dado se apoderó de un sol de oro, venerado por indios en uno de sus templos, para perderlo al go en una sola noche. « Se juega el sol antes e amanezca », se pudo ir de aquel y de otros ichos.


Benalcázar

Y sucedió lo que era il prever : se sublevaron indios y corrió mucha igre de indios y espa- les. Al fin quedaron éstos eños de todos el Perú. Pizarro estableció en el zco un ayuntamiento á española y fundó des- és la ciudad de *los Reyes* le *Lima*.

El reino de *Quito*, des- és de conquistado, quedó agregado al Perú. Lo iquistó Benalcázar.

Sebastián de Benalcázar era de humilde cuna ; ex- meño como Pizarro, como Valdivia, como Gar- de Paredes, como Alvarado, como Soto, como ellana, como Hernán Cortés ; si su apellido revela origen moro, lo denunciaba también su valentía. n 300 hombres nada más, de ellos 80 montados, netió todo un reino después de no poco batallar, e los quiteños se batían como bravos y eran muy

astutos. En diciembre de 1533 pudo entrar Benalc zar en la ciudad de Quito.

No se durmió el caudillo sobre sus laureles; dir giéndose al norte, sometió nuevas tribus y comb tió sin descanso; recorrió toda la región del Cauc fundó la ciudad de *Popayán* y descubrió en el pa ramo de las Papas la fuente del Magdalena.

En tierra de Bogotá se reunieron los tres conqui tadores Jiménez de Quesada, Federmán y Benalca zar, que tardaron mucho en entenderse. Poco falt para que vinieran á las manos. Federmán cedió e sus pretensiones y dió su gente á Quesada mediant algún dinero; entonces Benalcázar, inferior e fuerza á su rival, renunció á combatir y pidió per miso para atravesar aquella tierra; Quesada se l negó. El capitán Juan Cabrera, emisario de Benal cázar, dijo con altivez que de todos modos pasarían « lo impediré á lanzazos », contestó Quesada ; Cabrera replicó : « pues tened entendido que n nos los daréis por la espalda ». Merced á la inter vención de algunos frailes se pudo llegar á un buena transacción.

Los tenientes más renombrados de Benalcáza fueron Pedro de Añasco y Juan de Ampudia ; est último, por bárbaro y por déspota, mereció el tí- tulo de « Atila del Cauca ». Su compañero Añasc también lo merecía, pues no era menos bruto y sanguinario que aquel. Ampudia, en un encuentro, murió atravesado de una lanza ; Añasco, menos fe- liz, cayó prisionero en una emboscada ; no murió, como los veinte hombres que le acompañaban, por- que los salvajes querían cogerlo vivo; una india le sacó los ojos.

Alvarado, el infatigable capitán de Méjico, des-

·s de la conquista de Guatemala quiso tomar
te en la guerra del Perú. En 1534 desembarcó en
ra de Quito con 500 soldados españoles, muchos
ios de Centro América y 226 caballos. Fingiendo
orar que aquellos territorios dependían de Pi-
·o, se internó Alvarado para operar por su cuen-
pero fué víctima de muchas calamidades. Sus
ɜranos padecieron hambre y sed, fiebres ma-
ıas, calores extremados y el frío de las cordille-
Sintieron estremecerse la tierra con los terre-
tos, oyendo imponentes ruidos subterráneos; con
.ire aspiraban la ceniza de los volcanes en ebulli-
ı; la erupción del Cotopaxi, que los quiteños
ıaron por mal signo, causaba desprendimientos
inmensas moles de nieve que arrastrando peñas-
rodaban con estrépito desde las altas cimas á las
.as hondas, desde las cumbres hasta los abismos.
ındo Alvarado y su tropa llegaron á Riobamba,
río mató mucha gente : « Fué tanta la nieve que
ó sobre nosotros, que estuve en tiempo de per-
me, y no libré tan bien que no perdí más de 600
mas de cristianos y gente de servicio, aunque los
añoles no fueron muchos (1). »

'izarro no permitió que Alvarado conquistara en
dominios, y éste le cedió su gente mediante con-
ıones.

:onquistados los reinos del Perú y de Quito, con-
ió el rey de España á Diego de Almagro el título
gobernador de Chile ó *Nueva Toledo*, con la mi-
ı de conquistar los territorios del sur.

ılmagro partió del Cuzco el 3 de julio de 1535,
'ando 150 soldados españoles y gran número de

). Carta de Alvarado al rey, fechada el 15 de enero de 1535.

indios; pero después de una larga expedición t penosa como estéril, se vió precisado á regresar Cuzco. Hizo Almagro su viaje, á la ida, por las fé tiles regiones del Alto Perú; á la vuelta, por el d sierto de Atacama. Á la vuelta y á la ida hubo soportar los mayores contratiempos. Si á la ida helaron muchos hombres, también á la vuelta asfixiaron muchos; los expedicionarios hubieron soportar extremados calores y no pequeños fríc « La vista de las montañas cubiertas de nieve, e cribe el señor Barros Arana, no arredró á los exp dicionarios; pero desde que penetraron en ellas c menzaron á sufrir todo género de penurias. Los p decimientos de este viaje al través de la cordille fueron superiores á cuanto se puede imaginar. I frío y el hambre arrebataban los indios por docena y los castellanos, superiores á tantas fatigas, veía sin embargo desprendérseles los dedos de las man y de los pies helados por el frío, ó tenían que al mentarse con la carne de los caballos que moría en la nieve. Al llegar á los primeros valles de Chil hallaron víveres en abundancia; pero el intérpret Felipillo trató de sublevar á los naturales; descu biertos sus manejos, fué descuartizado. »

Con la vuelta al Cuzco de esta expedición, la con quista de Chile quedó aplazada por bastante tiempo

En ausencia de Almagro había cambiado la situa ción del Perú. Los indios se habían sublevado, ase sinando á todos los españoles que recorrían aislado el país para tomar posesión de sus repartimientos El Cuzco estaba sitiado por un ejército de 200,00 indios; Hernando de Pizarro sólo tenía para defen derse 200 españoles y menos de 1,000 indios auxi liares. Los sitiadores se habían apoderado de mu

s armas de fuego y las manejaban bien; dispo-
n á la vez de cierto número de caballos, perdidos
los españoles. Dirigía la sublevación el inca
ıco, proclamado emperador por los indios y fac-
principal del inesperado y amenazador levanta-
nto. Muchos meses duró el sitio del Cuzco, siendo
ıada una parte de la ciudad, é incendiada, por
sitiadores; los combates se repetían á diario, de-
liéndose los españoles con su acostumbrada bi-
ía; en una salida murió el valeroso Juan Pi-
o; Gonzalo Pizarro también se condujo brava-
nte.

uando Almagro, al regreso de su expedición, es-
ı ya en Arequipa, se vió atacado por los indios
Manco y los derrotó completamente; poco des-
s llegó con su tropa al Cuzco.

ntonces dió principio la guerra civil entre los
añoles; Almagro, considerándose con mejor de-
ho que Hernando Pizarro, se hizo dueño del
co poniendo presos á los dos hermanos de Pi-
o y á varios de los suyos. Esto sucedió en abril
1537.

rancisco Pizarro mandó fuerzas contra su rebelde
igo Diego de Almagro; mediaron también algu-
negociaciones; sobraron incidentes de sumo in-
és, pero que en un compendio no pueden tener
ida; no faltaron tampoco hechos de armas, en
los dos bandos combatieron con arrojo; y final-
nte se dió la batalla de *Salinas*, en la que murie-
200 de los de Almagro luchando contra fuerzas
y superiores en armamento y en número. El he-
o Orgáñez fué asesinado por los pizarristas, con
os muchos, después de la refriega. Almagro fué
cesado y murió en garrote vil, sin consideración

á sus méritos, á sus heridas ni á su ancianida

La responsabilidad de esta sentencia cayó sob Hernando Pizarro, que fué procesado poco despu á su llegada á España. El vencedor de Salinas pa veinte años preso en el castillo de Medina del Camp hasta que fué indultado por Felipe II en 1560. Mu á la edad de cien años.

Acabada la primera guerra entre los españoles d Perú, se dedicó Francisco Pizarro á terminar la co quista y organizar la colonia. Mandó columnas persecución de Manco; fundó las ciudades *Guamanga, Charcas, Arequipa* y otras; dispuso conquista de Chile, nombrando á Valdivia para ac meterla; por último, organizó la expedición oriente confiando esta empresa á Gonzalo Pizarr uno de los dos hermanos que permanecían con en el Perú.

Gonzalo Pizarro salió de Quito con esta memo rable expedición en los primeros días de 1540; su fuerzas consistían en 350 españoles y 4,000 indíge nas, con las cuales atravesó montañas escarpadas selvas inmensas, pestíferos pantanos, torrentes bra madores. Ni los detuvieron calores ecuatoriales n cedieron ante el frío de las cordilleras. La perseve rancia de Pizarro fué digna de su nombre, pue hizo frente con ejemplar decisión á las dificultade de la naturaleza y á la resistencia de los indios bár baros. Gonzalo Pizarro merece figurar entre los más atrevidos exploradores de América; pero él y sus hermanos aparecen empequeñecidos, precisamente por ser hermanos del gran conquistador. Tan cerca del titán, los gigantes se nos figuran pigmeos.

Siguiendo los expedicionarios la corriente del río *Coca* y reconociendo gran número de ríos de la ver-

ıte oriental, iniciaron la exploración geográfica las regiones andinas. Hizo Gonzalo construír un ıue para el transporte de los enfermos y de los ıipajes. Los bosques le ofrecían maderas abuntes; á falta de alquitrán utilizó las resinas de árboles; no teniendo estopa, se sirvió de sus garradas vestiduras; las herraduras de los caos muertos sirvieron para hacer clavos. El barco ıizo en dos meses y en él se embarcó Francisco)rellana, extremeño de Trujillo, que sin recursos .antes y hasta sin brújula fué á parar al *Amazo-* descendiendo por este inmenso y peligroso río :a la desembocadura en el Atlántico. El 26 de sto de 1541 salió Orellana á la mar, después de er recorrido 1,400 leguas. Fué el primer nave:e del gran río, el primero que vió las tribus de márgenes, el que debió conquistar aquellas as regiones, en las que murió más tarde oscurate.

ɔnzalo Pizarro continuó su marcha por la ribera Coca hasta su unión con el *Napo*, donde no enró á Orellana, pero sí á Sánchez de Vargas aban.do por aquel en tan desiertos bosques. La exción de Gonzalo Pizarro duró dos años y medio, ındo de vuelta en Quito con los restos de su dición; en ella perdió algo más de 2,000 indios ·ca de 300 españoles, que murieron de hambre vorados por las alimañas, los reptiles y las fie- Los restantes parecían espectros y volvían dess, heridos, envueltos en pieles de fieras ameri-s.

entras Gonzalo dirigía la exploración de la vere oriental, había estallado en Lima la revolupreparada por los almagristas. Al frente de ella

figuraba un hijo de Almagro con el concurso de capitán Rada. Estos dos, al frente de 18 almagrista bien armados y resueltos, penetraron en la casa de gobernador y dieron muerte á Francisco Pizarro, su hermano de madre Francisco Martín de Alcántara y á dos pajes del gobernador. Éste se defendi con su espada, pero cayó agobiado por el númer haciendo prodigios de destreza y de valor; sucedi todo esto el 16 de junio de 1541, en pleno día. Pizarro había cumplido 65 años.

Se puso al frente de la gobernación el hijo de Almagro, mozo de 21 años nacido en Panamá; pe no aceptando los pizarristas la nueva situación, a dió de nuevo la guerra civil en el Perú. Sin embargo, como la conquista era ya un hecho, suspendemos aquí la relación de los sucesos que en seguid se desarrollaron y de los cuales en otro capítu hablaremos.

Conquista del Plata. — La conquista de la regió del Plata no fué tan accidentada ni tan maravillos como la del Perú. Con todo, si no hubo en el grandes batallas ni contiendas tan dramáticas ent los conquistadores, se hicieron exploraciones útil se fundaron colonias importantes y no faltaron com bates con los indios ni sangrientas rebeldías de l mismos españoles.

Parece mentira que España intentara á la vez conquista de tantos territorios, la exploración tantos archipiélagos y la de un continente como americano. Todos los recursos de una gran naci distaban de ser sobrados para una sola de aquell arduas conquistas; pero se desarrolló de tal mane el espíritu conquistador heredado por los español

í de los romanos como de los árabes, que hubo nquistadores á la vez para el norte y para el sur, ra el Pacífico y para el Atlántico. Los españoles l siglo XVI exploraban y combatían, á un mismo mpo, en las islas y en el continente, en las cos- y en los Andes, en el Amazonas y en el Orinoco, el Plata y en el Misisipí.

El río de la Plata había sido visitado por Solís en 16, como ya hemos dicho en otra parte. Solís mu- á manos de los indios charrúas, que lo acome- ron al desembarcar. Su cuñado Torres se hizo rgo del mando y de la derrota de los buques, vol- ndo á España con ellos. Magallanes, en 1520, só también por el río de Solís, hoy de la Plata, y istó el cerro de Montevideo. Pero la conquista de orillas del Plata no se inició hasta 1526.

En el año citado salieron de España dos expedi- nes con rumbo á las riberas argentinas. Una de as, la de Diego García, partió de la Coruña; otra, iada por Gabotto, dió la vela en Sevilla. Las dos reunieron en el río de la Plata.

García, después de hacer algunos trabajos de ex- ración geográfica en las costas, dió la vela para paña. Gabotto permaneció en el país navegando r sus ríos y haciendo utilísimos descubrimientos. spués de reconocido el *Uruguay,* donde perdió guna gente en lucha con las salvajes, entró por el *raná* hasta la embocadura del *Carcarañá;* allí se nstruyó el fuerte de *Sancti-Spiritus*, quedando él una guarnición de 170 hombres con el capi- Nuño de Lara. Exploró igualmente el *Paraguay* sta más arriba del *Bermejo*, y tuvo que resistir un que de 300 piraguas tripuladas por indios gua- ís.

Como tres años duró la campaña de Gabotto (la región argentina, volviendo á España en 1530.

La guarnición del fuerte vivía en paz con los i dios timbús; pero uno de los soldados tenía co sigo su mujer, la célebre Lucía de Miranda, que e muy hermosa. El cacique de los indios, llama Mangoré, se enamoró de Lucía. Y deseando apod rarse de ella, sorprendió una noche el fuerte de l confiados españoles, mató la mayor parte, incend las viviendas y se llevó las mujeres. Hurtado, q este era el nombre del marido de Lucía, recibió muerte. Mangoré también perdió la vida, pero l cautivas no fueron rescatadas. Los pocos españ les que pudieron escapar con vida abandonaron fuerte y se refugiaron en el Brasil por el año d 1532.

En 1534 zarpó de Sanlúcar una expedición á l órdenes del gaditano don Pedro de Mendoza, pe sonaje que había militado en las guerras de Ital con bastante lucimiento. La expedición, costead por Mendoza que era rico, se componía de 2,300 vo luntarios españoles y un centenar apenas de alema nes; pero debemos consignar que una parte de lo gastos la hicieron en Tenerife Pedro Benítez, Mi guel López Gallego, Alonso López y otros caballero de la isla, que levantaron tres compañías de solda dos tinerfeños, fletaron tres embarcaciones y s proveyeron de armas, municiones y caballos. Ha blando de estos isleños dice el historiador canari Viera y Clavijo : « Sabido es que estos canario fundaron en la Plata las primeras poblacionos, cons truyeron buenas fortalezas é hicieron cara á lo peligros y trabajos más horrorosos de la intempe rie, de la hambre y de los bárbaros. Llegaron á co-

rse los caballos, y por último los indios se los
mieron á ellos.»

Carlos Quinto había conferido á Mendoza el título
Adelantado de los países que poblara. El desem-
rco de la expedición se hizo en la diestra orilla
gran río de la Plata, donde se fundó la ciudad
Santa María de Buenos Aires que ha llegado á
la más importante y populosa de la América del
r.

No tardaron mucho tiempo los indios querandís
atacar rudamente á los recién llegados; pero
ndoza los mantuvo á raya y se dedicó á estudiar
interior del país. Llegó á las ruinas de la antigua
taleza, y desde allí destacó al capitán Juan Ayolas
a que remontara con alguna gente los ríos Para-
ay y Paraná. El valiente Ayolas sostuvo recios
nbates con los indios, y fundó á orillas del Para-
ay, á mediados de 1536, una fortaleza que se con-
tió más tarde en ciudad de *Asunción*. Dejando
fortaleza á cargo del oficial Domingo Martínez de
la, se internó resueltamente en los desiertos del
aco y en sus montes vírgenes con una fuerza de
hombres, buscando una senda que lo llevara al
rú. Llegó Ayolas, en efecto, á la lejana frontera
Perú, consiguiendo resultados científicos muy
isfactorios; pero al regreso fué sorprendido por
salvajes y degollado á orilla del Paraguay con
os sus compañeros.

Durante el viaje de Ayolas regresó Mendoza á la
nínsula, falleciendo en la navegación. Como tam-
n Ayolas había muerto, recayó en Irala el mando
la colonia por elección de todos sus compañeros.
é quizá el primer cargo público electivo que se
firió en América por los españoles.

Cuando Irala se encargó del mando á fines de 153
sólo quedaban 600 hombres de los 2,400 que Me
doza había llevado.

Irala gobernó con prudencia y con acierto; som
tió varias tribus, tratando á los indios con solicit
y discreción; organizó todos los servicios públic
y fué, finalmente, un buen colonizador.

En 1539 ocurrió un alzamiento de indios, fáci
mente dominado.

En 1540 nombró el rey un nuevo adelantado pa
la colonia. Recayó el nombramiento en Alvar Núñ
Cabeza de Vaca, aventurero andaluz que había co
seguido alguna celebridad por sus proezas, naufragi
y desventuras en una expedición á la Florida.

Alvar Núñez salió del Guadalquivir con cuat
naves conduciendo 400 hombres y 46 caballos. Es
expedición no llegó al río de la Plata; desemba
cando en Santa Catalina y haciendo la travesía p
tierra, llegó al año siguiente á la Asunción. En ta
penosa marcha por la corriente del *Iguazú* (camin
que siguió hasta el Paraná) y luego hasta el fin d
viaje, desplegó Alvar Núñez sus dotes militares; d
tal suerte, que consiguió llegar á la Asunción co
poquísima pérdida de gente, después de haber an
dado por sendas ásperas y desconocidas, en sesent
jornadas, más de 400 leguas. En esta marcha no fu
hostilizado por los indios.

Al llegar á la Asunción recibió Alvar Núñez el de
bido acatamiento de Irala, quedando éste de se
gundo. Allí supo el nuevo adelantado que los colo
nos de Buenos Aires se habían trasladado á la Asun
ción.

Entre los hechos notables del gobierno de Alva
Núñez figuran las expediciones que hizo contra lo

ıdios agaces y los guaycurús; pero sobre todo, las xploraciones del alto Paraguay hechas de su orden or el capitán Irala.

En 1543 salió Alvar Núñez de la Asunción con)0 arcabuceros y ballesteros, 12 jinetes y 1,200 inios, para ponerse en contacto con los conquistaores del Perú. Subiendo por el río Paraguay, peetró en el país de los chiquitos; pero las dificuldes materiales y el hambre de su gente le obligaron retroceder, entrando de regreso en la Asunción á s siete meses de haber salido y sin haber podido alizar su objeto.

Á los pocos días de su regreso, hallándose enfermo extenuado, se sublevaron contra él los soldados y s oficiales. Alvar Núñez fué destituído, y se proımó gobernador á Irala. Estuvo preso Alvar Núñez, sta que lo embarcaron en la primera ocasión. ocesado luego por el consejo de indias, fué desrrado á Orán; pero más tarde se le declaró inonte. Murió en Sevilla.

La indisciplina de los españoles se propagó á los lios, que se sublevaron en 1545 por el mes de ıio. Para sofocar el movimiento fué necesaria la la energía de Irala, que en un combate destrozó os indios matándoles mucha gente.

Pero los españoles se habían dividido en bandos no faltaron pendencias ni disturbios. Llegó el caso que los partidarios de Alvar Núñez intentaran stituír á Irala; pero éste se apoderó del capitán lazar y lo embarcó para España, en lo que tuvo erte; en el Perú lo hubieran ejecutado.

Pacificada la colonia, pudo Irala emprender un je hacia el Perú saliendo de la Asunción en 1547. montó el Paraguay con 250 soldados españoles y

2,000 indios adictos, llegando luego por tierra has la frontera peruana. Las privaciones sufridas por l expedicionarios fueron excesivas, y rompiendo ot vez los lazos de la subordinación, exigieron la dim sión de Irala. Éste renunció su autoridad el 10 noviembre de 1548, siendo elegido por jefe Gonza de Mendoza.

Pero en la colonia habían surgido sucesos no m nos graves; las penalidades y rencillas de los esp ñoles engendraron motines y fueron causa de q el capitán Diego de Abreu hiciera decapitar á Fra cisco de Mendoza. Y al llegar á la Asunción l expedicionarios, encontrando la colonia tan albor tada como ellos, reconocieron todos la necesidad conferirle el mando nuevamente al valeroso Iral Bastó la presencia de éste para calmar los ánim en la Asunción. Abreu tuvo que huír, escondiéndo en las tierras de Acay donde lo mataron en 1553.

Irala restableció la disciplina en su levantis gente y pudo emprender algunas exploracion entre ellas la efectuada en 1553 con solos 30 sold dos en las regiones situadas al oriente. En 15 fué confirmado por el rey su empleo de Adela tado.

Viejo ya, murió en 1557. Sus soldados reconoci ron entonces que era un gran jefe; los indios le ll raron, pues tenían en él un protector.

El vizcaino Irala declaró en su testamento q dejaba siete hijos de siete mujeres indias (1). Bu sistema de colonización.

Conquista del Brasil. — La conquista del Br

(1) Azara (Félix), *Viaje por América la meridional.*

ı (1) *(ó Tierra de Santa Cruz,* que así la llamó
ıbral) no tuvo principio hasta 1530. El tratado de
ɔrdesillas reconoció á Portugal la soberanía de
[uellos territorios; y al ver don Juan III que los
;pañoles se establecían en el Plata y sus afluentes,
'ganizó una escuadrilla de cinco naves con 400
ɔmbres para tomar posesión formal y definitiva,
miendo que ocuparan sus dominios los españoles
ɪl Plata.

La expedición zarpó del Tajo en 1530, mandada
ır Martín Alfonso de Sousa, militar joven pero de
an porvenir, pues más adelante había de ilustrar
nombre en América y la India.

Sousa reconoció la costa brasileña desde el cabo
San Agustín hasta el río *Chuy.* Desde allí mandó
su hermano Pedro Lopes de Sousa, historiador de
expedición, á reconocer el río de la Plata. Des-
ɔó igualmente al capitán Diego Leite con dos na-
s, para que reconociera la desembocadura del río
ırañón ó de las Amazonas. Al mismo tiempo fundó
colonia de *San Vicente,* primer establecimiento
ɜitano en la costa del Brasil.

En aquellas exploraciones apresó Martín de Sousa
ɡunos barcos mercantes con cargamento de palo
asil. Los barcos eran franceses.

En *Bahía de Todos los Santos* presenciaron los
rtugueses un combate naval entre los indios. En
bahía que se llamó y todavía se llama *Río de
neiro,* construyeron un par de bergantines. Re-
'zada con ellos la escuadrilla continuaron las ex-
ɔraciones.

l) Nombre de un palo de tinte originario de Asia, que los
tugueses creyeron haber encontrado en la región, tomando
brasil lo que llamaban los indios *ibirapitanga.*

Deseando Sousa tener datos del interior del país dispuso una pequeña columna de 80 hombres qu se internara y lo reconociera. No se sabe si los d la columna recogieron las noticias que se deseaban pues no volvieron nunca. Los ochenta soldados por tugueses tuvieron un fin trágico; todos murieron manos de los indios.

En 1532, por disposición del rey de Portugal, s dividió la América portuguesa en capitanías heredi tarias de 50 ó más leguas de costa cada una, conce diéndose todas á ilustres caballeros lusitanos co juridicción civil y criminal para cada uno en su capitanía, sin más limitación que la de no pode imponer la pena capital. Á Martín Alfonso de Sousa en premio de sus servicios, se le concedió la capi tanía de San Vicente; pero en 1534 partió para la colonias de Asia, donde se hizo muy célebre.

Las capitanías creadas eran doce; más que nin guna prosperaba la de San Vicente; alguna hub que no llegó á establecerse de una manera efectiva En casi todas se luchó con serias dificultades, no sólo por la resistencia de los indios sino por e aislamiento en que cada una se encontraba. Los franceses, además, pretendían establecerse en aquella magnífica región y fué preciso alejarlos.

Para hacer frente á las dificultades, nombró el rey gobernador general con autoridad sobre todas las capitanías al hidalgo portugués Tomás de Sousa, hombre de conocimientos administrativos y de valor acreditado en África y en Asia.

Tomás de Sousa partió de Lisboa en 1549 con seis naos, 600 voluntarios y 400 criminales indultados por el rey. Iban además los seis primeros jesuitas que hubo en América. La expedición llegó sin no-

'edad á Bahía, donde se fundó la actual ciudad con
l nombre de *San Salvador.*

Querían los portugueses conquistar el Brasil por
l comercio y la predicación; pero al fin hubieron
e recurrir á las armas. Tuvieron choques sangrien-
ɔs y rudos con los indios, cubriéndose de gloria
lgunas veces. Los lusitanos son por su origen tan
rabes ó más que los mismos españoles y saben
n sus empresas rebasar los límites de la teme-
dad.

Además de la resistencia que los naturales opo-
ían, se tropezaba con la ingerencia francesa. Los
egociantes franceses, alejados más de una vez por
s autoridades, volvían á la carga con cualquier
'etexto. En 1558 llegó una expedición de 300 fran-
ɔses protestantes con la pretensión de fijarse en el
ıís. En efecto, desembarcaron en la bahía de Río
ɜ Janeiro, donde se establecieron y se atricheraron.
Allí mismo los batió más tarde, obligándolos á
:embarcarse y á volverse á Europa, uno de los
›bernadores que sucedieron á Sousa en el mando
ɜl Brasil; esto sucedió el 20 de enero de 1567, día
ɜ San Sebastián. En conmemoración de la victoria
fundó allí la ciudad de *San Sebastián de Río
ıneiro.* Á su naciente colonia la llamaron los fran-
ses *Francia antártica.*

La conquista duró todavía bastantes años, pero
el litoral dominaban ya los portugueses. Las an-
ɟuas capitanías se redujeron á dos en 1573; pero
1577 ya no había más que un solo gobierno,
ntralizado en Bahía, siendo gobernador Brito de
meida.

Gracias á las enormes riquezas naturales de aque-
privilegiada y espléndida región, como también

á la copiosa inmigración europea, llegó á ser el Brasil una de los colonias más ricas y envidiadas.

Conquista de Chile. — La última conquista que se emprendió en América por los españoles fué la de Chile. Ya hemos dicho que Almagro la intentó en 1535; pero la abandonó para volver al Perú. Algún tiempo después quiso emprenderla Alfonso de Camargo; pero también fracasó. Camargo salió de España con tres buques y entró con ellos por el estrecho de Magallanes, pero la pérdida de uno de los barcos, la vuelta á España de otro y un sinnúmero de contratiempos, hicieron que Camargo se diera por vencido al llegar á las costas del Perú en 1540.

El verdadero conquistador de Chile fué Pedro de Valdivia, capitán de reconocido mérito que había peleado contra los franceses en Flandes y en Italia, como también contra Diego de Almagro en el Perú.

Valdivia, partiendo del Perú, entró por el desierto de Atacama á principios de 1540. Después de una marcha penosísima de cinco meses por los arenales del desierto y á través de un país generalmente pobre, llegaron los españoles á un valle fértil, extenso y muy poblado que los naturales llamaban de *Mapocho*. Allí fundó Valdivia una ciudad con el nombre de *Santiago* (1541), ciudad que llegó á ser y sigue siendo no solamente capital de Chile sino también una de las mejores de América. Los habitantes de la naciente ciudad fundaron á la usanza española un ayuntamiento popular y nombraron gobernador á Valdivia.

Hallábase Valdivia en la desembocadura del Acon-

ıgua haciendo construír un barco para tener aseuradas sus comunicaciones por mar con el Perú, ıando supo que en Santiago se tramaba contra él na criminal conspiración. El objeto de los conspiıdores, según se probó después, era asesinar á edro de Valdivia para volverse al Perú abandoındo un país que no tenía riquezas minerales. El ·o del Perú: ese era el único imán de los aventu·ros.

Valdivia acudió á Santiago, hizo ahorcar al regi-ır Martín Solier y á cuatro de sus cómplices, y fué ı escarmiento saludable.

Poco después se sublevaron los indios, que al incipio parecían muy dóciles. Destruyeron el berntín que se estaba construyendo en Aconcagua asesinaron á los carpinteros. El alzamiento fué neral y formidable, poniendo en peligro la conıista empezada tan pacífica y tan fácilmente.

Valdivia no quiso permanecer á la defensiva; dejó ciudad á cargo del capitán Monroy con parte de fuerza, y emprendió su marcha con 90 jinetes en rección al sur, donde estaba el grueso de los in-ıs. Éstos se aprovecharon de la división de fuerzas pañolas, cayendo en gran número sobre Santiago. chimalonco, valiente cacique de Aconcagua, diri-ı el ataque y puso á los españoles en singular rieto. La nueva ciudad fué incendiada casi total-ınte; pero sus defensores lograron sostenerse sta que Valdivia acudió evitando un completo scalabro.

Era tan grande el aislamiento de los españoles, ı recibir noticias del Perú y careciendo de recur-ı para vestirse y para alimentarse, que Valdivia spachó á Monroy, Miranda y cuatro soldados con

el encargo de volver por tierra á Lima. El viaje d seis hombres por aquellas soledades y á través d países enemigos, era una empresa más que peli grosa; pero antes de dos años estaban ya de vuelt con auxilios y con un refuerzo de 70 hombres mon tados. Entretanto Valdivia no había cesado de com batir, de una parte el descontento de los españoles de otra parte á los indios. Éstos intentaban destrui las siembras hechas por aquéllos para alimentarse y había que defenderlas; aquellos, es decir, los es pañoles, se hallaban disgustados por su extremad miseria, teniendo que disputar á los indios uno otro día las raíces y las legumbres silvestres de qu se alimentaban. Una guerra constante, en la cua eran mayores los sufrimientos morales que los fís cos, aun siendo éstos por todo extremo penosos.

Con los auxilios que Monroy pudo traer del Perú dió Valdivia nuevo impulso á la conquista de Chil y á su colonización. La ciudad de Santiago fué re edificada; se fundó en el valle de Coquimbo l ciudad de la *Serena*, dándosele este nombre por Val divia que era hijo del valle de la Serena (Extrema dura); se organizaron expediciones á las órdenes d Francisco de Villagra y de Francisco de Aguirre capitanes que sometieron una buena parte del paí hasta más al sur del *Maule;* por último, se hicieron exploraciones en el litoral por el hábil marino ge novés Juan Bautista Pastene y por el capitán Jeró nimo de Alderete, uno de los mejores de Valdivia

Dejando á Villagra el mando y el gobierno, hizo Valdivia un viaje al Perú en demanda de socorros habiendo estado ausente más de un año. Á su vuelta, en 1549, hizo ahorcar á Pedro Sancho de Hoz y á Juan Romero que habían intentado una

ublevación contra Villagra. También supo á su
uelta que los indios habían arrasado la Serena, y
iandó que se reedificara y repoblara. En Santiago
ictó varias ordenanzas para el orden interior de
colonia; y poco después, en 1549, se puso al
ente de 200 soldados españoles para conquistar el
ır de Chile.

El sur, indudablemente, era lo mejor, lo más
rtil, lo más poblado de Chile; pero sus habitantes
an más guerreros. Bien pronto lo comprendió Val-
via, pues tuvo que reñir con ellos combates repe-
los en los que sólo obtuvo la victoria por la supe-
oridad de su armamento. Al fin llegó con su gente
la margen del caudaloso Bío-bío, donde fundó á
illa del mar, en la espaciosa bahía de Talcahuano,
ciudad de *Concepción*.

Á los pocos días de principiada la edificación de
a ciudad, fueron los españoles atacados impetuo-
mente por los moradores de la otra parte del río
nocidos en la historia con el nombre de arauca-
s. Este primer choque de españoles y araucanos,
nque ventajoso para aquéllos, no fué más que el
eludio de una serie de combates que ha durado
los. Rechazaron la embestida los soldados espa-
es, pues no fué menos vigorosa la defensa que el
que; no sólo hicieron una carnicería en las masas
ucanas, sino que además se apoderaron de un
n número de prisioneros. Valdivia cometió la
eldad de cortarles las orejas para infundir terror,
or el pronto consiguió su objeto, pues pudo re-
rer el territorio situado al sur del río. Entonces
dó las ciudades *Imperial*, *Valdivia*, *Villarrica* y
gol, como asimismo varias fortalezas.

opiemos ahora lo que dice el historiador chileno

don Diego Barros Arana : « Valdivia parecía hab llegado á la cumbre de su poder. Sus tropas se h bían posesionado de una inmensa extensión de terr torio; sus capitanes habían cruzado los Andes (1) dilatado los límites de su gobierno; diversas ciud des comenzaban á prosperar en Chile, y la person del gobernador era querida ó á lo menos respetad Entonces pensó Valdivia en mandar á España u emisario que informara al Rey de sus trabajos, pidiera la confirmación de su título de gobernad y que ensanchara sus atribuciones en premio de s servicios. El emisario designado fué el capitán Jer nimo de Alderete. Llevaba el encargo de present al Rey una relación manuscrita de los trabajos d Valdivia, porque el gobernador de Chile no sólo er un capitán ilustre y un hábil colonizador, sino qu también manejaba la pluma como Hernán Cortés, trazaba en cartas admirables el cuadro animado d sus campañas y conquistas. Sus cartas á Carlos son documentos notables, no sólo por su interé histórico sino también por el vigor y fluidez de l narración. »

Y aquí pudiéramos dejar la relación de la con quista de Chile, pues las sangrientas luchas con lo araucanos han de ocupar varias páginas da otr capítulo, como ocuparon á los españoles en plen período colonial. Pero no podemos terminar si decir que pronto comenzó á eclipsarse la estrella d Valdivia. Los salvajes atacaron, tomaron y arrasaro el fuerte de Tucapel, en 1553, venciendo la heroic resistencia de sus defensores. Valdivia lo supo ha

(1) En efecto, el capitán Aguirre había llegado á Tucumán, a oriente de la Cordillera.

ındose en Concepción, y quiso poner remedio; ra lo cual salió á campaña con 50 jinetes. El priero de enero de 1554, en el campo mismo que tes dominaba el fuerte de Tucapel, se vieron los)añoles vigorosamente acometidos por Caupolicán sus decididos araucanos. Los españoles hicieron í verdaderos prodigios de valor; pero no bien deszaban una división araucana, ya tenían que harselas con otra. Por cada fuerza batida, aparecía a fuerza de refresco renovándose la lucha sin un o momento de descanso. Los españoles repetían ıstantemente sus resueltas cargas de caballería, ;ta que fatigadísimos los hombres y los caballos, dida mucha gente y viendo aparecer nuevas maenemigas, emprendieron al fin la retirada. Los ucanos habían previsto el suceso y tenían gente stada en todas las avenidas. Así los españoles daron prisioneros para ser sacrificados. Á Valia lo hicieron pasar, antes de darle muerte, por más exageradas torturas, complaciéndose los cedores en prolongar su vida para que padeciera. cadáver fué destrozado y comido, según cuentan ınos historiadores.

o mereció Valdivia tanta crueldad ni tan atroz ganza. El haberles cortado las orejas á muchos ioneros, si hoy nos repugna, pudo pasar en el tiempo como testimonio de generosidad.

ıtre los soldados españoles que pelearon en e, se contaban algunos veteranos de las guerras peas. Había soldados de los que en 1527 concuon al asalto y al saqueo de Roma. Pero en e aprendieron á su costa que era más fácil enes, como ahora, tomar en Europa una ciudad en América un cerro.

Á la muerte de Valdivia, se puso al frente de l colonia el capitán Villagra.

Conquista del Norte. — La conquista de la Amé rica Septentrional, de las inmensas regiones qu se extienden al norte de Méjico, del seno mejican y del mar de las Antillas, no fué obra exclusiva d los españoles; éstos no hicieron más que iniciarla Pero fué iniciativa gloriosa, no tanto por habers anticipado á las ambiciones extranjeras como po la tenacidad con que lucharon, la perseverancia co que resistieron y las vidas que sacrificaron.

En la América Meridional, los castellanos conquis taron sin más competidores que los portugueses en la del norte, ingleses y franceses compitiero con los castellanos. Pero ingleses y franceses fun daron sus primeras y no siempre afortunadas colo nias, cuando ya por aquellos territorios se habí paseado la bandera de Castilla, cuando aquellos cam pos habían sido regados por la pródiga sangre de lo aventureros españoles.

Juan Ponce de León, conquistador de Puerto Rico descubrió la Florida el 27 de marzo de 1512; l costeó muchos días sin hallarle término, compren diendo entonces que aquello no era una isla; desem barcó para tomar posesión de aquella tierra, y sigui reconociendo el extenso litoral. Más tarde, en 152 emprendió con alguna fuerza la conquista; no l vió realizada por haber sucumbido combatiendo.

Pánfilo de Narváez, de quien hemos hablado va rias veces, obtuvo del rey de España el nombr miento de gobernador de la Florida y licencia par conquistarla. Reunió 300 hombres, y desembarc en las playas de su nominal gobierno en 1528.

Internóse Narváez con la esperanza de hallar un
:o imperio; él y sus hombres vagaron más de dos
eses recorriendo inmensas extensiones; pero no
contraron más que selvas, pantanos y salvajes que
defendían. Al fin llegaron á una región más fér-
; se animaron con la ilusión de que estaban á las
ertas de otro imperio como el mejicano; pero
lo descubrieron una aldea miserable de un cen-
nar de chozas. Desengañados al fin y muertos en
campaña más de ochenta hombres, decretó Nar-
ez la vuelta á Cuba. Para realizarla construyeron
soldados cinco débiles embarcaciones y con ellas
hicieron á la mar. Sorprendidos por una tempes-
l, zozobraron los barcos y pereció la gente. Sólo
dieron salvarse cuatro hombres que ganaron tie-
con dificultad y que, después de arrostrar las
nalidades más atroces, pudieron reunirse á los
npatriotas establecidos en la Nueva España.

El triste fin de Narváez no quitó el ánimo á los
añoles. Hernando de Soto, aquel militar que se
bía portado leal y noblemente en el Perú, fué
nbrado en 1538 gobernador de Cuba y la Florida.
bien hubo desembarcado en Cuba, organizó una
edición de 600 hombres con los cuales se em-
có para el continente norte el 10 de junio
1539.

oto desembarcó á los pocos días en la bahía del
íritu Santo, dejó allí una guarnición y se puso
camino con la mayor parte de la fuerza. Llevaba
intérprete á un desdichado español que había
ido solo entre los indios desde el tiempo de
váez. Después de cinco meses de marcha y de
nbates por regiones selváticas y por terrenos in-
os, se situó en un punto conveniente para

pasar la estación de las lluvias y dar descanso á tropa.

En el mes de marzo de 1540 se puso la expedici en marcha, recorriendo muchos territorios c rumbo al occidente. La marcha fué una serie i interrumpida de aventuras y padecimientos; pe aquellos españoles desplegaron la misma incontra table firmeza y mucha más disciplina que habí manifestado los demás conquistadores en sus ca pañas de América. Dos años anduvo Soto exploran el continente, siendo el primero que exploró cuenca del *Misisipí* y el curso del gran río q había de ser su tumba. Luchó con dificultades re mente insuperables; pero él las superó mientr tuvo un hálito de vida. El inca Garcilaso escribió historia del descubrimiento de Florida y de es campaña de Hernán Soto, de la manera más proli y más interesante (1).

Murió el caudillo en medio de sus soldados 31 de mayo de 1542, á la edad de cuarenta y oc años. Hernán Soto había nacido también en la tier de los conquistadores, pues era natural de Vill nueva de Barcarrota (Extremadura). Con el inten de que los indios no tuvieran noticia de su muert fué sepultado el cadáver en el silencio de la calla noche y en el fondo del Misisipí. La memoria Soto será más duradera que su inagotable sepultur

Con la muerte del jefe aumentaron las penalidad inauditas de aquella expedición. Los soldados h cieron todavía peregrinaciones tan penosas co estériles, murieron muchos, y al fin se decidier á construír siete naves en las cuales llegaron á

(1) Garcilaso de la Vega, *La Florida.*

sembocadura del Panuco (Méjico) en el mes de nio de 1543.

Desde Méjico salieron también, por tierra, algu-s expediciones que fueron más felices. Al norte l río *Gila* conquistaron los vencedores de Méjico tensísimas regiones de una riqueza admirable. tados y territorios que hoy forman parte de los tados Unidos, así del sur como del oeste de la pública magna, fueron explorados y en parte so-etidos por los españoles que dominaban en Mé-o. Las tribus de aquella zona eran salvajes y hubo e luchar no poco para someterlas; algunas, como de los apaches, no están aún sometidas; han so-evivido á las persecuciones incesantes de los espa-les, de los mejicanos y de los americanos de los tados Unidos; pero ya los apaches están acorra-los y muy próximos á desaparecer.

En la América del Norte, nadie aventajó á los stellanos en trabajos y padecimientos, pero sí en sultados prácticos, duraderos y beneficiosos.

La pesca del bacalao, que ya empezaba á hacerse el banco de Terra Nova, reunió en aquellas aguas pocos navegantes portugueses, vascongados, in-ses, franceses y escandinavos. Algunos de ellos onocieron una parte de las costas, y divulgando Europa sus noticias, despertaron ambiciones en eblos y monarcas.

En 1524 llegó á las costas de América el navegante entino Juan Verazani, elegido por el rey de ncia para hacer descubrimientos. Á las costas e vió les dió el nombre de *Nueva Francia;* pero fundó colonias. Poco después naufragó.

En 1534 apareció en las mismas latitudes un ma-o bretón apellidado Cartier; éste descubrió... lo

que hacía muchos años que estaba descubierto. Pe al año siguiente hizo un segundo viaje, arribanc más al norte y descubriendo un gran río que den minó de *San Lorenzo*. Navegó por él y entró en rel ciones con los naturales, pasando las privaciones qu pueden presumirse. Poco después regresó á Franci

En 1540 concedió el rey de Francia el título d virrey al señor de Roberval, dándole además el s ñorío de lo que descubriera. El Virrey mandó á Ca tier por delante, y este marino fundó un fuert en 1541 en el mismo lugar en que hoy exist *Quebec*. Roberval llegó al país cuando ya Cartie estaba de vuelta en Francia; reconoció el San Lo renzo, levantó algunos castillos y regresó á su pa tria. Pero en 1549 emprendió un segundo viaje, si que se haya sabido la suerte que corrió; debió d perecer en un naufragio.

Como se ve, fué pobre el resultado conseguido po los franceses en sus primeras tentativas de coloni zación americana. Tuvieron poca constancia en e norte, y en el sur tropezaron con los portugueses Pero más tarde fundaron sus marinos la important colonia del Canadá, que les fué arrebatada por lo ingleses en 1763. El Canadá, que es todavía posesión inglesa, comprende la región explorada por Cartier Los franceses no conservan otra cosa en la Améric septentrional, que ciertos derechos en las pesque rías de Terra Nova y algunas islas insignificantes pero tienen colonias bien regidas en las Antillas menores y en la América meridional.

Tuvieron también colonia en la *Luisiana,* pero la perdieron á la vez que el Canadá.

En la Florida intentaron establecer colonias pro testantes, pero no lo consiguieron.

Los ingleses fueron en América mucho más afor-
ınados, aunque llegaron los últimos. Su primera
›lonia fué fundada por sir Walter Raleigh, con el
›mbre de Virginia en 1590; pero la abandonaron
los quince años, cansados de luchar con los indí-
›nas por una tierra tan pobre. Más tarde se forma-
n compañías de colonización, á las que se debe
ıe la América del Norte recibiera emigrantes eu-
peos que poblaron las dos grandes colonias de
rginia al sur y *Nueva Inglaterra* al norte.

Ni el plan de esta obra ni el espacio de que dis-
nemos nos permiten extendernos más acerca de
conquista *pacífica* de la América del Norte (1).
lo diremos para terminar este capítulo, que los
landeses también fundaron colonias en la Amé-
a septentrional; pero no tardaron mucho en ser
sorbidas por las colonias inglesas. La ciudad de
ıeva York, que es hoy la más populosa de los
tados Unidos, fué fundada por los holandeses
ıdole éstos el nombre de *Nueva Amsterdam*,
mbre que tuvo hasta 1664.

CAPÍTULO III

COLONIZACIÓN, LA ADMINISTRACIÓN Y LA POLÍTICA. — OBIERNO Y GOBERNANTES. — CONTINUACIÓN Y TÉRMINO E LA CONQUISTA.

ln plena guerra empezaron los españoles á colo-
ır; en todas partes fundaban poblaciones y esta-

) Fué en efecto pacífica para los ingleses, no para los abo-
ıes, como se verá más adelante.

blecían ayuntamientos como los de España, y á mediados del siglo XVI había progresado mucho la colonización. Pero las libertades municipales eran ilusorias, lo mismo que en España, donde ya habían sido derrotados y decapitados los nobles comuneros. En todo el período colonial, imperó en España y sus colonias el más desenfrenado y funesto absolutismo. El Rey nombraba funcionarios, imponía tributos, dictaba leyes, con una autoridad que no reconocía limitación. Como era imposible gobernar desde tan lejos y legislar para tan vastos países, el Rey delegaba su autoridad (en lo concerniente al Nuevo Mundo) en sus virreyes y capitanes generales; éstos ya tenían limitación, no sólo porque su autoridad era delegada y transitoria sino porque debían ajustarse á las prescripciones de las leyes de Indias.

Las leyes de Indias estaban, en general, inspiradas en los mejores deseos; pero esto importaba poco. Los virreyes y las audiencias hacían su voluntad. En lo político se dividieron las colonias, aunque no desde el principio, en cuatro virreinatos y cuatro capitanías generales : virreinatos de Méjico, Perú, Nueva Granada y Buenos Aires; capitanías generales de las Antillas, Guatemala, Venezuela y Chile. Había doce audiencias : las de Méjico, Guadalajara, Guatemala, Bogotá, Quito, Caracas, Lima, Cuzco, Santiago, Charcas, Buenos Aires y Santo Domingo. Esta última fué la primera de todas.

Los detractores, sistemáticos ó convencidos, de la raza ibérica, señalarán horrores en la época de la conquista; pero no pueden empañar la gloria imperecedera de haberla realizado. En cambio, ni los más entusiastas defensores de España y de sus empresas

onvencerán á nadie de que los españoles adminis-
aron y gobernaron bien los países conquistados
or su constancia heroica.

Es cierto que la empresa no era fácil; pero bien
odían haberlo hecho mejor. La colonización distó
ser perfecta, la administración fué corrompida,
s leyes harto viciosas. Y aun las mismas leyes
en inspiradas y justas en su espíritu, eran á me-
udo mal interpretadas, ó desnaturalizadas, ó no
mplidas por los encargados de su ejecución.

Los gobernantes que España enviaba á sus colo-
as, salvo excepciones dignas de tenerse en cuenta
ro no muy numerosas, iban con el afán de enri-
uecerse, y á fe que lo conseguían. Los empleados
rango más inferior seguían el torpe ejemplo de
s virreyes, los arzobispos y los magistrados.

Antes de finalizar el siglo XVI, cuando aun no te-
an colonias ni Francia, ni Holanda, ni Inglaterra,
España poseía la mayor parte de América, ya
s salvajes estaban ó sometidos ó errantes por los
sques. Las ciudades fundadas en tan dilatados
rritorios eran á la vez mercados comerciales, colo-
as agrícolas y campamentos. Eran campamentos,
rque la guerra con los indios continuó por mucho
mpo, sobre todo en Méjico, Venezuela y Chile.
uchos pueblos fundados por los conquistadores y
lonos, fueron destruídos por hordas de salvajes.
s colonos tenían que trabajar sin dejar de com-
ir, pues las correrías de los indios y sus agre-
nes eran tan mortíferas como frecuentes. España,
los primeros tiempos de su dominación, ni man-
ba á las colonias milicias regulares ni elementos
e fueran provechosos. Las colonias en cambio
cibían de la metrópoli una emigración constante,

pero poco útil : hidalgüelos pobres que no querían trabajar, segundones arruinados y sin instrucción prófugos de los presidios y un número increíble d frailes, curas, obispos y abogados. La presencia d estos últimos, particularmente, hizo estragos en la nacientes colonias, pues ellos tenían grande interé en suscitar querellas, discusiones, litigios intermi nables, ó que terminaban con la ruina de los indio sometidos y de los colonos españoles, en benefici exclusivo de los leguleyos. Este mal lo señaló Vasc Núñez de Balboa desde los primeros tiempos, e una carta al Rey que dice así : « Una merced quier suplicar á V. A. me haga; es que V. A. mande qu ningún bachiller en leyes ni otro ninguno, si n fuere de medicina, pase á estas partes de la tierr firme so una gran pena que V. A. para ello mand proveer, porque ningún bachiller acá pasa que n sea diablo; tienen vida de diablos, é no solament ellos son malos, más aun facen por donde hay pleitos é maldades. »

Los españoles, por otra parte, daban el ejempl de sus disensiones y luchas intestinas, ejemplo asa pernicioso en las sociedades nuevas; en el Perú sobre todo, lucharon entre ellos más que con lo indios. Las guerras civiles del Perú, como lueg veremos, no concluyeron con la muerte de Pizarro

En los siglos siguientes al de la conquista se or ganizaron tropas indias, que hubieran sido exce lentes con buenos oficiales (como se demostr cuando los oficiales fueron buenos). Pero los oficiale que España mandaba á América eran de dos clases los de profesión, pocos en número, que iban á mo rir combatiendo con los araucanos ó con los apache ó con los filibusteros, y los cortesanos casi niños

s deudos y allegados de virreyes ó de oidores, que ɔtenían las charreteras para pasearlas por las ılles de Méjico ó de Lima. Éstos iban á América npujados por sus protectores, sin más propósito ıe el de coburgar; se casaban con criollas ricas, y ɔ tenían más campañas en sus hojas de servicio ıe el haber concurrido á muchas procesiones del ía del Corpus ó del Viernes Santo, haberles hecho corte á los virreyes y haberse distinguido en alına gran parada. Tales eran los militares que re:esentaban á España en el antiguo teatro de las orias y fatigas de los Pizarro, los Valdivia y los ernán Cortés.

Reinaban en las colonias el soborno y el cohecho ɔmo las cosas más naturales y más corrientes del undo. Hasta la justicia se compraba; hasta el ɔnor se vendía. Las riquezas y el favoritismo daın derecho á todo; los juegos de azar eran tenidos ɔr honesto pasatiempo.

No faltaban otros malos gérmenes en la colonia, ıe preparaban discordias para el porvenir y una ·ofunda perturbación social. La introducción de ;clavos africanos en América, aun prescindiendo ɛl infame trato que se daba á los negros y de la ıicua forma en que se hacía la trata, constituye ɪa falta de previsión política de los europeos. Demos « los europeos », teniendo en cuenta que los ;pañoles no fueron los únicos introductores de esavos. Si hubo esclavos negros en las colonias de spaña, hubo más en las de Inglaterra, Portugal, ·ancia y Holanda.

Los españoles nacidos en América se lamentaban ɛl nepotismo imperante, y más todavía de la arroıncia, del orgullo, de la altanería de los peninsu-

lares. Éstos miraban á los criollos como si fuera de otra casta, sin ver que eran los hijos ó los nieto de los conquistadores. Quejábanse también de qu todos los empleos se concedían á los peninsulares que llegaban de España con aire protector como s ellos hubieran conquistado el Nuevo Mundo. Te- nían razón los criollos, pues hubiera sido justo qu se les prefiriera á los advenedizos. Hablamos de lo muchos criollos sin fortuna, para los cuales n había misericordia, pues los criollos ricos obtenían fácilmente las posiciones más pingües y los em- pleos más brillantes; no en América, donde hubo pocos virreyes nacidos en el país, pero si en España, en África, en Filipinas. En el ejército, en la marina, en la administración, en la magistratura y sobre todo en la Iglesia, figuraron no pocos hijos de Amé- rica durante el período colonial; pero el que no tenía caudal ó protector, jamás conseguía ni un mísero destino de escribiente.

En las colonias de España, la instrucción pública estaba desatendida; fundáronse escuelas y univer- sidades, se imprimieron numerosos libros, sobre todo en Méjico, pero los libros y las enseñanzas es- taban reducidos á teologías y supersticiones.

Las colonias inglesas gozaban de derechos y de libertades que las españolas no tuvieron hasta que ganaron su independencia por la fuerza de las ar- mas; tuvieron también mejores hábitos y llegaron, aun antes de la independencia, á una prosperidad más positiva si menos deslumbradora que la pros- peridad dorada y hueca de las colonias de España. Sin embargo, los colonos ingleses fueron mucho más duros con los negros que los españoles; mucho más crueles con los indios que los rudos soldados

ıstellanos del siglo XVI. Enlazábanse los españoles ın las mujeres indias, creando familias regulares y ındo origen á una raza nueva; pero los ingleses vían completamente aparte, considerando á los ıdios como seres inferiores; sus derechos y sus bertades los disfrutaban ellos, no los indios. Por so las razas indias de la América española se conervan, en su mayoría; y por eso las lenguas indias e conservan, en su mayor parte; pero los indios el norte han sido exterminados casi totalmente, ó ven todavía en el estado salvaje.

En 1622, exasperados los indios por la presencia los manejos de los ingleses en su territorio, ataıron los establecimientos y mataron ingleses hasta ıciar su furia. Sólo pudieron salvarse los que se efendieron con el valor de la desesperación. No se izo esperar la venganza de los supervivientes, evada á cabo con alevosía. Los ingleses aparentaon una reconciliación, pactaron con los indios freciéndoles ventajas materiales, y cuando estaban stos ocupados en las faenas de la agricultura, los ıgleses cayeron sobre ellos con inaudito furor y xterminaron á todos los que pudieron. Desde enonces el trato con los indios se redujo en las coloias británicas al exterminio sistemático, alevoso y érfido. Se pagaba á los colonos por la cabeza de n indio como si se tratara de la cabeza de un lobo.

No procedieron así ni los cuákeros ni los puriınos, fundadores respectivamente de *Boston*, *Fiıdelfia* y algunas otras ciudades; pero sí los coloos del siglo XVII... y los del XIX.

Contrayéndonos á la América española, veamos unque á la ligera los progresos de la conquista y ı colonización.

Santo Domingo. — En el capítulo anterior dejamo la isla Española ó de Santo Domingo, si no pacificada á lo menos aterrorizada por el feroz Ovando.

Este gobernador fué relevado en 1509 por Dieg Colón. En tiempo de este último se creó la audienci de Santo Domingo, se conquistó la isla de Cuba y se hizo la primera introducción de esclavos africanos. Ya existía la caña dulce, llevada de islas Canarias en los años anteriores.

En 1522 se rebelaron los negros, siendo sofocada esta rebelión sin mucho esfuerzo. Más seria fué la sublevación del indio Enrique, indígena bautizado que se hizo fuerte en las montañas de Baboruco. Diego Colón no pudo vencerlo por las armas y se valió de los clérigos.

Sustituyó á Colón en el gobierno el fraile Figueroa. En su época autorizó Carlos Quinto á los flamencos para llevar á la isla más negros africanos y prohibió la esclavitud de los indios.

El gobernador siguiente se llamada Sebastián Ramírez de Fuenleal; dejó buena memoria por su probidad, su rectitud y su celo; fundó varias escuelas y mejoró la suerte de los indios.

Los gobernadores sucesivos continuaron fundando poblaciones. En 1533 existían ya las de *Santo Domingo, Azua, Puerto de Plata, Santiago de los caballeros, Puerto Real* ó *Bayajá, Yaguana* (hoy Leogane), *Concepción de la Vega, Buenaventura, Montecristi, Santa Cruz del Seibo* y otros pueblos no menos importantes.

El 11 de enero de 1586 fué saqueada la capital de la isla por el famoso Drake. Desde entonces empezó á decaer la colonia, que fué posteriormente víctima de las frecuentes incursiones de piratas, bucaneros

filibusteros. Todo el siglo XVII fué para Santo Domingo de guerras é invasiones, perdiéndose la parte cidental de la isla que cayó en poder de los franses.

En el siglo XVIII no hubo tantas guerras y mejoró r lo tanto la situación del país. Llegaron expedimes conduciendo colonos procedentes de Canas, los cuales fundaron algunos pueblos y repobla otros. En 1785 ya contaba la isla 200,000 habites.

La parte occidental de la isla, que hoy forma la pública de Haití, se hallaba en poder de los franses. Allí los negros eran peor tratados que en la rte española, y se sublevaron contra los frances; pero la sangrienta guerra que siguió tendrá bida en el capítulo que habremos de dedicar á las erras de la independencia. El resultado de ella la cesión á Francia de la parte española de la a por el tratado de Basilea (1795). Al ocupar los nceses toda la isla de Santo Domingo, fué grande emigración de españoles y dominicanos á Cuba, erto Rico y Venezuela.

En todas las Antillas hubo guerras desastrosas rante el difícil período colonial; perdieron los pañoles en aquel tiempo la mayor parte de las tillas menores y la isla de Jamaica. No sólo estaba estado el mar de las Antillas de piratas y de buieros, sino que las escuadras y los ejércitos de naciones en guerra con España (Holanda, Fran-, Inglaterra), hacían expediciones frecuentes al r de las Antillas, apresaban sus barcos de comer- y saqueaban los puertos que no podían conser-. En el capítulo siguiente diremos algo de las ntinuas guerras que ensangrentaron las islas.

Cuba. — En la isla de Cuba empezó Velásquez l colonización. Á su muerte dejó ya construídas siet ciudades, entre ellas la *Habana, Santiago de Cuba Trinidad* y *Puerto Príncipe.*

Las irrupciones piráticas, tanto de europeos com de caribes, empezaron en Cuba desde los primero tiempos; las de caribes terminaron pronto, pues n las hubo más que á principios del siglo xvi; per no cesaron ni este siglo ni en los dos siguientes la de franceses, ingleses y holandeses. Los estrago causados por todos estos bandidos, repetidas epide mias y el cruzamiento con los blancos, extinguieron en Cuba casi por completo la raza de los indios Para el cultivo de la caña, que se introdujo de Haití, se empezó á llevar negros á la isla á mediados del siglo xvi.

En 1565 era gobernador de Cuba y la Florida e general asturiano Menéndez de Avilés. Supo éste que los colonos franceses protestantes de la Carolina molestaban constantemente á los colonos españoles católicos de la Florida, y se propuso castigarlos. Desembarcó en el continente con alguna tropa, se apoderó de los protestantes y los hizo ahorcar á todos sin distinción de sexo ni de edad. Á cada víctima le puso en el pecho esta inscripción : « No por francés sino por hereje. » Se supone que obraba según órdenes expresas de Felipe II.

Ni la corte de Francia ni el rey cristianísimo se apesadumbraron; más bien se alegrarían de que hubiera en el mundo unos cuantos protestantes menos. Pero un valiente gascón llamado Gourgues, indignado al saber aquel acto de crueldad odiosa, vendió todos sus bienes, equipó tres naves y se embarcó para la Carolina con 80 marineros y 100 arca-

ıceros. En cuanto desembarcó fué sorprendiendo
s fuertes españoles de la Florida, escasamente
ıarnecidos y muy distantes entre sí para prestarse
oyo. Se apoderó de 400 prisioneros y los ahorcó
sde el primero hasta el último. Á los ahorcados
s puso este letrero : « No por españoles sino por
esinos ». Es lástima que el gascón no hubiera en-
ntrado allí á don Felipe II y al señor Menéndez.

En 1585 fué bombardeada la Habana por el céle-
e marino Drake; pero éste se retiró sin intentar
ı desembarco, ante la actitud resuelta del gober-
.dor Luján y del pueblo habanero. La guarnición
ilitar, no de la Habana sino de toda la isla, era
aquel tiempo de 300 hombres.

El siglo xvi fué de zozobra constante para la isla
Cuba, pues desolaban sus costas corsarios atre-
dos. Las irrupciones de corsarios y filibusteros
usaron en Cuba tantos daños como en las otras
ıtillas, y duraron mucho tiempo. Hacia 1650 se
.mentó la población de Cuba con 15,000 blancos de
maica, españoles y criollos, que todos emigraron
ıando fué tomada Jamaica por los ingleses, no sin
sistencia de los habitantes. En 1667 fueron pasa-
ɔs á cuchillo todos los habitantes de *San Juan de
s Remedios* por los filibusteros de O'Llonois. Este
rata pagó más tarde, en Nicaragua, sus numero-
s crímenes.

Lo restante del siglo xvii y la primera mitad del
ııı fueron de constante lucha contra corsarios, pi-
tas y escuadras extranjeras. En 1762 se presenta-
n los ingleses enfrente de la Habana con la flota
ás formidable que hasta entonces se había visto
ı América : 32 navíos y fragatas, más de 200 trans-
ɔrtes y 20,000 soldados. La Habana fué tomada á

viva fuerza después de una resistencia heroica.

Los ingleses intentaron ocupar la isla, pero no lo consiguieron; se contentaron con poseer las ruinas de la Habana, donde introdujeron multitud de negros de los sobrantes en sus posesiones.

En 1763 fué devuelta la Habana á las autoridades españolas, á cambio de la Florida. La Luisiana pasó también al dominio de los españoles.

Al final del siglo se aumentó la población con numerosos isleños de Canarias, llegando á contar la isla 300,000 habitantes, de los cuales eran de color nada más que 130,000.

Méjico. — El virreinato de Méjico, ó de Nueva España, fué la colonia predilecta de los españoles y de sus gobiernos durante el período colonial. Eran muchos los emigrantes que salían de España para las colonias, pero á ninguna parte iban tantos como á Méjico.

Desde 1528 se organizó la real audiencia, que limitaba las atribuciones de Cortés y fué motivo de serias dificultades. Pero el gran conquistador no se ocupaba tanto en gobernar como en continuar las exploraciones geográficas y terminar la conquista. Hizo reconocer toda la costa mejicana del Pacífico, y él mismo emprendió penosas marchas que dieron por resultado el descubrimiento de *California;* estos viajes consumieron una buena parte de la inmensa fortuna de Cortés.

Carlos Quinto cambió la organización de la colonia en 1534, fundando el virreinato y nombrando virrey á don Antonio de Mendoza.

Cortés hizo un viaje á España; pero no tardó en volver al teatro de sus glorias, donde estuvo hasta

40. Por fin se retiró, para vivir en España casi os-
.recido hasta su muerte, que ocurrió en Castilleja
: la Cuesta, cerca de Sevilla, en 1547.

En 1541 pusieron sitio los indios chimalhuaca-
›s, en número de 30,000, á la ciudad naciente de
uadalajara; pero á los catorce días de combates
.dos fueron vencidos por el capitán Oñate. El Virrey
ı tanto había salido de Méjico para socorrerlo, con
ı ejército de 1,000 soldados españoles y 30,000
ıxiliares mejicanos. Al pasar por las lomas de
uayanagareo se acordó de su ciudad natal, y fundó
ıa ciudad con el nombre de *Valladolid.*

Persiguió el Virrey á los valientes indios rechaza-
›s en Guadalajara, que seguían defendiéndose en
s posiciones favorables con su habitual bravura.
ıtidos muchas veces, todavía se aprestaban á lu-
ıar en el cerro del *Michtán* cuando el Virrey tuvo
rdíos escrúpulos de conciencia respecto de la jus-
cia y legalidad de aquella guerra contra unos hom-
:es que defendían el suelo de su patria. Sometido
caso á una junta de teólogos, acordaron éstos por
ıanimidad que la guerra era justa (1).

Intimada á los indios la orden de entregarse, en
rtud de argumentos más ó menos teológicos y que
guramente no comprenderían, se negaron á ren-
.rse y el Virrey los atacó. Veinte días seguidos com-
ıtieron los indios en su última fortaleza, durando
›s combates de sol á sol y corriendo mucha sangre.
la postre se rindieron los últimos 6,000.

1. Así lo informaron don Pedro Gómez de Maraver, fray An-
nio de Segovia, fray Miguel de Bolonia, fray Francisco de Villa-
erte, fray F. de Salamanca y fray Marcos de Niza, fundándose
ı que el papa había concedido la soberanía de América al rey
: España.

El virrey Mendoza fué trasladado á Lima, sustituyéndole en 1551 don Luis de Velasco, fundador de la universidad de Méjico y de varias poblaciones. En su tiempo se organizó la armada que partiendo de las costas mejicanas á las órdenes de Miguel López de Legaspi descubrió las principales islas Filipinas y fundó la ciudad de Manila.

Velasco fué un gobernante bien intencionado y un hombre justo. Devolvió su libertad á 160,000 mejicanos que gemían esclavizados en el duro trabajo de las minas, diciendo « que más le interesaba la libertad de los indios que todas las minas del mundo, y que las rentas de la corona no eran de tal naturaleza que por ellas hubieran de violarse las leyes humanas y divinas ».

Murió Velasco en 1564, mereciendo que se le llamase *padre de la patria* y que su cadáver fuese llevado en hombros de cuatro obispos.

Á la muerte del Virrey quedó el gobierno á cargo de la real audiencia, que desempeñó muy mal su cometido. Hacía un año que se encontraba en Méjico don Martín Cortés, marqués del Valle, hijo legítimo de Hernán Cortés, con sus hermanos bastardos (hijo uno de ellos de doña Marina). La audiencia los persiguió por conspiración real ó supuesta contra el rey de España, reduciéndolos á prisión juntamente con otros caballeros y haciendo decapitar á algunos. La llegada del nuevo virrey don Gastón de Peralta, hizo que se suspendieran las ejecuciones, librándose por casualidad de morir decapitados los hijos de Hernán Cortés.

La templanza del Virrey contrarió bastante á los oidores, que se quejaron al Rey calumniándolo miserablemente. El Rey envió un delegado ó comisario

gio llamado Muñoz Carrillo, tirano sanguinario .e desaprobó la lenidad del Virrey y que hizo ahorr en 1568 á Cristóbal de Oñate y otros varios callleros. Su conducta despótica hizo que el Rey lo .evara.

Los virreyes sucesivos, entre los cuales se disguieron pocos, tuvieron frecuentes y deplorables estiones con la audiencia, con la inquisición y n los arzobispos. Generalmente, la razón estaba de rte de los virreyes.

En 1585 era virrey don Álvaro Manrique de Zúga, cuando el corsario Drake visitó las costas del cífico haciendo algunos estragos. En la misma oca hubo disturbios por la provisión de empleos.

En 1590 llegó de virrey don Luis de Velasco, hijo uno de sus predecesores, que preparó una expeión á *Nuevo Méjico;* pero ésta no se realizó sta la época de don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, biendo realizado la conquista el capitán Oñate.

En el siglo XVII continuó progresando la colonizan; se fundaron pueblos en los confines del norte n diferentes puntos del extenso virreinato; no falon tumultos en la capital, ni alzamientos de ins, ni sangrientas rebeliones de los esclavos nes. Antes de terminar el siglo ya existían en Méjico conventos de frailes y 85 de monjas, por lo que ayuntamiento de la capital solicitó del rey Fe IV que no se hicieran nuevas fundaciones.

En 1663 llegó una escuadra inglesa á Yucatán, pero tropas de desembarco fueron batidas por el cain Maldonado con 200 españoles y 700 indios.

inco años después se presentaron algunos bus piratas en *Campeche*, saqueando la ciudad; o en *Alvarado* se les rechazó.

La ciudad de Veracruz también fué sorprendida saqueada en 1683 por 600 piratas de Nicolás Agr mont y el mulato Lorencillo.

Las naves mercantes que volvían de América, aun las que iban, eran atacadas con frecuencia p piratas y corsarios, lo que las obligaba á tener a tillería. Para no citar más que un ejemplo, record remos aquí la captura del galeón *Nuestra señora d Covadonga,* que en 1743 salió de Acapulco para F lipinas con dos millones de pesos; atacado por u corsario inglés, mantuvo su pabellón hasta que ca mal herido su capitán don Jerónimo Montero.

El siglo xviii transcurrió con las alternativas co siguientes á una época tan agitada por guerras, p raterías y revoluciones, lo que no impidió á l españoles dedicarse á exploraciones geográficas observaciones científicas. En 1711 emprendiero una expedición á *Tejas.* El marino Quadra descu brió la isla de su nombre, hoy *Vancouver.* En 179 siendo virrey el conde de Revillagigedo, emprendi una campaña en el Pacífico septentrional don Al jandro Malaspina con dos corbetas de guerra. S tomó posesión de las islas californianas de *Revilla gigedo,* llegando la expedición hasta el estrecho d *Fuca.*

En la ciudad de Méjico reinaba paz octaviana pero los hombres de Estado, como el conde d Aranda, aun viviendo en España y sin haber visitado las colonias, vislumbraron en los horizonte de la historia los resplandores que anunciaban l aurora de nuevos tiempos. El conde de Aranda fu desatendido; y la inevitable transformación, qu pudo ser pacífica, fué violenta y desastrosa á principios del siglo xix.

En este libro hemos citado nombres de oscuros ›ldados españoles ó indios que, defendiendo sus ›spectivas causas, merecieron á nuestro juicio el ılardón de la historia y son dignos de que su meoria viva para ejemplo. No hacemos lo mismo con s nombres de todos los virreyes, porque no to›s merecen que los conozca la posteridad. Harto emio es para algunos de ellos el magnánimo oldo de que gozan.

Esto no quiere decir que fueran malos todos los rreyes cuyos nombres y hechos omitimos. Al contrario; la mayor parte de los de Méjico fueron homes de buena voluntad, si no siempre á la altura su difícil misión. Gobernaron según su leal sar, y algunos acertaron. Como dice un moderno storiador mejicano, « si hubo muchos que extor›naron al pueblo procurando su propio interés, ›os en cambio se mostraron probos y entendidos; í es que, gobierno que contó entre sus agentes á ; Mendoza, Velasco, Rivera, Acuña, Bucarel y Güe›z Pacheco, es acreedor á la gratitud (1). »

entro-América. — Terminada la conquista de ntro América y fundada la capitanía general de ATEMALA, siguieron las colonias centro americanas progreso constante, pero lento. En pocas regiones ›ía sido tan bárbara la conducta de los conquisores, y en pocas partes se trató peor á los des-ciados indios. Éstos se sublevaron repetidas veces, ıdo motivo á cruentas represiones.

n el período colonial fundaron los españoles nurosos pueblos, de los cuales han prosperado

Don Luis Pérez Verdía, *Compendio de la Historia de ico.*

muchos. Antes de acabarse el siglo XVI ya existía los de *San Miguel, San Vicente* ó *Lorenzana, Te gucigalpa, Verapaz, Ciudad Real, Suchitepeque* *San José, Aranjuez* y muchos otros (además de lo citados al reseñar la conquista), habiéndose reedifi cado y repoblado los que habían sido arruinados po los terremotos.

Á fines del mismo siglo se presentó en las costa del Pacífico el famoso corsario inglés Francisc Drake; al aparecer en la provincia de San Salva dor, se reunieron fuerzas que lo rechazaron de *Aca jutla*.

El comendador Carranza también tuvo que pelea con los corsarios franceses en 1595, echándolos d *San Pedro Zula* cuando ya habían incendiado e puerto y robado mucho oro.

Á principios del siglo XVII fué saqueado por lo holandeses el puerto de *Trujillo*.

En 1665 entró el corsario David en Nicaragua po el río San Juan, ocupando la ciudad de *Granada* saqueándola.

Veinte años después, en 1685, entraron los ingle ses en territorio de Costa Rica por el puerto de *Ca dera;* saquearon y quemaron los pueblos de *Es parza, Garabito* y *Aranjuez*, incendiando por últim á *Granada*, á pesar de la defensa que hicieron lo vecinos.

En 1676 quedó establecida la universidad de Gua temala.

Aunque la América Central es un país admirable fué relativamente escasa la inmigración española durante los dos siglos anteriores á la indepen dencia.

Nueva Granada. — Don Luis Alonso de Lugo, jo del primer adelantado, llegó á NUEVA GRANADA n una expedición en 1543. Los historiadores dicen ıe fué un buen gobernante, avaro como la ayoría de los conquistadores y más amigo de stigar á los españoles que de perseguir á los dios por las escabrosidades de las sierras. Antes después de su llegada hubo expediciones contra s indios y batallas sangrientas, distinguiéndose en prosecución de la conquista el indómito César, el rrible Galiano, Jorge Robledo, Jerónimo de Lebrón, ıero de Nava, Hernando Venegas, el heroico Barlomé Camacho, hijo de Villafranca (Extremadura) un tal Paredes Calderón,

« ... aquel de Ronda,
En cuyo merecer la musa mía
No pudiera hallar fondo con su sonda (1). »

Lugo embarcó para España llevándose presos á rios españoles (uno de ellos el feroz Galiano), y jando el gobierno á su pariente Lope Montalvo Lugo. En tiempo de Montalvo fueron derrotados s españoles por los indios muzos en Itoco. Allí rdieron los indios más de 500 hombres; y allí ırió Martín de Oñate que, según dice un historiar, « resistió el ímpetu de los muzos, y rodeado r tres mil y ya muerto su caballo, hirió á más de senta ».

El valiente conquistador Jiménez de Quesada ha vuelto de Europa, y se puso al frente de un paro que no dejó de perturbar la colonia; por fin lo ıtó un rayo.

Juan de Castellanos, *Elegías de Varones ilustres de Indias.*

Á fines del siglo XVI, y no terminada la conquista de Nueva Granada, existían ya las ciudades de *Antioquia*, *Tunja*, *Cartagena*, *Tenerife*, *Pamplona*, *Vélez*, *Ocaña*, *Río Hacha* y algunas otras.

La vida colonial en Nueva Granada nos presenta las mismas alternativas que en las demás colonias; gobernantes paternales y gobernantes déspotas; magistrados malos y magistrados peores; motines de españoles y ataques de los indios; piratas en la costa del Pacífico y filibusteros en la del Atlántico. Drake, Morgan, Duncan y Coz piratearon largos años por las costas de Nueva Granada, como por todo el litoral de América. En el siglo XVII fueron incesantes las piraterías, saqueos é incendios en los pueblos de la costa, lo que obligó á fortificar los puertos de Panamá, Guayaquil, Santa Marta, Cartagena, Portobelo y desembocadura del río Chagres. Para la defensa de estas plazas hubo de levantarse un ejército de 3,000 hombres.

Una de las empresas piráticas más memorables que registra la historia de Nueva Granada, es la de Morgan, pirata inglés. Con nueve barcos y 500 hombres se apoderó de Portobelo y también de Maracaibo. En la primera de estas plazas penetró de noche y por sorpresa, ocupando los conventos. El gobernador y la guarnición se defendieron en los castillos, negándose á rendirse. Entonces Morgan dispuso el asalto, haciendo que las monjas subieran por las escalas á fin de que las tropas no hicieran fuego. Detrás de las monjas iban los piratas. La guarnición hizo fuego, muriendo en el asalto muchas infelices monjas. Sobre sus cadáveres treparon los bandidos, que pasaron á cuchillo al Gobernador y á la guarnición entera. El heroico Gobernador, des-

és de tomado el fuerte, aun se negó á rendirse y ırió matando.

Al año siguiente, 1671, ya tenía Morgan 36 bu-es y mucha artillería. Con estos elementos se ɔderó de Panamá, que era entonces una ciudad reciente; después de saquearla y de cometer los os más horribles, se retiró incendiándola comple-ɑente. Quedaron destruídos ocho conventos y gníficas iglesias, más de doscientas casas de co-rcio, todas las particulares y las quintas de recreo e eran suntuosas. La ciudad, que era de rico ce-, se convirtió en ceniza.

El francés Montbars, llamado en su tiempo el *Ex-minador*, también pirateó por todo aquel litoral. Aunque en el período colonial estuvo la ense-ıza bastante desatendida, brillaron algunos hom-s en las letras y en las ciencias.

Venezuela. — La capitanía general de Venezuela al principio un gobierno dependiente de Santo ningo. En el siglo xvi distaba la conquista de erse consumado. Partidas sueltas recorrían las as extensiones de territorios aun no sometidos, reconociendo los ríos y las selvas, ya perse-endo á los indios que se resistían con mucha inación.

a conquista iba despacio; pero no fué interrum-ı ni abandonada por los gobernadores, á pesar ɔcuparles su atención la rapacidad de los corsa-. Sin embargo, el valle de Caracas no había sido to de ninguna expedición aunque era hermoso raz. Al decir de algunos historiadores, aquel e fertilísimo estaba ocupado por 30 caciques y 000 indios dispuestos á luchar.

Francisco Fajardo, criollo de la isla Margarita (1) fué el primero que intentó la conquista de aquel valle. Reunido con otros varios criollos y con veinte indios, salió de la isla en dos piraguas y desembarcó en el continente no lejos del puerto de la Guaira. Como Fajardo hablaba la lengua de aquellos indios, pudo reconocer una parte del país, tomar informes y preparar el terreno para volver más tarde. Volvió en efecto con once españoles y gran número de indios auxiliares; pero al mostrar intenciones de fundar una ciudad, se vió hostilizado por los naturales y obligado á reembarcarse.

No se atemorizó Fajardo y volvió á la costa con más gente; hizo varias incursiones, fundó pueblos, se batió con los indios y puso los cimientos de la ciudad de *San Francisco,* hoy *Caracas*, en 1560.

La conquista del valle de Caracas no fué terminada entonces, pues cinco años después, siendo gobernador de Venezuela don Pedro Ponce de León, todavía luchaba con los indios el capitán español Diego Losada. Poblada por éste la ciudad de Caracas en 1567, aun se defendían los indios de aquel valle; y se defendieron mucho tiempo más, pues los vecinos de la naciente capital de Venezuela estuvieron diez años resistiendo los ataques frecuentes de los indomables indios.

Convertida la ciudad en centro del gobierno, sirvió más adelante de base de operaciones para continuar la obra de la colonización y la conquista. De Caracas partieron bastantes expediciones.

Venezuela progresó en los dos siglos siguientes, aunque los corsarios y los filibusteros causaron muchos perjuicios.

1. Era hijo de un español y de una india cristiana.

Entre los colonos que poblaron la provincia de ›nezuela había muchos canarios, bastantes portuıeses y algunos vizcaínos.

Perú. — El asesinato de Francisco Pizarro y la ›vación al poder de Almagro hijo, fué motivo de ıevas y graves perturbaciones. Los pizarristas no eptaban el nuevo gobernador y los propios almaistas se hallaban descontentos. El joven Almagro, › estando seguro en Lima, se retiró al Cuzco para ›jor organizar sus fuerzas.

Entretanto el Rey había nombrado gobernador del rú á un magistrado de la audiencia de Valladol, el licenciado Cristóbal Vaca de Castro, tan no›le por su rectitud como por su valor y por su inigencia. Al llegar á Lima se hizo reconocer como bernador. Almagro también se mostró dispuesto reconocer su autoridad; pero se negó, naturalente, á la entrega que se le pedía de los asesinos Pizarro. Vaca de Castro lo declaró rebelde y se restó á batirlo. El 16 de septiembre de 1542 se contraron los dos gobernadores en el llano de las *ıupas,* cerca de Huamanga. Vaca de Castro tenía 0 hombres; Almagro sólo contaba 500, pero éstos ís aguerridos y mejor armados. La batalla fué da y los dos caudillos combatieron como bravos; el campo de batalla quedaron 500 muertos. Alıgro, con el resto de su gente, se refugió en el zco. Allí mismo fué reducido á prisión, juzgado condenado, como asimismo todos sus tenientes. arenta fueron los sentenciados á muerte; Almagro bió al patíbulo cuando apenas tenía 22 años de ad y recibió la muerte con valor.

En 1543 fué erigido en virreinato el antiguo im-

perio del Perú, y se nombró virrey á Blasco Núñez de Vela. Sus medidas de gobierno, por lo mismo que eran justas y siempre favorables á los indios, disgustaron á ciertos españoles que los explotaban. Subleváronse muchos, y se puso á la cabeza de la sublevación nada menos que Gonzalo Pizarro. Hubo peripecias muy largas de referir, hasta que Blasco Núñez fué vencido y muerto en la acción de guerra de *Añaquito* (1546).

Diego Centeno, oficial de distinción, se había sublevado en el Cuzco, no contra el virrey legítimo sino contra Pizarro. Éste mandó contra Centeno al valiente Carbajal, que obtuvo una victoria completa á pesar de sus 80 años.

Carbajal aconsejó á Gonzalo Pizarro que se casara con una princesa de la familia de los incas, se hiciera monarca del Perú y negara toda obediencia al rey de España; pero el caudillo revolucionario no tuvo resolución para tamaña empresa, contentándose con enviar al Rey un informe justificativo de sus actos. El Rey envió al Perú, con plenos poderes, al eclesiástico don Pedro de la Gasca, hombre anciano, pero activo y más que todo sagaz. Venció la Gasca mil obstáculos morales y materiales, y por fin llegó al Perú donde no tardó en sembrar discordias entre los pizarristas. En vano Carbajal hizo ahorcar hasta 300 españoles por considerarlos desafectos á Pizarro; en vano derrotó segunda vez á Centeno en la sangrienta batalla de *Huarinas,* cerca del Titicaca; al fin la Gasca derrotó á Pizarro en *Xaquixaguana,* pero no por las armas, sino por la deserción de las tropas de Pizarro que unas se desbandaron sin hacer fuego y otras se pasaron al enemigo. Pizarro y Carbajal se entregaron prisioneros.

El castigo de los rebeldes no se hizo esperar : Pi-
rro fué decapitado al día siguiente (10 de abril de
48); murió con dignidad. El viejo Carbajal sufrió
pena de horca y también murió con entereza, ne-
ndose á recibir los auxilios de la religión. Era
rbajal uno de los veteranos de Roma y de Pavía.

La Gasca se condujo con prudencia y con tem-
ınza, logrando así pacificar el Perú. Indultó á
ıchos culpables, restableció la calma en los espí-
us y regresó á España en 1550. Murió en Vallado-
algunos años más tarde (1).

Estas guerras y disturbios de los españoles conti-
aron algún tiempo, aun después de las ejecuciones
Pizarro y Carbajal. Hubo motines, combates, pro-
nciamientos y no pocos ahorcados. También hubo
antamientos de indios y represiones cruentas.

Algunos virreyes gobernaron con fortuna, con
erto, con humanidad; otros fueron inhumanos; la
yoría se contentó con enriquecerse, no haciendo
la, ó muy poco, por los grandes intereses pú-
cos.

Se construyeron buques de guerra en las costas
Perú, no sólo para perseguir á los corsarios y
ender los puertos, sino para hacer descubrimien-
en el océano Pacífico. Las islas Marquesas y otras
descubrieron las naves del Perú.

Este virreinato comprendió al principio toda la
érica del Sur, excepto las colonias portuguesas;
s tarde se formaron otros virreinatos y gobiernos
independencia del de Lima.

) Las guerras civiles de los conquistadores del Perú han sido
ijamente descritas por dos historiadores contemporáneos;
;o Fernández y Agustín de Zárate.

La metrópoli concedía toda su atención y preferencia á los virreinatos de Méjico y Perú. En ambos estuvieron mejor atendidos los servicios públicos señaladamente la enseñanza, como también la defensa de las costas, que en los países entonces desdeñados de Centro América, Venezuela y Chile.

Acudieron al Perú colonos procedentes de todas las provincias españolas, y aun de Nueva Granada, Río de la Plata y Brasil. Fundáronse muchos pueblos en la época virreinal, especialmente donde era descubierta alguna mina. Los españoles, que eran ya más de 6,000 en los tiempos del último Pizarro, se aumentaron considerablemente en épocas posteriores.

Dejamos para el capítulo siguiente la reseña sumaria de las sublevaciones de los indios..

Chile. — Muerto Valdivia, ausente en España Jerónimo de Alderete y ocupado el capitán Aguirre en terminar sus conquistas al otro lado de la cordillera, recayó el gobierno de las colonias de Chile (y el mando de las tropas) en el capitán Villagra.

La situación era grave; la derrota de Tucapel había sembrado la consternación en los españoles; siendo escasa la fuerza de que se disponía y demasiado extenso el territorio, mandó Villagra despoblar y abandonar las ciudades de Angol y Villarrica para reunir más gente y asegurar la defensa de Imperial y Concepción.

De esta última ciudad salió Villagra con 180 hombres en enero de 1554, pasó el Bío-Bío y se internó en el territorio de los araucanos. En las primeras jornadas no encontró enemigos, pero al atravesar algunos días después las asperezas de una serranía, se vió súbitamente acometido por gran número de

ios con Lautaro á la cabeza. Recio fué el ataque, oica la defensa. Los españoles, dejando muchos ertos en el campo, cedieron la victoria vencidos el número. En su retirada se vieron embestidos ostigados repetidas veces, llegando á Concepción ilmente derrotados.

'reyendo Villagra muy difícil defender la Concepn con su mermada gente, abandonó la ciudad reındose á Santiago.

'ntretanto habían surgido algunas disensiones pretender Aguirre que Villagra le cediera el esto. Villagra resistía, habiendo faltado poco para estallara una guerra entre los bandos, que hura sido funesta. La audiencia de Lima resolvió el flicto como pudo y se conservó la paz entre los añoles.

'ero los araucanos habían pasado al norte del Bío-, con Lautaro al frente, decididos á limpiar el ritorio chileno de invasores. Á la vez Caupolicán có las dos únicas ciudades no arrasadas en el sur, eran Valdivia é Imperial. Salió Villagra de Sango con la fuerza disponible, y contuvo á Lautaro igándolo á retroceder después de la acción de *eroa.* Este resultado le permitió acudir en auxilio los pueblos asediados por Caupolicán.

ıntonces Lautaro reorganizó su ejército y se intero entre Villagra y la ciudad de Santiago que ıba desguarnecida. La hubiera tomado á no acu- Villagra en su socorro. Villagra tuvo la suerte de prender á Lautaro, que murió combatiendo; los ucanos quedaron allí deshechos, retirándose en orden con dirección al sur.

or entonces era virrey del Perú don Andrés Huro de Mendoza, marqués de Cañete, que nombró

gobernador de Chile á su hijo don García, joven 22 años pero tan prudente como enérgico. Don Ga Hurtado de Mendoza había hecho en Europa primeras armas, pero fué en Chile donde ilustró nombre adquiriendo merecida fama de soldado liente y de distinguido capitán.

El nuevo gobernador llegó á Coquimbo en 15 Empezó por enviar á Lima á los dos capitanes rival Villagra y Aguirre, para evitar discordias. En guida, sin entrar en Santiago, se dirigió por ma Concepción. Desembarcó donde había existido e ciudad y allí se atrincheró con la solidez posil Atacado por los araucanos que acaudillaba Caupo cán en persona, se trabó una terrible pelea. Es ñoles y araucanos hicieron maravillas de valor; d rante algunas horas estuvo indecisa la disputa victoria, hasta que los indios se retiraron del co bate diezmados por la arcabucería, pero no esc mentados. Se libró este sangriento combate de Co cepción el 10 de agosto de 1557.

Desde Concepción despachó don García dos nave mandadas por Juan Ladrillero, con la misión explorar toda la costa del sur hasta el estrecho Magallanes.

Poco después se recibieron en Concepción refue zos de Santiago, y pudo el Gobernador pasar al s del Bío-Bío con un ejército de 600 infantes español y más de 100 caballos. Los araucanos le salieron paso y fueron derrotados por los españoles en combate de las *Lagunillas*. Hubo otros encuentro igualmente favorables á los conquistadores, en todo los cuales se batieron los indios con una pujanza un coraje dignos de mejor fortuna y superiores todo encarecimiento.

Don García repobló casi todos los pueblos destruí-
s y fundó uno más con el nombre de *Cañete* (1558).
jándolos guarnecidos, se propuso explorar las re-
ones más meridionales y emprendió la marcha con
guna gente. Fueron enormes las penalidades de la
archa, pues los españoles caminaban por terrenos
rgenes, cubiertos de pantanos, de malezas y de
boles seculares. Á fines de febrero de 1558 avista-
n los españoles un
azo de mar y algunas
as, que eran las de
iloé. Mandó el Gober-
dor alguna gente pa-
explorar la más próxi-
a de aquellas islas y
sde allí dispuso re-
esar al norte. En su
aje de regreso fundó
ciudad de *Osorno*.
esta campaña le
ompañó el poeta don
onso de Ercilla, cé-
re cantor del he-
smo araucano.



Ercilla

Durante el viaje al sur de don García Hurtado
Mendoza intentó Caupolicán sorprender la co-
ia de Cañete; pero advertidos los españoles por
indio, fué Caupolicán el sorprendido por el ca-
án Alonso de Reinoso; los españoles hicieron una
antosa carnicería de indios, quedando Caupolicán
sionero y muriendo tras un suplicio horroroso.
El suplicio de Caupolicán no dió fin á la guerra.
n García batió de nuevo á los indios en Quiapo,
nde los araucanos desplegaron su acostumbrada y

legendaria acometividad; pero quedando maltrechos.

En el lugar en que Valdivia había fundado una colonia con el nombre de Angol ó los *Confines*, hizo fundar Hurtado de Mendoza la ciudad de los *Infantes de Angol*, patria que fué del poeta Pedro de Oña, autor de un poema cuyo protagonista es el mismo Hurtado de Mendoza (1).

Los españoles de Chile pasaron también los Andes en tiempo de don García, fundando la ciudad de *Mendoza* al otro lado de la cordillera; esta ciudad está enclavada en territorios hoy pertenecientes á la República Argentina.

Don García de Mendoza dejó el gobierno de Chile en 1561, siendo relevado por Villagra.

La lucha con los araucanos, aunque tuvo diversas interrupciones, duró más de dos siglos. Puede decirse que duró tanto y aun más que el período colonial, pues la resistencia de tan valientes y denodados indios ha sobrevido á la dominación de España. Pero al fin la raza conquistadora los ha reducido á la impotencia.

El período colonial fué en Chile de casi constante lucha con los araucanos; pero los desastres de la guerra como la guerra misma estaban localizados. Se combatía en la frontera de Arauco y no en el resto de Chile. Muchas veces derrotaron los soldados españoles y los habitantes fronterizos á los valientes sucesores de Lautaro y de Caupolicán; pero los araucanos tomaban en ocasiones revanchas muy sangrientas. No pudiendo los españoles reducir á los indios araucanos por el hierro y el fuego, se valieron

1. *Arauco domado.*

misiones religiosas. Pero los jesuítas no fueron
ís venturosos que los hombres de armas. Los
añoles hubieron de renunciar á la sumisión de
uellas tribus, reconociéndoles una independencia
itada y renunciando á penetrar en su reducido
ritorio. Si al fin están domados, la raza vencedora
debe á los vicios y consiguiente degeneración de
raza vencida, que se ha pervertido al contacto fre-
nte con gentes civilizadas.

a provincia de Chile formó parte del virreinato
Perú hasta la creación de una capitanía general
1778.

a gran distancia á que se encuentra Chile, su
reza minera con relación al Perú, y sobre todo la
tinuada guerra con los araucanos, retrajeron á
mercaderes codiciosos, á los vividores sin oficio y
os viciosos de todas calidades y de todas proce-
cias, de pasar á establecerse en tan remota pro-
cia. Estos malos elementos vomitados por España
ferían establecerse en otras regiones más favore-
as. Á Chile, con motivo de la guerra, sólo iban
lados que se casaban en el país con indias ó con
llas, creando así una raza vigorosa, formal y no
turbulenta como la de otras colonias hispano-
ericanas.

a instrucción del pueblo estuvo descuidada, aun
en Chile que en las restantes colonias, durante
eríodo ó era colonial. Por eso mismo la revolu-
productora de la independencia no fué prepa-
por el pensamiento como en Nueva Granada y
nos Aires; fué engendrada por un instinto pa-
tico y la consumó el torrente de las circunstan-
.

avarra, las provincias Vascongadas, las islas

Baleares, acaso Cataluña, y diversas naciones extranjeras, han contribuído en primer grado á formar la población de Chile. En Chile abundan los apellidos vascuences.

El Plata. — Veamos ahora la marcha de la colonización en *Buenos Aires.*

Á la muerte de Irala, ocurrida en 1557 como ya hemos dicho, se encargó del mando el capitán Gonzalo de Mendoza. En aquel tiempo había sido explorada en encontrados sentidos toda aquella vasta zona, como también sus caudalosos ríos, aunque no completamente. No habían salido del Paraguay todos los exploradores, pues también habían pasado los desfiladeros de los Andes algunos capitanes de Valdivia y de Hurtado de Mendoza, fundadores de las ciudades de *San Juan, Mendoza* y *Santiago del Estero*. Del Alto Perú habían bajado igualmente varias partidas de conquistadores, siendo una de ellas la del capitán Diego de Rojas, que entró por el valle de Humahuaca y murió en un combate con los indios cachalquis en 1542.

Á Gonzalo de Mendoza le sucedió en el gobierno Francisco Ortiz de Vergara, natural de Sevilla, que sofocó un alzamiento general de indios en 1560, matando muchos indios y perdiendo por su parte bastantes españoles. Dicho levantamiento no fué el único durante el gobierno del capitán Vergara. Éste fué substituído por Ortiz de Zárate, que murió en 1575 sin haber hecho nada de particular. Sustituyóle su yerno Juan de Garay, caballero vizcaíno que desplegó una actividad tan incansable como inteligente. Sojuzgó varias tribus, fundó pueblos y en 1580 repobló con buen acuerdo la abandonada ciudad de

Buenos Aires. Antes de su gobierno había fundado
a ciudad de *Santa Fe* á orilla del Paraná. En un
viaje que hizo á Santa Fe murió asesinado por los
ndios. Reemplazado Garay por Vera de Aragón, se
undó en 1588 la ciudad de *Corrientes.* Algunos años
lespués se fundaron las de *Rosario* y *Jujuy,* como
intes se habían fundado, entre otras, la de *Tucumán*
en 1565, la de *Córdoba* en 1573 y la de *Salta* en
.582.

Los ganados europeos introducidos en el país se
nultiplicaban de una manera pasmosa, y ya era fácil
prever la futura riqueza pecuaria de la región.

Se introdujeron asimismo los frailes misioneros
que, penetrando en las selvas y predicando á los
ndios, estudiando sus lenguas y costumbres y per-
liendo la vida muchos de ellos de una manera tan
obscura como heroica, prestaron á la civilización
ervicios eminentes. Lo mismo habían hecho en
otras colonias los sacerdotes cristianos, pero en nin-
guna parte con tanta eficacia como en las orillas del
Plata y de sus afluentes. Entre todas las misiones
lescollaron las de los jesuítas, á los que se debe en
primer término la civilización del Paraguay. Civili-
ación que á la verdad no tenía mucho de española,
pues los jesuítas aprendieron el idioma guaraní para
que los guaraníes no necesitaran las lenguas euro-
peas. Este sistema produjo una república jesuítica,
xcepcional entre todas las colonias, y más excepcio-
ial entre las repúblicas posteriores á la independen-
ia. Medio siglo después de la revolución vivía el
Paraguay en el mayor aislamiento, en el que aun
iviría si las naciones vecinas, más fuertes é ilustra-
as, no le hubieran llevado á cañonazos el comercio
moderno y un espíritu vivificador.

En los siglos XVII y XVIII pasaron las colonias argentinas por las mismas dolorosas pruebas á que estuvieron sometidas las demás colonias; pero además de los corsarios ingleses y holandeses que visitaron sus costas, hubo complicaciones con los portugueses deseosos de extender hasta la orilla izquierda del Plata sus colonias del Brasil. Llegaron á fundar una colonia, la del *Sacramento*, de donde hubo que desalojarlos á viva fuerza en 1680, después de prolijas contestaciones y reiterados conflictos.

Más tarde quisieron apoderarse de la excelente posición hoy ocupada por Montevideo. La gobernación de Buenos Aires estaba á la sazón en manos hábiles, pues gobernaba don Bruno Mauricio de Zabala, militar de talento y de previsión política. Zabala se anticipó á los portugueses, fundando en 1726 la ciudad de *Montevideo*, hoy capital de una república, y seguramente una de las ciudades más cultas y más lindas no sólo de América sino de todo el mundo. Los primeros pobladores de Montevideo procedían de Buenos Aires; pero bien pronto llegaron cuarenta y nueve familias de Tenerife (Canarias) llevadas expresamente para dar impulso á la naciente colonia.

Por aquel tiempo hubo una revolución contra los jesuítas en el Paraguay, dirigida por don José de Antequera. El gobernador Zabala marchó contra él en 1725, obligándole á salir de la tierra paraguaya. El movimiento se reprodujo cinco años después; un tal Mompó secundado por el partido llamado comunero, proclamó la soberanía del pueblo como anterior y superior á toda ley escrita. Los revolucionarios resistieron á Zabala, que los atacó y los derrotó dejando restablecida la tranquilidad superficial.

Antequera murió ahorcado, en Lima.

El virreinato de Buenos Aires se constituyó en 778 con las provincias de Buenos Aires, Tucumán, araguay, Charcas, Santa Cruz de la Sierra y Potosí, ıás el territorio de la Banda Oriental, hoy República del Uruguay, siendo don Pedro Zeballos el rimer virrey.

Poco antes, en 1776, habían sido rechazados los spañoles por los portugueses en Río Grande; pero echa pronto la paz entre Portugal y España, no udo el Virrey vengar aquella derrota.

Don José de Vertiz, segundo virrey de Buenos ires, dejó excelente memoria; se consagró á las ıejoras de Buenos Aires y de todo el virreinato, ispuso la fundación de pueblos en la costa patagónica y se retiró á la madre patria con sentimiento e los argentinos.

Pero no hemos de citar aquí los nombres de los rreyes ni detallar sucesos que carezcan de importancia histórica. Sí diremos que una escuadra inesa llegó al rio de la Plata el 6 de junio de 1806, y apoderó de Buenos Aires que apenas se defendió. l virrey, marqués de Sobremonte, huyó de la ciudad ıando fué atacada por las fuerzas de desembarco ıandadas por Beresford.

Don Santiago Liniérs, oficial de la marina spañola aunque irlandés de origen, recuperó la udad el día 12 de agosto con algunos milicianos y cundado por la población. Beresford se rindió con mas y banderas.

No tardaron mucho los ingleses en tomar su desquite, pues al recibir considerables refuerzos navales militares procedentes del cabo de Buena Esperanza de la misma Europa, sitiaron la plaza de Monte-

video tomándola por asalto á principios de 1807. La escasa guarnición hizo una buena defensa, contribuyendo á ella el vecindario.

Á fines de julio atacaron los ingleses por segunda vez á Buenos Aires, siendo rechazados con pérdida de 1,130 hombres muertos ó heridos y 1,500 prisioneros con 120 oficiales. Al segundo día de lucha capitularon los ingleses, obligándose á evacuar Montevideo y todas sus posiciones del río de la Plata, capitulación que fué cumplida fielmente. El general vencido se llamaba Whitelocke. El héroe de la defensa fué el alcalde de la ciudad, que era don Martín de Alzaga.

Los vecinos de Buenos Aires se batieron bravamente en las jornadas de 1806 y 1807, en las cuales empezaron á tomarle el gusto al olor de la pólvora.

Brasil. — Tan codiciadas eran las riquezas del Brasil, que los portugueses no tuvieron descanso ni sosiego en todo el período colonial. Además de las guerras con los indios, las tuvieron con los franceses, con los holandeses y con los españoles.

Ya hemos dicho que los franceses habían sido batidos y expulsados en 1567. Digamos ahora que volvieron, que al fin establecieron colonias y que algunas de éstas se aliaron con determinadas tribus indias de las que más aborrecían á los portugueses. Una de las colonias francesas, llamada *San Luis del Marañón*, subsistió hasta 1615, fecha en que fué tomada por la escuadra de Alejandro Moura y por las tropas sacadas con tal fin de Pernambuco por el denodado Jerónimo de Alburquerque. Desde entonces quedaron ocupadas las desembocaduras del Marañón ó Amazonas y limpio de franceses el Brasil (1).

1. *La Grande Encyclopédie*, artículo Brasil.

En aquel tiempo formaba parte el Brasil de las co-
nias de España, por haberse incorporado á España
reino de Portugal; y como España estaba entonces
guerra con Holanda, los holandeses no cesaban
intentar desembarcos en las costas del Brasil.
uchas fueron las escuadras mandadas por almirantes
nosos que Holanda destinó á conquistas ilusorias
los dominios de España; pero su mayor empeño
a ocupar el Brasil.

En 1624 se apoderaron los holandeses de la capital,
e era entonces Bahía; pero en breve se les expulsó.
maron otros puertos y no pudieron conservar nin-
no; apenas victoriosos, eran otra vez desalojados.
la costa brasileña se combatió con los holandeses
r espacio de veinte y cuatro años. Entre los muchos
mbates que sostuvieron allí las escuadras españolas
holandesas, merece recordarse uno en que
uendo (1), se cubrió de gloria tomando al abordaje
rios navíos holandeses (1631).

Los últimos fuertes holandeses cayeron en manos
los portugueses en 1654. — La pasajera incorpo-
ción de Portugal á España y la consiguiente domi-
ción de España en el Brasil, duró sesenta años :
1580 á 1640.

En 1648, no satisfechos aun los portugueses con
berles quitado á sus enemigos holandeses los
ertes que poseían en el continente americano, los
icaron en África arrebatándoles Angola como asi-
smo los fuertes de Loanda. El héroe de esta em-

. El almirante Oquendo fué el espanto de ingleses y holan-
es, con los que sostuvo recios combates navales en los mares
Europa. En la historia de América no figura tanto como en la
neral de la Marina española. Era natural de San Sebastián.
uipúzcoa.)

presa fué el almirante Salvador Correa de Sa, crioll de Río de Janeiro, que salió de este mismo luga con una expedición en 1648.

Los territorios de Guayana, extensos pero despo blados y malsanos, es todo cuanto poseen francese y holandeses en la América continental; pero en lo mismos territorios y con mejor derecho dominan á l vez los brasileños y los venezolanos, estos último amenazados siempre de usurpaciones injustificada por parte de los ingleses.

En el Brasil no se luchó solamente con franceses y holandeses; hubo además las contiendas con los es pañoles, unas veces por la posesión del Paraguay otras por la orilla izquierda del río de la Plata, dond los portugueses llegaron á fundar una colonia: la de *Sacramento.*

Los paulistas fueron los grandes exploradores y colonizadores del Brasil; se internaron hasta las fronteras del Perú, reconocieron ambas márgene del Amazonas, fundaron los primeros pueblos de *Minas Geraes*, de *Goyaz,* de *Matto Grosso,* de *Santa Catharina* y de *Río Grande do Sul.* Echaron á los jesuítas españoles que se habían establecido al este del Paraná, extendiendo de este modo las fronteras del Brasil; también les obligaron á evacuar sus reducciones al este del Uruguay en 1638, pero los jesuítas volvieron antes que pasara medio siglo

En 1633 habían sido expulsados los jesuítas de *San Paulo* por los habitantes europeos; volvieron sin embargo en 1653. Los vecinos de *Pará* y de *Maranhao* también los despidieron en 1663; duró la animosidad contra los jesuítas hasta que fueron definitivamente lanzados de los territorios portugueses por el marqués de Pombal en 1759.

Quisieron los paulistas separar el Brasil de Porugal en 1641, eligiendo rey del Brasil á Amador ʒueno: pero no tuvieron quien los secundara.

La capital del Brasil fué trasladada á Río de Jaıeiro en 1763.

En 1801 fué rechazada por los portugueses una inrasión española en *Nova Cintra.*

La población del Brasil era ya de 3.200.000 habiantes al comienzo de este siglo; en la actualidad ›asa de 12 millones. Los negros han tenido parte nuy considerable en este acrecentamiento de poblaión del Brasil, pues la esclavitud se introdujo desde ɔs primeros tiempos y se ha conservado más que en ıs otras colonias; su abolición es reciente. La canidad de africanos sometidos á la esclavitud fué iempre mucho mayor en la gran colonia portuguesa ue en las inglesas, francesas y españolas; esto, inudablemente, era debido á que los marinos portuueses han sido más negreros que los de otras naiones, pues tomaban negros con facilidad en la isla e Gorea y demás colonias portuguesas de la costa e África. El tráfico de esclavos ha ocasionado al ʒrasil durante el siglo XIX, no pocas vergüenzas y :istes humillaciones.

CAPÍTULO IV

INVASIONES, GUERRAS, SUBLEVACIONES

España ha perdido casi la totalidad de sus colonias e América, porque éstas llegaron á su mayor edad. odas las colonias se emancipan en uso de su derecho

y de su fuerza, cuando tienen elementos para emanciparse. Pero España cumplió con su deber defendiéndolas tres siglos contra toda suerte de enemigos y contra toda clase de invasiones, para entregarlas á sus descendientes directos y legítimos cuando llegó el momento de la emancipación.

*

* *

Las naciones más poderosas, las potencias navales más temibles del mundo, Inglaterra, Francia, Holanda, quisieron disputarle á España por la fuerza los extensos dominios tan difíciles de defender que había conquistado, civilizado y poblado con su sangre y con su genio; pero no se los dejó arrebatar. Perdió algunas de las Antillas menores y la isla de Jamaica; pero en el continente y en las principales islas mantuvo su bandera con indomable tesón.

España no batalló solamente con escuadras poderosas y ejércitos regulares de naciones enemigas, sino con piratas y corsarios que la hostigaban incesantemente, siendo difícil darles caza en dos océanos sin límites y en tan extensas costas. No hubo puerto importante que no fuera atacado; muchos fueron saqueados, si estaban indefensos; pero en todas partes se defendieron los habitantes, muchas veces no contando con el auxilio de guarnición alguna.

Las tropas regulares que España tuvo en América durante el período colonial, fueron escasas en número; se necesitó organizar milicias populares, que en todas partes cumplieron, cuando no con fortuna á lo menos con honor; también hubo necesidad de construír costosas fortificaciones en los principales puertos.

Los corsarios recorrieron las costas del Pacífico y as del Atlántico, dejando triste memoria en Cam-eche, Veracruz, las Antillas, el Brasil, Valparaíso, l Callao, Guayaquil, Panamá, etc. Los cruceros es-añoles y aun escuadras enteras los perseguían in descanso, no siempre con fortuna.

Para defender el litoral del Pacífico y oponerse en) posible á las invasiones de corsarios, armó el vi-rey del Perú don Francisco de Toledo una escuadra e tres naves cuyo mando confió al capitán Sar-iiento de Gamboa. Éste salió en 1560 á perseguir á rake, pasó el estrecho de Magallanes, recorrió las ɔstas orientales hasta el Brasil y puso las proas á spaña. El rey Felipe II le dió una escuadra de) carabelas, encomendándole colonizar las orillas del tado estrecho y nombrándole capitán general de los rritorios que colonizara. Pasando por mil dramá-ɔas peripecias, llegó Sarmiento á su destino con un lo buque y 280 marineros y colonos. Fundó la aldea *Jesús* en 1583, y de allí marchó por tierra, á pie, sta la ensenada que se denomina *Puerto del ambre*, donde fundó otra colonia. Después de cas-gar severamente á varios hombres díscolos, fué cap-rado por los ingleses y llevado á Inglaterra; puesto libertad, cayó prisionero de los franceses. Fe-e II obtuvo su rescate por la suma de 6,000 du-dos.

Uno de los corsarios más célebres de aquel tiempo, ito por su actividad como por el éxito de sus em-esas culpables, fué el inglés Cavendish. No se con-itaba con robar y quemar las naves españolas, mo hizo con la nao *Santa Ana* y otras muchas, o que atacaba y saqueaba todos los puertos inde-isos robando cuanto podía, aun á los particulares.

Tomás Cavendish fué el corsario de moda, el héro popular en Inglaterra, mereciendo en sus días qu los poetas cantaran sus proezas, dignas de la horca Dos cosas contribuyeron á hacerlo popular: primera, l idea de que los españoles se enriquecían en Amé rica, lo que despertaba en Europa odios y envidias segunda, la fastuosidad y el cinismo de Cavendish que llegó al extremo de entrar en Londres, al regres de una de sus correrías, con jarcias de seda y vela de damasco. Por esto puede juzgarse de lo qu robaría.

No era él solo; muchas grandes fortunas y aun títulos nobiliarios de Inglaterra, Francia y demás países europeos, tuvieron por base robos y piraterías de los siglos XVI y XVII. Las casas más presuntuosas y altivas son de origen pirata; las mayores fortunas provienen de la usurpación y del despojo, ó del sudo de negros infelices.

Los negros no fueron en parte alguna tan vilmente explotados como en Haití; por eso allí la venganza fué tremenda cuando sonó la hora de la liquidación y la justicia. Las fortunas amasadas por los colonos franceses, que explotaban el país con máquinas humanas, fueron verdaderamente fabulosas.

En la mar tampoco fueron solos ingleses y franceses. La Compañía holandesa de las Indias llegó á contar hasta 800 bajeles, todos piratas, que en una docena de años realizaron presas por valor de 900 millones de pesos fuertes (180 millones de libras esterlinas).

En aquellos tiempos no era posible hacer un viaje á la América española sin encontrar corsarios y piratas, sobre todo al regreso; razón por la cual, si iban muchos á América, pocos volvían.

Los barcos mercantes españoles estaban artillados
sostuvieron combates, algunos victoriosos, con pi-
tas y corsarios de todas procedencias. Pero muchos
saparecieron sin haber llegado á su destino, sin
ie jamás se haya sabido la suerte de sus tripulantes
de los pasajeros, probablemente asesinados. Por
parte los españoles ahorcaron á no pocos piratas
corsarios, que se habían puesto ellos mismos fuera
las leyes de la guerra; sin embargo, procedieron
n algunos de una manera hidalga. Para no citar
ás que un ejemplo, recordaremos el del coronel de
fantería don Francisco de Ayza, gobernador de
ueva Galicia (Méjico). En 1747 llegaron unos cor-
rios holandeses á la costa de Huetlán. El alcalde
ayor, que carecía de fuerza para rechazarlos, se les
ostró sumiso y complaciente; convidó á los prin-
pales á un banquete, acudieron diez y ocho y á los
stres los hizo amarrar á todos remitiéndolos presos
Guadalajara. El coronel gobernador los puso en
ertad y aun les dió recursos para volver á su
tria, pues si bien como corsarios estaban todos
era de la ley, no creyó digno ahorcarlos habiendo
lo aprehendidos de una manera alevosa. El Virrey
robó la conducta del coronel Ayza y desaprobó la
onía del alcalde mayor don Pedro de la Vaquera.
Pero las luchas más sangrientas y las más
iaces tuvieron por teatro la isla de Santo Do-
ngo.

Los filibusteros ingleses y franceses que unidos
r interés común contra los españoles se habían
oderado de la isla de San Cristóbal en 1625, fueron
salojados en 1630 por una escuadra española que
mando de don Federico Álvarez de Toledo nave-
ba en demanda del Brasil para combatir allí á los

holandeses. Viéndose expulsados aquellos filibusteros de la madriguera que tenían, se trasladaron á la isla de *Tortuga* custodiada por 25 españoles. Desde entonces fué la isla un foco de piratas y de bucaneros.

Una escuadra española sorprendió la isla, siendo pasados por las armas no pocos filibusteros. Pena perdida, pues habiéndose retirado la escuadra sin dejar ninguna guarnición, los filibusteros adoptaron precauciones que hicieran muy difícil una segunda sorpresa. Eligieron por caudillo á un inglés muy bravo que se llamaba Willis, y volvieron á piratear. En 1638 fortificaron la isla, y en 1640 invadieron la parte occidental de Santo Domingo para establecer una colonia.

Desde entonces fué constante la lucha de los dominicanos con los bucaneros, que ya no operaban únicamente en la mar sino también en territorio de Santo Domingo.

Para complicar la situación, Inglaterra declaró la guerra á España en 1654.

Al año siguiente fué atacada la isla por una escuadra inglesa con un ejército de desembarco; pero éste fué desbaratado por la caballería dominicana en dos encuentros gloriosos, en los que murieron en gran número los oficiales británicos, batiéndose éstos con arrojo inútil después de la dispersión. Fueron los héroes del triunfo los capitanes don Juan de Torra y don Damián del Castillo. Salvaron los ingleses algunos restos de la expedición, gracias á la energía del mayor general Heane, que quedó muerto en el campo al dirigir la retirada con mucha inteligencia. Los generales ingleses Penn y Venables fueron procesados por disposición de Cromwell, que atribuyó la derrota á su impericia.

Entre tanto habían surgido diferencias entre los caneros, por rivalidades de nacionalidad tanto ó is que por el reparto de botín; pero al fin triun-ron los franceses, pues contaban con el apoyo la corte de Versalles, mientras los ingleses in considerados en su país y en las colonias in-esas como piratas y bandidos sin ley, sin freno y patria. Dueños los franceses de la colonia de iití, se sometieron á la corona de Francia. El bernador de Santo Domingo, que era el maestre campo don Juan Balboa Mogrovejo, los hizo desa-ar la colonia; pero no teniendo tropas, no pudo pedir que volvieran y asentaran su dominación. Bertrand de Oregón fué nombrado por el gobierno ncés gobernador de su colonia de Haití. Desde tonces no cesaron las contiendas fronterizas, ya vadiendo los dominicanos la colonia usurpada por s vecinos, ya entrando los franceses en territorio pañol para robar ganados, incendiar poblaciones legollar hombres, mujeres y niños.

En 1665 fueron derrotados los aventureros fran-ses que querían establecerse en Samaná, por una rtida de dominicanos. Al mismo tiempo entraron Haití 500 hombres, que obligaron á Oregón á ugiarse de nuevo en la Tortuga. Estos combates in estériles para los españoles, pues careciendo fuerzas para guarnecer la costa, no podían evitar e el enemigo volviera.

En 1669 desembarcó en Puerto Plata una expedi-n francesa de 500 hombres mandada por Delisle, gó hasta Santiago de los Caballeros, incendió la dad y secuestró cuantas familias ó personas pudo, giendo fuertes sumas por su rescate.

La paz de Nimega reconoció á los franceses la p sesión de Haití, adonde llegaron muchos colon de Francia introduciendo gran número de negr para los trabajos de la agricultura.

En 1690 penetraron de nuevo los franceses en parte española de la isla, batieron á los españoles destruyeron la ciudad de Santiago después de rob todo lo que contenía.

En enero de 1691 invadieron los españoles dominicanos las posesiones francesas, obtenien una brillante victoria en Sabana Real. Después i cendiaron el pueblo del Guarico, sin dar cuar nada más que á las mujeres y niños.

Esta guerra coutinuó sin tregua hasta al final d siglo.

En el siguiente, XVIII, con el advenimiento de príncipe francés al trono de las Españas, se vivía paz con los franceses; pero en cambio no faltar hostilidades de ingleses, holandeses y dinama queses. En aquel tiempo se armaron en cor muchos barcos dominicanos que hicieron consid rables y repetidas presas, distinguiéndose los co sarios José Antonio, Valencia, Olave, Guerrero, más que todos Gallardo. Éste era el terror de l ingleses entre Europa y Nueva York; se le llamó su tiempo *rey del mar*. Algunos años después h cieron otro tanto los capitanes Sánchez y Dani este último contaba 60 presas en 1762, no sólo embarcaciones mercantes, sino de barcos guerra.

Las monarquías europeas enemigas de Espa que tanto habían celebrado y aun protegido á co sarios y piratas durante los dos siglos en q infestaron las costas, se alarmaron cuando vier

ue de las colonias españolas también salían cor-
arios diligentes. Sólo entonces comprendieron la
ecesidad de acabar con el filibusterismo. Inglaterra
rdenó su exterminio al lord gobernador de Jamaica,
Francia al gobernador de Haití. Ambos persiguieron
ı piratería, haciendo que los piratas abandonaran
us últimas guaridas y ahorcando á muchos ingleses
franceses.

Nos hemos detenido en las guerras de Santo
omingo, por que fueron las más tenaces, las más
ıngrientas, las más originales; pero las hubo
ualmente en las otras Antillas mayores y menores,
n todo el litoral del continente y señaladamente en
l Brasil. Como ya dijimos en el capítulo tercero de
sta segunda parte al reseñar la historia colonial
e Cuba, en el citado año de 1762 atacaron la Habana
s ingleses con una poderosísima escuadra, y la
maron con grandes pérdidas suyas y más de los
efensores. Se hizo una defensa porfiada, quedando
encido pero honrado el pabellón. Intentaron los
ıgleses ocupar toda la isla, pero los bravos guajiros
levantaron en masa organizando guerrillas que
ostilizaban á los invasores y los perseguían hasta
s puertas mismas de la Habana. El guerrillero
epe Antonio de Guanabacoa, se hizo acreedor á
ıstas alabanzas en aquella guerra. La Habana fué
evuelta á la nación española, como dejamos dicho
ı el mismo capítulo citado.

En Puerto Rico fué victoriosamente rechazada por
s tropas nacionales y por las milicias del país, en
'97, una respetable escuadra inglesa que desem-
ırcó sus tropas en la isla, intentando inútilmente
ıcerse dueña de la capital.

Pero las luchas más sensibles para los españoles

fueron sin duda las que sostuvieron con los indio
En los siglos XVII y XVIII, aparte las contiendas cc
los no sometidos araucanos, con tribus guaraníes
otras de la América del Sur que todavía peleaba
por su independencia, con salvajes de Hondura
de Arizona, de Tejas y Nuevo Méjico (especialmen
con los navajos, con los apaches y con los c
manches), hubo que refrenar diversas rebelion
de los vencidos pero no domados. La tiranía de l
españoles produjo levantamientos en diferent
puntos, siendo causa de combates y de ejecucion
que por falta de espacio no podemos referir. Só
hablaremos de los movimientos del Perú, no só
por haber sido más fuertes y reiterados, sino porq
los últimos fueron como chispazos precursores
la revolución.

En el mismo siglo XVI, apenas terminada la co
quista, cometió el virrey don Francisco de Tole
una verdadera villanía con los indios peruano
Conservaban éstos una apariencia de corte en l
estribaciones de los Andes, rindiendo vasallaje á u
descendiente de los incas llamado Tupac-Amar
mas éste era un ser inofensivo. No obstante, el Virr
formó una columna de 200 soldados españoles refo
zada por numerosos indios, y la puso á las órden
de don Martín García Oñez de Loyola, el mismo q
fué más tarde gobernador de Chile y pereció e
Arauco. Oñez de Loyola sorprendió al inca en Vilc
bamba; sus parciales se dispersaron refugiándo
en los bosques, y el inca se entregó. Llevado
Cuzco, fué ejecutado á pesar de sus protestas y
los múltiples ruegos de particulares y corpor
ciones.

Hubo más tarde varias intentonas de los indio

ıogadas siempre con mano de hierro por los virreyes por sus oficiales. Pero ninguna tan grave como la ıblevación de 1780. El indio José Gabriel Tupac-maru, que pretendía ser descendiente de los em-radores del Perú, convidó á un banquete al corre-dor de Tinta don Antonio Arriago con pretexto celebrar el cumpleaños del Rey. El corregidor fué narrado á lo mejor del banquete y ahorcado en la aza pública. En seguida Tupac-Amaru se proclamó sí mismo libertador del Perú, reunió gran número sus parciales y derrotó á una fuerza de 600 hombres ıe para capturarlo había salido del Cuzco. Inme-atamente se encaminaron los vencedores al Cuzco, ıra restablecer en su propia capital el imperio de s incas, y hubieran tomado la ciudad sin la energía ıe manifestaron el obispo Moscoso y el corregidor illalta. Hasta los curas se armaron, como todos los ecinos, y salvaron la ciudad.

Entretanto la insurrección cundía. La audiencia de harcas, para sofocarla en su comienzo, apresó á un ıcique llamado Tomás Cautari que ya se había ñalado por su espíritu rebelde. Al saberlo sus ermanos atacaron la ciudad con más de 6,000 indios; ero los derrotaron los soldados y milicias el 20 de brero de 1781.

Á pesar de este revés, la rebelión se extendía por do el oriente del Perú así como por el norte del rreinato de Buenos Aires. Los indios que parecían n sumisos mostrábanse feroces. En Oruro y en ros muchos pueblos asesinaron á todos los espa-les ó criollos que no fueran de su raza, empe-ndo por las autoridades y por los eclesiásticos, no erdonando á las mujeres y apropiándose todos los enes que podían arrebatar. Una columna proce-

dente de Buenos Aires sorprendió en Tupiza á un de los jefes indios y entró vencedora en Charcas donde fueron ahorcados y fusilados hasta 50 rebeldes.

José Gabriel Tupac-Amaru seguía sosteniéndose en las cercanías del Cuzco, donde había reunido más de 60,000 hombres. Para batirlo salieron tropas de Lima, que reforzadas en su marcha por varios destacamentos, milicias y voluntarios, ascendieron á 17,000 hombres. Llegaron sin combatir á la ciudad del Cuzco, de la que hicieron su base de operaciones. Al emprenderlas tropezaron con los indios sólidamente situados en los desfiladeros, logrando batirlos en repetidos combates, y posesionándose de Tinta donde se había iniciado la sublevación. Tupac-Amaru cayó prisionero el 6 de abril de 1781, y fué descuartizado el 18 de mayo con su esposa, un sobrino y otros parientes. Los detalles de estas bárbaras ejecuciones horrorizan por su ensañamiento, pues á las víctimas se les cortó la lengua antes de darles garrote, cometiéndose otras muchas repugnantes y odiosas crueldades.

Tan espantosos castigos no sirvieron de escarmiento, pues los indios se mantuvieron en actitud rebelde en los alrededores del lago de Titicaca. Fué necesario batirlos en Puno, rechazarlos de Sorata, derrotarlos en La Paz y en el pueblo de Las Peñas; pero sólo se consiguió desarmarlos cuando en noviembre se les ofreció un indulto. Se acogieron á él bastantes desde luego, otros más tarde; uno de los acogidos fué Diego Tupac-Amaru, hermano del ya difunto José Gabriel, que prestó juramento de fidelidad el 27 de enero de 1782. Pero los vencedores cometieron la felonía de ahorcarlo en el Cuzco e

de abril de 1783, con el fútil pretexto de que spiraba. Fué una gran falta política, además de algo peor : una verdadera infamia.

lo fueron más leales en la misma época las autoıdes que reprimieron la insurrección del Socorro, Nueva Granada. Los insurrectos no pedían más justicia y rebaja en los tributos ; no aspiraban ı independencia; no cometieron desmanes de yor cuantía. Pero sus jefes también murieron rcados.

TERCERA PARTE

Independencia Americana

CAPÍTULO I

LA REVOLUCIÓN Y SUS CAUDILLOS

Si fueron gigantes los españoles del siglo XVI c quistando un mundo material, colosos fueron descendientes los hispanoamericanos conquista en el siglo XIX la libertad de aquel mundo. Si primeros treparon, hollando imperios, á las cum de los abruptos Andes, los segundos escalaron canes inaccesibles, para enarbolar sobre las nie eternas la bandera de la Revolución. Si fué her en los unos vencer la resistencia de imperios po losos, no menos heroico fué en los otros arrasa fortaleza tres veces secular del fanatismo ignora la monarquía despótica y la rutina ciega. Uno otros realizaron titánicas empresas; la raza, en t siglos, no había degenerado.

España defendió con perseverancia la posesión América, porque la amaba. América debe paga con amor, ya que al querer conservarla se aju España á la lógica inflexible del sentimiento, de tradición y de la historia. Por otra parte, en guerra americana de la independencia no hubo r vencida ni raza vencedora. Quedó vencida la esc

vitud, vencedor el ideal. Tan buenos soldados fueron os que defendían la libertad de su patria, como los que sin estímulo se sacrificaban por el deber peronal y el honor de su bandera. Como dijo un ilustre imericano, don Andrés Bello, « en la guerra de la ndependencia americana, la constancia española se venció á sí misma ».

La independencia americana se inició en las colonias inglesas, que sacudieron con facilidad el yugo le la metrópoli. Contaban aquéllas con la justicia le su causa, que es una gran fuerza, y tuvieron además la fuerza que les prestaron Francia y España. Éstas potencias, enemigas entonces de la Gran Breaña, apoyaron con sus tropas el movimiento separatista de la América inglesa. Aun sin este apoyo, la América británica hubiera sabido ganar su indeendencia; pero la guerra hubiera sido más larga.

Empecemos, pues, la historia compendiada de as guerras de la independencia, por la América del Norte.

El Norte. — En las colonias inglesas gozaban de ibertad los colonos europeos ó descendientes de los ntiguos colonos; pero los indios eran vilmente explotados. Sin embargo, no fueron los indios los que e sublevaron, sino los colonos, descendientes en u mayor parte de ingleses, escoceses é irlandeses. El motivo de la rebelión fué el descontento general que produjo en las colonias la ley del papel sellado, pues aunque la ley fué revocada por el gobierno nglés, se impusieron casi inmediatamente nuevos ributos insensatos y onerosos. El que produjo más esistencia fue el del te. Los americanos pretendían que no podía imponérseles contribución alguna, por

no estar ellos representados en el Parlamento; y en consecuencia acordaron resistir.

En Boston, cuna de la independencia, botaron al agua los cargamentos de te llegados de Inglaterra. Y al ver que las autoridades coloniales se aprestaban á hacer cumplir la ley, redactaron los colonos su inmortal « Declaración de derechos » y organizaron un pequeño ejército para sostener la causa americana. El ejército era improvisado; pero si bisoños los soldados, muchos oficiales eran aguerridos por haberse batido varias veces con los franceses en el Canadá.



Wáshington

El general inglés que gobernaba en Boston declaró rebeldes á los habitantes, y cayó con 10,000 hombres perfectamente equipados sobre las milicias mal armadas de los insurrectos. El 19 de abril de 1775 fueron derrotados los ingleses por los americanos en la batalla de *Léxington.*

Las operaciones subsiguientes fueron favorables á los americanos, que reunieron en Filadelfia un congreso llamado Continental. Este congreso decretó la formación de un ejército de 20,000 soldados y nombró á Jorge Wáshington general en jefe. Á los dos días fueron derrotados los ingleses en la acción de *Bunker Hill.*

Pero el ejército inglés había sido reforzado con opas de Inglaterra, y las milicias de Wáshington cesitaron desplegar cualidades militares de primer den, para no sucumbir en aquella lucha desigual.

Con fecha 7 de junio de 1776 declaró el Congreso separación de las colonias y su entera independencia de la metrópoli; el 4 de julio, que es desde itonces la fiesta nacional de los Estados Unidos, se mó la célebre Declaración de Independencia.

Wáshington fué derrotado por los ingleses en *ng-Island* y en *White Plains*, teniendo que retirse al sur del Delaware; pero el 26 de diciembre nó la batalla de *Trenton*, que si fué brillante no é decisiva.

En 1777 ganaron los americanos la batalla de *Prínton*; pero al poco tiem- fueron otra vez batis y los ingleses enıron en Filadelfia. Siuió la guerra con altertivas de triunfos y veses, hasta que el neral Burgoyne se rinó á los americanos, en *ratoga*, con 5,000 soldos. Ya por entonces bía llegado de Franı el marqués de Layette, deseoso de servir á la causa americana. Su ble concurso no fué por cierto eficaz, pues coinlió con repetidos y serios descalabros que, afortudamente, no desanimaron á los valientes patriotas.


Lafayette

ıtre los europeos que tomaron parte en la guerra la independencia, á las órdenes de Wáshington, de-

bemos citar al célebre Saint-Simón, filósofo francé y al no menos célebre Kosciusko, oficial polaco edu cado en la escuela de cadetes de Varsovia.

Pero la causa de América tuvo apoyo más fruct fero en la llegada de 6,000 buenos soldados francese mandados por Rochambeau, y en la campaña em prendida contra los ingleses por los españoles qu mandaba don Fernando Gálvez, gobernador de Lu siana. Éste, con refuerzos que recibió de Cuba, re conquistó la Florida venciendo á los ingleses en lo combates de *Baton-Rouge*, *Mobila* y *Panzacola*. Po su parte Rochambeau contribuyó á la victoria defi nitiva de los americanos, obteniendo juntament con Wáshington la capitulación del general Corn wallis que, el 19 de octubre de 1781, se rindió e *Yorktown* con 8,000 soldados, 6 navíos, 214 cañone y 22 banderas.

El auxilio de los españoles contribuyó grande mente al éxito final, pues además de Gálvez tomó parte en la guerra el general don Victoriano de Navia, que salió de la Habana en 1780 con 12 navíos de línea, 2 fragatas, 6 bergantines, 82 transportes y 12,000 combatientes. Uno de ellos era el teniente Miranda, oficial del ejército de Cuba, que fué más tarde el iniciador de la revolución de Venezuela.

Independientes los americanos, han erigido estatuas á Lafayette como testimonio de gratitud nacional; pero no sabemos que se haya concedido igual honor al general Rochambeau ni á los otros auxiliares.

El gobierno español recompensó á Gálvez con el nombramiento de capitán general de Luisiana y la Florida, quedando estas colonias independientes de Cuba.

En cuanto á Rochambeau, tuvo más alta gloria ue los títulos y las estatuas : después de haber uchado en América por la república, sirvió en ;uropa á la inmortal Revolución francesa.

La rendición de Yorktown puso término á la guerra. orge Wáshington fué elegido por unanimidad preidente de los Estados Unidos de la América del orte, en 1787.

Haití y Santo Domingo. — Siguiendo el orden de ;chas, nos toca tratar ahora de la revolución é inependencia de Haití.

Los franceses de Haití, que se enriquecían con el ıdor de los negros, consideraban á éstos como si o fueran hombres. Á los esclavos los trataban con mayor despotismo, á los libres con el más irrinte menosprecio. Los haitianos, sin embargo, eran ı su mayoría gente de color, de suerte que la tuación no podía ser más tirante.

Surge de pronto la revolución francesa, que inspiró los colonos europeos las primeras inquietudes. umentaron éstas, cuando se supo que la Asamblea ıcional había solemnemente declarado los Derechos ;l hombre, consignando expresamente que « todos s hombres nacen y mueren libres é iguales en rechos ».

Como temían los blancos, subleváronse al moento los negros y mulatos pidiendo que cesara la rgüenza de la esclavitud. Pero al mismo tiempo reunieron en San Marcos 230 representantes de colonia, franceses, descendientes en su mayor rte de los antiguos forbantes y bucaneros, los ales declararon que los blancos estaban dispuestos norir antes que á compartir sus derechos políticos

con *la raza bastarda y degradada de los hombres d color*. Se comprende que no era preciso más pai encender la guerra civil en la colonia.

La guerra fué despiadada; no se daba cuart ni se pedía. Los blancos se servían de sus perrc para perseguir á los negros y encontrarlos; negr cogido era descuartizado, y sus miembros palpi tantes se echaban á los perros. Pero á su vez lc negros hacían comer á los blancos la carne d aquellos mismos perros nutridos con carne human dándoles después de machetazos para librarlos d digestiones penosas.

Triunfaron los blancos en las primeras revueltas pero el 21 de agosto de 1791 estalló más formidabl y más potente la revolución, que se extendió com voraz incendio por todo el suelo de Haití.

La Convención Nacional mandó á la isla alguno delegados, para que intentaran la pacificación conc liando los intereses de las dos razas en lucha. N fué posible, pues los negros pensaban que la Con vención quería restablecer la esclavitud *abolida po el rey*, según ellos decían; y los blancos no transi gían con reforma alguna que menoscabara sus pre tendidos derechos. Mantuviéronse los negros, po lo tanto, en actitud rebelde, llamándose realistas; los blancos, despechados por lo que llamaba *cobardía de la Convención*, pues para ellos er cobardía tratar y discutir con la gente de color llamaron en su auxilio á los ingleses. El gobernado de la vecina Jamaica les mandó en efecto una es cuadra con el almirante Whitelocke; pero su coope ración fué de todo punto ineficaz.

En 1793, después de guillotinado el rey de Francia la República Francesa declaró la guerra á la monar

uía española. Entonces los jefes más visibles de los egros haitianos, creyendo encontrar apoyo en las utoridades españolas de Santo Domingo, pasaron ı frontera. No se equivocaron. El rey de España ombró generales á los negros Biassou, François y tros; coroneles á Mambi, Toussaint Louverture y lguno más; oficiales inferiores á Prud'home, Alí, tc., etc. La guarnición española de Santo Domingo ıé reforzada, no sólo con prófugos de Haití, sino on regimientos españoles procedentes de la Haana, Puerto Rico, Méjico y Caracas. Los negros aitianos prestaron sus servicios en la guerra que e encendió casi inmediatamente y que fué al prinipio afortunada, pero manchada por algunos crímenes.

Los españoles, de acuerdo con los ingleses, ocuaron una gran parte de Haití. El comodoro inglés ohn Ford se apoderó de *Port-au-Prince,* y los spañoles pasaron la frontera. Al apoderarse éstos e la plaza de *Bayajá* (Fort-Liberté), se cometieron on los habitantes las mayores tropelías. El general 'rançois mandó á sus negros que degollaran á odos los franceses, como en efecto lo hicieron con lgunos; y si no pudieron exterminarlos á todos, e debió á la actitud enérgica de los oficiales espaoles y á la firmeza de algunos regimientos, como ambién á la hidalguía y humanidad del comanante del navío *San Ramón* que recogió en sus botes los fugitivos y se negó á devolverlos á François. Esto sucedió el día 7 de julio de 1794.

Reinaba poca armonía entre las fuerzas españolas las bandas irregulares de negros. Ya el coronel ouverture se había pasado al enemigo, siendo scendido á general francés. Al desertar con sus

negros, asesinaron éstos á todos los españoles qu tuvieron á su alcance,

La defección de Louverture cambió muy pronto l suerte de las armas, pues Louverture y otros jefe se hicieron dueños de casi todos los puntos que lo españoles ocupaban en Haití; fueron rechazados po la guarnición de *San Miguel*, pero al fin vencieron su resistencia; tomaron por asalto *La Marmelada* batieron á los ingleses; por último, entraron por la frontera de Santo Domingo arruinando la riqueza de toda la zona fronteriza y apoderándose de *Hincha* *San Rafael*, *Las Caobas*, *Las Matas*, y *San Juan* Todos estos pueblos y otros mucho fueron saqueados y sus moradores pasados á cuchillo.

Tal era la situación cuando se firmó la paz entre España y la República Francesa el 22 de julio de 1795. España cedió á Francia la parte española de la isla. Innumerables familias españolas y dominicanas emigraron al continente ó á las islas españolas. El navío *San Lorenzo*, que mandaba don Tomás de Ugarte, condujo á la Habana los restos de Colón.

La República Francesa había destinado tropas á su colonia de Haití durante la guerra con los españoles, pero hubo de reforzarlas con motivo de la cesión de la parte española de la isla, para guarnecerla y defenderla toda. Los ingleses, que no habían hecho la paz con la República, y seguían siendo enemigos encarnizados de Francia, enviaron una escuadra al mando del almirante Parker y una división de 3,000 hombres capitaneada por el general Howe para que se hicieran dueños de Santo Domingo. Y como España había contraído una alianza con Francia (1796), los ingleses infestaron de corsarios

mar de las Antillas haciendo muchas presas de ırcos mercantes españoles.

Entretanto los generales negros Biassou y Fran-ıis, traidores á su raza, no pensaban en otra cosa ıe enriquecerse por la esclavitud y se dedicaban al áfico de negros; muchos haitianos fueron vendidos ›r ellos á los negreros de Cuba y Puerto Rico.

En 1798, diezmados los ingleses por la guerra y s enfermedades, evacuaron la isla previo un tratado ıe hicieron con Toussaint Louverture. Cuando éste vió libre de ingleses, reclamó de las autoridades pañolas de Santo Domingo la evacuación completa la isla en virtud del tratado de 1795, tratado que había tenido cumplimiento. Pero los franceses, mprendiendo que Louverture quería posesionarse la isla entera con el fin de hacerla independiente Francia, venían excitando á los españoles para ıe se mantuvieran en la isla sin dar cumplimiento lo tratado. Louverture, á su vez, se hizo cargo de intriga; embarcó para Francia al comisario de la pública Mr. Roume, batió á los franceses del neral Rigaud y pasó la frontera de Santo Domingo r el sur al mismo tiempo que lo hacía por el bao el general Moise con 10,000 haitianos ague dos.

Los haitianos batieron á los españoles en varias caramuzas, ocuparon el territorio y avanzaron en rección á la capital española de Santo Domingo, sta que Louverture fué derrotado por las valientes licias dominicanas en la acción de *Ñagá.*

Al verse detenido por la fuerza, recurrió el cau-lo negro á las habilidades diplomáticas. Ofició al bernador español don Joaquín García, diciéndole e extrañaba mucho haber encontrado resistencia,

pues su objeto era tomar posesión de la ciudad (Santo Domingo y de la isla en virtud de los tratado El gobernador entregó á Toussaint Louverture la llaves de la ciudad, quedando la actual República c Santo Domingo unida por entonces á la colon franco-africana de Haití.

Como se esperaba, Toussaint Louverture manifest bien pronto sus propósitos de independencia. U decreto de Bonaparte, del 20 de mayo de 1801, re tablecía la colonia en el estado anterior á 1789. Lou verture contestó haciéndose proclamar jefe suprem de Haití en 1.° de julio de aquel mismo año.

Salió de Francia el general Leclerc al frente d un ejército de 16,000 hombres destinado á recon quistar la isla, llegando á Samaná en 1802. Apoyaba su empresa tres escuadras : la francesa del almirant Villaret, la española del almirante Gravina y la ho landesa del contralmirante Hartzinch.

La guerra fué tan larga como desastrosa para lo franceses; los europeos sucumbían por centenare al rigor del clima, y Louverture se condujo co valor y con habilidad. Es sensible para su memori que cometiera muchos actos de ferocidad sangui naria y de maldad inaudita. Citaremos uno solo el antiguo regimiento de infantería de *Cantabria* que databa de la época española, que contaba e sus filas algunos veteranos españoles, pero que s componía casi totalmente de dominicanos, fu fusilado en masa por el feroz caudillo, sólo por la desconfianza que le inspiraban los dominicanos enemigos, efectivamente, de la anexión á Haití.

Los franceses no pudieron sostenerse en territorio haitiano; pero se defendieron algunos años en Santo Domingo, gracias al apoyo de los dominicanos, más

puestos á ser colonos franceses que á depender
sus crueles vecinos. La antigua parte española
la isla fué todo lo que los franceses conservaron,
o por mucho tiempo.

'oussaint Louverture había sido engañado por
:lerc, que lo mandó preso á Francia, donde
rió en un calabozo húmedo aquel ardiente hijo
los trópicos. Figura en la historia como re-
ıtor de los esclavos, y era hombre de mucho
rito. Se le reprochan algunas crueldades, pero
ıe su disculpa en el desbordamiento de pasiones
endrado por la guerra. No le hubiera sido fácil
tener los desmanes de sus negros, todavía con
espaldas ensangrentadas por el látigo de sus
lotadores, que en todo blanco veían un enemigo
a humanidad.

e sucedió en Haití el general Dessalines, otro
ro, que se hizo monarca ó jefe vitalicio.

n 1805 invadieron los haitianos, mandados por
eroz Dessalines, la tierra dominicana que estaba
ooder de los franceses. Los invasores ganaron más
ına batalla, gracias á su ejército de 25,000 hombres.
ıque Napoleón envió nuevas tropas á la isla,
s hubieran sucumbido sin el esfuerzo heroico de
lominicanos.

essalines sitió con grandes medios la plaza de
o Domingo y no pudo tomarla. Al retirarse con
tropas diezmadas, asesinó á todos sus prisioneros.
u marcha dejó marcada la espantosa huella de
ıordas, reduciendo á cenizas todos los pueblos
ránsito y degollando millares de inocentes.

ırió Dessalines en 1806, dividiéndose Haití, por
uerte de aquel, en dos Estados : una monarquía
l norte, regida por Cristóbal, y una república

en el sur, presidida por Petión. Santo Doming continuaba en poder de los franceses.

Aunque los dominicanos ya no eran oficialment españoles, aunque podían estar quejosos de la madr patria (y lo estaban) por haber ésta cedido la isla los franceses, no vacilaron en alzarse contra su dominadores cuando supieron que España se levan taba como un solo hombre para resistir á Napoleón. Los mismos dominicanos levantaron la bandera d Castilla que había plantado Colón en las playas d Quisqueya. Don Juan Sánchez Ramírez fué el prepa rador del movimiento, dándose el grito de viv España en la provincia de Azua por don Ciriac Ramírez. Pronto fué secundado el pronunciamient en diferentes puntos del Seibo y del Cibao. Poc después quedaron los franceses derrotados y vencido en la acción de *Palo Hincado*.

Auxiliados los dominicanos por las autoridad españolas de Puerto Rico, por el presidente Petió y por una escuadra inglesa, quedaron al cabo dueño de la isla en 1809, aunque los franceses resistiero muchos meses antes de capitular en la ciudad d Santo Domingo, en la cual hicieron una defens gloriosa para sus armas.

En España, ocupados como estaban en su guerr de la Independencia, no hicieron caso de los suceso de la isla. Ésta siguió, en su parte española, some tida nominalmente y por su voluntad á la metró poli, sin más gobernador que el dominicano seño Sánchez Ramírez. Más adelante empezaron á llega funcionarios de todas categorías, que vejaban á lo ciudadanos como en los primeros tiempos de la co lonización. El gobierno supremo, que en época an terior había favorecido á varios negros haitianos

mo el feroz François, nombrándolos generales del ército español, negaba las más justas recompensas los héroes de Palo Hincado y á todos los que haan combatido contra los franceses. Algunos domicanos fueron ahorcados por sospechas de separamo. Empezó á cundir el descontento, se arrepineron muchos de un españolismo que les costaba ro y se sublevaron por la independencia el 30 de viembre de 1821. El jefe del movimiento fué don sé Núñez de Cáceres, que depuso á don Pascual eal brigadier gobernador y puso la parte española la isla bajo la protección de Colombia. Tanto le ibiera valido proclamar su independencia absota, pues los haitianos invadieron una vez más el rritorio de Santo Domingo y lo incorporaron á la pública de Haití, *una é indivisible*. Quedó consuado este acto de absorción el 9 febrero de 1822.

La actual república de SANTO DOMINGO no se constitu hasta que, en 1844, pudo hacerse independiente Haití por medio de una revolución afortunada.

Venezuela. — En todas las colonias hubo tempras indicios de la revolución que se acercaba; pero conjuraciones prematuras de jóvenes inexpertos de entusiastas patriotas, no encontraban eco en masas populares. En VENEZUELA únicamente se currió á las armas antes del año de 1808.

El iniciador de la revolución fué don Francisco randa, nacido en Caracas y antiguo oficial del ército español. Había tomado parte con su regiento en la campaña de América del Norte; más rde, acusado de conspiración, se fugó de Cuba y vió en Europa como general de la República Fransa. Á la caída de los girondinos huyó de Francia,

y preparó en los Estados Unidos una expedici para libertar á Venezuela. Con dos goletas y 200 v luntarios llegó á las costas venezolanas en 180 creyendo que al dar el grito de independencia secundarían sus compatriotas; pero su atrevida e presa fracasó, y Miranda se refugió en Inglaterra.

Con motivo de la invasión de España por las hu tes napoleónicas, se constituyeron en 1808 junt de defensa, que en casi todas las colonias depusi ron á las autoridades, modificaron las disposicion gubernativas y fueron al fin los principales foc revolucionarios.

Don Vicente Emparán, capitán general de Ven zuela, se vió obligado á renunciar el mando el 19 abril de 1810. La junta de Caracas se hizo cargo d gobierno, sin ocultar su propósito de romper de nitivamente con España.

El gobierno de España desaprobó los actos de junta, y nombró capitán general de Venezuela á do Fernando Millares que estaba de gobernador en M racaibo. Su autoridad no fué reconocida más qu en las provincias de Maracaibo y Coro, aceptando resto del país la autoridad de la junta,

Había reclutado ésta cerca de 3,000 soldados, qu en vano intentaron apoderarse de Coro. Batidos p Miralles y por sus tenientes en diferentes accione estaban los patriotas muy desalentados cuando lleg á la Guaira el general Miranda, el vencido de 180 La junta le dió el mando de sus tropas en 1810, n por su propia iniciativa sino cediendo á la presió popular. Entre tanto Millares recibía refuerzos de l isla de Puerto Rico, y se aprestaba á combatir a caudillo revolucionario.

La junta había llamado al pueblo á unas eleccio

es generales, y se hicieron con el mayor orden. El
ongreso venezolano se reunió en Caracas el 2 de
arzo de 1811; pero los diputados no estaban de
uerdo, pues no todos eran partidarios de sepa-
rse de España en absoluto. Viendo las vacilacio-
es del Congreso, los separatistas organizaron una
ciedad patriótica, proclamando francamente la
dependencia completa de las *Provincias unidas*
e Venezuela con una constitución republicana.
sta sociedad impuso al Congreso caraqueño sus
opias soluciones.

Entre los españoles residentes en el país, había
s grupos más numerosos que todos los demás :
de los catalanes, que eran en su mayor parte co-
erciantes de la costa, y el de los canarios, que
an en general agricultores. Los catalanes se ha-
an puesto desde el primer momento al lado de
llares. Los canarios apoyaron á la junta, cuando
creyeron establecida contra el rey José, monarca
truso de España; pero al ver que se declaraba por
independencia y no obedecía los mandatos de la
nta central de la península, intentaron disolver
r la fuerza el gobierno revolucionario en la ma-
na del día 11 de julio de 1811. El gobierno revolu-
onario, advertido á tiempo de lo que sucedía, sor-
endió á los isleños aquella madrugada y los re-
jo á prisión. Á los seis días fueron fusilados
canarios y deportados muchos. Este rigor, tal vez
stificado pero á todas luces impolítico, fué quizá
origen de las duras represalias y de las negras
nganzas á que se entregaron los españoles en el
rso de la guerra.

El mismo día 11 de julio se sublevaron los espa-
les de Valencia. La junta dispuso algunas tropas

que atacaran la ciudad, rindiéndose ésta al gener Miranda el día 13 de agosto después de varios con bates en que perdieron los venezolanos más 1,000 hombres, entre muertos y heridos.

El 21 de diciembre de 1811 quedó aprobada p el Congreso una constitución federal para las sie provincias autónomas de Venezuela, declarándo que Valencia sería la capital y no formaría parte provincia alguna (como la ciudad de Wáshington los Estados Unidos).

El pueblo venezolano, que más tarde supo co quistar su independencia y contribuír eficazmente la de casi toda la América del Sur, mostrábase p entonces muy poco decidido á sostener la guer contra España y á secundar los esfuerzos de sus m jores caudillos. Aprovechando estas vacilaciones la opinión pública, avanzó desde Coro en direcci á Caracas el capitán de fragata don Domingo Mo teverde con 200 hombres. El 23 de marzo de 181 reforzada su tropa con algunos realistas que recog á su paso, derrotó á los patriotas y les hizo much prisioneros. Á los pocos días, el 26, que era precis mente jueves santo, ocurrió el espantoso terremo que convirtió en escombros las ciudades de Caraca Barquisimeto y otras, pereciendo aplastadas cuant personas se hallaban en los templos. Se cree q las víctimas del terremoto pasaron de 20,000. T triste suceso fué explotado por los clérigos re listas, para presentarlo al pueblo como un casti de Dios; á la plebe ignorante le impresionó la ci cunstancia de haber ocurrido la catástrofe en un d tan solemne para los católicos, recordando que otro jueves santo se había constituído el primer g bierno nacional. Además, no se sintió el terremo

los puntos ocupados por las fuerzas españolas.
s todavía: al propio tiempo que perecía víctima
terremoto casi toda la columna del coronel
ón, destinada contra Monteverde, eran batidos
venezolanos por los españoles en aguas del Orico, teniendo que rendirse á discreción el llamado
rcito de Oriente. No era preciso más para desaitar á un pueblo educado en el más grosero fanamo y en la superstición más insensata.

El Congreso, no obstante, conservaba toda su
ergía. Concedió á la junta ejecutiva poderes disecionales, llamó á las armas á todos los patriotas
nombró á Miranda su generalísimo. El generalíno pudo reunir apenas 2,000 hombres, y Monterde ocupó Barquisimeto sin resistencia alguna.

Al coronel venezolano don Simón Bolívar, nomado por los patriotas gobernador de la plaza de
ierto Cabello, se le pronunció la guarnición en
ntido realista y él tuvo que huír á la Guaira y á
racas.

Los españoles en tanto avanzaban sobre esta capil, engrosando sus fuerzas con negros y desertores.
iranda se vió forzado á capitular con Monteverde,
trando éste en Caracas el 29 de julio de 1812.

La campaña de Monteverde, aunque favorecida
r varias circunstancias, no carece de mérito desde
punto de vista militar; pero él la deslució faltando
la estipulado con Miranda en solemne capitulaón. Se había convenido en que Miranda y los venelanos que quisieran podrían salir en libertad del
ís, y Monteverde hizo arrestar á muchos, incluso
mismo Miranda, cuando iban á embarcarse. Minda falleció en 1816 en un castillo de Cádiz.

El gobierno de España confirió á Monteverde la

gobernación de Venezuela con el título de *pacific* *dor*. Fácil le hubiera sido merecerlo, dado el ca sancio del país después de una ruinosa guerra dos años; pero Monteverde, que había sido tan a tivo y tan valiente en la lucha, no supo ser ni pol tico ni generoso. Lejos de calmar los ánimos, sen bró desconfianzas y recelos; en vez de ser tolerant fué suspicaz y rencoroso. Era hijo de Canarias, y n perdonaba el fusilamiento de 16 compatriotas á qu ya nos hemos referido. Con su funesta política d represalias, hizo imposible una duradera pacifica ción; decretaba prisiones por sospechas, deportacio nes en masa y el embargo de las propiedades má legítimas.

Semejante conducta produjo sus naturales y pre vistas consecuencias. Mariño, Piar y los herman Bermúdez se sublevaron en 1813, levantando un facción en las provincias de Cumaná y Barcelona Batida esta facción en *Aragua* el 16 de marzo, los es-pañoles fusilaron á todos los prisioneros. Á los fusi lados, y aun á los habitantes más pacíficos, se le cortaron las orejas de orden de los españoles Góme y Zuazola, personajes indignos de vivir en el siglo XIX. Á Cumaná llegaron muchos cajones de orejas, que los comerciantes españoles de dicha plaza clavaban en las puertas de sus tiendas ó se las ponían en sus sombreros á guisa de escarapelas dignas de cafres.

Pero los rebeldes se sostenían con valor, y Monteverde salió en persona á perseguirlos. Al desembarcar en Barcelona dijo en una proclama que los facciosos iban á desaparecer « como al impulso del viento se disipa el humo ». No había pasado un mes cuando Piar lo derrotó en *Maturín*. Monteverde se

nduje con intrepidez; pero rota su caballería por venezolana y dispersa una parte de su infantería, salvó milagrosamente dejando la mitad de su erza efectiva en el campo de batalla.

Para complicar su situación, recibió Monteverde noticia de que en las provincias de occidente se bían presentado fuerzas rebeldes capitaneadas por m Simón Bolívar, joven coronel que ya se había stinguido á las órnes del general Minda.


Bolívar

Bolívar, comproetido en las prieras revueltas, haa logrado fugarse Venezuela. Desde ırazao, donde enntró un asilo, haa pasado con vaɔs compatriotas á ıeva Granada, ofreendo su espada al bierno que los neogradinos habían constituído ı Cartagena. Aceptados sus servicios y los de sus mpañeros, emprendió su campaña con 1,000 hom·es.

Después de apoderarse de *Tenerife*, de derrotar á ferentes partidas españolas y de ganar la batalla de *ın José de Cúcuta* el 28 de febrero de 1813, fué asndido á brigadier por el gobierno de Nueva Graıda. Pero Bolívar sólo pensaba entonces en la bertad de Venezuela, y pasó la frontera de su paia con 500 hombres. Su entrada alarmó no sin movo al general Monteverde y animó á los patriotas;

muchos venezolanos se unieron á la tropa de Bolívar. Una fuerza de 200 hombres que puso Bolívar á disposición del abogado don Nicolás Briceño, capturó á dos españoles en el pueblo de San Cristóbal y los pasó por las armas; pero á los pocos días fué destrozada por los españoles, que fusilaron á Briceño y á siete de los suyos. Esta derrota parcial no desalentó á Bolívar, que continuó su marcha con dirección á Caracas.

El caudillo revolucionario obtuvo la victoria en repetidos encuentros, y ya estaba en Trujillo cuando tuvo conocimiento de las atrocidades cometidas por los realistas en las provincias de Oriente. Allí mismo publicó su conocida proclama en la que declaraba al enemigo una guerra sin cuartel:

« Españoles y canarios, decía, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida aun cuando seáis culpables. »

El brigadier Bolívar y el coronel Rivas derrotaron á los españoles en *Niquitao*, en los *Horcones* y en la batalla de *Tahuanes*. Monteverde se retiró al abrigo de las fortificaciones de Puerto-Cabello, y Bolívar llegó triunfante á Caracas el 7 de agosto de 1813.

Un escritor alemán (1) habla de esta campaña en los términos siguientes: « Figura al lado de las más atrevidas empresas militares que se hayan visto en Europa. El ejército patriota había andado en tres meses 250 leguas, de Cúcuta á Caracas, presentando quince batallas campales y gran número de combates. Esta campaña ha sido el germen de la grandeza de Bolívar y el más bello florón de su corona triun-

(1) Gervinus, *Historia del siglo* XIX.

al. No marchita su gloria ni aun la proclama de riste memoria en que declaró la guerra á muerte ».

Don Santiago Mariño tomaba en aquel tiempo las lazas de *Cumaná* y *Barcelona;* se pronunciaba la sla *Margarita ;* y los españoles no poseían más que as plazas de Coro y Puerto Cabello.

Sin embargo, la situación de Bolívar no era sólida. Los realistas de Caracas no eran de temer, pues iabiendo sido tratados por Bolívar con relativa inulgencia, le estaban agradecidos; pero había otros nuchos españoles dispersos por todas partes, que no e daban por vencidos y que preparaban elementos le resistencia á la revolución.

Los fugitivos de las provincias orientales se habían efugiado en las llanuras y selvas de las márgenes lel Orinoco; había dos entre ellos, dignos de figurar ntre los guerrilleros más audaces, más geniales y nás extraordinarios que hayan existido. Es muy riste para su memoria que los dos fueran tan rudos, an feroces, tan carniceros como demostraron en lo ucesivo. Los animaba un fanatismo patriótico, tan rutal como todo fanatismo, que no les permitía obreponer como es justo los derechos de la humaidad á los intereses de la patria. Eran Tomás Boves Tomás Morales.

Tomás Boves era asturiano; simple marinero en us años juveniles, sentenciado á presidio por pirata hombre sin la menor cultura, había trocado su erdadero nombre, que era Rodríguez, por el de uno le sus bienhechores.

Tomás Morales, que fué el más útil auxiliar de Boves, era un isleño de Canarias que había llegado i Venezuela donde fué doméstico y labrador. Apenas

sabía leer, pero no hubo en la guerra quien le ganara á emprendedor y astuto.

Ambos eran desertores de las filas revolucionarias. Sagaces y valientes, supieron encontrar en los llanos del Orinoco inmensos recursos de que otros no hubieran sabido aprovecharse. Los llaneros venezolanos, ganaderos errantes y semibárbaros, ágiles y fuertes, acostumbrados á las privaciones y á pasar la vida en lucha constante con la naturaleza, eran excelentes nadadores, jinetes insuperables, cazadores de fieras y hombres curtidos por el sol y por los huracanes de la zona tórrida. En tales hombres puso Boves su esperanza.

Mientras Boves, Morales y otros auxiliares suyos organizaban guerrillas de llaneros, no hablándoles de la patria ni del rey, ni mucho menos de la libertad ó del absolutismo, sino de la guerra por la guerra y de las delicias del pillaje, Bolívar sitiaba á los españoles en Puerto Cabello.

Hacía más de un mes que Monteverde se defendía en la plaza, cuando recibió de España un refuerzo de 1,200 hombres. Bolívar, que tenía su ejército diezmado por las enfermedades de la costa, se vió precisado á levantar el sitio. Perseguido por Monteverde, lo rechazó dos veces y continuó su retirada con orden. En el último combate quedó herido Monteverde.

Á su vuelta á Caracas fué aclamado Bolívar capitán general de Venezuela, confiriéndosele el título de *Libertador*.

Poco después perdió la batalla de *Barquisimeto*, ganada con 1,000 hombres por el caballeroso coronel Ceballos, que á su vez quedó más tarde vencido en la batalla de *Araure* (5 de diciembre de 1813).

Monteverde fué relevado por don Juan Manuel de ajigal, que se hizo cargo del mando en muy malas ondiciones. Sus tropas regulares eran escasísimas, las irregulares causaban más perjuicio que provecho. Boves en el sur combatía con tenacidad, auentaba sus fuerzas, pero desplegaba una crueldad n límites que hacía á los españoles cada vez más ntipáticos. Las guerrillas del oeste eran aún más diosas y más aborrecidas. Yáñez, el negro Palomo otros guerrilleros ó cuadrilleros realistas, fusilaban n piedad á los defensores de la independencia y ún á los simples simpatizadores. Por esto mismo la ımpaña de 1814 empezó bajo muy buenos auspios para los independientes. Yáñez fué batido por general don Rafael Urdaneta, pereciendo aquél ı su derrota; Boves y Rosette fueron rechazados or el general Rivas. Pero los guerrilleros seguían xterminando á cuantos patriotas caían en su poder, entonces Bolívar hizo ejecutar hasta 800 españoles ı su mayoría canarios, hecho que le ha valido las ás ásperas censuras.

En febrero de 1814, después de algunos triunfos ırciales, tomó Boves la ofensiva marchando sobre alencia. Le esperó Bolívar con 1,800 hombres, desıés de atrincherarse á la orilla del lago de Valena, y resistió sus bruscas acometidas sin conseguir ›rrotarlo. En aquellas líneas se combatió más de un es, sin que Boves las tomara y sin que Bolívar lo ciera retroceder. Por fin, el 31 de marzo llegó el liente Mariño en auxilio de Bolívar con 3,500 hombes, obligando á Boves á retirarse al oeste después derrotarlo en *Bocachica*. Uno de los hechos más roicos de esta lucha en las líneas de San Marcos, é el del capitán neogranadino don Antonio Ri-

caurte, que voló el parque, aplicando él mismo l mecha á las municiones, para que no cayeran e manos del enemigo. « Este suicidio por la patri decía Bolívar, y sin más estímulo que el amor á l independencia y á la libertad, es digno de ser cantad por un gran poeta. »

Continuó Bolívar su campaña, siendo rechazad más de una vez por el brigadier Cajigal y el coron Ceballos; pero el 28 de mayo venció á las fuerza reunidas de ambos jefes en la llanura de *Carabob* en la que dió Bolívar una prueba de su nativa capa cidad militar. Los españoles perdieron su artillerí 500 fusiles, 8 banderas y 4,000 caballos.

Poco tiempo tardó Boves en encontrar su desquit pues con 5,000 llaneros y las bandas realistas d Morales derrotó el 15 de junio en *la Puerta* á la fuerzas venezolanas de Bolívar y Mariño, matándole cerca de mil hombres y quitándoles su artillerí Bolívar y Mariño se retiraron á Caracas precipitada mente.

En seguida se encaminó el vencedor á Valenci arrollando á las fuerzas de patriotas que encontró su paso, y poniendo sitio á la ciudad que se hallab defendida por el coronel venezolano Escalona. Ést se vió precisado á capitular después de haber soste nido una gloriosa defensa; pero Boves, desobedeciend las órdenes de Cajigal que le mandaba cumplir fiel mente la capitulación, se apresuró á violarla. Er Cajigal un perfecto caballero, como era Boves u miserable bandido. Los defensores de Valencia, va rios vecinos pacíficos y más de una señora, cayero asesinados á los pies de los caballos de los inhuma nos vencedores.

Caracas había caído á la vez en poder de las tro

as regulares, pues la abandonó Bolívar sin oponer esistencia. Los vencedores no cometieron desmanes e ninguna especie ni se entregaron á venganzas al cupar aquella ciudad, que había sido el centro de a revolución; pero á los pocos días llegaron las uerzas irregulares de Boves, repitiendo entonces las illanías de Valencia. Cajigal no se creyó con fuerzas ara fusilar á Boves, ni tuvo aliento para morir por os fueros de la autoridad y la honra de su patria. intiéndose humillado ante la indisciplina de las rutales hordas, se retiró á Puerto Cabello dejando . Boves dueño de la capital.

Bolívar se retiró hacia el oriente, perseguido, acoado, casi deshecho por Morales que lo derrotó en 'arios encuentros. Urdaneta con 1,000 hombres se etiró al occidente, guareciéndose en Nueva Granada. e calcula que Morales, después de la derrota de Boívar, hizo morir hasta 2,000 personas, muchas de llas inermes y pacíficas. Bolívar huyó por mar á artagena.

Mientras Bolívar se refugiaba en Nueva Granada, tros venezolanos procuraban sostener la lucha en as provincias de oriente, derrotaban á Morales en *Maturín* y mataban á Boves, que murió de un lanazo en el combate de *Urica* (5 de diciembre de 1814). Iorales, que sucedió á Boves en el mando de las uerzas irregulares realistas, imitó á su digno anteesor en la inhumanidad, en la desobediencia á Caigal y en toda suerte de abusos. El general venezoano Rivas fué uno de los innumerables fusilados. No se habían visto en América desde la conquista scenas tan trágicas y tan horrorosas como las de que fué teatro Venezuela.

Á principios de 1815 ya no les quedaba á los vene-

zolanos más territorio que el de la isla Margarita. Los españoles habían reconquistado la capitanía general de Venezuela. Pero reinaba la paz de los sepulcros en una tierra que abandonaban sus hijos. No había familia que no vistiera lutos, y el vestir lutos era sospechoso. Entre los vencedores no podía ser más grande la anarquía. Morales era el árbitro de la administración, de la vida de los habitantes y de sus haciendas. No obedecía á Cajigal, fundándose en que éste no había sido nombrado por el Rey sino por el gobierno constitucional de 1812. Era Tomás Morales más realista que el Rey, lo que se comprende en una persona tan inculta y de tan baja extracción; lo que ya no se comprende tanto es que el Rey su amo aprobara tal conducta, lo hiciera coronel del ejército español, y luego general. Digno general de un rey cual Fernando VII, que aun entre los reyes figura como un monstruo sanguinario.

En abril de 1815, cuando Morales había reunido en Cumaná algo más de 6,000 hombres para reconquistar la isla Margarita, llegó la expedición que había salido de España con el general Morillo, á quien se rindió la isla, último baluarte por entonces de la independencia. Arizmendi, jefe de los últimos rebeldes, fué tratado por Morillo con las más delicadas consideraciones. Morillo entró en Caracas y se hizo cargo de todos los poderes el día 14 mayo de 1815.

Era don Pablo Morillo uno de los héroes de la independencia española y se había elevado por sus hechos desde simple soldado á general. Su ejército se componía de 10,000 soldados, en su mayor parte veteranos de la guerra de la Independencia, acostumbrados á batirse y mil veces vencedores de los ejér-

os de Napoleón el Grande. Venezuela estaba paciada; pero en Nueva Granada ardía la guerra, y á fueron Morillo y sus soldados para aprender la 'erencia que existe entre las guerras de Europa y de América.

Nueva Granada. — En el virreinato de Nueva-anada había desde el siglo XVIII más gérmenes re-lucionarios que en los demás países de la Amé-a española. Cuando se descubrió la célebre ıspiración republicana que se fraguaba en Madrid 1796, fueron desterrados á diferentes castillos de eva Granada y Venezuela varios españoles disguidos, entre otros el mallorquín Picornell. Estos sterrados siguieron conspirando en las colonias, no antes lo habían hecho en la península, contra monarquía, la inquisición y los frailes. Su propaıda no tuvo resultados inmediatos, salvo para ɔs mismos, pero algo contribuyó á predisponer ánimos.

.os acontecimientos de 1808, que determinaron revolución en España y en América, produjeron Santa Fe de Bogotá la inmensa impresión que se lía presumir. Pero los disturbios graves tuvieron nienzo en Quito, que entonces dependía del reinato.

ra virrey don Pedro Amar y Borbón, hombre de o prestigio y de escasa inteligencia; pero aun ía menos condiciones el anciano general Urries, gobernaba en Quito á la sazón. Urries encarceló nfinidad de quiteños, lo que causó el natural contento y por fin una sublevación á cuyo frente ɔuso el capitán Salinas que se apoderó del general ies el 10 de agosto de 1809, constituyéndose

entonces una junta de la que formaban parte vario aristócratas y dos obispos.

Este suceso alarmó al virrey Amar, que mand tropas á Quito para disolver la junta por la fuerza pero llegó antes un batallón de negros enviado pc el virrey del Perú. Aunque la junta se sometió si oponer resistencia, las tropas del Perú atropellaron gentes inofensivas y por su parte Urries procesó los miembros de la junta. Condenadas á muert varias personas de los comprometidas, intentaro salvarlas algunos hombres del pueblo atacando lc cuarteles que les servían de cárceles el 2 de agost de 1810. En aquella horrible noche, no contentc los soldados negros con rechazar la agresión, fus laron á 29 presos y dieron muerte en las calles 80 ó más personas. El capitán Salinas fué uno de lc presos fusilados.

Los deplorables acontecimientos de que Quito fu teatro, tuvieron en todo el virreinato una resonanci inmensa. Hubo motines en casi todos los pueblos infinitas reyertas entre particulares y conatos d separatismo. Dos jóvenes del Socorro, llamadc Cadenas y Rosillo, quisieron sublevar los llanos d Casanare siendo fusilados inmediatamente. La opiniones de los habitantes no podían estar má divididas ni ser más contradictorias, pues habí partidarios de la independencia y los había de l metrópoli, había realistas y republicanos, habí defensores de Fernando VII y adictos á José I (Bona parte), había centralistas y federalistas, no faltand tampoco las más sañudas contiendas entre católicc y librepensadores. En muchos pueblos fuero destituídas las autoridades y en varias provincias s constituyeron juntas.

El 20 de julio de 1810 tuvo principio la revolución ı Santa Fe de Bogotá; el 25 fué reducido á prisión desdichado Virrey, como también su señora, que é por cierto insultada de una manera soez, indigna una ciudad tan culta como aquella capital, si en la junta deploró el agravio,

La junta contituída en los primeros momentos de revolución desplegó desde luego la mayor actidad; expulsó al Virrey, confinó tres oidores á prelio, adoptó medidas de defensa. Pero en Cartagena, nde también embarcaron al Gobernador, se constiyó otra junta que publicó un manifiesto federal vitando á todas las provincias á la reunión de un ngreso. La junta de Bogotá era unitaria, por lo al las provincias de Panamá y Río Hacha no se hirieron á la revolución; comprendiendo que el ıitarismo es por su naturaleza tiránico, absorbente rutinario, prefirieron la tiranía lejana de la meópoli. En Popayán opuso gran resistencia el coronel ıcón, gobernador de la provincia, hombre intelinte pero de ideas reaccionarias que fué más tarde neral gobernador de Cuba. En Santa Marta se sistieron también las autoridades españolas. En misma ciudad de Cartagena hubo tentativas ntra-revolucionarias, fácilmente reprimidas por s cartageneros.

La junta dc Bogotá, no encontrando apoyo en las ovincias, publicó un proyecto de constitución que lo había de servir para el Estado de Cundinaarca. En él se reconocía la soberanía de Ferndo VII, con la condición de que éste se trasladara Bogotá. Decididamente, los ilustres varones de la nta habían perdido el juicio. No obstante, aquella nta no era intransigente. Gracias á la mediación

del canónigo chileno don José Cortés y Madariag acordó pactar con la junta de Caracas estableciend las bases de la futura Colombia (1). Además, c diendo al fin á los clamores del pueblo, aceptó federalismo. El presidente Lozano y los miembr de la junta formularon un proyecto de constitució verdaderamente federal, que fué presentado pa su discusión al Congreso de Nueva Granada recie temente reunido.

Pero pronto surgieron mayores dificultades, pu don Antonio Nariño, hombre que gozaba de prestig no sólo por su talento sino también por las persec ciones que había padecido desde muchos años ante perturbó las discusiones del Congreso y agitó l ánimos del público por su oposición á las ide federales. Fué un gran perturbador; era unitar furibundo, y en su periódico *La Bagatela* combat la federación, injuriaba al presidente Lozano agitaba al pueblo, consiguiendo al fin que se aclamara presidente. La presidencia de Nariño ten que ser funesta, por hallarse en contradicción s principios personales con las ideas y las convenienci de la revolución. En efecto, no tardaron los conflict entre Nariño y el Congreso; las resistencias d primero obligaron al segundo á salir de Bogotá. E Cartagena hubo desórdenes, y en todas partes s envalentonaban los realistas que, por propia conve niencia, fomentaban las divisiones de los republi canos apoyando á los centralistas contra los feder listas.

La guerra había empezado en el sur, donde despu de varias alternativas fué vencido Tacón en *Pala*

(1) Federación de Nueva Granada y Venezuela.

fines de marzo de 1811. En Quito se proclamó la ıdependencia en el transcurso de aquel mismo ño. Las guerrillas realistas de indios y criollos se ıtieron con bravura en *Pasto* y *Popayán*. Por ltimo, don Toribio Montes, recién llegado de Esıña, batió á los quiteños en la acción de *Mocha* y ıtró vencedor en Quito el 2 de noviembre de 1812. l coronel Sámano fusiló al doctor Caicedo y á otros uchos prisioneros, en cumplimiento de las instrucones que Montes le había comunicado.

Uno de los sucesos más deplorables que hubo en uito cuando imperaba el gobierno revolucionario, é el asesinato á puñaladas del anciano Urries que hallaba en un convento.

No era sólo en el sur donde se combatía. Los pañoles dominaban en Santa Marta y Panamá, onde se acogían todos los españoles y todos los alistas que no se creían seguros en Cartagena ó en interior. Los revolucionarios de Cartagena que ›stilizaban á Santa Marta, fueron batidos por el ronel Acosta. El doctor don Manuel Rodríguez y ›rices, joven de veinte y cuatro años que ejercía Cartagena la más imprudente dictadura, dió el ındo de las tropas locales insurgentes (1) á un enturero francés llamado Labatut, que se condujo n valor y acierto. Expidió patentes de corso, con

1) Como todos los que han escrito sobre aquella época, llamo *urgentes* á los separatistas y *realistas* á sus adversarios ıque ambos calificativos son impropios. Ni son insurgentes los luchan por su libertad ni todos los españoles eran realistas. contrario, muchos españoles anhelaban la libertad para los ericanos y para ellos mismos. Algunos de los más intransigentes listas eran criollos. Y si las masas americanas no hubieran ado bravamente por el régimen antiguo, la guerra no hubiera ado tanto.

lo que ocasionó perjuicios á los españoles en el Magdalena y en la mar. Pero la imprudencia de Torices consistió principalmente en suprimir los impuestos ó reducirlos á su expresión más mínima, con lo cual, naturalmente, mermaron los recursos de la revolución. De todas maneras, Labatut condujo bien las operaciones militares y se apoderó de Santa Marta.

Además de la guerra por la independencia mantenida en el norte y en el sur, estalló la guerra civil entre los insurgentes. Pamplona, Tunja y otros pueblos se rebelaron contra Nariño, convirtiéndose éste en dictador. Se puso al frente de las tropas, luchó con sus compatriotas que eran opuestos á la dictadura, y emprendió por fin su célebre compaña del Cauca ó de Popayán contra los realistas, llevando consigo 14,000 soldados. Obtuvo algunos éxitos, pero al fin quedó derrotado y prisionero del coronel Aymerich. Fué tratado con benevolencia relativa, pues los vencedores lo mandaron preso á Cádiz donde estuvo hasta la amnistía de 1820.

La desaparición del dictador Nariño no acabó con las intestinas luchas, pues los unitarios prosiguieron su sistema de sembrar discordias para impedir el triunfo de los federales. No es posible que en un resúmen histórico demos cabida á tantos y tan complicados incidentes.

Al mismo tiempo que Labatut alcanzaba más de una victoria, hacía otro tanto el insurgente Cortés y Campomanes, español de nacimiento. El brigadier don Benito Pérez, nombrado virrey por la regencia de Cádiz, se hallaba impotente en Panamá, pidiendo en vano refuerzos á Méjico y á Cuba; sólo de España recibió más tarde, por todo auxilio, el batallón

peninsular de *Albuera*. En aquellas circunstancias llegó á Cartagena don Simón Bolívar.

El caudillo venezolano, desentendiéndose algo de las órdenes que recibía, tomó el fuerte de *Tenerife*, *Mompox, Ocaña* y otros pueblos, llevando á Venezuela sus armas vencedoras. Ya hemos descrito la campaña que hizo en Venezuela, donde cosechó laureles y acabó por ser desastrosamente derrotado. Mientras Bolívar luchaba en Venezuela, no luchaban menos los patriotas de Nueva Granada, pues éstos se combatían los unos á los otros con encarnizamiento al mismo tiempo que todos peleaban con los españoles.

Cuando Bolívar regresó á Nueva Granada, volvió á tomar la dirección de la guerra; pero poco después, descorazonado con tantas guerras civiles, emigró á Jamaica.

El 22 de julio de 1815 desembarcó Morillo en Santa Marta (que había sido recuperada por los españoles), y el 20 de agosto puso sitio á Cartagena, llevando como auxiliar á Morales, el guerrillero audaz y feroz de Venezuela, á quien llamaba Morillo *terror de los malvados*.

Cartagena era una plaza fuerte de muchísima importancia, pero estaba mal abastecida. Sus defensores estaban divididos en diferentes bandos, que se odiaban cordialmente. En pleno sitio pasó el mando de unas manos á otras, y no una sola vez. En tales condiciones, la resistencia no podía ser larga. Y sin embargo, duró desde el 20 de agosto hasta el 5 de diciembre de 1815, mostrando sus defensores una constancia, un denuedo y un estoicismo nunca superados. En los cuatro meses dieron los sitiadores asaltos repetidos, que fueron rechazados; comenza-

ron el bombardeo el 25 de octubre, sin que la plaza mostrara desaliento; propusieron la rendición, y fueron desoídos. Entre tanto los habitantes y los defensores se alimentaban comiéndose los perros, los gatos y los ratones. Se declaró la peste, que hizo estragos, y aun así nadie hablaba de capitulación. Perecieron de hambre cerca de 6,000 personas; el 1.º de diciembre cayeron muertos de inanición en las calles 300 individuos... y todavía los sitiados continuaron defendiéndose. La defensa de Cartagena es una de las más extraordinarias que registra la historia militar del mundo.

En la noche del 5 de diciembre, cuando sólo quedaban en la plaza 2,000 personas febriles, cadavéricas, sin esperanza, acordaron... no rendirse. Aunque la plaza estaba bloqueada por mar y tierra, los cartageneros determinaron evacuarla. Embarcáronse los que pudieron en trece buques de que disponían, y se hicieron á la mar; no sin ser vistos por los españoles, que los persiguieron con sus barcos y los hostilizaron con sus baterías de sitio. De aquellos prófugos, sólo 600 llegaron con vida á Haití. El sitio de Cartagena costó á los españoles una pérdida de 3,000 soldados, y el Rey concedió á Morillo el título nobiliario de conde de Cartagena.

Al entrar en la plaza el general Morales, encontró en los hospitales y en diferentes casas algo más de 400 personas (todas hambrientas, casi todas moribundas) entre niños, ancianos, heridos y mujeres. Degolló en seguida más de la mitad de los varones, y las restantes en los días siguientes.

La toma de Cartagena fué un golpe rudo para la revolución neogranadina. Morillo destacó varias columnas contra diversos caudillos que todavía pelea-

ban, rechazándolos á los desiertos. Las columnas españolas de Calzada, La Torre y otros jefes, obtuvieron la victoria en *Chitagá*, en *Cachirí* y en diferentes puntos á principios de 1816, derrotando á Urdaneta, á Robira, á Mejía y á otros caudillos revolucionarios. El teniente coronel don Julián Bayer penetró por el Atrato (río que desagua en el golfo de Darién), invadió la provincia de Chocó y llegó hasta Popayán, poniéndose en comunicación con las tropas de Quito que operaban á las órdenes del activo Sámano,

El gobierno de Bogotá era ya impotente para resistir, y abandonó la capital con los últimos restos de su fuerza. El 26 de mayo entró Morillo, y con él el terror. Se llenaron las cárceles de presos, hubo que improvisar cárceles más espaciosas y empezaron á funcionar los consejos de guerra permanentes. Ya en su marcha desde Cartagena había el caudillo español fusilado al general Castillo y á otros insurgentes, ahorcando á muchos más. Una vez en Bogotá, las ejecuciones se multiplicaron de la manera más triste. La primera víctima fué Villavicencio (1); no tardaron en seguirle cuantos gobernantes ó legisladores habían figurado en la revolución y cuantas personas decentes pudieron ser habidas. Torres, Montúfar, Lozano, Torices y otros muchos fueron ejecutados como traidores al Rey. El célebre naturalista, matemático y astrónomo don Francisco de Caldas, fué fusilado el 30 de octubre de 1816. En poco tiempo fueron fusilados por Morillo 125 hombres notables, jactándose el general español de « ha-

(1) Villavicencio había sido enviado en comisión á América por la regencia de Cádiz; Morillo lo fusiló.

ber expurgado el virreinato de doctores y letrados, que siempre son los promotores de las rebeliones ».

Como si no bastara con los crímenes de lesa humanidad, los hubo también contra el sentido común. El general Morillo restableció la Inquisición, cuyo primer acto fué quemar públicamente los libros que no estaban escritos en latín ó en español « á fin de contener la impiedad y la herejía ».

Los horrores de Santa Fe de Bogotá se repetieron en provincias. Los coroneles españoles don Carlos Tolrá y don Francino Warletta fusilaron, azotaron ó ahorcaron á los habitantes sospechosos de Popayán y Antioquia. Varios españoles, y de los más adictos á la madre patria, fueron sacrificados « por equivocación ».

El virrey don Francisco Montalvo se hallaba en Cartagena, pues don Benito Pérez había sido relevado. Morillo, que gobernaba á su antojo, no era más que general en jefe del ejército expedicionario con facultades para moverse en más extensos límites que los del virreinato. Emprendió Morillo un viaje á Venezuela en noviembre de 1816; pero dejó en la capital neogranadina al brigadier Sámano, que era un viejo feroz. El Virrey siguió anulado; lo que fué sensible, porque Montalvo sin duda hubiera sido un buen pacificador. Su carácter humano y tolerante no hubiera impedido el triunfo de la revolución, pero tampoco lo impidieron las ferocidades; y la humanidad hubiera ganado alguna cosa.

En 1817, á propuesta de Morillo, nombró Fernando VII virrey de Nueva Granada al citado brigadier don Juán Sámano, que tenía hechas sus pruebas de caudillo intrépido, de gobernante duro y de realista. Sámamo restableció la audiencia, promulgó un

lulto y devolvió su libertad á centenares de pre-
;; pero siguió fusilando como en los días más ne-
)s del terror, de tal suerte que ni los inquisidores
ıaban de menos al general Morillo. Una de las
timas de Sámano fué la joven y arrogante Poli-
·pa Salavarrieta, fusilada en Bogotá el 14 de no-
:mbre de 1817 por haber enganchado algunos jó-
ıes para las guerrillas insurgentes. Murió con
·enidad. Por los curtidos rostros de los soldados
ıcedores de Napoleón el Grande, correrían sin
da lágrimas de despecho y de dolor al verse con-
:tidos en verdugos de una infeliz mujer. Para su
:cución formaron 3,000 soldados; y la víctima, di-
iéndose al batallón de *Numancia* que estaba
ıpuesto de criollos, les dijo con altivez : « Ame-
anos viles... ¡ Volved esas armas contra los enemi-
s de la patria! » Una descarga interrumpió su dis-
rso y su existencia.

Antes de terminar el año de 1817 quedaba some-
a la que fué república de Nueva Granada; pero
ıació de sus cenizas. Las victorias, aunque alter-
das con no pocos reveses, hubieran sido garantía
paz y de existencia para los españoles; pero las
ıeldades y las injusticias no permitieron una du-
lera y efectiva pacificación. Á la misma hora en
e los realistas saboreaban sus triunfos en la capi-
y en las ciudades y participaban á Madrid el tér-
no de la reconquista y de la lucha, se levantaban
rtidas de patriotas en los llanos de Casanare y en
confines más despoblados, agrestes y remotos.
rtidas que ya no habían de deponer sus armas
sta conquistar la libertad de Nueva Granada, la de
nezuela y aun la de toda la América del Sur.

Españoles y americanos hicieron maravillas de

arrojo y actividad en aquellas primeras campañ de Nueva Granada y Venezuela, teniendo por tea de la guerra una extensión de 50,000 legu cuadradas, sin caminos, sin puentes, sin recurs combatiendo sin cesar entre selvas, pantanos y pr- cipicios, trepando aspérrimas cuestas y laderas e- carpadas, no prometiéndose al fin de cada jorna òtra cosa que una muerte oscura. Los combatient de uno y otro bando reprodujeron en parte las pro- zas de los conquistadores. ¿Por qué mancharon un y otros sus victorias con inhumanidades? Cons empero, que en ambos campos hubo rasgos siquie excepcionales, de generosidad y de hidalguía. Dic sea en honor de la verdad (1).

Colombia. — Cuando la revolución parecía dom nada para mucho tiempo en Nueva Granada, Ven zuela y Quito; cuando Bolívar y sus más impetuos oficiales andaban fugitivos por los colonias ingles ó por cayos desiertos ó en la agitada república Haití; cuando las partidas insurgentes no se atr vían á salir de los desiertos páramos ni apenas dab señales de existencia, entonces fué cuando brotó la mente de Bolívar el singular pensamiento de Gran Colombia. El caudillo que no había logrado libertad de una sola de las tres regiones preferidas su pensamiento, imaginó libertarlas de una vez pa

(1) El virrey Montalvo se retiró protestando, no sin hacer ant cuanto pudo por contener el despotismo de Morillo y de algun de sus oficiales. Entre éstos, no todos eran tan pundonorosos leales como el valiente y digno coronel La Torre. Á la protes de Montalvo se debe el conocimiento de algunos atropellos incal ficables que Morillo dispuso ó consintió. Ya hemos visto que honrado Virrey fué sustituido por el viejo Sámano, instrumen de Morillo.

rmar con ellas una gran república: la colombiana. quel hombre extraordinario, que á principios de 316 no tenía recursos de ninguna clase y estaba ısta cierto punto desprestigiado entre sus compa- iotas y errante por extranjeros países, tenía dos ıos después ejércitos y escuadras, oficiales distin- ıidos, soldados valerosos, tropas venezolanas y neo- ranadinas, guerrilleros que habían sido realistas y ponían con entusiasmo á sus órdenes, y aun sol- ıdos británicos de los Arapiles y de Waterloo que efendían con él la independencia hispanoameri- ına.

Hagamos una sucinta reseña de la nueva campaña e Bolívar.

En 1816, era capitán general de Venezuela el bri- ıdier Moxó, que gobernaba con el mayor despo- smo. El territorio se podía creer pacificado, pues ılo Cedeño, Monagas y otros guerrilleros se man- nían con dificultad en las soledades más lejanas y ı las márgenes del Orinoco. Pero además, desde oviembre de 1815 estaban en armas los patriotas e la isla Margarita, donde Arizmendi se había ıesto á la cabeza de la sublevación. Con verdadera ıbia lucharon en la isla españoles y venezolanos, ometiendo unos y otros infames tropelías; unos y ros fusilaban á los prisioneros ó los degollaban. os sublevados quedaron dueños de una gran parte e la isla, aun habiendo acudido desde Cumaná el rigadier don Juan Bautista Pardo en auxilio de la ezmada y comprometida guarnición.

Bolívar quiso aprovechar la isla para base de sus peraciones y desembarcó en la parte sublevada el de mayo de 1816. De la isla no tardó en pasar al ontinente, desembarcando en el puerto de *Carú-*

vano con 300 de sus emigrados y muchos voluntarios de Margarita. La pequeña guarnición española hizo una buena defensa, pero se retiró cuando hubo consumido sus cartuchos.

No habiendo tenido eco el llamamiento de Bolívar al pueblo venezolano, abandonaron él y sus hombres aquella provincia tan castigada por la guerra, embarcándose para la costa occidental. La expedición desembarcó el 6 de julio en Ocumare, al oeste de Caracas; allí dió Bolívar otro manifiesto, pero tampoco obtuvo la cooperación que deseaba. Sus compañeros de emigración eran todos oficiales y tenía necesidad de soldados; pero recogió escasísimos reclutas.

Se resolvió internarse, marchando rápidamente hacia el sur hasta encontrar las partidas insurrectas de Monagas y de otros, cuando cundió la voz de que venía Morales con un cuerpo de ejército. Era tan grande el pavor que inspiraba el nombre del antiguo guerrillero y tanta la indiferencia aparente del país, que los expedicionarios se reembarcaron precipitadamente para refugiarse en la isla holandesa de Buen Aire, inmediata á Curazao. Pero se reembarcaron tan de prisa, por efecto del pánico y de la confusión, que se quedaron en tierra 650 hombres. Estos abandonados eligieron comandante al valeroso Mac-Gregor, joven escocés que había acreditado su valor en Nueva Granada y Venezuela y que no lo desmintió jamás. Don Carlos Soublette, venezolano, joven también y no menos valeroso, fué elegido jefe de estado mayor. La pequeña columna realizó una empresa digna de los conquistadores castellanos del siglo XVI, atravesando una extensión de 150 leguas en terreno ocupado por sus enemigos, batiendo á

ıas columnas, evitando hábilmente el contacto de ras, ganando una acción seria contra superiores erzas en *Quebrada Honda* y consiguiendo reunirse las guerrillas de don José Monagas.

Poco después ganaron estas fuerzas una acción en *lacranes* y Mac-Gregor estableció su cuartel genel en Barcelona.

El general Morales con 3,000 soldados intentó reperar Barcelona; pero en su marcha le salieron al cuentro Mac-Gregor y Piar que lo derrotaron en acción del *Juncal* el día 27 de septiembre. Por los ismos días volvió á desembarcar el general Bolívar aquella costa; pero fué mal recibido y aun insuldo por sus compañeros, teniendo que retirarse. s discordias que hubo después entre los caudillos balternos hicieron necesaria la presencia de Boar, que tornó al continente desembarcando en rcelona el ultimo día del año.

Empezó el de 1817 con escaramuzas diarias, ni vorables ni adversas, que á lo menos servían para guear á los reclutas. En marzo, dejando casi toda fuerza en Barcelona, se internó Bolívar en ayana para hacer lo que antes habían hecho los listas : alistar guerrilleros en los inmensos llas. Barcelona fué tomada por los españoles pocos s después.

Encontró Bolívar á Piar sitiando la plaza de *Angstura*, hoy Ciudad-Bolívar, y se encargó de la dirción del sitio desde su llegada. La guarnición, ndada por don Miguel de La Torre, estaba firme; o Bolívar contaba con un auxiliar muy poderoso : escuadrilla que había organizado su amigo y xiliar el almirante Brión. Esta primera escuadra ombiana pudo remontar el Orinoco, lo que obligó

á La Torre á evacuar la plaza de Angostura, posición estratégica de primer orden para dominar el curso del Orinoco y diferentes provincias.

El general Mariño que operaba en Cumaná, había propuesto y conseguido la formación de un Congreso; pero éste se componía de unos pocos diputados elegidos por contados y no importantes pueblos. De todos modos, el Congreso declaró constituída ó reconstituída la República federal de Venezuela, dando el mando del ejército al general Mariño. Bolívar desconoció la autoridad legal de aquel congreso y procesó á Mariño. El general Piar se adhirió á Mariño y reconoció la autoridad del Congreso. Y entonces Bolívar, deseando imponer á su ejército la más severa subordinación, hizo que un consejo de guerra condenara á muerte al general Piar que estaba á sus inmediatas órdenes. Piar fué fusilado en presencia del ejército, muriendo con su acostumbrada valentía. Mariño se escapó.

Bolívar depositó la autoridad en un consejo de Estado compuesto de trece miembros, conservando para sí la presidencia y el mando de las tropas.

Además de los combatientes que operaban con Bolívar, había otros en diferentes puntos. En la provincia de Barinas hacía verdaderos prodigios de valor un guerrillero que parecía hecho en el perdido molde de los héroes de Plutarco : don José Antonio Páez, hombre de poco saber y de modesto origen, pero de incansable actividad, gran fuerza muscular, extraordinaria osadía, generoso patriotismo y sublime abnegación. No hemos de referir todas las proezas realizadas por el valiente Páez y sus guerrillas; sólo diremos que en febrero de 1816, con 500 intrépidos jinetes, derrotó en *Matalamiel* á la co

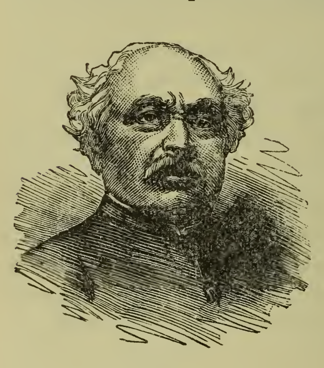
ımna del coronel López, destrozándola, acuchillán-
ole su infantería y haciéndole 400 prisioneros, á
)s que Páez perdonó la vida con una genero-
idad no acostumbrada por unos ni por otros
n aquella guerra sin cuartel. En junio del mismo
ño fué derrotada por Páez otra columna que
ıandaba el mismo jefe, en la reñida acción del *Man-*
ıcal. En octubre fué López derrotado por tercera
ez en el *Yagual*, ocupando Páez á los pocos días la
iudad de Achaguas. El osado guerrillero pasó el
pure á pesar de las lanchas cañoneras de los es-
añoles sorprendiendo y desordenando á los realis-
ıs; en la dispersión, murió el coronel López (1).

Por aquella época, alarmado Morillo en Bogotá
)n las noticias que recibía de Venezuela, salió con
irección á Caracas. En 1817 emprendió la campaña
e Barinas con 4,000 veteranos. Su vanguardia, man-
ada por los brigadieres Calzada y La Torre, obligó
Páez á retirarse más lejos; pero el astuto guerri-
ero se presentó á la vista de las tropas en la llanura
e *Mucuritas* con 120 caballos, atrayendo sobre sí
caballería realista; cuando ésta se hubo separado
e su infantería, incendió Páez las hierbas secas en
na gran extensión; las llamas, impulsadas por el
ento, avanzaron como un mar de fuego sobre la
fantería que estaba á sotavento; y no pereció
)rasada aquella infantería, porque incendió á su
ız las hierbas de retaguardia; cuando el fuego llegó
lo ya consumido, se apagó por falta de combus-

(1) Este bizarro y desgraciado jefe era criollo; á su lado com-
tía con entusiasta empuje su hijo ó sobrino don Narciso López,
ıalmente criollo, que fué más tarde brigadier del ejército es-
ñol y murió en garrote en la Habana, en 1851, por haber de-
mbarcado en Cuba con una expedición filibustera.

tible y apareció formada la infantería realista; pero en el tiempo no largo en que había estado separada de la caballería, ésta había sido rota por los jinetes de Páez. Morillo escribió á Fernando VII: « Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes y poco numerosa, como me habían informado ».

Al ver Morillo que los insurgentes iban creciendo en número y en calidad, pues algunos de sus guerrilleros, como Zaraza, extendían sus correrías hasta el valle de Caracas y en varias direcciones, y otros como Páez tenían á sus órdenes fuerzas que competían con las tropas regulares, juzgó prudente un cambio de política. Empezó por destituír al brigadier Moxó, á quien el pueblo odiaba; publicó un indulto, al que no se acogió ningún rebelde; por último puso una división á las órdenes del brigadier La Torre, que derrotó á Zaraza y persiguió á Páez, sin dar alcance á este último en las sabanas inmensas.



Páez

En 1818 se unió Bolívar á Páez que continuaba en las orillas del Apure, tomando el primero el mando de las fuerzas reunidas. Inmediatamente emprendió Bolívar una marcha temeraria, presentándose con sus fuerzas delante de Morillo que estaba en Calabozo; pero cometió una falta estratégica : la de

resentarse por el sur, en vez de cortar á los realis-
as su retirada al norte. La emprendió Morillo
acia Caracas, y aunque fué perseguido por los
nsurgentes, como la fuerza de éstos era casi toda
e caballería, los rechazó en el *Sombrero*, terreno
entajoso para la infantería.

Bolívar, que sin duda había pretendido apoderarse
e Caracas, pudo comprender que había fracasado
l golpe. Hubiera hecho mejor en retirarse entonces
mayor distancia del núcleo de los realistas, pero
e obstinó en su idea y tuvo más de un desastre.
u caballería fué sorprendida y dispersada por los
spañoles, y él mismo fué embestido rudamente en
s desfiladeros de la sierra, donde hizo prodigios de
alor el día 15 de marzo, pero prodigios inútiles. En
sta batalla, que se llamó de *la Puerta*, fué destro-
ado el ejército de Bolívar por el de Morillo. Este
ltimo no pudo sacar mejor partido de su brillante
ictoria, porque perdió mucha gente y él mismo
uedó herido de un lanzazo. El gobierno de España
concedió un nuevo título : el de marqués de la
uerta.

Después del combate de la Puerta siguieron otros
o menos desfavorables para el general Bolívar, que
ebió su salvación á Páez. Estuvo á punto de ser
echo prisionero por don Tomás Renovales, capitán
spañol que lo sorprendió durmiendo en medio de
s suyos. Se salvó de tan audaz sorpresa por casua-
dad, pudiendo retirarse con sus diezmadas fuerzas
las orillas del Apure y más tarde á la plaza de
ngostura.

Bolívar era un bravo y tenía el instinto de la
uerra, pero en cambio carecía de toda instrucción
rofesional. Sus continuos reveses le enseñaron

mucho, que en la escuela de la desgracia es en la que más se aprende. Comprendiendo que no bastaban su arrojo y el de sus voluntarios para luchar eficazmente con las tropas de Morillo, comisionó á sus agentes en Londres para que le engancharan oficiales europeos. Oficiales y soldados le enviaron en gran número, por encontrarse en Inglaterra muchos disponibles después de la derrota de Napoleón I. En los años de 1818 y 1819 llegaron á Venezuela 6,000 soldados licenciados del ejército inglés, con más de 200 oficiales de la misma nacionalidad (1). Muy buenos servicios le prestaron como instructores algunos de estos entendidos militares, que enseñaron la táctica á los batallones y escuadrones del país; pero la mayoría de los soldados le sirvió de poco. La mitad ó poco menos abandonó el país sin haber entrado en fuego; los soldados británicos se persuadieron pronto de que no es lo mismo la guerra de las sabanas y de las cordilleras, teniendo que pasar ríos como el Apure y el Orinoco, bajo un sol de fuego, entre nubes de mosquitos y encontrándose á cada paso con tigres ó serpientes, que aquella otra guerra á que ellos estaban acostumbrados en los campos más risueños de la cultivada Europa, en la poblada Bélgica, en los valles cantábricos atravesados por buenas carreteras y cubiertos de blancos caseríos. De los soldados ingleses que no se retiraron, muchísimos murieron de calenturas antes de aclimatarse. Está probado que los soldados europeos, exceptuando á los españoles y á los portugueses, no son

(1) Según el historiador español señor Torrente, fueron 9,000 los ingleses que sirvieron con el Libertador, cifra evidentemente exagerada.

;apaces de soportar las fatigas de la guerra en ;limas ecuatoriales.

Resultó, pues, que de los ingleses auxiliares no ıprovechó Bolívar sino 1,500 hombres, poco más) menos; pero con ellos formó los dos valientes)atallones de *Albión* y de *Rifleros* que tanto se listinguieron en más de una batalla. También hubo ;ran número de ingleses en la improvisada escuadra olombiana; alguno de ellos publicó más tarde inte-esantes memorias (1),

La plaza de Angostura fué declarada capital provi-ional del Estado, reuniéndose en ella un congreso legido libremente por los pueblos, tanto de Vene-uela como de Nueva Granada, en que no dominaban ıs autoridades españolas. Bolívar abrió la legislatura, ronunciando un elocuente y patriótico discurso y esignando en el congreso todos los poderes de que ɜ hallaba investido. El Congreso aprobó todos sus ctos anteriores y le confirió los títulos de presidente e la República y general en jefe.

Dejando al Congreso legislando para el porvenir, mprendió Bolívar nuevamente sus operaciones ıilitares.

Morillo había intentado inútilmente destruír las ıerzas de Páez, que evitaba con solícito empeño ·esentar batalla al general español, pero que lo ɔstigaba noche y día. En marzo de 1819 ya se había :unido el general Bolívar con el intrépido Páez, y ;te con 150 jinetes venezolanos arrolló en las *ueseras* á 1,000 realistas montados obligando á

(1) *Recollections of a service of three years during the war Venezuela and Columbia, by an officer of the columbiar vy*, London, 1828.

Morillo á retirarse con toda su fuerza á Calabozo
Mientras Morillo situaba su ejército de la maner
más propia para impedir que el enemigo amenazar
á Caracas, Bolívar tomaba otra dirección. Se puso e
marcha para Casanare resuelto á llegar á Bogotá. E
4 de junio pasaba el Apure, y atravesando terreno
completamente inundados por las lluvias, cruzand
á nado ríos caudalosos, pasando el parque y lo
víveres á través de ciénagas que medían leguas en
teras y de torrentes que descendían de los Andes
se reunió en Casanare á los insurgentes neograna
dinos del general Santander. El 27 de junio encontr
un destacamento de 200 españoles y lo derrotó e
Payá. En seguida acometió la empresa de pasar lo
Andes, cien veces más difícil que las de Aníbal
Napoleón cuando pasaron los Alpes, y los pasó co
éxito, soportando él y su tropa sufrimientos in
creíbles. Aquel ejército famélico, medio desnud
que acababa de abandonar las llanuras más cálida
de América, se encontraba de pronto en los hielo
de las cumbres. Aunque el frío era intenso, lo
soldados no encendían lumbre por falta de com
bustible. En aquellas alturas perecieron muertos d
frío algunos venezolanos y un centenar de ingleses
Traspuesta al fin la sierra, se hizo el descenso co
menos dificultad; pero en aquella marcha se pe
dieron los caballos de guerra y los de carga, l
mitad de la tropa estaba enferma y toda fatigadísim
Al llegar el ejército á la aldea de Socha, el 6 d
julio, ya no era un ejército : era una horda paup
rrima de hambrientos, desharrapados y descalzo
Ya no tenían caballos, pero conservaban sus lanz
victoriosas.

En Socha se descansó tres días; pasados ést

continuó la marcha, evitando Bolívar encontrarse con el joven general Barreiro que al frente de 3,000 soldados españoles quería cerrarle el paso. La pericia con que procedió Bolívar en aquella ocasión, es una prueba de que á su propia costa había hecho ya el aprendizaje del arte de la guerra.

Cuando Bolívar creyó que sus soldados estaban más repuestos, cayó sobre Barreiro y lo derrotó el 25 de julio en el *Pantano de Vargas*. Tienen más fama otras muchas victorias de Bolívar; para el militar, ésta es más admirable que todas. Supo además aprovechar su victoria como caudillo experto. Simuló una retirada, cambiando rápidamente de rumbo como lo permitía la gran movilidad de aquella tropa, tomó el camino de Tunja y entró en esta ciudad el día 5 de agosto. Allí se proveyó de todo lo necesario, y sin pérdida de tiempo se interpuso entre la columna de Barreiro y Bogotá. Ocupando el puente de *Boyacá*, impedía las comunicaciones entre los generales Sámano y Barreiro. Éste lo atacó impetuosamente para desalojarlo de tan importante posición, pero fué rechazado vigorosamente aunque él y sus soldados combatieron con bravura. Los vencedores se apoderaron de 800 prisioneros entre ellos el desgraciado general que fué fusilado con treinta y ocho oficiales más en represalias de las crueldades que otros y no ellos habían cometido antes.

Al saberse en Bogotá la derrota de Barreiro hubo el pánico más indescriptible; Sámano carecía de tropas y emprendió la fuga; con él se refugiaron en Honda los funcionarios españoles y todas las personas que se podían creer comprometidas. Tres días después, el 10 de agosto, llegó Bolívar á la capital

neogranadina siendo recibido con aclamaciones entusiastas. Allí encontró los archivos, un millón de pesos y abundantes provisiones, todo abandonado por el Virrey en fuga.

El congreso de Angostura recibió con regocijo la noticia de tan brillantes victorias alcanzadas en una campaña de muy pocos meses y confirmó á Bolívar la presidencia de Colombia, república formada por las actuales de Venezuela, Colombia y Ecuador, (17 de diciembre de 1819). Pero los españoles, sin embargo, seguían dominando en Quito; poseían el litoral de Colombia y tenían en Venezuela más de 8,000 soldados mandados por Morillo. Á Bolívar por lo tanto le faltaba mucho todavía para consumar su obra. No lo desconoció el caudillo revolucionario; y aunque fué personalmente á Angostura para asuntos de gobierno, emprendió en seguida otra campaña con los más poderosos elementos que jamás había tenido. La guerra se aprende guerreando, y Bolívar tenía un plantel de generales en los distinguidos oficiales que habían aprendido en la escuela de la guerra, de una guerra tan penosa y tan difícil como acaso no haya presenciado otra el siglo XIX. Urdaneta, Páez, Mac-Grégor, Santander, Mariño, Maza, Ricaurte, Barreto, Mirés, Sucre, Cedeño, Arizmendi, Plaza, Bravo, Montilla, Bermúdez, Lara, Anzoategui, Esteban Gómez, Padilla, Córdova, Soublette, Hippisley, Hackett, Brown y otros muchos oficiales neogranadinos, venezolanos y extranjeros, le prometían á Bolívar su cooperación. Además del concurso de tan buenos oficiales, disponía de abundante material de guerra adquirido por Brión en las Antillas inglesas y en los Estados Unidos; la plaza de Angostura se había convertido en depósito de

armas y de municiones, que llegaban fácilmente por la vía fluvial del Orinoco. Y por último, el ejército, se hallaba ya instruído, estaba muy aguerrido, tan hecho á las fatigas como á los combates y con las unidades al completo por los muchos jóvenes que se reclutaban. Al final de 1819 tenía Bolívar más de 20,000 guerrilleros y soldados, si bien diseminados en demasiado extensos territorios.

El general Santander envió desde Bogotá las fuerzas de que dispuso, para que ocupasen Popayán y Pasto; así lo hicieron, sosteniendo desde allí la guerra en las provincias del sur. Pero el brigadier Calzada reconquistó Popayán, por sorpresa, el 24 de enero de 1820.

En el norte se defendían también los españoles con tenacidad. El virrey Sámano dirigía las operaciones desde Cartagena. La escuadra colombiana del almirante Brión dominaba en la boca del Magdalena, apoderándose de *Río Hacha*, donde estableció su base el general Montilla con 200 venezolanos y 600 irlandeses. En todas partes eran ya más fuertes los insurgentes que los españoles, pero éstos se defendían en todas partes.

Morillo en Venezuela estaba á la defensiva, esperando de España grandes refuerzos que no llegaban nunca. Lo que llegó fué la noticia de que el ejército preparado en Cádiz se había pronunciado á las órdenes de Riego contra el rey absoluto. El nuevo gobierno, el gobierno constitucional de España en 1820, confirmó á Morillo en sus atribuciones, ordenándole que se jurase la constitución en Nueva Granada y Venezuela. El 7 de junio se proclamó y juró solemnemente en Caracas la constitución española; pero Sámano se resistió en Cartagena, hasta

que sus tropas se le amotinaron y tuvo que huír con algunos jefes y oficiales tan realistas como él.

Cumpliendo Morillo las órdenes del gobierno, comunicó á Bolívar el cambio político de España, proponiéndole tratar y ofreciéndole que el gobierno reconocería todas las libertades á las provincias de América si los americanos aceptaban la soberanía de Fernando VII. Era tarde para tan mezquina solución. Bolívar contestó enviándole á Morillo la carta constitucional de Colombia discutida y aprobada por el congreso de Angostura.

El único resultado que produjó la revolución de España, fué que los beligerantes concertaran una tregua y se acordara para lo sucesivo canjear los prisioneros en vez de fusilarlos.

Morillo se embarcó en septiembre para España, después de entregar el mando al general La Torre; pero antes de embarcarse tuvo una conferencia con Bolívar, de quien era grande admirador, y los dos caudillos se abrazaron cordialmente.

El 28 de enero de 1821 se sublevó Maracaibo, que era uno de los puertos ocupados por los españoles, y con tal motivo se rompieron de nuevo las hostilidades. El general Bermúdez se hizo dueño de Caracas, después de evacuada la ciudad por las fuerzas españolas. Bolívar con el grueso de su ejército no tardó en acometer á La Torre que estaba en *Carabobo* con 5,000 soldados. La batalla fué ruda; ambos ejércitos supieron hacer honor á las tradiciones de su raza; pero la victoria favoreció una vez más á las tropas de Bolívar, decidiéndola en su favor la bizarría de Páez y la solidez de un regimiento británico mandado por John Farrier, coronel inglés. La caballería española mandada por Morales fué

rechazada y dispersa; pero los batallones de *Valencey* y *Barbastro* pelearon hasta quemar los últimos cartuchos. La Torre se pudo retirar á Puerto Cabello con los restos de su ejército vencido, dejando en el campo muchos muertos y gran número de prisioneros. Los colombianos tuvieron 500 bajas, contándose entre los muertos el honrado Cedeño y más de 60 ingleses. Esta jornada, que decidió la suerte de las armas en la antigua capitanía general de Venezuela, se dió el 24 de junio.

Ya no les quedaba á los españoles en Nueva Granada y Venezuela nada más que el istmo de Panamá, la plaza de Cartagena, Puerto Cabello, Cumaná y algunas contraguerrillas errantes por los montes. Cartagena estaba sitiada por el general Montilla, que al fin pudo tomarla por capitulación. Igualmente capituló Cumaná. La Torre entregó el mando á Morales en agosto de 1822.

Todo estaba perdido en Venezuela; pero el general Morales en aquella situación estuvo al nivel de tan extraordinarias circunstancias. Casi mereció que se le perdonaran sus pasados errores y sus cruentas venganzas, porque nadie ha demostrado nunca más valor ni más actividad ni más conocimiento de aquella guerra especial. En la península Goajira sostuvo una campaña asombrosa; y cuando ya estaba completamente perdido y con un puñado de hombres que sólo se batían por el comprometido honor de su bandera, se apoderó de Maracaibo. Acudió Mantilla á recuperar la plaza; y Morales, saliéndole al encuentro, lo derrotó en *Garabulla*. Entró después en Coro, posición de relativa importancia, á fines de 1822; y en enero de 1823 se apoderaron sus guerrilleros realistas nada menos que de Santa Marta.

Después, no recibiendo auxilio alguno de España ni de las Antillas españolas, fué perdiendo Morales casi todos los puntos de la costa, y él mismo capituló el 24 de julio en Maracaibo después de ocupado el lago por la escuadra colombiana mandada por Padilla, sucesor de Brión. Padilla se había hecho dueño del lago, después de un combate victorioso que allí tuvo con las naves españolas del capitán de navío don Ángel Laborde, oficial de reconocido mérito.

Puerto Cabello, último baluarte de los españoles en la ya perdida Venezuela, estaba defendido por el brigadier Calzada. Páez sitió la plaza y la tomó por asalto después de un largo asedio. El último combate fué terrible.

El general Bolívar no tomó parte en las últimas luchas de Nueva Granada y Venezuela, porque después del triunfo de Carabobo había emprendido una expedición al sur de la que tendremos ocasión de hablar. (Véase la independencia del Perú.)

Río de la Plata. — Los acontecimientos de 1808 y la guerra de España que fué su consecuencia, dieron margen á la revolución de las provincias argentinas ó virreinato de Buenos Aires.

Gobernaba á la sazón don Santiago Liniérs, que gozaba de merecida popularidad por su conducta en 1807; pero algunos españoles desconfiaban de su lealtad á Fernando VII, creyendo que pudiera ser adicto á José Bonaparte. Uno de los más desconfiados era el gobernador de Montevideo, coronel don Francisco Javier Elío, que propuso la formación de una junta patriótica en Montevideo. En la ciudad de Buenos Aires intentaron también los españoles, dirigidos por don Martín de Alzaga, aquel alcalde que

tanto se había distinguido en la lucha con los ingleses, deponer al general Liniérs y nombrar una junta; pero el intento fracasó porque las tropas se mantuvieron leales á Liniérs.

Los criollos simpatizaban con Liniérs mucho más que con la junta española de Montevideo; y como ellos no pensaban en José Bonaparte ni en Fernando VII sino en la independencia americana y en fundar de una vez la República Argentina, aprovecharon con habilidad las discordias de los españoles para preparar su triunfo.

La junta de España, que gobernaba en nombre de Fernando VII, predispuesta sin razón contra Liniérs por los informes apasionados de Elío, nombró virrey á don Baltasar Hidalgo de Cisneros, oficial de marina que se había distinguido en Trafalgar. Aunque los argentinos se ofrecieron á Liniérs y le aconsejaron que no entregara el mando, Liniérs lo resignó tan pronto como el sucesor llegó de España, el 30 de julio de 1809.

Poco antes de la citada fecha había llegado al río de la Plata el brigadier Goyeneche, comisionado por la junta de Sevilla para tranquilizar los ánimos y acaso para buscar recursos que contribuyeran á la defensa de España contra la invasión francesa. Goyeneche, aunque era americano, pues había nacido en Arequipa, fué el enemigo más resuelto de sus compatriotas y de la independencia americana. Con tal que aquellos países no salieran nunca de la categoría poco brillante de colonias, le importaba poco el gobierno que en España hubiera. Sólo teniendo en cuenta su singular manera de apreciar la política hispano-colonial, se comprende en cierto modo la informalidad de su conducta. En

Montevideo apoyó á la junta defensora de Fernando VII; en Buenos Aires casi fué bonapartista y no ocultó que había recibido instrucciones de Murat; en Charcas propuso reconocer la soberanía del rey de Portugal, según instrucciones que al pasar por Río de Janeiro había recibido de la corte portuguesa instalada en el Brasil. El general García León de Pizarro, que gobernaba en Charcas, se inclinó á la tercera solución, que era sin duda la más descabellada, y aun propuso una enmienda : la de aceptar la solución portuguesa, no con el rey de Portugal sino con la infanta doña Carlota Joaquina, que estaba en Río de Janeiro. León de Pizarro llevó su candor al extremo de pedir informe sobre tan peregrino pensamiento á la universidad de Charcas. La universidad se pronunció enérgicamente contra toda solución contraria á los derechos de Fernando VII; pero el General metió en la cárcel al doctor Zudañez que había redactado tal informe. El pueblo se amotinó con tal motivo el 25 de mayo de 1809, atacó al General en su palacio y lo encerró en la cárcel. Uno de los jefes del motín fué el coronel don Juan Álvarez de Arenales, que era español, pero partidario de la independencia. Aunque el levantamiento se efectuó en nombre de Fernando VII, sus promotores aspiraban á la emancipación.

El movimiento de Charcas fué secundado en La Paz. Y cuando se supo en Buenos Aires que los sublevados de aquellas provincias armaban fuerzas y vitoreaban á la independencia y á la libertad de lo que se llamaba Alto Perú (hoy Bolivia), se apresuró el virrey Cisneros á enviar á Charcas una columna de 1,000 hombres.

Por su parte el virrey del Perú destacó 5,000 con

dirección al teatro de las imprevistas ocurrencias.

Las fuerzas de Buenos Aires mandadas por el general Nieto ocuparon sin resistencia la ciudad de Chuquisaca ó Charcas; las del Perú, mandadas por Goyeneche, batieron en *La Paz* á los insurrectos que mandaba don Domingo Murillo el 25 de octubre de 1809. La insurrección de La Paz fué castigada con ensañamiento.

En mayo de 1810 se supo en Buenos Aires que los franceses ocupaban casi toda España, que dominaban hasta en Andalucía, que la junta de Sevilla se podía considerar disuelta y que José I residía tranquilamente en su monumental palacio de Madrid recibiendo serenatas de los majos y de las manolas. Creyeron que España estaba ya sometida al vencedor, como si no existieran Empecinados y Minas en la tierra de Viriato. En semejante situación pensaron los criollos, así como bastantes españoles, que habían caducado los poderes de las autoridades nombradas por la metrópoli y que al pueblo le tocaba decidir de su suerte y pensar en su destino. Aunque Cisneros gobernaba con moderación y dictaba medidas bien intencionadas, su templanza le sirvió de poco. Fué depuesto por los ciudadanos argentinos secundados por las milicias y las tropas de la capital, que lo embarcaron para las islas Canarias en un barco inglés.

La revolución bonaerense del 25 de mayo de 1810 puso término á la dominación española en el río de la Plata.

Cuando se supo que se había organizado en Cádiz un consejo de regencia, pretendieron los oidores, con otros españoles influyentes, que la junta gubernativa de Buenos Aires se sometiera á la regencia

de Cádiz; pero la junta de Buenos Aires, que contaba en su seno á hombres como Belgrano y el comandante Saavedra, no accedió á los deseos de los españoles, si bien declaró, por pura fórmula, que gobernaría el virreinato durante el cautiverio de Fernando VII.

Los españoles eran impotentes en Buenos Aires, donde no tenían medios de intentar la contrarrevolución; muchos de ellos, además, estaban del lado de la junta. Pero tenían elementos de resistencia dispersos por las provincias, particularmente en el Alto Perú, el Paraguay y la Banda Oriental del Uruguay. La junta creyó conveniente organizar columnas que recorrieran las provincias, principalmente las apartadas del norte, á fin de establecer en todas su autoridad.

Don Juan de la Concha, capitán de fragata y gobernador é intendente de la provincia de Córdoba, no había querido reconocer la autoridad de la junta. Salió contra él de Buenos Aires una fuerza de 1,200 hombres al mando de don Francisco Ortiz de Ocampo, llevando como segundo jefe á don Antonio Balcarce. Concha no tenía fuerzas para resistir en Córdoba y abandonó la ciudad; pero alcanzado por los patriotas fué pasado por las armas, juntamente con el general Liniérs (que estaba retirado del servicio), el coronel Allende y otros dos señores. Tan inmerecido é innecesario rigor sólo se explica por el deseo de vengar á las víctimas sacrificadas en el Alto Perú por Goyeneche; pero la junta de Buenos Aires lo presentó como un acto político, declarando que los fusilamientos servirían para deslindar los campos. « Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas, á la salud de tantos millones de inocentes.

sólo el terror del suplicio puede servir de escarmiento á sus cómplices ». La razón de Estado no ha sido nunca una razón.

La columna argentina prosiguió su marcha hasta el Alto Perú, siendo Balcarce derrotado en *Cotagaita* el 27 de octubre por el oficial de marina don José de Córdova, que lo persiguió hasta el pueblo de Tupiza; pero un poco más al sur, en *Suipacha*, fué derrotado Córdova por los insurgentes el 7 de noviembre de aquel mismo año. Poco después murieron, fusilados por los vencedores, el comandante Córdova, el intendente de Potosí llamado Sanz y el general Nieto gobernador de Charcas. Los revolucionarios argentinos fusilaban por sistema, lo cual quiere decir que sus fusilamientos son indiscutibles; pero el sistema pudiera discutirse y aun condenarse (1).

Otro cuerpo argentino, llevando á su frente al vocal de la junta don Manuel Belgrano, salió de Buenos Aires con destino al Paraguay en el mes de septiembre de 1810. Gobernaba el Paraguay don Bernardo Velasco, hombre que había corregido no pocos abusos del régimen colonial, que era un cumplido caballero y que se distinguía por su índole bondadosa. La junta le exigió que reconociera su autoridad, como antes había reconocido la de los virreyes; pero

(1) El general español don Luis Fernández de Córdova, héroe de Arlabán y de Mendigorría, y su hermano don Fernando, general no menos célebre en la política y en la milicia, eran hijos de don José de Córdova; don Fernando era argentino. Argentinos eran también los hijos del marino fusilado don Juan de la Concha, que no han figurado menos en España durante medio siglo; uno de ellos, don Manuel de la Concha, sucumbió en Montemuro en 1874 defendiendo la libertad contra el absolutismo.

Velasco se negó, diciendo que se le pedía lo que él juzgaba contrario á su lealtad y á su honor.

Belgrano tenía buenos deseos y había demostrado su pujanza en las jornadas de Buenos Aires contra los ingleses; pero siendo abogado, entendía muy poco de milicia. Sus fuerzas, por otra parte, eran bastante inferiores á las de su adversario el coronel Velasco. Y además tuvo que hacer una marcha muy penosa, que duró más de dos meses, hasta la frontera paraguaya. No es extraño, pues, que Velasco derrotara á Belgrano en los combates del 19 de enero y 9 de marzo de 1811, el primero en las orillas del arroyo *Paraguarí*, el segundo á orillas del río *Tacuarí*. Al día siguiente de este segundo combate capituló Belgrano, retirándose á Buenos Aires en virtud de la capitulación.

El enemigo más importante de la revolución de Buenos Aires no era el lejano Paraguay, sino Montevideo. La situación de esta plaza era un obstáculo para el comercio y las comunicaciones de Buenos Aires con el exterior, pues en ella dominaban todavía los españoles. Toda la Banda Oriental (hoy república del Uruguay) obedecía al gobierno de España representado por el general de marina don Gaspar Vigodet. Pero al ser nombrado virrey un hombre tan conocido en el país y tan detestado como don Francisco Elío, todo el mundo mostró su descontento. Sin embargo, en Montevideo no hubo resistencia material.

Elío firmó proclamas imprudentes y altaneras, en las que injuriaba á la junta de Buenos Aires y á sus defensores, declaró la guerra á dicha junta y puso en campaña sus fuerzas navales que derrotaron á la escuadrilla argentina el 2 de marzo en aguas del Paraná.

Dos días antes, el 28 de febrero, se inició la revo-
lución del Uruguay, ó Banda Oriental como entonces
se decía, con la sublevación de las milicias del
pueblo de Mercedes. Los sublevados querían reco-
nocer la autoridad de la junta de Buenos Aires, no
aceptando la de Elío. El teniente don José Artigas,
hombre tosco, pero no vulgar, pidió auxilios á la
junta para sacudir el yugo de los españoles. Bel-
grano, á su vuelta del Paraguay, recibió el encargo
de auxiliar á Artigas y de dirigir las operaciones
contra Montevideo. Á los pocos días estaba pronun-
ciada contra el Virrey toda la Banda Oriental,
encerrándose en Montevideo todos los destacamentos
españoles que había diseminados.

Belgrano fué separado muy pronto del mando de
la fuerza; pero Rondeau y Artigas derrotaron á las
tropas de Elío en la acción de las *Piedras* el 18 de
mayo de 1811. Allí perdieron los españoles todo su
material y 300 prisioneros.

Al mismo tiempo se producía una revolución en
el Paraguay, donde quedó constituída una junta
como la de Buenos Aires.

Todo marchaba favorablemente para la revolución;
pero sus caudillos se indispusieron unos con otros
por rivalidades personales y por diferencias de apre-
ciación en las cuestiones políticas. La junta había
invitado á las provincias á elegir representantes
para constituír un congreso en Buenos Aires; los
representantes empezaron á llegar en el mes de
diciembre de 1810, quedando incorporados á la
junta; predominaba en ésta la tendencia moderada,
lo que causó mala impresión en una parte del
pueblo y una creciente agitación precursora de dis-
turbios. Los disturbios no faltaron, pues los radicales

de Buenos Aires tenían tendencias unitarias y lo habitantes de provincias, radicales ó no, se incli naban al federalismo. Los campos, empero, n estaban aun bien deslindados, lo cual era un motiv más de confusión.

La repetición de los motines y de los desórdene obligó á los argentinos á concentrar el poder e pocas manos, y constituyeron un triunvirato (23 de septiembre de 1811. Lo formaron los doctore don Feliciano de Chiclana, don Juan José del Paz y don Manuel de Saratea.

El triunvirato se encargó del mando en circuns tancias difíciles, pues además de estar las opinione hondamente divididas y los ánimos apasionados, puerto de Buenos Aires estaba estrechamente blo queado por la escuadrilla española de Montevide el Paraguay quería constituír una república apar y el general portugués don Diego de Souza pasab la frontera del Brasil con el pretexto de pacificar Uruguay, pero con el designio mal disimulado c agregarlo por las armas á los vastos dominios po tugueses.

La verdadera intención de los invasores portu gueses fué comprendida al momento por el triun virato revolucionario, y también por el brigadi Elío. Entraron, pues, en negociaciones Elío y triunvirato, celebrándose un tratado de paz el d 20 de octubre. El Virrey levantaba el bloqueo c Buenos Aires, dejando libre la navegación d Plata y sus afluentes; el triunvirato evacuaba territorio del Uruguay, que seguiría ocupado p los españoles. El virrey Elío, después de haber hech este tratado, se embarcó para España entregando mando al brigadier Vigodet.

Antes de constituírse el triunvirato se dió la talla de *Huaqui* en la frontera del Perú, batalla nada por Goyeneche y perdida por Balcarce. El ército argentino en completa derrota hubo de plegarse á Oruro. Los dos beligerantes habían mado un armisticio por cuarenta días; pero á los einta y cinco fué violado por Goyeneche, atacando bitamente á las tropas de Balcarce; informalidades ie reprueba la conciencia pública.

Al mismo tiempo que los bonaerenses fijaban sus iradas en las lejanas fronteras del Brasil y del rú, se conspiraba en el mismo Buenos Aires ntra el gobierno de la revolución. Denunciados s conspiradores, que á juzgar por la denuncia tentaban sorprender los cuarteles, desarmar la arnición y apoderarse de la ciudad, fueron presos fusilados treinta y ocho individuos, en su mayoría merciantes españoles, siendo una de ellos don Mar-ı de Alzaga, el célebre alcalde de 1807.

Después de su victoria de Huaqui, hubiera avan-do Goyeneche por Tucumán en dirección á Buenos res si no se lo hubiera impedido la sublevación Cochabamba, ciudad del Alto Perú que distrajo s fuerzas y ocupó seriamente su atención. Entró Cochabamba, donde impuso los más severos stigos, y allí se consagró á la pacificación de todo Alto Perú. Á la vez confió el mando de 3,000 sol-dos indios á su pariente el general Tristán, na-ral de Arequipa como él, para que batiera al ército argentino y se pusiera en comunicación con españoles de Montevideo. Pero don Pío Tristán é vencido por don Manuel Belgrano el 24 de sep-mbre de 1812, en la reñida batalla de *Tucumán*, la que perdieron los españoles más de 400 muertos

y dejaron en poder del enemigo 600 prisioneros alguna banderas y los cañones. El derrotado ejér cito de Tristán fué perseguido por sus vencedore hasta la ciudad de Salta.

Á los triunfos de Belgrano en el Alto Perú s unieron los conseguidos en la Banda Oriental, pue el gobierno de Buenos Aires había destinado alguna tropas contra Montevideo para apoderarse de aque foco de conspiración contrarrevolucionaria. Los ar gentinos pasaron el río Uruguay á principios d octubre de 1812, llegando á la vista de Montevideo Hubo frecuentes escaramuzas en las cercanías d esta importante plaza, hasta que el 31 de diciembr efectuó Vigodet una salida con gran parte de l guarnición. Obligado por Rondeau á ceder el campo después de un combate rudo, quedaron los españole reducidos al estrecho recinto de la plaza, á la ciu dadela y á los buques. En el suelo oriental er evidente la supremacia de los revolucionarios.

No pudiendo hacer con éxito nuevas salidas de l plaza, dispuso Vigodet que la escuadrilla hicier una expedición por el río Paraná y recogiera ganad en los pueblos ribereños. El 3 de febrero de 181 practicaron los marinos un desembarco en frent del convento de *San Lorenzo*, al norte del Rosario donde fueron cargados por la caballería del coron don José de San Martín, que les mató 50 hombres les tomó 2 cañones y algunos prisioneros y lo obligó á reembarcarse en desorden.

Desde enero de 1813 funcionaba en Buenos Aire una Asamblea constituyente; pero la atención d pueblo se fijaba más en el curso de la guerra y e las peripecias de la lucha. Belgrano tenía consig 3,000 hombres, y amenazaba á Tristán que hab

cibido refuerzos del Perú y se encontraba en
lta. Lo atacó, en efecto, cerca de la ciudad, el
de febrero de 1813, rechazándolo hasta ella; el
mbate siguió en las calles de Salta; y cuando ya
s realistas habían perdido cerca de 1,000 hombres,
uertos, heridos y prisioneros, levantó el jefe
alista la bandera blanca y firmó una capitulación.
r ella se obligaba á no tomar las armas contra la
volución en el territorio que había sido virrei-
to de Buenos Aires; obligación no cumplida, pues
obispo de La Paz y el arzobispo de Charcas absol-
eron á los capitulados de todo compromiso,
clarando « que no eran válidos ante Dios los con-
nios pactados con los insurgéntes ».

El triunfo de Belgrano alentó de nuevo la revolu-
ón en el Alto Perú; el vencedor ocupó la ciudad de
tosí, retirándose Goyeneche á Oruro; poco después
stituyó á Goyeneche en el mando el brigadier
n Joaquín de la Pezuela.

El 1.° de octubre de aquel mismo año derrotó
zuela á Belgrano en la pampa de *Vilcapugio*, dis-
rsándole su ejército que llegó desbandado á
tosí. El 14 de noviembre lo derrotó segunda vez
la batalla de *Ayuma,* en la que los argentinos se
tieron con indecible coraje, cediendo el campo á
superioridad numérica y á la mejor disciplina.
n los restos de su malparado ejército se retiró
lgrano hacia Jujuy, perdiendo el crédito militar
e le habían ganado sus victorias. Belgrano era
gran patriota y un jurisconsulto muy notable,
ro sabía muy poco de la guerra; demasiado hizo
ra lo que racionalmente se podía esperar de sus
nocimientos y de sus condiciones.

Los españoles seguían sitiados en Montevideo,

pero no pensaban en rendirse; por otra parte, la derrotas de Belgrano preocupaban al gobierno y la opinión pública. Se hizo necesario confiar dirección de la guerra á persona más perita, y nombró general en jefe del ejército argentino coronel don José d San Martín, el hérc de San Lorenzo, anti guo oficial del ejércit español que había com batido en la guerra d España y tomado part en la gloriosa batall de Bailén. Fué un elección acertada, pue si San Martín no figur en la historia con l aureola del genio y co los prestigios de la radiantes victorias que realzan á Bolívar, de to dos modos ocupa en ella amplias páginas y fué e más militar de los caudillos americanos de la revc lución. No sería tan grande, pero fué más human que Bolívar; la grandeza de Bolívar es más deslum bradora, la de San Martín es más honrada. El héro caraqueño fundó cinco repúblicas, y de él pued decirse que conquistó para la libertad territorio más extensos que los de toda Europa; el héroe d Yapeyú (1), sin arengas altisonantes y sin preten siones de ninguna especie, venció á los españoles e el campo de batalla, venció á la naturaleza en lo Andes y se venció á sí mismo renunciando el pode con la abnegación más ejemplar.



San Martín

(1) Pueblo de Misiones, patria de San Martín.

Antes de ocuparnos en las campañas de San Martín, que haremos luego con toda la extensión posible un resumen histórico, diremos que en Buenos res había cambiado la situación política. El triun-ato se había transformado varias veces y por úl-no se suprimió. La Asamblea puso el poder ecutivo en manos de un solo hombre, eligiendo rector supremo del Estado, el 26 de enero de 1814, lon Gervasio Posadas.

Las victorias de Pezuela en el Alto Perú, la resis-ncia de los españoles en Montevideo y la rebelión Artigas que no quería obedecer á Rondeau y oclamaba francamente los principios federales, ligaron sin duda á la Asamblea á elegir un ·ector, concentrando el poder en una sola mano. ntribuyeron también á esta medida las temores que España, libre ya de franceses, enviara nuevas pas á la América del Sur.

Posadas no solamente nombró general en jefe á n Martín, sino que aumentó la escuadra nom-ando almirante á Brown. Además destituyó al belde Artigas y pregonó su cabeza.

La escuadra se componía de algunos barcos mer-ntes que se compraron á sus respectivos dueños, tripularon con 300 hombres de diferentes nacio-lidades y se artillaron lo mejor posible. Su almi-nte don Guillermo Brown, capitán de la marina ercante, era un irlandés muy entusiasta que rrespondió con su heroísmo á la confianza del eblo.

Vigodet cometió la falta de dividir sus fuerzas vales en dos grupos; uno quedó en Montevideo ra contribuír á la defensa de esta plaza, y otro se uó en la isla de Martín García. Brown atacó al

segundo grupo el 11 de marzo; y aun que fué ve
cido por las naves españolas, desembarcó en
isla el 16 apoderándose de sus baterías y obligan
á la escuadrilla enemiga á remontar el Uruguay.

Á mediados de abril estableció con sus naves
bloqueo de Montevideo; en mayo se vió ataca
rudamente por la escuadrilla española que se halla
al abrigo de la plaza, pero la escuadra argenti
obtuvo la victoria al cabo de tres días de cañone
tomando al abordaje tres embarcaciones con s
400 tripulantes.

Al mismo tiempo el coronel don Carlos Alvea
con 5,000 soldados argentinos, iba estrechando p
tierra el cerco de la plaza; y el 22 de junio capitu
Vigodet, apoderándose los sitiadores de la plaza c
toda su artillería, de 8,000 fusiles y de los buqu
de guerra. Pocos días después era derrotado Artig
por las tropas de Alvear.

Pero la situación no era tan lisonjera para l
patricios en el occidente. Los vencidos de Vilcapugi
y de Ayuma se habían replegado á Tucumán; P
zuela estaba en Salta. San Martín se hizo cargo d
ejército vencido para reorganizarlo más militarment
pero la empresa era difícil, pues allí estaba Pezue
para dificultarla.

Mientras San Martín organizaba su ejército, fomen
taba el espionaje y se dedicaba á la instrucción d
su tropa, supo rodearse de partidas interpuesta
entre su ejército y el ejército contrario. El coron
Arenales, español que servía desde mucho antes
la causa de la independencia, alcanzó un triunfo bri
llante en la *Florida* batiendo á los realistas el día 2
de mayo. Otro jefe argentino, don Martín Güemes
hostigaba con sus correrías á las fuerzas españolas

En 1815, cuando la revolución estaba casi perdida Méjico, Venezuela, Nueva Granada, Chile y el rú, se podía creer salvada, consumada, victoriosa la región del Plata; pero las discordias interiores el caudillaje naciente amenazaban destruír la obra volucionaria. No podemos exponer todos los hechos líticos de aquella época; sólo diremos que Posadas é sustituído en el poder por don Carlos Alvear con mismo título de Director; pero Alvear, que era itario, fué derribado en abril por un levantamiento pular sucediéndole el general Rondeau. Este neral, que estaba en campaña por entonces, fué ido y desbaratado por Pezuela en los altos de *luma*. En todas las provincias tomaba consisncia el partido federal, y Artigas en la Banda iental se hallaba al frente de una insurrección.

La revolución de abril, que derribó del poder al neral Alvear, dió por resultado la reunión de un ngreso, no en Buenos Aires, sino en Tucumán. primer acto importante del Congreso fué elegir ector, el 3 de mayo de 1816, al general Puirredón. .e era hombre de carácter, pero unitario. Ences no habían aprendido aún lo que hoy saben ıy bien los argentinos : que las repúblicas, si no ı federales, no merecen el nombre de repúblicas; que, de todas maneras, las revoluciones sólo osperan aceptando los principios más simpáticos as muchedumbres. Si el pueblo era federal, no bía para los patriotas más que un dilema : el eralismo ó la colonia. Si los argentinos hubieran o desde el principio y desde el poder leal y frannente federales, como lo son en el día, tal vez formarían parte de su federación la República ental, una parte del Brasil y acaso el Paraguay

con la mitad de Bolivia. Pero muchos de los políti[cos] más importantes se hallaban tan imbuídos en [las] viejas tradiciones, que en odio al federalis[mo] pensaron ¡horror de horrores! en establecer [la] monarquía. Felizmente para ellos no hicieron [la] prueba de una solución tan insensata, y se ahor[ra]ron el disgusto de elegir un rey á quien hubie[ran] decapitado antes de un par de lustros. El Congr[eso] de Tucumán que proclamó la independencia arg[en]tina en 1816, estuvo á punto de adoptar como for[ma] de gobierno la monarquía constitucional, que [es] seguramente la peor de las monarquías imaginabl[es]. Si no lo hizo, lo debió al tribuno don Manuel [de] Anchorena, republicano leal y federal convenc[ido] que era admirador de Montesquieu.

El general San Martín, que también tenía m[ar]cadas inclinaciones monárquicas, era soldado a[nte] todo y se ocupaba poco en la política. En aq[uel] tiempo organizaba el ejército con que había de r[ea]lizar las admirables campañas de Chile y el Pe[rú] como se dirá en las páginas siguientes,

Chile. — La revolución de CHILE obedeció á igua[les] causas y ocurrió en la misma fecha que en [las] demás colonias hispano-americanas; pero adem[ás] de las causas generales hubo las locales, determ[i]nantes del descontento público y de un gene[ral] desasosiego. Á principios de 1808 gobernaba en Ch[ile] el brigadier don Luis Muñoz de Guzmán, que [era] una persona muy respetada y muy querida por [sus] buenas prendas. Si aquel bondadoso cuanto escla[re]cido gobernante no hubiera muerto en febrero [de] aquel año mismo, es claro que no por eso hubi[era] sido evitada la revolución; pero es evidente que

ıbiera retrasado. Entre las causas que precipi-
·on los acontecimientos, figura la antipatía que
spiraba el sucesor de Guzmán, el brigadier García
rrasco. Este señor, con sus debilidades, con su
toritarismo descomedido (que sin embargo cedía
la menor resistencia) y con el contraste de su
oceder si se comparaba al de su predecesor, dis-
stó á muchas personas, acentuó las divisiones
tre peninsulares y chilenos y dió lugar á conspi-
ciones poco recatadas. Las noticias de España
usaron al principio verdadera sensación; pero no
·daron los chilenos, sobre todo al saber lo que
cedía en las demás colonias, en comprender que
guerra de España con el imperio francés podía
r el origen de la independencia americana. España
cesitaba en Europa de todos sus ejércitos, su
ırina había sido deshecha en Trafalgar, sus co-
ıias de América estaban muy distantes, además
ser dilatadísimas. Á mayor abundamiento, la
lonia de Chile era la más lejana. En tales circuns-
ıcias se le antojó á Carrasco decretar prisiones y
stierros, y el pueblo se alborotó en Santiago el
de mayo de 1810. Por consejo de los oidores,
rrasco presentó su dimisión en junio, relevándolo
coronel de milicias don Mateo de Toro y Zam-
ano, conde de la Conquista.

Zambrano era chileno, circunstancia que hubiera
lo muy beneficiosa para calmar los ánimos, á ser
ro el elegido; pero al mismo tiempo era un octo-
nario, incapaz de ponerse á la altura de la situa-
ón. El nuevo gobernante se dejó gobernar por todo
mundo; con el mejor deseo, fué juguete de los
versos bandos; los separatistas, más numerosos ó
ás hábiles, consiguieron que convocara una junta

de notables en la que se acordó constituír un gobiern que rigiera el país durante el cautiverio del re Fernando VII. La misma junta designó las person que habían de constituír el gobierno nacional qu fué presidido desde el 18 de septiembre por el doct don Juan Martínez de Rozas, político sagaz é intel gente.

Aunque el gobierno ó junta no hizo declaracion de independencia ni de republicanismo, limitándo á gobernar con acierto, á mejorar los servici administrativos y á establecer la libertad comercia hubo españoles y aun chilenos apegados al régime antiguo que conspiraron descaradamente. Un je de dragones, el teniente coronel don Tomás d Figueroa, sublevó la fuerza de su mando el 1.º de abr de 1811; pero las tropas fieles no tuvieron que hace grandes esfuerzos para obligarle á desalojar la pla de la que se retiró dejando 14 muertos. Pocas hor después, moría fusilado Figueroa.

El doctor Rozas disolvió la audiencia, vigiló á lo sospechosos y constituyó un tribunal de justici compuesto de chilenos.

Se eligió un Congreso que se reunió en Santiag el 4 de julio de 1811. En el Congreso estaban en ma yoría los moderados ó conservadores, lo que produj protestas de los rocistas, que eran radicales. El Cor greso no tomó en cuenta la protesta de los verda deros autores de la revolución y formó una junt ejecutiva de tres conservadores.

El 4 de septiembre se sublevaron los radicales progresistas, arrastrando á una parte de la guarni ción. Se puso al frente del movimiento el comandant de húsares don José Miguel Carrera, joven chilen que había combatido contra los franceses en Españ

y gozaba en Santiago de grandes simpatías. Lo secundaron sus hermanos don Luis y don Juan José, el uno capitán de artillería y el otro mayor de granaderos. Los sublevados disolvieron el poder ejecutivo, expulsaron del Congreso á varios diputados moderados y los hicieron sustituír por otros más avanzados en ideas. Al día siguiente se efectuaba un movimiento análogo en Concepción y Valdivia, preparado y dirigido por Rozas, de acuerdo con Carrera.

Siguió una serie de luchas entre radicales y conservadores y aun entre los mismos radicales, pues el austero Rozas no transigía con los actos de Carrera. Éste disolvió el gobierno radical lo mismo que había hecho pocos meses antes con el conservador, expulsó á Rozas de Chile en 1812 y ejerció la más omnipotente dictadura.

Los disposiciones de Carrera, aunque violentas, eran liberales. Estableció escuelas primarias en todos los conventos, convirtió algunos de éstos en cuarteles, fundó periódicos y reclutó soldados. Sus más diligentes colaboradores y auxiliares fueron, entre otros, el peruano Egaña, notable jurisperito, el argentino Vera, el escritor guatemalteco Irizarri y el fraile chileno Henríquez, gran devoto de los principios revolucionarios.

Los realistas de Santiago estaban dominados y eran impotentes; pero no así en las provincias del sur. El virrey del Perú mandó al brigadier Pareja con municiones, armas y oficiales para levantar algunas tropas en las provincias realistas. Llegó por mar; reunió en Chiloé 1,400 hombres y en Valdivia 700. Ocupó Talcahuano y Concepción en marzo de 1813 y avanzó hacia el norte.

Grande fué la alarma en la capital de Chile cuando se supo que se acercaba Pareja. Los realistas de Santiago mostraban claramente su alegría; pero Carrera plantó una horca en medio de la plaza, impuso contribuciones de guerra, confinó á muchos de sus enemigos y salió al encuentro de Pareja con 12,000 soldados. Eran éstos patriotas y decididos pero armados muy desigualmente y poco disciplinados. Acompañaban á Carrera sus dos hermanos don Juan José y don Luis.

La vanguardia de Carrera tuvo el primer choque el 27 de abril, en *Yerbas Buenas*, con la de Pareja. Aunque el encuentro no fué decisivo, se batieron mejor los revolucionarios, lo cual desanimó á los valdivianos y chilotes que se resistieron á pasar el Maule. Pareja, por consecuencia, tuvo que retroceder hasta Chillán; pero Carrera lo persiguió con el grueso de su ejército y lo alcanzó en *San Carlos*, donde se dió una batalla que también quedó indecisa. Pareja, sin embargo, se pronunció en retirada, pasó el Ñuble y se encerró con sus tropas en Chillán. El brigadier de la armada don Antonio Pareja murió de fiebres á los pocos días, quedando al frente de las tropas el capitán de infantería don Juan Francisco Sánchez, que supo dejar bien puesto el pabellón.

Aprovechando con actividad el tiempo que Carrera, O'Higgins y otros jefes chilenos perdían en ocupar varios pueblos inmediatos al Bío-Bío, el capitán Sánchez destacó partidas para que recogieran ganado y toda clase de víveres, surtió á Chillán de abundantes provisiones, construyó trincheras y se prestó á defenderse mientras llegaban refuerzos del Perú.

Á mediados de julio empezó Carrera á circunvalar

a plaza. El jefe de ingenieros don Juan Makenna, rlandés al servicio de la revolución, emplazó una ıatería á cuatrocientos metros de la plaza. El 3 de ıgosto dispuso el capitán Sánchez una salida vigo-osa contra las baterías, pero fué rechazada. La salida e repitió el día 5, batiéndose con igual empuje si-iados y sitiadores y consiguiendo éstos encerrar á ıquéllos en sus fortificaciones. Pero las tropas de Carrera padecían demasiado con los rigores de aquel rudo invierno y el 10 de agosto levantaron el sitio le *Chillán*.

Carrera fué perseguido en su retirada por las tropas le Sánchez, que no cesó de picarle la retaguardia y un lo batió en la acción *del Roble* el 17 de octubre le 1813. Allí hubiera sido la tropa de Carrera com-pletamente derrotada, sin la serenidad del coronel de nilicias don Bernardo O'Higgins que recogió los lispersos y contuvo á sus perseguidores.

La desgraciada campaña de Carrera causó mala mpresión en Santiago. La junta de gobierno desti-uyó al caudillo revolucionario que se dejó relevar, contra lo que se temía, sin oponer ninguna resisten-cia. Se dió el mando del ejército chileno al coronel O'Higgins, á fines de noviembre, al mismo tiempo que cesaba el mando interino del capitán Sánchez por haber llegado á Chillán el brigadier Gainza en sustitución del malogrado Pareja,

Poco después, el día 4 de marzo de 1814, fué to-nada la ciudad de *Talca* por la columna realista de lon Ildefonso Etorreaga, no obstante la resistencia que opuso la guarnición.

Gainza atacó sin éxito á O'Higgins en las alturas lel *Quilo*, cerca del Itata; al día siguiente, que era el 20 de marzo, atacó á la división Makenna, en el

Membrillar, también sin resultado; pero poco después fué batida por las guerrillas realistas, en *Cancha Rayada*, una columna de refuerzo procedente de Santiago y al mando del teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, argentino de nación.

En Santiago se había conmovido la opinión con las malas noticias que llegaban del teatro de la guerra; los patriotas culpaban al gobierno y hubo un alzamiento popular, cuyo resultado fué la dimisión de la junta y la elección de un director supremo, que fué el coronel don Francisco de la Lastra.

Gainza resolvió marchar sobre Santiago; O'Higgins, notando su movimiento, emprendió la marcha en la misma dirección para cortarle el paso y defender la capital de Chile. Ambos marcharon paralelamente y casi á la vez pasaron los dos el Maule, á corta distancia uno de otro. Los realistas pasaron este caudaloso río sirviéndose de balsas; los insurgentes por un vado poco practicable y con el agua al pecho. Pasado el río, los insurgentes forzaron la marcha, se adelantaron á sus enemigos y se situaron en *Quechereguas;* allí esperaron á los realistas y los derrotaron en las jornadas del 7 y 8 de abril.

Por aquellos días llegó á Chile un comodoro inglés autorizado por el virrey del Perú para mediar entre los contendientes. El resultado de su mediación fué el convenio de Lircay, 3 de mayo, por el cual convenio reconocían los chilenos la soberanía del rey Fernando, los españoles reconocían por su parte el gobierno existente á la sazón en Chile, hasta que las Cortes resolvieran, y ambas partes devolverían los prisioneros fuesen ó no militares.

El convenio fué mal recibido por la opinión pú-

blica, sirviéndoles de pretexto á los hermanos Carrera para hacer un pronunciamiento más el día 23 de julio. Sublevando la guarnición de Santiago, depusieron al director supremo y entregaron el poder á una junta ejecutiva poniéndose al frente de ella don José Miguel Carrera.

Al saberlo O'Higgins tomó con su ejército el camino de Santiago, para restaurar al director legítimo; pero Carrera le salió al encuentro, y hubo un combate ventajoso para el último, no lejos del río *Maipo*, el 26 de agosto.

La acción se hubiera renovado al día siguiente, y nadie sabe cual hubiera sido el término de aquella lucha civil, si no se hubiera presentado un oficial español para intimar la rendición á los dos caudillos revolucionarios y notificarles que el virrey del Perú no aprobaba el convenio de Lircay. Esta inconveniencia del Virrey determinó inmediatamente la reconciliación de los caudillos rivales, que se unieron para combatir al enemigo común.

Para apoyar la intimación del Virrey, había desembarcado en Talcahuano el día 13 de agosto el coronel Osorio (don Mariano) con el batallón de *Talavera*, primer cuerpo totalmente español que hubiera llegado á Chile. Con este batallón y los realistas que encontró en las provincias del sur, llegó á reunir Osorio 5,000 soldados. Pasó con ellos el Cachapoal y atacó á los insurgentes, que se habían hecho fuertes en *Rancagua*, el día 1.º de octubre. La embestida fué briosa, pero los chilenos se defendieron con la mayor pujanza. Repitióse el ataque al día siguiente, y los realistas pudieron tomar el pueblo al cabo de muchas horas, dejando en el campo numerosos muertos. Los insurgentes lucharon con tanto

denuedo como el primer día, perdiendo en la lucha 1,500 hombres. El valeroso O'Higgins seguido de unos cuantos se abrió paso entre las filas realistas salvándose entre escombros y cadáveres en aquella triste noche. Carrera no tomó parte en la lucha.

En Rancagua quedó enteramente vencida la primera revolución chilena, pues la noticia del desastre causó verdadero pánico en Santiago y en todas las provincias. Las personas más comprometidas emigraron de la capital y de los pueblos, pasaron los Andes y se refugiaron en Mendoza. O'Higgins y Carrera se contaron en el número de los emigrados.

Osorio no se condujo mal con los vencidos, pero fué excesivamente blando en reprimir los abusos de sus inferiores. Los desmanes de la soldadesca, sin haber sido tan graves como los cometidos en Nueva Granada y Venezuela, dejaron triste memoria. El mismo Osorio tuvo que cumplir disposiciones duras del Virrey, en virtud de las cuales deportó á varios patriotas á la isla de Juan Fernández. Por otra parte, si el vencedor no se ensañó con los vencidos, en ello no hizo más que cumplir estrictamente sus deberes de soldado, de caballero y de hombre, pues los chilenos tampoco habían maltratado á nadie ni fusilado prisioneros como los insurgentes de algunos otros países.

Duró el gobierno de Osorio todo el año de 1815, á fines del cual llegó á Santiago el nuevo gobernador de Chile, que era el joven mariscal de campo don Francisco Marcó del Pont, militar endeble, mucho más cortesano que soldado y sin ninguna capacidad política. Sus arbitrariedades enajenaron á los españoles todas las simpatías de los chilenos, entre los cuales había realistas, aunque pocos. Marcó

lel Pont consiguió que no quedara ninguno, á lo nenos entre la gente honrada.

Los fugitivos de Chile se reunieron en Mendoza, londe estaba San Martín madurando sus proyectos organizando el ejército revolucionario. El caudillo rgentino se puso de acuerdo con O'Higgins y alistó n sus tropas centenares de chilenos; pero no admitió á Carrera ni á los carreristas por parecerle díscolos é indisciplinados. Don José Miguel Carrera asó á Buenos Aires, donde mató en desafío al general Makenna, amigo y partidario de O'Higgins.

San Martín había comprendido que era necesario evar la guerra al Perú si había de asegurarse la ndependencia argentina; pero también entendió ue era preciso un itinerario no sospechado por los spañoles. En lugar de insistir en la invasión del lto Perú, tantas veces fracasada, pensó en la invaión de Chile, para desde allí emprender una expeición á Lima por el mar. La concepción del plan o era difícil; lo difícil y temerario y casi imposible ra la ejecución. Pero ya veremos con que pericia y ortuna ejecutó su plan el general San Martín.

Don José de San Martín nació en 1778 en Yapeyú, ueblo fundado por los jesuítas en el territorio de isiones, frontera del Paraguay. Educado en España, había servido en los ejércitos de la Península mando parte en la guerra de la Independencia asta fines de 1811. Era ya teniente coronel de aballería cuando dejó el servicio militar para ofrerse á la revolución americana. En Buenos Aires ganizó el regimiento de granaderos á caballo, con que ganó la acción de San Lorenzo, á orillas del araná. Elegido general en jefe del ejército argenno que operaba en las provincias del Alto Perú, se

convenció de que no haría nada de provecho sin tropas organizadas por él mismo. Entonces dimitió, pretextando una enfermedad cualquiera y pidió que se le nombrara gobernador de la lejana y pacífica provincia de Cuyo, que comprendía las actuales provincias argentinas de San Luis, San Juan y Mendoza. En la ciudad de Mendoza reunió algunas milicias, protegió á la emigración chilena y preparó sin ruido el ejército invasor de Chile y el Perú.

Así como Bolívar ha sido con justicia cantado por los poetas y admirado por los historiadores, San Martín es celebrado por los militares como el primer caudillo americano de la revolución. Los tratadistas militares, entre ellos Villamartín, hablan más de San Martín que del inmortal Bolívar, pues si las victorias de éste son más brillantes y más originales, las campañas de aquél son más regulares, metódicas é instructivas.

San Martín reunió en Mendoza muy buenos elementos, desechó los que podían perturbar y tuvo la utilísima cooperación de don Bernardo O'Higgins, personaje chileno que había nacido en Chillán en 1776 y era hijo natural del marqués de Osorno que fué virrey del Perú. O'Higgins era rico, y siendo coronel de milicias tomó parte en la primera revolución chilena distinguiéndose especialmente en Rancagua.

Mientras San Martín organizaba su ejército en el campamento de Mendoza, divulgaba la noticia de que él estaba enfermo, desengañado y sin confianza alguna. Estas rumores y otros igualmente falsos engañaron á Marcó del Pont y á los realistas de Chile. Al mismo tiempo hizo pasar los Andes al abogado chileno don Manuel Rodríguez, mozo de empuje

n el encargo de levantar algunas partidas guerri-
ras qui obligaran á Marcó del Pont á diseminar
s fuerzas de que disponía. Rodríguez llenó su co-
etido con suerte y con audacia; otros guerrilleros
secundaron haciendo correrías en diversas direc-
ones; la cabeza de Rodríguez fué puesta á precio
r Marcó del Pont, sin que esta providencia le
era resultado.

Entre tanto San Martín había formado su *Ejército
los Andes*, fuerte de 4,000 hombres, con el cual
só la cordillera. Al mes de su salida de Mendoza
encontraba en Chile, después de haber pasado el
sfiladero de los Patos y las fragosidades de la
erra, transportando en mulas su artillería y ven-
endo todos los obstáculos.

Á continuación copiamos lo que escribe acerca de
ta marcha un oficial español (1):

« El general San Martín fué encargado por el go-
erno de Buenos Aires del mando de los territo-
os que confinaban con Chile. Nuestro ejército [el
pañol] tomó posiciones en la cordillera de los
ndes para impedir que el general enemigo entrara
Chile; pero adoptando un sistema peligroso para
causa que se defendía, nuestras fuerzas se divi-
eron en ocho grupos que se escalonaron desde
ncepción hasta Aconcagua, ocupando una línea
n extensa que resultaba débil en todos sus puntos.
n Martín con escasos recursos y con un ejército
4,000 hombres, compuesto de emigrados chile-
s, de milicianos argentinos y de desertores del
ército español, no se atrevió á presentar batalla y
udió á los movimientos, á las combinaciones estra-

(1) Don Juan Chacón, *Guerras irregulares.*

tégicas, para engañar nuestra atención y penetra en Chile. Trató secretamente con los indios puel ches, que simpatizaban con nuestra causa, par obtener de ellos el libre paso por su país, con l idea de que dichos indios pusieran en conocimient de los españoles su pretensión, lo que sucedió efec tivamente; al mismo tiempo hizo saber á las tropa establecidas en Mendoza que intentaba marchar di rectamente á Santiago por el desfiladero de lo Patos, el más inaccesible de la cordillera, pensand con razón que los españoles considerarían falsa est noticia y propalada únicamente para atraer á dich punto la mayor parte de las fuerzas.

« Después de esta preparación diplomática, po decirlo así, dirigió un destacamento de tropas sobr Coquimbo, otro sobre Talca, y otros dos encargado de hacer demostraciones sobre Turicú y sobre San tiago, por el desfiladero de Uspallata, marchand él con el grueso de su fuerza por el desfiladero d los Patos, que en razón de sus dificultades naturale suponía guardado muy débilmente. Y así sucedió su pequeño ejército franqueó las altísimas montaña sin la menor resistencia, pues si bien sostuvo lucha terribles con la naturaleza y hubo necesidad d emplear gran energía y hacer cuantiosos sacrificio para transportar la artillería y los bagajes, llegó Sa Martín al cabo á los valles fértiles de Chile dejándos en el desfiladero 4,900 mulos y 3,400 caballos.

« Los patriotas facilitaron recursos al tan destro zado como exiguo ejército, y éste cayó sobre San tiago. Inútil es decir que nuestro ejército no pud ya contener el torrente impetuoso de la opinión apoyada por tropas que mandaba un general inteli gente, activo y victorioso. »

El 8 de febrero de 1817 se concentraban las fuer-
s de San Martín en el valle de Aconcagua. Una
visión realista, mandada por el brigadier don Ra-
el Maroto (1), quiso detener su marcha en las
rranías de *Chacabuco*, donde se dió la batalla de
te nombre el 12 de febrero. Maroto fué derrotado,
rdiendo el material y muchos prisioneros. Dos de
tos, el capitán San Bruno y el sargento Villalobos,
eron fusilados á los pocos días. Este acto de ven-
nza tiene explicación : los dos fusilados se habían
cho odiosos en Santiago durante el año 1815, con-
rtiéndose en esbirros con menoscabo de la digni-
d de su uniforme.

En la misma noche de la batalla evacuaron la
pital de Chile Marcó del Pont y sus tropas, reti-
ndose á Valparaíso con todos los honores de la
ga. Al día siguiente llegó San Martín con las
erzas vencedoras. El vecindario de la capital, reu-
do en cabildo abierto, nombró jefe supremo de
ile al general San Martín; pero éste renunció dis-
etamente. En su lugar fué elegido jefe del Estado
general chileno don Bernardo O'Higgins.

Este gobernante deportó al otro lado de los Andes
los realistas chilenos y españoles, entre ellos
arcó del Pont que había sido capturado cuando
iscaba un barco para escaparse al Perú.

El coronel Ordóñez (don José), intendente de Con-
pción, no estaba dispuesto á someterse ni á reco-
ocer la situación creada por los últimos sucesos.
a un militar experto, valiente y pundonoroso, y
esplegó en tan críticos momentos la mayor activi-

(1). El brigadier Maroto, vencido en Chacabuco, es el mismo
e en España fué más tarde general en jefe del ejército car
ta.

dad. Reuniendo los destacamentos españoles situados al sur del Maule, preparó una formal resistencia. Batido por Las Heras el 5 de abril en la hacienda de *Curapalihue*, abandonó la Concepción y se replegó al puerto de Talcahuano. Allí recibió un refuerzo de 1,600 hombres que se le enviaba del Perú; el 5 de mayo atacó á Las Heras en su campamento, situado en el cerrito del *Gavilán*, donde también fué batido. Pero el jefe español no se desalentaba fácilmente; reunió todas sus fuerzas, ocupó la pequeña península de Talcahuano, la fortificó en la medida de sus escasos medios y se aprestó á resistir.

Contra él salió á campaña O'Higgins en persona; pero se estrellaron todos sus esfuerzos contra aquellas posiciones artilladas y valerosamente defendidas. Cerca de un año se combatió en aquel punto, sin lograr O'Higgins que Ordóñez se rindiera. Aconsejado O'Higgins por Brayer, general francés emigrado de Francia después de Waterloo, dispuso un asalto decisivo que se dió el 6 de diciembre. El asalto de *Talcahuano*, aunque impetuoso, fué rechazado victoriosamente. Los patriotas dejaron el campo cubierto de muertos y de heridos, sin conseguir otra cosa que acreditar su valor una vez más.

Ordóñez no se limitaba á la defensa de sus posiciones, sino que desde allí despachaba de continuo emisarios adictos que levantaban partidas en el sur. Las guerrillas levantadas en aquellos territorios molestaban á las fuerzas del gobierno y mantenían la agitación en campos y ciudades. Persiguiéndolas con tenacidad y librando combates más ó menos felices, empezó á formar su reputación de militar valiente y entendido el capitán don Ramón Freire, uno de los mejores oficiales del ejército chileno.

En enero de 1818 levantó su campo el general)'Higgins, convencido de que Ordóñez no capitu-aba. Á la vez llegaban nuevas tropas del Perú, nandadas por el general Osorio, el mismo que iendo coronel había consumado la reconquista de ;hile algunos años antes. San Martín situó sus tro-)as en las posiciones adecuadas para oponerse al lesembarco de Osorio, imaginando que lo intentaría n la costa más próxima á Santiago; pero desem-)arcó en el puerto de Talcahuano con sus 3,000 sol-lados indios del Perú.

En retirada hacia el norte el ejército de O'Higgins unidas en Talcahuano las fuerzas de Osorio y las le Ordóñez, la revolución de Chile estaba seria-nente amenazada. Tan crítico momento fué elegido)or O'Higgins, con grandeza de ánimo, para hacer a declaración de independencia, que era sin duda a aspiración general. No se convocó un congreso)ara que hiciera esta declaración si la estimaba)portuna; apartándose los chilenos del procedi-niento practicado en las demás colonias, recurrie-on al procedimiento plebiscitario. Sabían por la experiencia de 1811 lo que tiene de peligroso el par-amentarismo y quisieron evitar discusiones perni-ciosas. Todos los chilenos fueron invitados á firmar en uno de los registros que se abrieron en todas las poblaciones, llenándose de firmas el de los parti-darios de la independencia y no atreviéndose nadie á estampar su nombre en el segundo libro, que se quedó en blanco.

Terminado el plebiscito, se extendió el acta de independencia que fué solemnemente promulgada. El director supremo ó jefe del Estado, general O'Higgins, notificó « á la gran confederación del

género humano que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes forman de hecho y por derecho un Estado libre, independiente y soberano, quedando para siempre separados de la monarquía española ».

En febrero de 1818 se reconcentraban las fuerzas de los realistas en la orilla sur del Maule. San Martín no quería alejarse de Santiago, temiendo que si él marchaba hacia el sur pudieran los enemigos embarcarse en Talcahuano y llegar antes que él á la capital de Chile; pero cuando los realistas pasaron por fin el Maule en dirección al norte, se decidió San Martín á salirles al encuentro. Osorio tenía 5,000 hombres y San Martín 7,000. Es casi cierto que el primero habría sido derrotado, á no encerrarse en Talca al abrigo de sus parapetos.

La retirada de Osorio evitó una batalla aquel día. San Martín estableció su campo en la llanura de *Cancha Rayada*, al este de Talca, y allí fué sorprendido aquella noche por el impetuoso Ordóñez á quien Osorio había confiado la ejecución de tan difícil empresa. No es difícil, en verdad, sorprender á un cabecilla vulgar ó á cualquier militar sin experiencia; pero á un general tan experimentado y tan cauto como San Martín, casi no se concibe como pudo sorprenderlo Ordóñez. El hecho es que entró en su campamento, lo desordenó y dispersó á los patriotas, que en la confusión de la sorpresa y de la oscuridad se hicieron fuego los unos á los otros. O'Higgins se contó en el número de los heridos. San Martín no pudo organizar la defensa; y no quedó prisionero, por casualidad. La retirada fué desastrosa y muchos de los dispersos tardaron largos días en incorporarse.

En Santiago, al saberse la noticia del fracaso nesperado, hubo momentos de consternación. La uga á Mendoza era la idea predominante. Pero en os instantes críticos suelen aparecer los hombres le corazón, y allí apareció el guerrillero Rodríguez exhortando al público á la confianza y á la resisencia. En pocas horas organizó un regimiento de húsares, que se llamó de *la Muerte*, y acabó de establecerse la tranquilidad en los espíritus con la legada de San Martín y O'Higgins. Estos caudillos, ecundados por Rodríguez y otros varones resuelas, desplegaron una actividad febril; en pocos días eorganizaron el ejército con los dispersos que se ecogían y nuevos alistados; por fortuna para ellos, Ordóñez no había podido perseguirlos con su acosumbrada actividad por estar á las órdenes de Osoio y por haber perdido 300 oficiales y soldados la oche de la sorpresa. Hasta el 4 de abril no se avisó la vanguardia del ejército realista. En la mañana el 5 atacó San Martín con 6,000 hombres al ejército enemigo, poco inferior en número, en las lomas e *Maipo*, á tres leguas de la capital. Los realistas uedaron derrotados, retirándose Osorio precipitaamente por el sur. El bravo Ordóñez protegió su etirada, prolongando la defensa de las ya perdidas osiciones; pero se rindió al anochecer. Fué respeada su vida, como la de otros muchos prisioneros, orque ni San Martín ni los jefes chilenos fusilaban risioneros sin justificación y sin necesidad; pero asi todos los que se rindieron á un jefe del ejército hileno que era francés y se llamaba Dupuy, fueron egollados sin conmiseración.

La victoria de Maipo decidió la independencia de hile; pero la guerra, sin embargo, se prolongó más

tiempo. Los españoles ocupaban todavía todo el territorio al sur del Maule; y teniendo escuadra en el Pacífico, era de temer un desembarco en playas tan extensas y en puertos desguarnecidos. Esta consideración hizo pensar á San Martín y á O'Higgins en fundar una armada nacional, que en efecto se formó comprando buques en Inglaterra y en los Estados Unidos. En 1818 tenía Chile una escuadra de cinco buques con 142 cañones y más de 1,000 tripulantes. Los buques eran : un navío, una fragata, una corbeta y dos bergantines; los oficiales procedían de diferentes naciones; se nombró almirante al argentino don Manuel Blanco Encalada, que había servido en la marina española. En octubre se aumentó la escuadra con las presas, pues los marinos chilenos se apoderaron de la fragata española *María Isabel* que llegó al Pacífico, procedente de Cádiz, escoltando una expedición de 2,000 soldados en nueve transportes. Cinco de éstos fueron también apresados, con 700 hombres.

Osorio, el vencido en Maipo, se embarcó en Talcahuano con dirección al Perú llevándose los soldados de que disponía. Sólo quedaban en el sur de Chile 1,500 voluntarios, casi todos chilenos, mandados por el brioso coronel Sánchez, el mismo que siendo capitán se había distinguido por su esfuerzo en la defensa de Chillán. Sánchez se defendió cuanto pudo, aunque se vió acosado por las columnas del brigadier Balcarce, argentino, y del coronel Freire, chileno; vencido á la postre, se internó en territorio araucano y llegó penosamente á Valdivia embarcándose al fin para el Perú.

Todo Chile estaba en poder de los patriotas, cuando apareció un gerrillero feroz llamado Bena-

vides, chileno de nacimiento y realista de afición.

Vicente Benavides era un aventurero que ha dejado memoria por sus fechorías. No es preciso calumniarlo, como han hecho con verdadera saña algunos historiadores, para tener mal concepto de su moralidad. Pero es justo reconocerle un valor sereno y porfiado con grandes condiciones para guerrillero. Empezó por ser simple soldado en las fuerzas españolas; prisionero en la acción del Membrillar (1814), logró fugarse del campamento chileno y se presentó á sus jefes que lo recompensaron. Ascendió á oficial, por sus merecimientos en la heroica defensa de Talcahuano y en varias ocasiones. En la batalla de Maipo cayó prisionero por segunda vez; y juzgado por su primera fuga, fué sentenciado á muerte y fusilado. Pero al dejarlo por muerto en el campo de la ejecución, extramuros de Santiago, nadie observó que estaba vivo. Se fugó segunda vez y se unió al coronel Sánchez. Al retirarse éste, ya vencido, aunque no sin haber hecho prodigios de valor, dejó 70 hombres al osado Benavides, que reforzó poco á poco su pequeña hueste con realistas dispersos (chilenos y españoles) y con algunos indios araucanos. Sostuvo muchos combates en 1818 y 1819, hasta que fué batido por Freire en *Curalí*. Rehecho de su derrota, se proponía levantar un verdadero ejército y estaba en correspondencia con el virrey del Perú (que llegó á conferirle el grado de coronel), cuando el gobierno de Santiago envió nuevas columnas en su persecución. En 1820, viéndose perseguido con tenacidad, se propuso vencer por el terror y empezó á redoblar sus tropelías. El español Pico, su segundo, pasó el Bío-Bio con 1,500 hombres y obtuvo dos victorias en

Yumbel y en el *Pangal*. En este combate fué cogido el irlandés O'Carrol, coronel del ejército chileno, y asesinado por los indios realistas de Pico y Benavides. El mariscal chileno don Andrés del Alcázar, venerable octogenario, fué derrotado por Benavides en *Tarpellanca*, al pasar el río de la Laja, y tuvo que rendirse previa capitulación. Benavides, con menosprecio de lo estipulado, lo hizo fusilar con los demás prisioneros, exceptuando á los soldados que quisieron unirse al vencedor. El general Freire tuvo que mantenerse á la defensiva en Talcahuano, hasta que recibió considerables refuerzos y tomó vigorosamente la ofensiva; entonces destrozó á Benavides en el sangriento combate de la *Concepción*. Benavides en su retirada incendió todos los pueblos, asoló todos los campos y se escondió en sus guaridas de Araucania, donde los indios simpatizaban más con los realistas que con los independientes.

En la primavera de 1821 tenía Benavides 3,000 hombres y salió á campaña nuevamente; pero lo derrotó el coronel Prieto en el sitio denominado *Vegas de Saldías*. Entregado más tarde por algunos de sus guerrilleros, fué ahorcado en la capital de Chile el 23 de febrero de 1822. No acabó con su muerte la resistencia en el sur, pues hubo realistas para algunos años; pero ninguno de los caudillos que le sucedieron tuvo tanta importancia como el audaz Benavides.

Mientras los guerrilleros combatían en el sur, continuaba San Martín personificando y presidiendo la transformación política de la América meridional. Con el concurso de O'Higgins, que era en Chile jefe del Estado, preparó su proyectada expedi-

ción al Perú donde había de acabarse la resistencia de los españoles.

Desde 1818 recorría las costas del Pacífico la escuadra chilena de que hemos hablado antes. No sólo facilitaba las comunicaciones de los revolucionarios entre los puertos de Chile, sino que dificultaba las de los españoles, apresaba las embarcaciones de comercio y obligó á las de guerra á ponerse bajo la protección de los fuegos del Callao. Prestó la escuadra chilena servicios importantes al gobierno de la revolución, llegando á Guayaquil y desempeñando comisiones hasta en Buenos Aires. La importancia de la escuadra fué más decisiva cuando tuvo á su frente á lord Cochrane, marino inglés de mucha pericia náutica y de gran valor, que había sido expulsado por sus vicios de la marina británica. El almirante Cochrane se apoderó de *Valdivia* en 1820; pero en el mismo año prestó un servicio más señalado á la revolución, conduciendo al Perú al general San Martín con 4,100 soldados y armamento para 15,000. Más adelante hablaremos de la campaña de San Martín y Cochrane en el Perú.

Mientras el ejército chileno-argentino se hallaba en el Perú, gobernaba en Chile dictatorialmente el general O'Higgins. La resistencia de algunos grupos realistas en el extremo sur, no inquietaba al gobierno; la guarnición española de Chiloé no podía hacer más que mantenerse aislada y á la defensiva; pero los antiguos odios entre los diversos bandos amenazaban y comprometían la paz de la República. Los tres hermanos Carrera y los amigos de la libertad conspiraban incesantemente contra el dictador, pues no estaban contentos de haber

hecho tantos sacrificios por la independencia para seguir esclavos. Habían sacudido el yugo de los españoles y no estaban dispuestos á soportar otro yugo. Pero O'Higgins era poderoso, pues contaba con el apoyo del general San Martín y con su prestigio personal. Seis años duró la dictadura de O'Higgins.

El único resultado que tuvieron las conspiraciones laboriosas de los liberales, fué el fusilamiento de los hermanos Carrera y el asesinato del guerrillero Rodríguez. Sombras que empañan la gloria de San Martín y la memoria de O'Higgins.

El último baluarte de los españoles en la América del sur fué la isla de Chiloé, donde se mantuvo largos años sin auxilio exterior y sin recursos el brigadier español don Antonio Quintanilla. Su débil guarnición se componía de españoles y chilotes que no abandonaron á su jefe y lo secundaron con abnegación. El brigadier Quintanilla cumplió como buen soldado, sosteniéndose más de lo posible en aquellas remotas latitudes, sin ninguna esperanza de socorro, sabiendo que la revolución estaba consumada desde el Río Gila hasta el mismo cabo de Hornos, y sin más estímulos que los del honor y la fidelidad á su bandera.

El general Freire y el coronel francés Beauchef que iba á sus órdenes, hicieron expediciones infructuosas á Chiloé desde 1822; pero en la última, emprendida por Freire con 3,000 soldados, obtuvo la victoria en *Pudeto* y *Bellavista*, capitulando entonces en Ancud el malaventurado Quintanilla á 22 de enero de 1826.

Perú. — La revolución en el Perú fué tardía, pero

cierta. Los peruanos se sublevaron los últimos, pero en sus campos se dió el golpe de gracia á la dominación de los reyes y de los virreyes. Hubo como en todas partes prematuras sediciones; pero todas fueran descubiertas ó reprimidas, sin que hubiera en los primeros años de este siglo ningún movimiento general de insurrección.

En los primeros tiempos de la revolución americana, el Perú podía considerarse la gran fortaleza de los españoles, su base de operaciones y el centro de sus recursos. Del Perú salieron las primeras tropas que sofocaron la rebelión de Quito (un batallón de negros); de allí salieron las fuerzas que combatieron en Charcas y las que contuvieron á los revolucionarios argentinos; allí se organizaron también los batallones de indios, con jefes y oficiales españoles, que reconquistaron la capitanía general de Chile. El virrey del Perú don José Fernando de Abascal hizo frente á los peligros y los conjuró no pocas veces con una constancia y una actividad maravillosas.

En el mismo Perú se conspiraba, si bien en Lima, residencia de los altos funcionarios y de todos los interesados por el antiguo régimen, no se alteró la paz ni hubo conatos de revolución. Los hubo en el Cuzco, donde el brigadier don Martín Concha, hijo de aquella ciudad, reprimió las primeras tentativas en 1813.

El 2 de agosto de 1814, cuando menos se esperaba, se sublevaron decididamente los patriotas del Cuzco y algunos militares descontentos, entre ellos el brigadier don Mateo García Pumacagua, de raza india, que se había distinguido en muchas ocasiones por sus servicios militares y por su fidelidad á los virreyes. Preso por los sublevados el brigadier Con-

cha, se constituyó en el Cuzco un gobierno provisional del que formaban parte don José Angulo y el brigadier Pumacagua.

Los revolucionarios levantaron considerables fuerzas, organizando tres divisiones que salieron á campaña por diferentes puntos. La ciudad de *La Paz* fué tomada á viva fuerza el 24 de setiembre por una de aquellas divisiones; otra ocupó á *Guamanga;* la tercera, mandada por Pumacagua, se hizo dueña de *Arequipa* el día 10 de noviembre, después de haber reñido varios combates con los destacamentos españoles. Los revolucionarios cometieron desmanes inauditos, pues en todas partes se entregaron al saqueo y fusilaron á los jefes que sólo habían cumplido con su obligación.

El Virrey estaba en Lima sin tropas, teniendo todo su ejército en Chile con Osorio y en la frontera argentina con Pezuela. Comunicó sus órdenes al primero para que volviese á Lima y ordenó al segundo que operara contra los nuevos rebeldes. Pezuela no recibió estas órdenes, porque la insurrección del Cuzco le había cortado sus comunicaciones con la capital; pero por su propia iniciativa modificó su plan de operaciones. Después de fusilar al comandante don Saturnino Castro por delito de traición, hizo marchar sobre el Cuzco al brigadier Ramírez con 1,200 hombres.

Don Juan Ramírez batió á los insurgentes cerca de *La Paz,* obligó á Pumacagua á retirarse precipitadamente de Arequipa, alcanzó tantos triunfos como tuvo encuentros con los sublevados; y en cuanto recibió algunos refuerzos emprendió la marcha para el Cuzco, centro y foco de la insurrección.

El 13 de febrero de 1815 partió Ramírez de Are-

quipa, y después de una penosa marcha avistó al ejército cuzqueño y lo destrozó completamente el 11 de marzo en la desigual batalla de *Humachiri*. En el pueblo de Sicuani se pronunciaron algunos rebeldes contra sus caudillos, arrestaron á Pumacagua y lo entregaron traidoramente al general Ramírez, que inmediatamente lo hizo ahorcar; su cabeza fué enviada al Cuzco en la punta de una pica. Desanimados los cuzqueños se rebelaron contra sus jefes el 18 de marzo, los redujeron á prisión y los entregaron á Ramírez que entró vencedor el 25 de marzo en la ciudad del Cuzco. Allí fueron ejecutados casi todos los hombres que se habían señalado entre los insurgentes, siendo ahorcados los patriotas don José Angulo, don Vicente Angulo (hermano del anterior), don Gabriel de Béjar y don Mariano Melgar, y fusilados los generales del ejército español (nacidos en América) don Francisco Picoaga y don José Mososo. Muchos fueron los crímenes cometidos por los insurrectos, pero la represión fué sobradamente dura (1).

La insurrección del Cuzco parecía formidable, pues llegó á contar con 25,000 hombres; fué dominada más fácilmente de lo que se creía, no sólo por la actividad metódica de Ramírez sino porque los indios no estaban preparados para la revolución. Arrastrados por patriotas que eran descendientes de otra raza, pronto se arrepintieron de haberse sublevado y ellos mismos hicieron la contrarrevolución.

(1) Los historiadores hispanoamericanos, en general, han exagerado muchas veces las faltas ó los excesos cometidos por los españoles; pero la sangrienta represión del Cuzco no es fácil que la pinten con exageración. El autor de estas páginas oyó varias veces la descripción de las matanzas del Cuzco, de los propios labios del general Ramirez.

Pacificado el Perú, fué relevado el virrey don José Fernando de Abascal por el general don Joaquín de la Pezuela. En su tiempo hubo también conspiraciones descubiertas ó denunciadas á tiempo y severamente castigadas; pero no hubo sacudidas serias que le impidieran acudir con tropas á la frontera argentina y á la guerra de Chile. Sin embargo, los refuerzos á Chile se hicieron imposibles cuando la escuadra chilena se hizo dueña de la mar. El almirante Cochrane se presentó dos veces á la vista del Callao, en 1819, hostilizando á la plaza. Una de las dos veces intentaron los patriotas sublevar la plaza y entregarla á Cochrane, por lo que fueron sentenciados á muerte y ejecutados Gómez, Alcázar y Espejo.

El general San Martín, libertador de Chile, utilizó la escuadra de Cochrane para trasladar su ejército al Perú. Con más de 4,000 hombres y con 15,000 fusiles para los patriotas peruanos, salió San Martín de Valparaíso el 20 de agosto de 1820. La flota se componía de ocho buques de guerra y diez y seis transportes. El 8 de septiembre desembarcó sin obstáculo esta expedición en la costa de Paracas hoy bahía de la Independencia, entrando sin resistencia en Pisco.

Honda impresión causó á los realistas de Lima el desembarco de San Martín en la costa peruana. El Virrey creyó conjurar aquel peligro haciendo proclamar y jurar la Constitución española de 1812, que para los insurgentes era una parvedad. Más valía que la hubieran promulgado cuando lo dispusieron por primera vez las Cortes españolas; pero las autoridades coloniales y casi todos los comerciantes peninsulares de América, realistas furibundos, se ha

ían opuesto con obstinación á todos los acuerdos e los gobiernos liberales, que rara vez se cumplían. 'an rebeldes fueron los virreyes, en más de una casión, como los mismos llamados insurgentes. Sólo uando llegaban los apuros se acordaban de obedeer y cumplir; pero en 1820 era muy tarde.

El virrey Pezuela entró en negociaciones con San Iartín, enviándole tres comisionados. Éstos celebraon algunas conferencias con los delegados de San Iartín, en Miraflores. No hubo acuerdo. El 5 de ocubre, después de un breve armisticio, comenzaron ıs operaciones de la guerra del Perú.

San Martín puso 1,000 hombres á las órdenes del eneral insurgente Álvarez de Arenales, español que a se había señalado al servicio de la Independencia, · él se trasladó por mar con el grueso de su ejército .l puerto del Ancón.

Arenales se internó para recorrer los valles, reclu-ar patriotas y proclamar en todas partes la liber-ad del Perú. Su campaña fué feliz, desplegando en ılla admirable actividad. El 15 de octubre batió á ına fuerza española que trató de resistirle en *Nasca*, omándole muchos prisioneros y no poco armanento.

El almirante Cochrane, después de operado el des-embarco del ejército de San Martín en el Ancón, stableció con sus buques el bloqueo del Callao. Este puerto se hallaba fortificado, y al amparo de sus baterías estaba fondeada una fragata de guerra, a *Esmeralda*. Cochrane la sorprendió una noche, anzando contra ella todas las lanchas de su escuadra con 300 marinos, que la tomaron al abordaje no obs-tante la resistencia de los marineros españoles. Al amanecer del 6 de noviembre fué sacada la *Esme-*

ralda de su fondeadero á pesar de los fuegos de l plaza.

Las avanzadas de San Martín hostilizaron á los españoles desde el Ancón hasta las puertas de Lima pero el Virrey organizaba fuerzas en esta capital y San Martín no esperó á que lo atacara. El 8 de noviembre se reembarcó en la escuadra de Cochrane y desembarcó algunas leguas más al norte, apoderándose de Huaras y cortando las comunicaciones entre Lima y las provincias de Trujillo, Lambayeque y Piura, á las que envió emisarios que las hicieron pronunciarse por la independencia. El marqués de Torre-Tagle, intendente de Trujillo, inició el pronunciamiento y entregó á San Martín la provincia de su mando. Todo el norte del Perú, hasta Guayaquil, estaba á fines del año adherido á la revolución.

En la misma época se pasó á los insurgentes un batallón realista de 600 hombres, el de *Numancia*, cuyos soldados eran indios; los oficiales eran también criollos; el teniente Curbelo fué el único oficial que se negó á seguir á sus compañeros en aquella defección. El citado cuerpo se había formado en Venezuela en 1813 y era uno de los más aguerridos del ejército español. Muchos oficiales y soldados de distintos cuerpos se pasaron igualmente á las fuerzas de Arenales y á las de San Martín.

El general Arenales, que ya se había apoderado de Jauja, Huanta y Huamanga, derrotó al brigadier O'Reilly; éste se contó en el número de los prisioneros, que fueron numerosos. El diligente Arenales siguió enseguida hacia el norte, uniéndose al general San Martín á principios de enero de 1821.

Nadie se explicaba la inacción del general Pezuela,

e parecía agobiado bajo el peso de su inmensa
sponsabilidad. El héroe de Viluma contaba con un
ercito de 6,000 soldados y no salía de Lima. Algu-
s personajes influyentes le aconsejaban un aveni-
ento con el caudillo revolucionario; pero el Virrey
bía de ciencia propia que San Martín no trataría
no sobre la base de la independencia del Perú.
nía, por otra parte, muy escasa confianza en los
merosos jefes del ejército que eran hijos del Perú,
es si los oficiales americanos se habían portado
lmente en las demás colonias, en el Perú habían
sertado no pocos y sucesivamente lo hicieron mu-
os más. De todas maneras, su inactividad causaba
descontento á los generales y jefes españoles que
virrey Pezuela se vió obligado á dimitir, suce-
éndole en el mando el general La Serna, último
rrey de Lima, por ser el más antiguo de los oficia-
s generales presentes en el Perú.

El general La Serna, jerezano, había sido en Es-
ña oficial de artillería sin distinguirse nunca seña-
damente. Prisionero de los franceses en una de
s batallas que éstos ganaron á los españoles y con-
icido á Francia, pudo fugarse del depósito de pri-
oneros y fué á parar nada menos que á Constanti-
opla, de donde volvió á España para seguir batién-
ose. Concluída la guerra, pidió que lo destinaran
Perú, ansioso de cosechar laureles; pero no sabía
ue sobre sus hombros había de gravitar el virrei-
ato, y lo que es más triste, para derrumbarse sobre
. Era sin duda un buen caballero y un militar de
onor; pero no tenía talla ni militar ni política para
r virrey en aquellas circunstancias, en las que un
gante hubiera sucumbido.

San Martín dispuso que don Guillermo Míller, ofi-

cial inglés del ejército libertador, se embarcara co 600 hombres, desembarcara en Arica y se internar en dirección á Arequipa. Al mismo tiempo el gene ral Arenales salió del campamento patriota, cruzó l sierra, pasó por Pasco, Tarma, Jauja y Huancave lica y dispersó á los realistas que encontró á su paso Estos movimientos, unidos á las guerrillas que s levantaban alrededor de Lima, aislaban al Virre agravando por momentos su triste situación. E bloqueo de la costa por los cruceros chilenos hací que en Lima no hubiera comunicaciones con Es paña y que llegaran á escasear los víveres. San Mar tín, que celebró una conferencia con La Serna, re mitió á éste una cantidad considerable de trigo pero no encontraron medio uno ni otro de poner un término á la lucha.

Comprendiendo La Serna que no podía sostenerse más tiempo en la capital, salió de ella con 4,000 soldados á mediados de 1821, en dirección á la sierra. El 12 de julio entró San Martín en Lima y el 15 quedó proclamada la independencia del Perú, con solemnidad pero sin entusiasmo. El 3 de agosto se nombró un gobierno que presidió San Martín con el título de Protector.

Los españoles ocupaban todavía la plaza del Callao que guarnecían 2,000 hombres. San Martín la atacó por mar y tierra sin poder tomarla. El virrey La Serna, que había aumentado sus fuerzas en los Andes con soldados que sacó del Cuzco y destacamentos que se le incorporaron, mandó al general Canterac al frente de 3,000 hombres en auxilio del Callao. Salió Canterac de Jauja el 24 de agosto, pasó á la vista de Lima el 9 de septiembre sin que San Martín lo hostilizara y estuvo en el Callao hasta el día 17.

spués contramarchó para los Andes sin ser atalo ni atacar á Lima. Los americanos han censulo á San Martín por su pasividad, creyendo que jó pasar una ocasión de aniquilar al ejército reata; pero más justos serían aplaudiendo su cordura. s realistas, de todos maneras estaban aniquilados; a batalla hubiera podido darles toda la fuerza oral de una victoria; y la victoria no era difícil ra Canterac, pues si sus 3,000 soldados eran inos peruanos, como la mayor parte de los 9,000 de n Martín, en cambio eran aguerridos y tenían celentes oficiales. San Martín entonces tenía muos reclutas no acostumbrados al fuego y apenas truídos.

Canterac llegó sin tropiezo á Jauja; La Serna se uó en el Cuzco; San Martín no se cuidaba tanto los españoles como de lord Cochrane, que come- algunos actos de insubordinación y de piratería, r los cuales acordó alejarlo del Perú. Prefirió nradamente privarse del precioso concurso de la cuadra, á tener á Cochrane por colaborador.

Entretanto el ejército de San Martín se nutría de sertores del ejército realista, pues todos los días presentaban soldados y oficiales peruanos que in muy bien recibidos en las filas de los indepenntes. Así sucedió con don Domingo Tristán, con n José La Mar, con don Andrés Santa Cruz y con os varios jefes. Don José La Mar, que era general ejército español, no se presentó individualmente no tantos otros, sino que entregó la importante za del Callao de que era gobernador por la noble nfianza del Virrey. Á Tristán le concedió San rtín el mando de algunos cuerpos y la comanncia militar de Yca.

El 7 de marzo de 1822 fué atacado Tristán p Canterac en *Yca*, donde los patriotas quedaron d rrotados y se desbandaron dejando en poder Canterac 1,000 prisioneros, cuatro piezas de artill ría y un gran número de mulas y de caballos. Es victoria de Canterac aumentó el descrédito de Sa Martín, que empezaba á desprestigiarse entre l suyos, tachándole sus subalternos de culpable p haber conferido un mando de importancia á u hombre como Tristán de escasísimas dotes militare

El Protector del Perú no ignoraba las murmur ciones de que era continuo objeto; además estab preocupado con diversas cuestiones, algunas d alta política, interesantes en grado sumo para porvenir de América; resolvió, pues, trasladarse Guayaquil para celebrar una conferencia con el g neral Bolívar.

El fundador de Colombia, después de su victori de Carabobo, incorporó á su ejército un gran nú mero de prisioneros; contaba pues con un ejércit aguerrido, compuesto de patriotas neogranadinos venezolanos, de veteranos ingleses y de soldado españoles procedentes del ejército del general Mo rillo. Con tantos y tan buenos elementos, creyó si equivocarse que podía emprender una campañ hacia el sur á fin de incorporar á Colombia los terri torios de Quito y Guayaquil (sobre todo este impor tante puerto).

En 1820 y 1821 combatieron rudamente colom bianos y españoles en las cuencas del Magdalena del Cauca, logrando unos y otros alternativos triun fos en los valles y en las cordilleras (1). El corone

(1) Estas campañas, que geográficamente pertenecen á la his toria de Colombia, corresponden históricamente á la guerra de l

·és derrotó á los españoles en la acción de *La ıta* en abril de 1820; unida su columna á la que ndaba el general Valdés, obtuvieron los dos otra toria sobre los realistas el día 6 de junio en *ayó*, entrando después en Popayán. El general merich hizo grandes esfuerzos por rechazar la asión, reuniendo tropas en Quito y en la pro- cia de Pasto; pero el 9 de octubre se dió el grito independencia en Guayaquil, secundando el le- ıtamiento del Perú. Aymerich tuvo que abando- · sus posiciones de Pasto para hacer frente á la olución de Guayaquil, y en efecto, el 22 de no- mbre derrotó en la llanura de *Guachi* á una rza de 1,700 hombres que con don Luis Urdaneta ió de Guayaquil. Á 2 de febrero de 1821 sufrió ldés una terrible derrota cerca del torrente *Jua- mbú*, donde fué destrozado por los españoles que ndaba el coronel García (don Basilio). En el ín- in los guayaquileños estaban divididos, pues unos ·rían ser peruanos y otros colombianos, sin que aran ni realistas ni defensores de la más abso- a independencia local; pero los autores del mo- ıiento de octubre pidieron auxilio al sur y al ·te, á San Martín y á Bolívar. Este caudillo fué s diligente, enviando á Sucre con algunas fuerzas e embarcaron en el puerto de Buenaventura y garon á Guayaquil en mayo. Sucre permaneció Guayaquil y sofocó una intentona realista el de julio. En agosto, salió á campaña contra Ayme- h, derrotando á una columna española en *Ya- uchi* el 19, pero siendo él mismo derrotado en *ıachi* el 12 de septiembre (donde lo fué Urdaneta

ependencia del Perú, pues ésta sin ellas hubiera tardado cho en consumarse.

algunos meses antes). El general colombiano retiró á Guayaquil con los restos de su destroza división, y tuvo la habilidad ó la suerte de consguir una tregua que le fué concedida por el coron Tolrá sin la aprobación del general Aymerich. Dirante la tregua pidió auxilios á San Martín, que envió una división de peruanos, chilenos y argetinos mandada por el coronel don Andrés de San Cruz, uno de los jefes procedentes de las filas espñolas.

Había llegado á Quito procedente de España general don Juan de la Cruz Mourgeon, buen mitar, que desde luego activó con inteligencia los preparativos para una nueva campaña. Sucre entend que no le convenía permanecer en la costa, don podrían cortarle sus comunicaciones y toda retira y salió de Guayaquil. Marchó con su división á provincia de Loja (que fué donde se le unieron l fuerzas auxiliares del Perú), ocupó la ciudad Cuenca sin dificultad y supo en abril què por muer del general la Cruz se había encargado nuevamen del mando de las fuerzas españolas el gener Aymerich. Entonces decidió atacarlo resueltamen en Quito. Al saberlo el general español, hizo ocup las gargantas de la sierra por donde esperaba q los insurgentes desembocarían. Sucre evitó aquell pasos fáciles de defender y casi inaccesibles, esclando con su tropa las ásperas laderas del Cotopax y las heladas cimas, y los cráteres abiertos de aqu volcán rugidor, para caer sobre los valles de Qui por un camino de águilas; empresa que ha si muy celebrada, pues hace grande honor al jove general venezolano.

Los jefes españoles quedaron sorprendidos an

audacia de aquel movimiento, admirando franca-
ente la inspiración con que fué concebido y la
pidez con que se ejecutó.

Sucre pensaba situarse al norte de la ciudad de
iito, para cortarle á Aymerich sus comunicaciones
n los realistas de Pasto; y emprendiendo una
archa nocturna por sendas escabrosas de las faldas
l Pichincha, apareció en las alturas que dominan
Quito al amanecer el 24 de mayo. En ellas fué
acado por las tropas de Aymerich, trabándose una
talla en que los dos ejércitos demostraron arrojo
brehumano. La batalla de *Pichincha* es una de
s más justamente memorables de la historia mili-
r de América. Se combatió sobre lavas volcá-
cas y entre las nubes, en eminencias sólo cono-
das de los cóndores. Los españoles quedaron der-
tados, consumando la victoria de los indepen-
entes los granaderos á caballo argentinos y chile-
os de la división de Santa Cruz.

Al día siguiente capituló Aymerich con todos los
onores de la guerra, y entraron los vencedores en
ciudad de Quito enarbolando en ella el pabellón
lombiano. Quito y sus inmensos territorios que-
aron agregados por la voluntad del pueblo á la
pública de Colombia, el 29 de mayo de 1822. Los
encedores, además, tenían abierto el camino del
erú.

El general Bolívar estaba entonces en la provincia
e Pasto persiguiendo á las guerrillas realistas, que
le resistían con obstinación aun después de ha-
erlas derrotado el 7 de abril en *Bomboná*. Como
ste se dieron otros combates sin resultados serios
definitivos, porque los pastusos eran realistas y
ontaban con caudillos tan valientes como el indio

Agualongo. Pero al saberse la rota de Pichincha la capitulación que fué su consecuencia, el coron español don Basilio García capituló también y sól entonces entró Bolívar en Pasto. Poco después en tró en Quito, de donde pasó al puerto de Guaya quil.

En Guayaquil celebraron su histórica entrevist el Libertador de Colombia y el Protector del Perú á 26 de julio de 1822. Nunca se ha podido saber co exactitud lo ocurrido en aquella conferencia. Segú los cronistas más autorizados, San Martín entendi que Bolívar lo trataba como á un subalterno; s vió desatendido, además, cuando expuso las razone por las cuales creía que el puerto de Guayaquil er parte integrante del Perú; y por último, se conven ció de que Bolívar, si no tan militar, era má grande que él, pues no quiso ni discutir siquier la solución monárquica propuesta por San Martín ¿Cómo habían de elegir reyes y repartir corona los que denigraban á sus adversarios llamándolo *realistas*? ¿Cómo había de consentir Bolívar que s deshonrara la revolución poniendo sus laureles á las plantas de uno ó de diversos tiranos? Lo que no se comprende es que un héroe como San Martín quisiera dividir en monarquías anacrónicas un continente conquistado por la democracia liberal, como si los tronos pudieran subsistir sobre un suelo agitado por los volcanes y los terremotos, cubierto de cadáveres republicanos, purificado por la Revolución.

San Martín regresó á Lima descorazonado; supo que en su ausencia no habían faltado disturbios; y al reunirse el Congreso peruano, cuyas sesiones abrió él mismo con toda solemnidad el 20 de sep-

nbre, hizo renuncia de todos sus poderes y desaeció. El libertador de Chile y el Perú vivió en ropa, casi pobre y casi oscurecido, hasta su falleiento; pero la República Argentina ha recoo sus despojos y varias naciones le han erigido ituas.

l Congreso del Perú declaró que se hacía cargo todos los poderes, delegando provisionalmente el cicio de algunos en la Junta gubernativa forla por los tres diputados general La Mar, conde Vista Florida y don Antonio Alvarado. Más tarde ligió Presidente de la República al general Riva iero con el título de Mariscal.

l 10 de octubre zarpó del Callao una expedición ndada por Alvarado, general argentino, y comsta de 3,500 hombres; era buena tropa. Después in largo viaje desembarcó la expedición á poco ho de Arica, donde estaba con 2,000 soldados el onel español don Jerónimo Valdés. Este jefe se o en movimiento, sin poder impedir que Alva- en su marcha al interior ocupara á Tacna y á uegua. El 19 de enero de 1823 hubo un com- indeciso, más favorable sin duda á los insurtes que á los españoles, combate que se repro- al día siguiente en las mismas cuestas de *ata;* pero el segundo encuentro de Torata fué ventajoso á los realistas, distinguiéndose en él su personal bravura el teniente coronel español Baldomero Espartero. Valdés había conseguido propósito, que era ganar tiempo sin empeñar lla decisiva hasta que llegara la división Can-. Los patriotas se replegaron á *Moquegua,* le alcanzados el 21 por Canterac y Valdés quen plenamente derrotados. Los dispersos de Alva-

rado huyeron en desorden, no parando alguno hasta Lima. Canterac recogió sobre 900 prisioneros y un crecido número de armas, retirándose á la sierra con los honores del triunfo.

El gobierno del Perú nombró general en jefe al general Santa Cruz, pues Alvarado había perdido la confianza pública y Arenales había solicitado su retiro. Salió Santa Cruz de Lima con 5,000 soldados y se embarcó en el Callao para desembarcar en Iquique ó en Arica, de donde podía marchar al Alto Perú, ó bien al Cuzco para batir á La Serna; pero al saberlo Canterac partió de la sierra en dirección á Lima con 8,000 soldados indios y españoles, haciendo una marcha sorprendente por su rapidez y sin dejar en la ruta ni un solo rezagado. Los soldados indios al servicio de los españoles hacían grandes jornadas sin demostrar fatiga, pudiendo asegurarse que el ejército realista del Perú, sobre todo la división Canterac, tenía las tropas más maniobreras del mundo. Tantas veces pasaron y repasaron los Andes, tantas veces marcharon de la costa á Jauja y del Cuzco á la costa, de Quito á Charcas y de La Paz á Lima, que los ejércitos modernos se admirarían de su movilidad.

Canterac llegó con su ejército á las puertas de Lima el 18 de junio, ocupando la ciudad sin la menor resistencia. Las fuerzas patriotas, como ya hemos dicho, se habían embarcado con don Andrés Santa Cruz, y justamente por eso había emprendido Canterac su marcha sobre Lima. Recientemente había llegado Sucre enviado por Bolívar con 3,000 soldados colombianos; pero se encerró con ellos en el Callao comprendiendo que no eran suficientes para defender la capital. Había otra razón para que

ma no se defendiera : la discordia. Las opiniones taban divididas, los diputados no lo estaban me-)s, los principales caudillos eran entre sí rivales. presidente Riva Agüero pasó por el desaire de ie el Congreso lo despojara el 21 del mando mi-ar, confiándoselo á Sucre. Dos días después se le iiso arrebatar su autoridad política; pero entonces va Agüero se trasladó á Trujillo con algunos dipu-dos, fomentando de este modo las luchas intes-ıas.

Los españoles no estuvieron mucho tiempo en ma; el ejército de Canterac evacuó la ciudad el de julio. Ocupada otra vez por los patriotas, ıbo entonces dos gobiernos peruanos : el de Riva-;üero en Trujillo y el de Torre Tagle en Lima.)r último, el Congreso destituyó el 16 de agosto general Riva Agüero, declarándolo traidor, y gió al marqués de Torre Tagle, presidente del :rú.

Entretanto el general Santa Cruz había desem-rcado con sus tropas en Iquique desde mediados junio, ocupando Arica, Tacna y otros pueblos; spués de conseguir algunas ventajas sobre varios stacamentos sueltos, pasó la cordillera de los ıdes y penetró en el Alto Perú; el 7 de agosto oclamó la independencia en La Paz; una de sus visiones, la del coronel Gamarra, la proclamó en ıuquisaca. Todo el Alto Perú se infestó de partidas surgentes, además de las que ya existían. El neral Sucre salió también á campaña; se embarcó el Callao, desembarcó en Chala y ocupó el 30 de osto la ciudad de Arequipa.

La situación era grave para los españoles. El rrey, que tenía su capital en el Cuzco, trató de

defenderse dictando disposiciones que fueron bien secundadas. El general español don Jerónimo Valdés con 4,000 soldados, se había separado de Canterac en Lima realizando con sus magníficas tropas uno de los mayores prodigios que cuentan los anales militares : una marcha de cincuenta y siete días á siete leguas diarias, sin raciones, á través de montañas escabrosas y desiertas, presentándose delante del ejército de Santa Cruz el 25 de agosto en los alrededores de La Paz. Allí se dió el combate de *Zepita*, que tuvo poca importancia. El virrey La Serna salió en persona del Cuzco para apoyar á la división Valdés. Los independientes, dice un historiador, « se vieron amenazados por un ejército fuerte y aguerrido mandado por generales tan activos como intrépidos, viéndose forzados á retirarse á la costa después de varios encuentros no todos desfavorables ». El mismo Sucre se batió valientemente en las calles de *Arequipa* el día 8 de octubre de 1823, retirándose á Quilca.

Una división chilena que acababa de tomar tierra en Arica á las órdenes del general don Francisco Antonio Pinto, se embarcó de nuevo para salvarse de una derrota innecesaria y segura.

La situación por lo tanto era mala para los insurgentes cuando el general Bolívar se presentó en el Perú. Entró en Lima el 1° de septiembre, siendo recibido por el pueblo con frenético entusiasmo. El gobierno revolucionario del Perú había solicitado su auxilio, y él había mandado á Sucre con 3,000 soldados; más tarde se le pidió su concurso personal para arrojar á los españoles de sus últimos dominios en la América del Sur, y no quiso negarlo. Nobleza obliga; y él quería justificar una

; más su histórico y hermoso título de Libertador. El Congreso del Perú le confió un poder dictato-l en lo militar y en lo político. El presidente rqués de Torre Tagle se convirtió en agente, en trumento del general Bolívar. Éste procuró la icordia entre los peruanos, trató de remediar la sis económica y reorganizó las tropas que esta-i un poco desmoralizadas.

En aquellos días hubo un suceso deplorable para patriotas : se amotinó la guarnición del Callao, npuesta de argentinos del ejército de San Martín, iendo el abono de sus sueldos.

No se dió satisfacción á los amotinados ni se pro-lió contra ellos con la energía y la rapidez indis-isables, y entregaron la plaza á los realistas. El gento Moyano, cabeza del motín, expulsó al ge-ral Alvarado gobernador de la plaza. El 29 de fe-ro de 1824 ocupó el Callao una brigada española ndada por el coronel Rodil. El coronel Monet ró al mismo tiempo en Lima con una división. ívar se había retirado con dirección á Trujillo; o antes quiso fusilar al presidente oficial de la pública, marqués de Tagle, á quien tachaba de apaz y débil. Torre Tagle se refugió en el Callao imparo de los españoles.

Estas ventajas y las obtenidas antes por los espa-es, de poco les sirvieron; pues también en su npo se había presentado la discordia. El virrey Serna, Canterac, Valdés y la mayoría de los ofi-les españoles de aquel brillante ejército del Perú, fesaban ideas francamente liberales, habían acep-o con júbilo y entusiasmo la Constitución espa-a proclamada en Cádiz en 1820 y no se batían al to de viva el Rey sino al de viva la Constitución.

Pero había entre ellos un brigadier atrabiliario, ab solutista, ambicioso; un realista de veras, que s sublevó en el Alto Perú con las fuerzas de su man do contra el virrey La Serna, cuando supo que e España había triunfado la reacción absolutista. E Virrey no había publicado en el Perú la caída d la Constitución, por juzgarlo impolítico en aquella circunstancias. Los peruanos daban poca importan cia á los cambios políticos de la metrópoli, pero e su propio ejército hubiera habido un descontent grande con la proclamación solemne de la monar quía absoluta. La prudencia de La Serna sirvió d pretexto á Olañeta para sublevarse.

Olañeta proclamó al rey absoluto el 22 de ener en Potosí, el 8 de febrero en Chuquisaca. Los in surgentes del Alto Perú lo apoyaron con el mayo gusto y aclamaron á Fernando VII, porque com prendían que aquella rebelión, dividiendo las fuer zas españolas, aceleraba el trunfo de la indepen dencia.

El Virrey mandó contra Olañeta al general Valdé con una división; y aunque Valdés conferenció co él antes de romperse las hostilidades, procurand persuadirlo por razones de prudencia, de patriotis mo y de honor, fué imposible llegar á una avenen cia. Hubo, pues, una campaña verdaderamente ve gonzosa, en la que se batieron con obstinación la tropas de los dos bandos, sin triunfar ninguno. E todos los encuentros, las partidas insurgentes d Alto Perú apoyaban á Olañeta porque les convenía

Las consecuencias de esta guerra entre españole fueron tan desastrosas como puede suponerse. La tropas que habían ocupado á Lima tuvieron qu acudir al lado del Virrey, abandonando para siem

·e la capital del Perú. Canterac no pudo marchar norte por no alejarse demasiado del campo de ɪeraciones de Olañeta. La disciplina de las tropas resintió con aquel ejemplo de culpable insubornación dado al frente de los enemigos por uno de ; oficiales generales. Y como era de temer, los in-rgentes se llenaron de alegría.

Bolívar había recibido refuerzos de Colombia, y tró en campaña contra los divididos españoles n 12,000 soldados, entre colombianos, peruanos, ilenos y argentinos. En sus filas, además, había ldados ingleses y españoles. Después de una mar-a tan hábil como atrevida, llevando á su vanguar-a al general inglés don Guillermo Míller que era n bravo como inteligente, pasó los Andes, venció dos los obstáculos que presentaba la naturaleza y gó á Pasco. El 1.° de agosto le salió al encuentro nterac; pero Bolívar hizo una marcha de flanco ra colocarse á retaguardia del general español. nterac contramarchó oportunamente y se situó en pampa de Junín. En ella se encontró súbitamente ometido por la caballería de los patriotas, fuerte 900 sables. Canterac disponía de 1,200 jinetes, ıe al principio arrollaron á los de Bolívar; pero se spersaron prematuramente en persecución de sus ntrarios y no pudieron saborear su triunfo. En ɛcto, dos escuadrones peruanos que habían queda-intactos cargaron á su vez, los jinetes de la pri-ɜra carga se rehicieron animados por el argentino coechea, y todos juntos cargaron á la diseminada ballería española que se refugió desordenada entre ; cuadros de la infantería. Los vencedores cara-learon frente á los cuadros y amagaron cargar, ro no se decidieron. Tal fué la batalla de *Junín*,

dada por Bolívar el 6 de agosto de 1824. Los españoles dejaron en el campo de batalla 300 muertos y 80 prisioneros; los independientes tuvieron 200 bajas. Canterac se retiró hacia el Cuzco, perdiendo en su retirada cerca de 2,000 soldados entre pasados á los insurgentes y simples desertores (1).

Bolívar con su ejército persiguió á los españoles sin darles alcance; llegó hasta la orilla norte del Apurimac, donde hizo entrega del mando al joven general Sucre y él se volvió á Lima donde lo llamaban atenciones de gobierno.

La Serna entonces llamó á su lado todas las fuerzas que tenía diseminadas en vastas extensiones; reorganizó la división Canterac; ordenó á Valdés que cesara las hostilidades contra el rebelde Olañeta y se le incorporara. Á fin de octubre tenía el Virrey en el Cuzco un ejército de más de 9,000 hombres con 14 cañones y 1,500 caballos. La marcha de Valdés, desde el teatro de sus operaciones hasta el Cuzco, fué prodigiosa; atravesó una distancia de casi trescientas leguas, recogiendo á su paso los destacamentos y algunos reclutas indios. La Serna salió á campaña con el total de las tropas, menos las sublevadas de Olañeta y las que guarnecían la plaza del Callao.

El ejército español pasó el Apurimac para situarse á retaguardia de Sucre y cortarle su retirada á Lima. Sucre no tenía fuerzas para empeñar batalla y al retirarse á Huamanga la encontró ocupada por los españoles. La Serna provocando una batalla y Sucre evitándola, maniobraron muchos días con

(1). Hemos dado el nombre de « batalla » al célebre combate de Junín, porque así lo han hecho los historiadores; pero no fué batalla según el tecnicismo de la guerra.

dmirable destreza. Hubo escaramuzas de vanguar-
ia y encuentros parciales en terrenos montañosos,
ero Sucre tuvo el tino de evitar un combate gene-
al. Se operaba en el centro mismo de los abruptos
majestuosos Andes, marchando las divisiones por
enderos escabrosos, tan pronto en las altas cimas
omo en los profundos valles. Los encuentros par-
iales fueron favorables á los españoles, sobre todo
l de *Matará* á principio de diciembre.

El 9 al amanecer ocupaba el ejército español
s alturas de Condorcanki, en el límite oriental
el llano de Ayacucho. Es un terreno quebrado y
esigual cortado por barrancos y falto de veredas;
l vencido no tendría por donde retirarse. El ejér-
ito de Sucre había pernoctado en unas lomas si-
ıadas al occidente, en las cuales amaneció forma-
o. El árido espacio comprendido entre los dos
jércitos iba á ser teatro de la histórica batalla de
yacucho.

Empezó el tiroteo de las avanzadas en cuanto fué
e día; pero la batalla se formalizó á las nueve. Los
spañoles bajaron de las alturas en correcta forma-
ón, tomando la ofensiva con el mayor denuedo;
ero los patriotas los recibieron con un fuego gene-
ıl y cargaron á la bayoneta sin dar tiempo á los es-
añoles á desplegar su línea. La primera carga de
s insurgentes, heroica y afortunada, la dirigió el
eneral colombiano don José María Córdova que
rastró en pos de sí á los batallones de su mando
n estas voces marciales : « ¡ Batallones!... ¡ de
ente!... *¡ paso de vencedores !*

Rota en su centro la línea del ejército español,
ıeron atacadas en seguida ambas alas con extrema-
o vigor y empleándose las bayonetas. El virrey La

Serna al frente de la reserva intentó restablecer la lucha y cayó herido quedando prisionero. La división Valdés haciendo un cambio de frente descompuso un momento á la división peruana del general La Mar; pero fué contenida y acuchillada por la caballería de Míller. Á la una del día estaba concluída la batalla, en la que perdió el ejército español 2,000 muertos y heridos, y 3,000 prisioneros (entre ellos 500 peninsulares), dispersándose en diversos rumbos sobre 1,500 hombres.

Sucre se aprovechó de su triunfo para proponer á los vencidos una capitulación, que fué aceptada. Los generales españoles reconocieron la independencia del Perú, comprometiéndose á entregar el Callao y evacuar el territorio. Los vencedores se comprometieron á respetar vidas y haciendas de los españoles y á enviar á España los prisioneros que no quisieran quedarse en el país.



Sucre

La victoria de Ayacucho selló la independencia peruana y la de toda América; el 9 de diciembre de 1824 es una fecha histórica de fama imperecedera; los americanos la celebran anualmente como una efemérides gloriosa y los españoles debieran hacer lo mismo. No es costumbre celebrar derrotas, pero sería muy noble que en España se hiciera más justicia á la memoria de aquel heroico ejército del Perú. Nada tiene de extraordinario que fuera venci-

lo en Ayacucho; lo raro, lo milagroso es que no lo ıubiera sido algunos años antes. Desde la llegada .e San Martín, aquellas tropas se sostenían hacien-.o maravillas de actividad, de abnegación, de valor. ‚os últimos cuatro años, su conducta militar es .n portento de inverosimilitud; no existe ni ha exis-ido jamás un ejército de Europa capaz de hacer lo ıismo. Derrotaban á los patriotas; pero éstos se eponían fácilmente porque estaban en su territorio defendían una causa popular; un día les tocó ser errotadas y ya no hubo esperanza para ellas. Los ıudillos de la independencia eran grandes capita-es y grandes hombres; no hay desdoro en ser ven-idos por generales como San Martín, Bolívar, Sucre. l ejército español vencido en Ayacucho mereció ien de su patria, aunque ésta haya olvidado sus ımpañas increíbles. En la misma batalla de Aya-ıcho supieron cumplir como soldados el general on Jerónimo Valdés, que era un modelo de auste-dad y virtud, Canterac, Ferraz, y todos los gene-ıles. El mismo Virrey no pudo hacer más que de-amar su sangre en las guerrillas como un simple ıbteniente. Los ilustres vencidos por militares co-.o Bolívar y Sucre, son ciertamente más dignos el galardón de la historia que algunos celebrados encedores de presbíteros manchegos.

Los vencidos de Ayacucho fueron :

El virrey La Serna.

El general Canterac, jefe de Estado Mayor.

Los oficiales generales y coroneles con mando de igada Valdés, Cacho, Carratalá, Ferraz, Monet y illalobos.

El regimiento de Gerona, los batallones de Guías,

Victoria, Fernandinos, Imperial, Centro, Castro, Burgos y Cantabria.

Los escuadrones de Granaderos de la Guardia, Húsares de Fernando VII, Dragones de la Unión, San Carlos y Alabarderos del Virrey.

Por último, cuatro baterías.

He aquí los vencedores :

Don José Antonio de Sucre, general en jefe.

Gamarra, jefe de Estado Mayor.

Generales Córdova, Lara, O'Connor, Míller y La Mar.

Batallones de Bogotá, Caracas, Pichincha, Vencedores, Voltígeros, Rifles, Vargas y cuatro legiones peruanas.

Regimientos de Granaderos de Junín, Húsares de Junín, Húsares de Colombia y Húsares de Buenos Aires.

Y cuatro baterías.

Los patriotas eran dueños del Perú. Sin embargo, el valiente coronel Rodil, gobernador del Callao, no quiso reconocer la validez de la capitulación. Por su parte Olañeta manifestó que él no obedecía al Virrey ni reconocía sus actos; poco después murió asesinado por uno de los soldados de su ejército, á quien parece que había ofendido en su honor; sus tropas se adhirieron á la capitulación firmada en Ayacucho.

La guarnición española del Callao resistió con admirable constancia un sitio de trece meses, luchando todos los días con los sitiadores y rechazando cien veces los ataques combinados de una división colombiana y la escuadra independiente. Los sitiados arrostraron sin vacilaciones y sin desfallecer, la guerra, las epidemias y el hambre. De fiebres, de

scorbuto, ó por falta de alimentos y de medicinas, nurieron en los últimos seis meses más de 6,000 ersonas. El marqués de Torre Tagle murió durante l sitio; familias enteras desaparecieron arrebatadas or la muerte dentro del recinto del Callao, donde e habían refugiado no pocos de los comprometidos or la causa de los españoles. Al cabo Rodil capituló, l 22 de enero de 1826, cuando yo había hecho todo) posible y más de lo posible por conservar la plaza por el honor de su bandera. La defensa del Callao ié gloriosa para Rodil y para los soldados á sus órenes.

El mismo día que se rindió el Callao, tomaba poesión la República de Chile del archipiélago de hiloé.

Chiloé y el Callao fueron los últimos baluartes de os españoles en la América del Sur.

Méjico. — Don José de Iturrigaray, virrey de Méco en 1808, participaba de la impopularidad de su rotector y amigo don Manuel Godoy, el personaje iás aborrecido por los españoles de ambos hemisrios. Algo más y mucho más valía Godoy que Ferando VII, Carlos IV y María Luisa; pero la moda 1 aquel tiempo era odiar á Godoy y á sus hechuras. ambién Iturrigaray valía más que otros virreyes; ero los oidores, los obispos, los funcionarios y dos los españoles que residían en Méjico, lo tean por sospechoso creyéndolo afrancesado. Contra hostilidad de sus compatriotas buscó el Virrey el oyo del cabildo de la capital, compuesto de mejinos; y esto fué un motivo más para que los esñoles desconfiaran de él.

Don Gabriel de Yermo, comerciante vascongado

muy considerado en Méjico por su gran fortuna y por la actividad que había desplegado en empresas industriales, concibió la idea de deponer al Virrey. Encontró apoyo en los altos empleados y en la Real Audiencia, conspiró con su actividad acostumbrada y el 15 de septiembre de 1808 á media noche sorprendió al Virrey durmiendo en su palacio. Acompañaban á Yermo trescientos españoles entre comerciantes, dependientes de comercio y jugadores de oficio, los cuales entraron en las habitaciones de Iturrigaray después de asesinar á un pobre centinela. El Virrey fué llevado preso á la inquisición; la virreina y sus hijos quedaron encerrados en un convento de monjas.

Iturrigaray fué conducido poco después á España, donde estuvo procesado hasta la amnistía de 1810; unos dicen que se le persiguió por delito de traición, otros que por ser amigo del príncipe de la Paz.

Depuesto el Virrey, acordaron los oidores, el arzobispo de Méjico y demás conspiradores, incluso el demagogo vascongado, nombrar virrey al mariscal de campo don Pedro Garibay que tenía setenta y nueve años y sabían los oidores que sería para ellos un instrumento muy fácil de manejar.

El atentado produjo grande impresión, no sólo por lo nuevo, sino porque enseñó á los mejicanos é indios que era bien fácil desembarazarse de un virrey. Tuvo Iturrigaray ardientes defensores entre los mejicanos, pero algunos pagaron con la prisión ó el destierro el singular delito de haber censurado un acto contrario á todas las leyes. Lo que causaba más indignación era la frescura de la Real Audiencia, que en una proclama comunicaba al mundo la depo-

ción de Iturrigaray suponiéndola hecha por el ıeblo mejicano.

El general Garibay, como se esperaba, fué un insumento dócil en manos de los realistas; pero aun í estuvo expuesto á seguir la suerte de su predesor, pues algunos españoles criticaban su falta de meza con los « enemigos de la patria ». Olvidaban ıe los enemigos de la patria no eran otros que los mismos.

La junta que gobernaba en España nombró virrey 1809 al arzobispo de Méjico don Francisco de Lina y Beaumont, y éste fué substituído en 1810 r el gobierno de la Audiencia. En los cuatro meses e ésta gobernó, por cierto sin fortuna, creció el scontento ya visible de los mejicanos y hubo consaciones en favor de la independencia del país, faado de oidores sin conciencia, de gobernantes otas y de comerciantes depravados. En septiembre aquel mismo año llegó un nuevo virrey : el geral Venegas, uno de los vencedores de Bailén.

Al mismo tiempo que Venegas se hacía cargo del ındo, estallaba la revolución. Hacía tiempo que la ıían preparando con el mayor sigilo don Miguel minguez, corregidor de Querétaro, don Juan Alma y don Ignacio Allende, oficiales de aquella arnición, y don Miguel Hidalgo cura párroco del queño pueblo de Dolores. Tenían proyectado suvarse el dia 1.° de octubre; pero denunciados por unos de los comprometidos y sabiendo que iban er presos, decidió Hidalgo anticipar la fecha y se levó con un puñado de indios en la noche del 15 septiembre, en el citado pueblo de Dolores. Puso sos al delegado del Virrey y á varios españoles; ó á todos los presos de la cárcel para engrosar su

fuerza, y al día siguiente, que era domingo, arengó á sus feligreses cuando acudieron á misa y pudo reunir hasta 300 hombres. Para arrastrarlos y fanatizarlos, tuvo presente que todos aquellos indios eran devotos de la virgen de Guadalupe. La imagen de dicha virgen fué el estandarte de la revolución. El grito de guerra fué « viva Fernando VII y mueran los gachupines (1) ».

Un regimiento de caballería (el de la Reina) que estaba de guarnición en San Miguel el Grande, se unió al siguiente día á la fuerza del cabecilla Hidalgo. Se le unieron también numerosos voluntarios de las cercanías. Todos los pueblos inmediatos respondieron al *grito de Dolores*, que así se llama el primer acto de la sangrienta revolución de Méjico.

Los indios de Hidalgo eran cada día más numerosos, pero mal armados. Los prisioneros españoles eran conservados en rehenes, amenazando el cura con degollarlos á todos en cuanto se le opusiera resistencia. Ninguna le opusieron en Celaya, donde pudo entrar el 20 de septiembre. Se le unió la guarnición, y allí se nombró al cura general en jefe, al capitán Allende teniente general.

Tan pronto como se supo en la ciudad de Méjico el alzamiento de Hidalgo, dispuso Venegas la concentración de algunas tropas en Querétaro. Un obispo lanzó contra Hidalgo la excomunión mayor. La inquisición lo declaró hereje, citándolo y emplazándolo so pena de quemarlo en efigie. Á Hidalgo no le importaban mucho los emplazamientos de la inquisición ni las excomuniones de la Iglesia ; en

(1) Españoles.

uanto á las tropas del Virrey, las dejó tranquilas en)uerétaro marchando él hacia el norte para ocupar ı ciudad de Guanajuato. Se acercó á ella el 28 de sep-iembre con 20,000 hombres, la mayor parte indios esarmados. El intendente don Juan Antonio Riaño ensaba resistir y al efecto dictó sus disposiciones y vantó parapetos. Resistió en efecto la impetuosa cometida, muriendo de un balazo en los primeros ıomentos. La débil guarnición, aunque arrollada, e hizo fuerte en la alhóndiga; pero el pueblo de uanajuato se unió á los insurrectos, y tomada la lhóndiga fueron allí sacrificados los que osaron efenderse. Hubo una matanza de españoles, á la que guió ó acompañó el saqueo de la alhóndiga y de da la ciudad.

Hidalgo estableció en Guanajuato una casa de mo-eda y una fundición de artillería; sin duda pensaba tablecer allí su centro de operaciones. El 8 de oc-ıbre disponía ya de un ejército de 50,000 hombres, ero sin instrucción, sin organización y sin bastantes siles. De Guanajuato salió con su improvisado ejér-to para Valladolid, donde penetró sin resistencia. su salida de Valladolid con rumbo á la capital, evaba 80,000 hombres con alguna artillería. En ámbaro pasó revista á sus tropas, las dividió en gimientos de 1,000 hombres cada uno y se hizo oclamar generalísimo.

El virrey Venegas tenía muy escasas tropas y no taba seguro de la fidelidad de todas ellas. De todas aneras mandó salir al teniente coronel don Tor-ato Trujillo con algo menos de 2,000 soldados, da más que para observar al enemigo; pero el bi-rro Trujillo se atrevió á combatir en *Las Cruces* ntra las masas de Hidalgo, librándose el combate

á una jornada de Méjico el día 30 de octubre.

Como era de suponer, la posición de Las Cruces fué tomada, pues la chusma de Hidalgo se lanzó en desorden sobre los soldados de Trujillo que cedieron ante aquella avalancha humana perdiendo sus cañones. Hubo por ambas partes incalculable número de muertos.

Hidalgo estableció su campamento en Las Cruces en lugar de dirigirse á Méjico. De allí retrocedió pasados pocos días en dirección al norte, cuando le hubiera sido sumamente fácil caer con su turba de indios sobre la capital del virreinato, en la que el Virrey apenas tenía tropas. No se aprovechó de su victoria en ocasión tan propicia, ignorándose por qué razones; dicen algunos que los indios estaban mal armados y que las tropas que se le habían unido consumieron todos sus cartuchos en el combate de Las Cruces, por lo que hubiera sido imprudente una tentativa sobre la capital; otros afirman que el motivo de aquella retirada fué la escasa confianza del generalísimo en la disciplina de sus tropas. Hidalgo temió quizá que la entrada de una turba tan desenfrenada y numerosa en una ciudad tan opulenta como Méjico, diera lugar á escenas vergonzosas aun más horribles que las de Guanajuato : robos, incendios, asesinatos y mutilaciones. El primer caudillo de la independencia mejicana temería tal vez manchar su nombre y deshonrar la revolución con nuevos crímenes. Sea como quiera, su retirada causó gran descontento en los indios y empezaron las deserciones; el ejército de Hidalgo decreció rápidamente, casi tan rápidamente como se había formado.

Entre tanto el brigadier don Félix María Callej

había reunido varias guarniciones y destacamentos, formando un cuerpo de 6,000 soldados, con los cuales esperó al ejército de Hidalgo camino de Querétaro. El 7 de novienbre derrotó Calleja al cura Hidalgo en *San Jerónimo de Aculco,* donde perdió el ejército de Hidalgo todos sus cañones y bastante gente.

Allende se retiró á Guanajuato; Hidalgo tomó el camino de Valladolid, pasando por Celaya. El 13 de noviembre, antes de salir Hidalgo de Valladolid, fueron asesinados en la barranca de las Bateas cuarenta y un españoles; con la misma inhumanidad fueron sacrificados otros diez y ocho en el cerro de Molcajete el día 18. Indisculpables matanzas de gente inofensiva, que perjudicaron á Hidalgo y retrasaron el triunfo de la revolución.

La derrota de Aculco sólo fué compensada por una victoria conseguida en *Zacoalco* el 1.º de noviembre, donde fué derrotado el teniente coronel Villaseñor con algunas compañías del regimiento de la Corona y de las milicias provinciales, por la gente que otro cura, don José Antonio Torres, había levantado en Nueva Galicia. Villaseñor quedó prisionero y Torres entró en Guadalajara.

El 26 llegó á esta ciudad el cura Hidalgo; pero Allende permanecía en Guanajuato donde se fortificó, siendo atacado por Calleja que tomó por asalto el 25 las improvisadas fortificaciones. El combate de *Guanajuato* fué recio; pero los vencidos, que demostraron mucho valor en el combate, se condujeron después como cobardes asesinando villanamente á treinta y ocho de los prisioneros que tenían en la alhóndiga; hecho esto evacuaron la ciudad. Se ha dicho que este crimen fué cometido por el popu-

lacho cuando ya se había retirado Allende con su tropa; la versión nos parece verosímil, pues Allende era demasiado intrépido para consentir tan infame y torpe asesinato. Sea como quiera, Calleja se indignó al saber lo ocurrido en la ciudad y entró por las calles á degüello sembrando por todas partes la desolación y el exterminio. Además de los inocentes que murieron en las calles, fueron fusilados en los días siguientes muchos de los vecinos que habían tomado parte en la revolución.

Allende se dirigió á Zacatecas, plaza ocupada desde octubre por el insurgente don Rafael Iriarte; pero el 12 de diciembre ya estaba el citado Allende en Guadalajara con Hidalgo. Éste cometió la indigna y reprobada torpeza de hacer degollar hasta doscientos prisioneros españoles, ó de permitir que los degollara sin necesidad ni fundamento alguno la muchedumbre alborotada y soez.

En Guadalajara organizó el generalísimo un gobierno, reorganizó la audiencia, mandó emisarios á los Estados Unidos y completó un ejército de 100,000 hombres. Con estas fuerzas, más numerosas que todas las reunidas por los otros caudillos de la revolución americana, salió Hidalgo de Guadalajara al encuentro de Calleja que marchaba resueltamente contra él sin más fuerza que 6,000 soldados. Situóse Hidalgo en unas alturas que dominan el riachuelo de Calderón, por el paso obligado de Calleja, emplazando en ellas los 60 cañones de que disponía. El 17 de enero de 1811 fué atacado en sus ventajosas y bien artilladas posiciones. La batalla estuvo indecisa por espacio de seis horas, hasta que Calleja se puso á la cabeza de una columna de ataque, dió una vigorosa acometida al centro de los rebeldes y los desordenó.

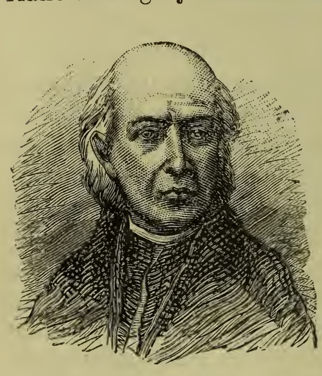
Es imposible determinar las pérdidas de Hidalgo en el reñido combate del puente de Calderón; las de Calleja fueron relativamente escasas (40 muertos y 76 heridos).

Lo que llama la atención al examinar los episodios y los resultados de los combates de Aculco, Guanajuato y Calderón, no es la victoria de las tropas regulares, pues éstas, aunque inferiores en número, tenían la ventaja inmensa de estar bien organizadas y mandadas con pericia. Lo incomprensible es que tan crecidas masas de indios muy valientes no supieran hacer, á lo menos, lo que hacían sus progenitores en tiempo de la conquista: morir en sus posiciones. Generalmente se desbandaban á los primeros tiros, desordenándose fácilmente por su misma muchedumbre. Soló se batían con resolución los soldados regulares del general Allende. ¿Habrían degenerado los indios mejicanos en tres siglos de sumisión á los invasores extranjeros? Es posible. Semejante resultado no honra mucho al sistema colonial de sus dominadores.

Los jefes derrotados en Calderón se retiraron hacia la frontera de los Estados Unidos. Entre Hidalgo y Allende surgieron rivalidades, que minaron la poca disciplina de su ejército. El primero cedió el título de generalísimo á su colaborador, conservando empero la autoridad civil. Estaban de acuerdo, sin embargo, en ejecutar á todos los españoles que encontraban en los pueblos del tránsito, en represalia, decían, de las ejecuciones de Calleja.

La guerra iba tomando mal giro; las partidas que en diferentes puntos habían secundado el grito de Dolores, desaparecían. La ciudad de Valladolid fué tomada por los españoles. Por último, en el pueblo

de Monclova se tramó una conspiración contra los dos caudillos, y el 21 de marzo fueron presos por el coronel don Ignacio de Elizondo que había servido en las filas revolucionarias. Conducidos á Chihuahua, fueron allí fusilados Allende, Jiménez, Aldama, Lanzagorta, Villa, Zapata, Camargo, Chico, don Mariano Hidalgo y otros varios hasta el número de 30.


Hidalgo

El generalísimo don Miguel Hidalgo fué fusilado también el día 30 de julio de 1811, previa degradación, porque era sacerdote.

Las cabezas de Hidalgo, Aldama y Allende fueron colocadas en escarpias en la alhóndiga de Granaditas, donde estuvieron hasta 1821. Hidalgo tenía cerca de sesenta años, pues había nacido el 8 de mayo de 1753 en el rancho de San Vicente, á orilla del río Turbio (Estado de Guanajuato).

Calleja, después de su victoria, ocupó á Guadalajara. Varias columnas volantes recorrieron las provincias. Pero la revolución no estaba dominada totalmente. Si Hidalgo fué vencido y ejecutado en el norte, en el sur apareció otro caudillo de más valía que Hidalgo y cura como él : don José Morelos, natural de Valladolid (hoy Morelia), que andaba sublevado desde principios de 1811.

Morelos no era tan inhumano como el cura de Dolores; no era viejo tampoco, pues sólo tenía cua-

·enta y cinco años; poseía una tercera ventaja sobre Hidalgo : en lugar de reunir, como hacía éste, masas compactas sin armas, sin instrucción y sin víveres, reunía pequeños grupos fáciles de mover y de ocultar, los iba instruyendo poco á poco, los racionaba sin dificultades y los armaba con los fusiles que recogía de los pueblos ó que quitaba á los destacamentos españoles. Sabía eludir todo encuentro que no le convenía, pero atacaba resueltamente al enemigo cuando éste era inferior.

En la capital se descubrió una conspiración en sentido revolucionario, siendo juzgados y sentenciados á muerte el abogado Ferrer y sus principales cómplices.

Para dar unidad y dirección al movimiento separatista de Méjico, se fundó en Zitácuaro una junta de gobierno presidida por don Ignacio Rayón que había combatido á las órdenes de Hidalgo y más tarde por su cuenta en la provincia de Valladolid. Rayón había salido victorioso en las funciones de guerra de *Los Piñones* y *El Grillo*, entrando vencedor en Zacatecas. Y aunque fué derrotado en la acción del *Maguey* y rechazado de *Valladolid*, tenía prestigio bastante para presidir la junta. Los revolucionarios tenían confianza en su energía desde que fusiló sin contemplación alguna al insurgente Iriarte, á quien se tenía por un facineroso.

El 22 de junio fué batida la columna realista de Emparán por las fuerzas de Rayón muy cerca de *Zitácuaro*. En este pueblo, medio escondido en las montañas de Michoacán, se constituyó la junta de gobierno el 19 de agosto. Sin embargo, su autoridad era ilusoria; los numerosos guerrilleros que infestaban en 1811 el virreinato no hacían caso de la

junta; solo Morelos parecía manifestarle una deferencia aparente y una sumisión poco efectiva.

Así pasó todo el año. Morelos en el sur tenía más de 3,000 hombres y en sus filas se iban formando buenos oficiales para el porvenir. En todas partes luchaban los contendientes con tenacidad, pero sin resultados provechosos. El Virrey creyó que debía mandar á Calleja hacia Zitácuaro y lo mandó en efecto con sus mejores tropas. Después de una marcha muy difícil ocupó Calleja las alturas que dominan la ciudad y los rebeldes la abandonaron el 2 de enero de 1812.

Calleja no se contentó con fusilar diez y nueve prisioneros, sino que á los tres días publicó un bando para que todos los vecinos evacuaran el pueblo á fin de reducirlo á cenizas. No sólo incendió á Zitácuaro, sino también las aldeas de las inmediaciones; exceso de rigor que no tiene disculpa.

La toma de Zitácuaro y las extremadas medidas de Calleja, dieron la supremacía en el norte á las tropas reales sobre las partidas insurgentes; pero quedaba Morelos en el sur.

Morelos alcanzó victorias repetidas, consiguió que se le unieran oficiales y soldados del ejército y dió á sus tropas una organización verdaderamente militar. Ocupaba el pueblo de Cuautla cuando fué atacado por una columna á las órdenes del incansable general Calleja; pero Morelos desplegó tanta audacia como actividad. Había levantado sólidas trincheras, aspillerado muchos edificios y tomado sus disposiciones para defenderse, lo que obligó á Calleja á establecer un verdadero sitio. El sitio de Cuautla duró setenta días; la resistencia fué tenaz y heroica: reiterados ataques de los españoles fue-

ron rechazados vigorosamente. Por fin, las enfermedades y las privaciones obligaron á Morelos á evacuar la ciudad, saliendo de ella con sus soldados y con los pobladores en la noche del 2 de mayo de 1812. Los sitiadores no pudieron impedir aquella retirada ejecutada con habilidad entre las sombras de una noche oscura, limitándose á perseguir á los rebeldes y matar algunos.

Morelos se retiró hacia el sur, donde siguió combatiendo con tenacidad. Su ejército era cada vez más aguerrido y él mismo fué adquiriendo las dotes de un general. En abril de 1813 tomó el castillo de Acapulco.

Al mismo tiempo aumentaban las guerrillas, extendiéndose por diversos rumbos del extenso virreinato; de tal suerte que los españoles sólo poseían el terreno que pisaban, y las autoridades sólo eran obedecidas en las ciudades de Méjico, Puebla y Veracruz. Un jefe insurgente, don Guadalupe Victoria, interceptaba las comunicaciones entre la capital y Veracruz; Mier y Terán mandaba una división en la intendencia de Puebla; Osorno recorría la jurisdicción de Méjico; Rayón con sus compañeros de la junta molestaba á los realistas en las provincias de Zacatecas, Valladolid y otras; en las de Guadalajara y Guanajuato había numerosas partidas de guerrilleros. El Virrey tenía que mantener sobre las armas 75,000 hombres de milicias provinciales y tropas regulares, y con dificultad podía acudir á las necesidades de la guerra. Ésta se hacía con la misma saña que al principio, no dando cuartel unos ni otros; rara vez se perdonaba la vida á un prisionero; el derecho de gentes no existía. Exceptuando Venezuela, no hubo en toda

América une guerra tan despiadada ni tan bárbara, unas represalias tan injustas y crueles. Sin duda fueron los insurgentes los primeros que se ensangrentaron cometiendo crímenes sin justificación; pero después les aventajaron los realistas en ferocidad. No se hizo la guerra con la hidalguía que en Chile y el Perú; no hubo como en el Perú ejemplos repetidos de generosidad y de nobleza, que cuando los hay no pueden menos de ser correspondidos. Por eso mismo, por ser excepcional, recordaremos un rasgo digno de inmortal memoria. Don Leonardo Bravo, rico hacendado del sur y anciano respetable, había tomado parte en la revolución con toda su familia. Cayó prisionero en Cuautla y murió en un cadalso el 13 de septiembre de 1812. Uno de sus hijos, don Nicolás Bravo, que era ya general y de los más valientes, lo supo cuando operaba en las cercanías de Veracruz donde tenía trescientos prisioneros españoles. Aconsejáronle que los fusilara á todos en represalia de la ejecución de su anciano y benemérito padre; pero don Nicolás sin vacilar un momento, dijo que haría una cosa más digna del corazón generoso de su padre y más honrosa para su memoria. Y en el acto puso en libertad á todos sus prisioneros.

Los españoles y todos los realistas de Méjico y de Puebla murmuraban del Virrey acusándolo de poco activo. El comercio y la industria estaban paralizados por efecto de la guerra. Llegaron á España las quejas proferidas por los españoles, juntamente con los elogios que los *gachupines* prodigaban al general Calleja, y la regencia de España acordó llamar al general Venegas nombrando á Calleja virrey de Nueva España.

El 4 de marzo de 1813 tomó Calleja posesión; pero la guerra continuó como antes. La mayor parte de los encuentros resultaban favorables para os realistas; pero los insurgentes se movían con nás facilidad y eran los dominadores aun sin su presencia, en todos los puntos no ocupados por los españoles. Morelos gozaba de un prestigio y de una popularidad no logrados antes por ningún caudillo le la revolución, y dominaba en el sur como si no iubiera habido en todo Méjico un realista ni un oldado.

En aquella época, la junta que se había constituído en Zitácuaro estaba desconceptuada por sus nismas divisiones, de tal manera que nadie la obeecía. Morelos creyó llegado el caso de convocar un ongreso, que efectivamente se reunió el 13 de eptiembre de 1813 en Chilpancingo, á poca distania del puerto de Acapulco. Este primer Congreso iejicano declaró que Méjico era un pueblo indeendiente y nombró generalísimo de las tropas mecanas á Morelos.

El Generalísimo reunió algunas de las fuerzas que peraban en diferentes provincias para extender el idio de sus operaciones. El objetivo era la capital, ero antes necesitaba apoderarse de Valladolid. El 3 de diciembre atacó esta ciudad que estaba déilmente guarnecida, sin poder tomarla. Al día siiiente llegaron á la ciudad refuerzos considerables, ie inmediatamente se lanzaron sobre las posiones de Morelos empeñándose una batalla ruda. unque las tropas de Morelos eran muy superiores or el número, quedaron derrotadas. Se retiró el ército insurgente casi en completo desorden, desiés de ser diezmado en la batalla de *Valladolid*

por las fuerzas que mandaban Llano é Iturbide; pero intentó Morelos resistir en *Puruarán*, donde fué alcanzado por dichos jefes realistas el 5 de enero de 1814, y allí fué batido nuevamente perdiendo su artillería, 1,000 fusiles y más de 700 prisioneros. Los principales de éstos fueron fusilados en el mismo campo de batalla; pero el cura Matamoros, segundo de Morelos y uno de los mejores caudillos mejicanos, fué ejecutado en Valladolid. En represalias hizo fusilar Morelos á todos los prisioneros realistas que tenía en el sur.

Á consecuencia de sus últimas derrotas comenzó Morelos á desprestigiarse. Además se vió atacado en su terreno del sur por los vencedores de Valladodid y Puruarán. El congreso mejicano tenía que cambiar de residencia, según los accidentes de la guerra, pues lo amenazaban las columnas de Iturbide y otros jefes realistas: en Apatzingan aprobó el primer código constitucional de la república, para el que sirvió de norma la constitución española de 1812.

La constitución de Apatzingan, promulgada el 22 de octubre de 1814, fué aceptada en todas las provincias ocupadas por los insurgentes; pero en Méjico fué quemada pública y solemnemente por mano del verdugo el 27 de mayo de 1815.

En la misma fecha, terminada la guerra de España y restablecido Fernando VII en el trono, llegaron á Veracruz algunos aunque no grandes refuerzos de tropas peninsulares. Esto sucedía precisamente cuando los mejicanos estaban más divididos y cuando se agotaban los recursos. El Congreso temió que los realistas ocuparan todo el territorio al sur de Valladolid, y pensó en trasladarse á Te-

ıacán donde el coronel Mier y Terán sostenía la ıerra con bravura.

El viaje del Congreso no dejaba de ofrecer peli- os, pues había de atravesar un territorio en que s españoles ocupaban pueblos y tenían desta- mentos. Morelos, sin embargo, se encargó de rigir y proteger su marcha emprendiéndola con an sigilo y tomando muchas precauciones. Calleja vo noticia y destinó columnas en persecución del ngreso trashumante. Una de ellas, mandada por el ronel don Manuel Concha, sorprendió á los viajeros 5 de noviembre, cuando llevaban más de un mes marcha. Los diputados hubieran caído prisione- s, á no haberlos salvado Morelos que cumplió su ber como patriota. Para que huyeran los legis- dores, hizo frente Morelos con su retaguardia á la lumna de Concha en las lomas de *Tesmalaca*, nde se sostuvo hasta caer prisionero. Se rindió á ı soldado que había servido á sus órdenes y de- rtado luego al enemigo; su nombre Matías Ca- anco.

Morelos fué pasado por los armas en San Cristó- l, después de haber sido degradado, el 22 de ciembre de 1815. Ya no existía ninguno de los es curas que tanto habían luchado por la inde- ndencia; Hidalgo, Matamoros y Morelos habían lo fusilados: pero quedaban otros valientes cau- llos más capaces de conseguir la victoria. Al incipiar el año de 1816 contaban los insurgentes n 26,000 soldados y tenían jefes como Bravo, Te- n, Guerrero, Victoria, Rayón, Rosales, Torres, uñiz, Osorno, Vargas, Ávila, Montes de Oca, Yáñez, arte, Salgado, Guzmán, etc. Inútil fué por lo nto la falsedad de los realistas al decir en docu-

mentos públicos, faltando á la verdad, que Morelo se había retractado y aconsejaba la paz; supercherí divulgada sin más objeto que desalentar á los pa triotas. No fué tan inútil ni tan intempestivo el in dulto concedido por Calleja á todos los rebeldes qu depusieran las armas, pues lo hicieron bastante con perjuicio momentáneo de la revolución. Lo oficiales presentados con motivo del indulto, com Serrano, Rossains, Espinosa, Aguilar y Villagrán no lo hicieron tanto por lo estéril de una lucha sól fértil en derrotas, como por los celos, desconfianza y rivalidades que amargaban la vida de los insur gentes.

No bien se instaló el Congreso en Tehuacán, l disolvió Mier y Terán por creerlo más perjudicia que útil á los intereses de su causa. Fué susti tuído por un Directorio ejecutivo compuesto de tre personas, siendo una de ellas el coronel Terán.

Todo el año de 1816 fué desastroso para los re beldes, pues no sólo sufrieron varias derrotas sin que cada vez estaban más divididos. Por su part los realistas empezaban á murmurar del genera Calleja (á quien tanto celebraban en años anteriores), quizá por no perder la costumbre de desacreditar á todos los virreyes. Lo acusaban hasta de impureza en la administración de los caudales públicos; pero téngase en cuenta que á todos los virreyes se les hizo la misma acusación, y á muchos sin fundamento, sobre todo cuando reprimían los criminales abusos de negociantes negreros, contrabandistas ó defraudadores, cuando se oponían á las exacciones ilegítimas de algunos clérigos y cuando pretendían moralizar la administración civil. En cuanto á Calleja, quizá las murmuraciones tuvieran

guna base aunque no podemos afirmarlo de una anera categórica. Sólo sabemos que fué relevado ı septiembre de 1816 por el teniente general de armada don Juan Ruiz de Apodaca. Este virrey optó una política más cuerda que la seguida hasta tonces, pues prodigó los indultos, proponía capilaciones aceptables y no permitía que los soldados ısangrentaran sus triunfos. De esta manera consiıió que se rindiera Rayón, que Osorno se acoera á su indulgencia y que Mier y Terán capitula- con honra.

La guerra llegó á quedar circunscrita á límites uy estrechos, si bien los caudillos que continuaron chando eran los más esforzados que produjo la volución. Don Guadalupe Victoria se sostenía avamente en la provincia marítima de Veracruz; on Vicente Guerrero, que conocía el terreno como ı propia casa, manejaba sus guerrillas con inteliencia en el extremo sur; hasta el cura Torres, ombre vicioso, ruin y sanguinario se sostenía con ı gente en los territorios de Guanajuato y de uadalajara.

Tal era el estado de la guerra cuando llegó una pedición en auxilio de los insurgentes. La capineaba el guerrillero español don Francisco Javier ina, que había combatido contra los franceses en s campos de Navarra. Se componía la expedición 250 aventureros de diferentes países, entre ellos oficiales españoles, franceses, ingleses, italianos norte americanos. Esta expedición, organizada en ondres en 1816, después de completarse en los stados Unidos y en Santo Domingo, desembarcó en barra del río Santander el 15 de abril de 1817. El estacamento español de Soto la Marina se retiró

sin oponer resistencia. Allí elevó Mina su fuerza 329 hombres.

Mina se internó proponiéndose llegar á la provincia de Guanajuato; pero dejó una guarnición de menos de 100 hombres en Soto la Marina con el oficial español don Juan Sardá. Atacado éste por la división realista de Arredondo con fuerza de las tres armas, se defendió heroicamente durante cuatro días, hasta que perdidas las dos terceras partes de su gente se rindió por capitulación. Para capitular honrosamente, exigió Sardá que se respetara la vida de sus hombres, sin hablar de sí mismo. En efecto, fué fusilado él sólo.

Entretanto Mina avanzaba con su fuerza, derrotando á todas las columnas que destacó el Virrey para atajarle el paso y recogiendo reclutas en los pueblos. El talento militar y el valor extraordinario de Mina se demostró más que nunca en su campaña de Méjico. Batió sucesivamente á Villaseñor el 8 de junio, al coronel Armiñán el 15, al coronel Ordóñez el 28; en la derrota de este último quedaron entre los realistas muertos los coroneles Ordóñez y Castañón. Después atacó Mina la ciudad de *León*, pero infructuosamente, retirándose con sus heridos á la sierra de Comanja.

En la sierra tenían los mejicanos el famoso fuerte del *Sombrero*, artillado con 17 cañones; estaba situado el fuerte diez y ocho leguas al norte de Guanajuato. En él se unió Mina á los patriotas, reuniendo entonces muy cerca de 1,000 soldados. Allí fué atacado por el general Liñán con 2,500 hombres y 14 piezas de buena artillería. El 4 de agosto, después de tres días de cañoneo, quiso Liñán tomar la fortaleza por asalto; el regimiento de Zaragoza

ción llegado de España lo atacó bravamente y fué ctoriosamente rechazado. « En el sitio en que la cha era más encarnizada, Mina con una lanza en mano hizo prodigios de valor y recibió una herida; bombardeo, á los asaltos y á las tentativas de rpresa, unióse en breve un azote más terrible, la d (1). »

La defensa del fuerte continuó, pero la falta de ua tenía desesperados á los defensores que ni constaban al fuego del enemigo ni apartaban los ojos las nubes esperando que lloviera. Un día amane-) muy nublado, y en efecto llovió á la vista de los dientos defensores sin que cayera dentro del fuerte una gota. Mina entonces resolvió salir del fuerte n muy pocos voluntarios para buscar auxilios en exterior; pero el cura Torres estaba en el fuerte Remedios (que los realistas llamaban de San egorio) y no pudo hacer nada. La guarnición y fugiados del fuerte quedaron á las órdenes de un cial llamado Young. Mina, con maravillosa actividad, reunió un convoy de víveres y municiones pallevarlo al fuerte, aunque la entrada no podía ser ı fácil como la salida; pero atacado por Rafols en ; *Sauces* fué derrotado, perdió la mayor parte del ıvoy y no pudo regresar al fuerte.

En el ínterin Liñán redoblada sus ataques; en la ·de del 15 dió uno muy vigoroso que le costó más 300 bajas; el valeroso Young perdió la vida, re-

l) Gabriel Ferry, *Expedición de Mina*, — « Gabriel Ferry el pseudónimo que usaba un malogrado y notabilísimo escritor ıcés. — Para conocer la campaña de Mina, debe consultarse *Memorias de la Revolución de Méjico* por Robinson, tradu- ıs por don Joaquín de Mora, edición de Londres (1824) ó edi- ı de París (1888).

cayendo el mando en el teniente coronel Davi Bradburn.

En la noche del 19 salió del fuerte la guarnició para salvarse á través de las líneas enemigas; sól 50 hombres pudieron atravesarlas, pues todos lo demás quedaron prisioneros ó clavados en las bayo netas españolas. Al día siguiente ocupó Liñán e fuerte del Sombrero y fusiló á 200 prisioneros, mu chos de ellos heridos, con mengua de su honor.

Don Pedro Moreno y tres docenas escasas de fu gitivos, se unieron á Mina para seguir combatiendo tomaron la hacienda del *Bizcocho* después de un obstinada resistencia y la incendiaron, fusilando en represalias algunos prisioneros. Poco después l derrotó en *La Caja* el coronel Orrantia, de milicias Por último, el 20 de octubre fué sorprendido en e rancho del *Venadito*, muriendo á su lado por de fenderlo hasta el último instante el capitán Moren y otros individuos. Mina quedó prisionero, y el 1 de noviembre de 1817 fué fusilado por la espalda en presencia de las tropas que sitiaban el fuerte de Remedios; tenía 29 años. Así acabó el intrépido caudillo cuya campaña de Méjico, según dice el historiador mejicano don Lucas Alamán « forma un episodio breve, pero el más brillante de la revolución ».

Á Mina se le ha llamado traidor por haberse unido á los enemigos de su patria; pero él declaró que no combatía contra su patria sino contra Fernando VII; que su brazo estaba siempre al servicio de los hombres libres que no quisieran tiranos; y que, por último, si su patria por consecuencia de la lucha perdía una colonia como la de Méjico, el amaba la justicia más que los intereses de su patria.

Los soldados del cura Torres se defendieron con
ucha valentía en el sitiado fuerte de *Remedios*.
gotadas las municiones, dispuso Torres la evacua-
ón del fuerte el día 1.º de enero de 1818. Al salir
ı la noche fueron detenidos por los vigilantes si-
ıdores, que hicieron en ellos una atroz carnicería.
ɔlo se salvaron doce de los fugitivos, siendo uno
ɜ ellos el cura. Todos los prisioneros y aun los he-
dos que habían quedado en el fuerte murieron fu-
lados, para vergüenza de los vencedores.

El padre Torres continuó la lucha con indomable
ılor, pero desplegando cada día mayor ferocidad;
ıs mismos subalternos lo destituyeron en el mes
ɜ abril, nombrando jefe á un francés llamado Juan
rago, hermano del astrónomo, que era uno de los
ılvados del fuerte del Sombrero. Ya á las órdenes
ɜ Mina se había señalado Arago por díscolo y tur-
ulento, y en el mando no hizo más que acentuar
s divisiones entre los patriotas. En cuanto al cura
orres, murió á manos de uno de los suyos por
ıestión de juego.

El general don Nicolás Bravo, que cayó prisione-
ı en un combate, fué sentenciado á muerte; pero
Virrey lo indultó.

Arago se acogió á un indulto en 1819 y aun le fué
conocido el empleo de capitán.

Á fines de 1819 parecía la guerra terminada; sólo
uerrero se sostenía en el sur. Pero en 1820 se res-
bleció en España la Constitución de 1812, gracias
la rebelión de Riego y á la victoria de los libera-
s; y al saberse en Méjico el nuevo cambio político
ɜ la metrópoli, empezaron á conspirar contra ella
ɔs realistas mejicanos y muchos españoles. Jamás
an transigido los absolutistas con el progreso ni

con la libertad, y en Méjico había más realistas qu en ninguna parte. El mismo Fernando VII, que ha bía jurado á despecho la Constitución, conspirab contra sí mismo escribiéndole á Apodaca una cart cínica en la cual le decía que no obedeciera al re constitucional, es decir, á él; y le anunciaba que s fugaría de España trasladando su corte á la ciuda de Méjico, porque los liberales españoles pensaba decapitarlo. Si hubieran tenido y ejecutado ese pen samiento salvador, hubieran ahorrado á España varias guerras civiles y millares de víctimas sacrificadas para honra y gloria de la monarquía.

El virrey Apodaca proclamó no obstante la Constitución por temor al ejército, sobre todo á los cuerpos llegados de la península que eran liberales; pero las clases aristocráticas, ricas y conservadoras, que habían apoyado á los virreyes contra el movimiento revolucionario, se sintieron entonces poseídas de un espíritu de independencia y de un afán separatista que no habían tenido antes. Los realistas de Méjico, así los mejicanos como los españoles y aun el mismo Virrey, empezaron sus trabajos de conspiración contra el gobierno liberal de España.

El protagonista de la empresa fué el coronel del ejército español don Agustín Iturbide, natural de Valladolid (Méjico) y hombre que se había distinguido por su valor en la guerra, por su saña á los independientes y por algún proceso que se le había formado.

Á un hombre tan osado como Iturbide le hubiera sido muy fácil hacer desde luego la revolución; pero si los realistas se contentaban con la monarquía absoluta de Fernando VII, Iturbide pensaba que él podía ocupar un trono lo mismo que otro

ılquiera. No quiso por lo misme intentar nada ı destruír antes los restos del republicanismo, re-ısentado en el sur por las guerrillas que acaudi-ba Guerrero.

El Virrey le dió á Iturbide el mando de 2,000 mbres para que persiguiera á los rebeldes; sin da lo hubiera hecho con fortuna, pues era un de-dado oficial como había demostrado en tantos ɔs de guerra; pero comprendiendo que la campa-sería demasiado larga para su impaciencia, pre-ó entenderse con Guerrero, sin perjuicio de en-ıarlo después, lo mismo que al Virrey y á todo el ındo. Guerrero aceptó las proposiciones de Itur-le cuando éste le anunció que iba á pronunciarse · la independencia, prestándose con noble desin-és á ponerse á las órdenes del antiguo realista ı lo había perseguido tantas veces.

El 24 de febrero de 1821 se pronunció Iturbide el lugar de Iguala, donde firmó una proclama igida á los mejicanos y á los españoles (que circu-profusamente) y un programa político que se ıó *plan de Iguala*. Sin quejas ni recriminacio-ı contra España, innecesarias en tales documen-y que lanzadas por él hubieran sido á lo menos mal gusto, decía que había llegado la hora de la ependencia. Los oficiales á sus órdenes acepta-ı el programa y el 1.º de marzo prestaron jura-nto.

El plan de Iguala ó de *las tres garantías* se llamó por contener los tres siguientes artículos esen-les: 1.º conservación de la religión católica sin erarse otra alguna; 2.º independencia absoluta de ɔaña ó cualquiera otra nación, constituyéndose nonarquía mejicana; 2.º unión de los americanos

y los españoles sin distinción de castas ni de pri-legios.

El virrey Apodaca se indignó al conocer el pr grama de Iturbide, pues él no había pensado tan lejos. Dispuso que el general Liñán saliera co nuevas tropas á combatir al coronel pronunciad pero no fué posible organizar una división, porqu todos los realistas se le pronunciaron adhiriéndos al plan del coronel Iturbide. Casi todas las provi cias estaban pronunciadas; Iturbide con sus trop y las de Guerrero estaba en Valladolid; las trop fieles eran las peninsulares que estaban de guarn ción en Méjico, y sus oficiales depusieron á Ap daca el 5 de julio por la noche obligándole á entr gar el mando al general de artillería Novell Apodaca era un absolutista convencido, pero ho rado y caballero; se condujo en aquellos instant con dignidad y entereza, y tal vez no habría re signado el mando á no creer él mismo que los of ciales tenían alguna razón al culparlo de lo que su cedía.

De todas maneras ya era tarde; el movimient militar de la guarnición de Méjico no impidió qu el resto de la campaña fuera desfavorable á las tro pas españolas. El brigadier Llano se rindió en Puebl al general iusurgente don Nicolás Bravo: los meji canos ocuparon casi todas las ciudades que tenía los españoles; Iturbide entró el 2 de agosto en l ciudad de Puebla.

Á buena hora llegaba el teniente general don Jua O'Donojú, nombrado virrey en relevo de Apodaca El virrey O'Donojú desembarcó en Veracruz el dí 30 de julio y supo con sorpresa la ruina del virrei nato. Celebró una conferencia con Iturbide en la

ıdad de Córdoba, donde ambos firmaron un con-
nio el 24 de agosto.

La guarnición de Méjico, única fuerza española
e obedecía al general Novella, era impotente para
;istir; sostuvo sin embargo pequeñas escaramuzas
ıl fin capituló. El 27 de septiembre hizo Iturbide
triunfal entrada al frente de sus tropas, siendo
:ibido con aclamaciones de los patriotas y también
los realistas que habían celebrado las ejecuciones
Hidalgo, Morelos, Mina y los demás.

Se instaló en Méjico una junta gubernativa con
·ácter provisional, compuesta de treinta y ocho
·sonas designadas por Iturbide, encargada del
)ierno hasta la llegada de Fernando VII (que no
;ó nunca, dichosamente para él y para los mejica-
;). Se constituyó además una regencia de cinco
embros (figurando entre ellos el ex-virrey O'Do-
ú) bajo la presidencia de Iturbide. Á éste se le
nbró generalísimo de mar y tierra con el sueldo
ıal de 120,000 pesos y el tratamiento de alteza
enísima. Se le hizo además un donativo de un
lón de pesos con otros regalos regios y muchos
sajos.

ıa guarnición española del castillo de San Juan
Ulúa, situado en la rada de Veracruz, se negó á
itular y mantuvo izada su bandera hasta noviem-
de 1825.

ronto empezó á manifestarse el descontento de
patriotas contra el afortunado emancipador de
ico. Todos reconocían que sin él se hubiera
lado más en conseguir la anhelada indepen-
cia; pero no desconocían que era un ambicioso,
desdeñaba á los combatientes de la época difícil,
se consideraba único héroe de la independencia

mejicana y que la libertad democrática no lo contab[a]
en el número de sus amigos.

El 24 de febrero de 1822 se reunió en la capital
por vez primera, el Congreso mejicano. Desde la[s]
primeras sesiones aparecieron tres partidos clara-
mente demarcados: el borbonista, el republicano [y]
el iturbidista. El Congreso trató de cercenar lo[s]
poderes de Iturbide y acordó la entrada en la regen-
cia de un hombre que le era desafecto, el genera[l]
Bravo.

Para complicar la situación se supo que las Corte[s]
españolas no aceptaban el tratado de Córdoba n[i]
aprobaban los actos del virrey O'Donajú. Los borbo-
nistas quedaban anulados y era preciso elegir u[n]
soberano (rey ó emperador) que no fuera Fer-
nando VII ni príncipe alguno de su casa. Los repu-
blicanos querían constituír desde luego la Repúblic[a].
Pero en la noche del 18 de mayo se pronunció l[a]
guarnición de Méjico proclamando á Iturbide em-
perador con el nombre de Agustín I. El populach[o]
secundó al ejército, y el Congreso mismo eligió a[l]
día signiente emperador á Iturbide, por 67 voto[s]
contra 15, no asistiendo los republicanos.

El 21 de julio se celebró en la catedral de Méjic[o]
la ceremonia ridícula de una ostentosa coronació[n]
imperial, cuando ya el Congreso había declarad[o]
que la monarquía era, commo las de Europa, here-
ditaria.

El 31 de octubre disolvió Agustín I por su soberan[a]
voluntad el Congreso que lo había creado, nombran-
do en su lugar una junta encargada del poder legis-
lativo.

Era gobernador militar de Veracruz un joven co-
ronel que había hecho sus primeras armas en l[a]

as españolas; don Antonio López de Santa-Ana, estinado á figurar en primer término en la política e Méjico, su patria. Este jefe sublevó la guarnición e Veracruz el 2 de diciembre de 1822, proclamando República. Se le unió el general don Guadalupe ctoria, que nunca había reconocido el imperio.

Las tropas enviadas por Iturbide contra Veracruz pasaron á los insurrectos; se les unieron también s insignes patriotas general Bravo y general uerrero, con muchos oficiales inferiores y algunos putados del Congreso ilegalmente disuelto por urbide. Éste convocó un segundo Congreso; y al erse abandonado por sus aduladores y aun por sus nigos, renunció la corona cuando estuvo reunido segundo Congreso mejicano.

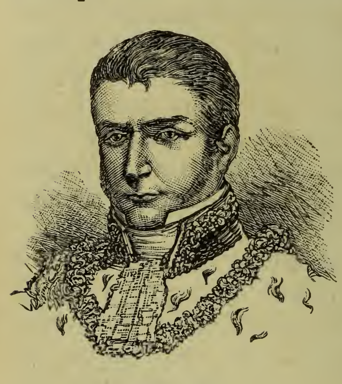
El Congreso declaró disuelto el imperio, señaló á urbide una pensión y lo hizo conducir por cuenta el Estado al puerto de Liorna (Italia). Enseguida ganizó una junta de gobierno formada por los nerales Bravo, Victoria y Negrete. Los diputados taban todos de acuerdo en proclamar la República, pero unos la querían federal y otros unitaria. e hizo necesario convocar una Asamblea constiyente, que se reunió en la capital á fines de octue de 1823 y fundó la República Federal.

Poco después se supo que Iturbide no quería rmanecer en Italia, que se hallaba en Londres y ie se proponía regresar á Méjico. Entonces el ngreso lo declaró enemigo del Estado y fuera de ley.

El 14 de julio desembarcaba el ex-emperador en to la Marina con un oficial polaco. Arrestado por general Garza, fué llevado á Padilla donde estaba unido el Congreso regional del Estado de Tamau-

lipas. Este Congreso acordó que Iturbide fuera pasado por las armas en cumplimiento de la ley. El 19 de julio de 1824 fué fusilado en Padilla el ex-emperador, mostrando en su muerte el valor sereno que le era habitual y tenía tan acreditado.

La rapidez con que procedió el Congreso de Tamaulipas cortó las maquinaciones de los imperialistas, que sólo aguardaban la llegada de Iturbide para sublevarse.



Iturbide

El 4 de octubre del mismo año fué solemnemente promulgada la Constitución de la República. El benemérito general don Guadalupe Victoria fué elegido presidente y don Nicolás Bravo vice presidente.

El 18 de noviembre de 1825, se rindió el castillo de *San Juan de Ulúa,* último baluarte de los españoles en tierra mejicana, después de haberlo defendido con singular constancia Dávila y Coppinger.

América Central. — La antigua capitanía general de Guatemala se declaró independiente sin efusión de sangre ni serias conmociones. En otra parte hemos dicho que el Perú fué el último país americano que se lanzó á la guerra; aquí lo confirmamos, pues si la revolución de Centro-América fué posterior á la del Perú, fué una revolución enteramente pacífica.

Cuando hacía bastantes años que los españoles ombatían en Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Río e la Plata y Méjico para prolongar su dominación n su dilatado imperio colonial, Guatemala permaecía tranquila como toda la América del Centro. obernaba el general Bustamante, á quien no deıba de inquietar la situación general de las colonias e América; su inquietud era tanto más justificada, or cuanto carecía de tropas casi por completo; pero ımpoco le fueron necesarias. Hubo conatos de consiración en San Salvador y Nicaragua, pero las auoridades las descubrieron á tiempo. Generalmente os conspiradores fueron indultados, salvo algunos ue fueron desterrados después de confiscárseles sus ienes.

El general Bustamante fué relevado en 1818 por on Carlos de Urrutia, general anciano y achacoso, quien le tocó aplicar la constitución liberal de 1820 ue establecía la libertad de imprenta y la formaión de una junta provincial. Fué empeñada la elecıón, pero triunfó el partido más afecto á España. onstituída la junta, los diputados provinciales que ı componían aconsejaron á Urrutia que dimitiera, ues todos comprendían que no era un hombre á ı altura de las circunstancias. Dimitió en marzo e 1821, relevándolo el brigadier Gainza (don Gaino) que había peleado en Chile siete años antes.

Al saberse en Guatemala el alzamiento de Iturbide n Méjico, se dividieron las opiniones y se agitaron os ánimos. Chiapas y otros pueblos fronterizos que ertenecían á la capitanía general de Guatemala, se dhirieron al programa de Iturbide. El mismo Gainı, comprendiendo que no tenía fuerzas para opoerse á la revolución, entró en correspondencia con

Iturbide y le dió la enhorabuena. La diputación ó junta provincial pidió á Gainza que convocara una junta de autoridades, la cual se celebró en Guatemala, el 15 de septiembre de 1821. En la junta se acordó proclamar y jurar la independencia; y aunque los diputados y las autoridades españolas entendían que al separarse de España lo hacían con sujeción al programa de Iturbide, el pueblo exigió á gritos la independencia absoluta de España, de Méjico y de cualquiera otra nación.

Los españoles de Guatemala, empezando por Gainza, hubieran querido someterse á Méjico, pues el plan de Iguala les permitía esperar que se proclamara emperador ó rey á un príncipe español, cuando no á Fernando VII; pero el pueblo se opuso y quedó consumada la revolución.

En Honduras y Nicaragua tenía partidarios la anexión á Méjico, lo que produjo trastornos de cierta gravedad. El brigadier Tinoco, gobernador de Honduras, invadió el distrito de Guatemala. El presbítero Delgado, en San Salvador, se puso al frente de un movimiento popular. Se procedió á un plebiscito para conocer la voluntad nacional, y resultó que la inmensa mayoría de la población quería unirse al imperio mejicano (5 de enero 1822).

Pero Delgado tenía decisivo influjo en la provincia de San Salvador y se opuso abiertamente á lo que se pretendía. Gainza mandó contra él una fuerza de milicianos guatemaltecos á las órdenes del coronel Arzú, que entró en San Salvador con suma facilidad; sin embargo, después de ocupada la ciudad fué desalojado de ella por los patriotas que obedecían á Delgado.

Por temor á la anarquía, ó más bien para satis-

facer sus ambiciones, envió Iturbide á Guatemala una división de 6,000 soldados aguerridos con el general don Vicente Filisola. Este general conferenció con Gainza; y deseando someter á Méjico toda la América Central, marchó sobre San Salvador, venció su resistencia é impuso la anexión que los salvadoreños no querían. En febrero de 1822 estaba incorporada Centro América al futuro imperio de Iturbide, y gobernada por Filisola tanto en lo político ó civil como en lo militar. El brigadier Gainza estaba en Méjico haciéndole la corte al general Iturbide.

Filisola gobernó en Guatemala con prudencia y honradez, pero los guatemaltecos y todos los centroamericanos estaban descontentos con los perjuicios que les causaba la incorporación. Por otra parte, no todos aprobaban la coronación de Agustín I ni sus fastuosidades. Agitáronse los ánimos al saberse la sublevación del coronel Santa Ana en Veracruz, y todo anunciaba que la insurrección republicana de Méjico sería secundada en Centro América. Filisola no estaba dispuesto á combatirla y convocó un Congreso centroamericano para que decidiera. Se reunió el Congreso á fin de junio de 1823, y el 1.° de julio declaró la independencia absoluta de la antigua capitanía general de Guatemala con el nombre de *Provincias Unidas del Centro de América.* Filisola abandonó el país; en Méjico se le acusó de haber estimulado y favorecido la segregación de Guatemala.

El Congreso Constituyente aprobó la Constitución federal de Centro América el 22 de noviembre de 1824, elevando las provincias de Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua y Costa Rica á la categoría de Estados federales.

Al general don Manuel José Arce, patriota distinguido, se le nombró por todos los Estados presidente de la Federación.

Brasil. — En 1807 se trasladó al Brasil la corte de Portugal. Invadido el reino por el ejército francés del general Junot, creyó el príncipe don Juan, regente del reino en nombre de su madre, que lo más cómodo era abandonar al pueblo y establecer su corte en un sitio más seguro. La idea no era nueva; don Luis da Cunha en 1736 y el marqués de Pombal en 1761, habían propuesto llevar á Río de Janeiro la capital del imperio lusitano.

La familia real desembarcó en Río de Janeiro el 1.° de mayo de 1808, dejando el Brasil de ser una colonia; la colonia fué más bien desde entonces el viejo Portugal, y por cierto que ganó en el cambio, pues se libró á lo menos de la presencia inútil de la dinastía con sus cortesanos y sus cortesanas, sus fidalgos y sus pergaminos, sus armas y sus pendones.

La monarquía portuguesa tomó el nombre de *Reino Unido de Portugal, el Brasil y los Algarbes.*

En 1809 se emprendió una expedición á la Guayana francesa, tomando la escuadra lusitana el puerto de *Cayena,* donde gobernaba el general Hugues que capituló sin resistir. La Guayana francesa quedó incorporada al Brasil hasta que, por la paz de 1815, fué devuelta á Francia.

La infanta de España, doña Carlota Joaquina de Borbón, hermana del rey Fernando VII y esposa del regente de Portugal, se dedicó en el Brasil á conspirar contra su hermano el rey de España, contra su marido el regente de Portugal y contra los pueblos de la América española. En efecto, descono-

ciendo los derechos, supuestos ó efectivos, de reyes y de pueblos, quiso formar un imperio para ella con las antiguas colonias españolas. Su marido, por su parte, aspiraba á unirlas al Brasil. Ambos desconocían las leyes de la historia, y cada uno de ellos ignoraba lo que pretendía su cónyuge pues no mediaba entre ellos relación alguna. El príncipe Juan vivía separado de su mujer, cuya conducta en Lisboa no habia sido muy edificante según los cronistas de aquel tiempo. En tales intrigas se ocupaba la corte en el Brasil, mientras el valeroso pueblo portugués combatía por su independencia y por conservar una corona á la casa de Braganza.

En marzo de 1816 murió la reina doña María, que estaba loca desde muchos años antes, heredando el trono su hijo el regente del reino que lo ocupó con el nombre de Juan VI. El primer acto del nuevo soberano fué mandar un ejército á la Banda Oriental del Uruguay.

Con pretexto de la guerra sostenida por los argentinos y los orientales contra los españoles de Montevideo, habían invadido ya los portugueses en 1811 la Banda Oriental del Uruguay. En 1816 volvieron á invadirla, tomando por pretexto la anarquía reinante á la sazón en aquella provincia emancipada, pero en realidad con la mira de satisfacer la tradicional aspiración de llevar la frontera del Brasil á la orilla boreal del Plata. Los orientales, acaudillados por Artigas, se habían emancipado de España; no se oponían á formar parte de la nación argentina, como provincia confederada; pero el gobierno de Buenos Aires, que era unitario en aquel tiempo y que por serlo causó tantos perjuicios á la naciente república, se opuso á las pretensiones de los orien-

tales. Éstos se sublevaron entonces, proclamando la independencia absoluta de la Banda Oriental y reconociendo la jefatura de Artigas; los que no la reconocieron, ó perdieron la vida ó emigraron. Tal era la situación al invadir las portugueses el territorio de la Banda Oriental del Uruguay.

Las fuerzas invasoras ascendían á 10,000 soldados portugueses y brasileños mandados por Lecor. Los patriotas, mandados por Artigas y otros guerrilleros, lucharon con valor y sin fortuna, siendo batidos en *India Muerta*, en el *Esteró Catalán* y por último en *Tacuarembó*. Artigas emigró, después de entrar sus enemigos en Montevideo el 20 de marzo de 1817.

En el Brasil había muy pocos republicanos antes de la llegada de la corte; pero cuando los criollos vieron de cerca una familia real y conocieron los esplendores de la monarquía, no fueron pocos los que se sintieron inclinados á la democracia, á la república y al separatismo. Los militares brasileños tenían frecuentes disputas con sus camaradas portugueses, y desde 1814 habían formado una sociedad secreta en Pernambuco. Lo supo el gobernador en 1817 y dió orden de arrestar á unas cuantas personas, entre ellas el capitán de artillería don José Barros Lima. El brigadier Barbosa le comunicó la orden de prisión; pero Barros Lima lo atrevesó de una estocada en presencia de la tropa. Ésta se sublevó instigada por otros oficiales; el gobernador Miranda Montenegro capituló al día siguiente; el pueblo de Pernambuco secundó el movimiento militar. Sucedió todo esto el 6 y 7 de marzo de 1817.

Los revolucionarios constituyeron un gobierno y proclamaron la república. Formaba parte del gobierno el comerciante de Bahía Domingo José Mar-

tíns, que era un propagandista revolucionario muy perseguido por las autoridades portuguesas. El movimiento de Pernambuco se propagó á dos provincias; para extenderlo á Bahía salió de Pernambuco, llevando instrucciones y proclamas, un cura llamado Abreu; pero fué preso al desembarcar en el muelle de Bahía, sentenciado á muerte por un consejo de guerra y fusilado.

Salieron tropas y una escuadra de Río de Janeiro contra Pernambuco. Los republicanos, mandados por el mayor Cavalcanti, alcanzaron ventajas en *Utinga;* pero la escuadra de Lobo estableció el bloqueo, fué derrotado Martíns por Mello de la Cerda, el mismo Cavalcanti fué vencido y Lobo entró en Pernambuco el día 20 de mayo. Martíns y doce individuos más pagaron con la vida su amor á la república.

Pero la paz fué poco duradera. La revolución española de 1820 repercutió en Portugal; en Oporto se sublevó el ejército en favor del régimen constitucional, siendo secundado por el pueblo y por varias guarniciones. La de Lisboa, negándose á combatir por el absolutismo, decidió el triunfo del sistema liberal. Estas noticias fueron recibidas por los brasileños con el mayor entusiasmo. Se pronunciaron en favor de la Constitución Pará y Bahía en febrero de 1821, siguiendo á los pocos días la guarnición militar de Río de Janeiro. Don Juan VI se vió obligado á aceptar y jurar una constitución que aun no existía, pues la estaban discutiendo y aun no la habían aprobado las Cortes constituyentes de Lisboa.

Las Cortes constituyentes siguieron una política opuesta á los intereses brasileños, política absorbente y reaccionaria, tanto más sensible para los

criollos, por cuanto el rey don Juan había sido en el Brasil contemporizador y reformista en la medida que puede serlo un monarca. Además decidieron que el rey volviera á Lisboa. Como ya en Portugal no había peligro, como había pasado la tormenat de 1808, don Juan VI se embarcó dejando en el Brasil á su hijo el príncipe don Pedro.

Gobernaba éste con discreción y dictando medidas liberales, cuando se vió llamado por las Cortes portuguesas que sin duda temían lo que después sucedió. Ya iba á salir de Río de Janeiro para volver á Lisboa, cuando el pueblo se opuso y él accedió á quedarse. Poco después, el 13 de mayo de 1822, le fué concedido por los ayuntamientos el título de *defensor perpetuo del Brasil.*

El príncipe don Pedro, excediéndose en mucho de sus atribuciones, convocó una asamblea constituyente. Los siete diputados brasileños que formaban parte de las Cortes portuguesas y estaban en Lisboa, se retiraron al Brasil. Por último, el 7 de septiembre de 1822 proclamó don Pedro la independencia completa del Brasil, y el 12 de octubre se vió aclamado emperador constitucional siendo consagrado el 1.° de diciembre.

Los portugueses del Brasil consideraron rebelde al joven príncipe, haciéndose fuertes en Bahía donde contaban con abundantes recursos. Mandaba allí un general portugués, don Luis Ignacio Madeira, teniendo algunas tropas lusitanas y trece barcos de guerra. El emperador mandó á Bahía una división de tropas brasileñas á las órdenes del general Labatut, aquel oficial francés que había combatido en Nueva Granada como ya se ha visto en la sección correspondiente. Labatut fué desgraciado en un ata-

ue por tierra que intentó contra la plaza; pero ronto cambió la suerte de las armas, gracias á lord 'omás Cochrane y á la armada brasileña.

El famoso almirante del Pacífico había tenido alunas desavenencias con el general San Martín, á onsecuencia de las cuales se había retirado de las guas del Perú. El gobierno del Emperador aprovehó la presencia de Cochrane en el Brasil para darle l mando de su flota. Con ocho buques, de los cuales ólo dos merecían el nombre de naves de guerra, alió Cochrane de Río de Janeiro en abril de 1823 en usca de la escuadra portuguesa que tenía trece arcos y 192 bocas de fuego. No obstante su inferioidad, estableció Cochrane el bloqueo de Bahía. Á ı vez mandó construír brulotes para incendiar la scuadra portuguesa. El ejército de tierra se acercó la plaza al mando del coronel Lima (don Joaquín), ucesor de Labatut.

Los portugueses, creyéndose perdidos, evacuaron ı plaza el 2 de julio, saliendo con la escuadra, el jército y un convoy de setenta embarcaciones merıntes. Cochrane los persiguió, se apoderó de alunos barcos y les impidió desembarcar en otro unto de América. El almirante portugués no creyó onveniente combatir y tomó el derrotero de Lisoa.

El 27 de julio se rindió á Cochrane la plaza de arañón; la de Pará se rindió al capitán Grenfell, no de los ingleses que servían á las órdenes de rd Cochrane. Algunas partidas portuguesas queaban en el norte; la guarnición portuguesa de ontevideo tampoco había reconocido al nuevo goierno del Brasil; pero aquéllas se disolvieron pron-, y la guarnición de Montevideo se embarcó direc-

tamente para Portugal después de sostener un sitio de año y medio.

En 1824 era el Brasil un Estado independiente, del que formaba parte federativamente la Banda Oriental del Uruguay con el nombre de « Estado cisplatino ».

CAPÍTULO II

HISTORIA MODERNA DE LAS REPÚBLICAS AMERICANAS.

El autor de este Resumen lo da por concluído al final del capítulo anterior. Añade, sin embargo, este capítulo, aun más resumido que los precedentes, nada más que para dar noticia de las consecuencias de la revolución, de las transformaciones operadas y de los nuevos Estados que se han constituído en algunas regiones que antes eran provincias dependientes de los virreinatos, como el Uruguay, el Paraguay, Bolivia y el Ecuador.

Declarado el objeto de este último capítulo, que no entraba en el plan de nuestra obra, nadie extrañará que resulte excesivamente compendiado y sin guardar proporción con los capítulos que le preceden.

Es muy difícil escribir á conciencia la historia contemporánea, la narración de sucesos en que hemos sido testigos cuando no actores, pues en causa propia nadie está libre de pasión y de parcialidad. Sin duda existen y han existido hombres que nacieron con temperamento de historiadores y pueden ser alguna vez imparciales; no estamos en ese

caso y lo reconocemos; el que esto escribe no puede ni quiere hacerlo con imparcialidad.

Estados Unidos del Norte. — Concluída la guerra de la Independencia y elegido Wáshington en 1787 presidente de la Federación, entró la República norteamericana en la senda de la prosperidad y de la gloria. Á la democracia y al federalismo debe Norte-América su grandeza actual; si hubiera establecido una monarquía más ó menos liberal, ó una república unitaria, es indudable que ya se habría desgarrado fraccionándose en diferentes naciones.

Poco influyen los hombres, aun siendo grandes, en los destinos de un pueblo. Sin embargo, los Estados Unidos son deudores á Wáshington de ejemplos dignos de tener imitadores. Gobernante leal y desinteresado, impuso á todos el cumplimiento de la Ley procediendo contra algunos con severidad porque él era el primero en acatarla y cumplirla. Refrenó con mano fuerte, en su origen, un movimiento que preparaban los perjudicados por una contribución que se impuso á los licores. También castigó á los indios del Oeste que se mostraban hostiles, tratándolos quizá con la excesiva dureza tradicional en su raza. Pasados los años de su primer período constitucional, fué reelegido presidente.

En el segundo período presidencial puso el mayor empeño en observar la neutralidad más absoluta, sin comprometer á los Estados Unidos en alianzas con la República Francesa á la sazón en guerra con las monarquías de Europa. La Federación americana acababa de constituírse y necesitaba desenvolver en la paz sus grandes elementos de riqueza.

Transcurridos otros cuatro años, el presidente se negó á ser reelegido. Las reelecciones son impropias de las democracias y perjudican á los mismos en quienes recaen, aunque las merezcan. Le sucedió John Adams, uno de los hombres más notables de la independencia. Durante su presidencia, en 1799, murió el inmortal Jorge Wáshington en su modesto retiró de Mount Vernon, donde vivía como un Cincinato.

En 1801 subió á la presidencia Thomas Jéfferson, que adquirió la Luisiana vendida por Francia en 15 millones de pesos. La marina americana castigó á los piratas de Trípoli. En su tiempo se construyó por el americano Fulton la primera nave de vapor.

James Mádison le sucedió en 1809. Durante su presidencia fué autorizado por el Congreso para declarar la guerra á la Gran Bretaña, cuyos navíos se permitían registrar en alta mar á los barcos de los Estados Unidos para apoderarse de los desertores de la marina inglesa. Mádison declaró la guerra, que duró dos años. Al principio fué derrotado el ejército de los Estados Unidos por las tropas inglesas del Canadá, pero en 1813 fueron arrojados los ingleses del Michigan por los federales del general Hárrison. El comodoro Parry obtuvo también una victoria en el célebre combate del lago Erie. Mac Donough, otro comodoro americano, apresó todos los buques ingleses que no echó á pique en el lago Champlain. Entre tanto los ingleses al mando de Ross tomaron la ciudad de Wáshington, incendiando el Capitolio; pero no pudieron entrar en Baltimore á pesar de todos sus esfuerzos. La guerra continuó con suerte varia hasta la paz de 1815.

Terminada la lucha con Inglaterra, fué el como-

doro Decatur al Mediterráneo y castigó á los piratas de Argel, obteniendo la devolución de algunos cautivos norteamericanos.

Sucedió á Mádison el general Monroe el 4 de marzo de 1817. Monroe obtuvo de España la cesión de la Florida, en 1820, mediante una indemnización de 5 millones de pesos. De su tiempo data la llamada doctrina de Monroe, que fué formulada así : « En lo venidero, ninguna nación de Europa tendrá derecho á establecer colonias en el continente americano ».

Los presidentes sucesivos cumplieron con sus deberes dando ejemplo de la más estricta probidad; pero en su tiempo no ocurrió suceso alguno de importancia histórica, salvo algunas campañas con los indios del Oeste. Los Estados Unidos iban ensanchando sus inmensos territorios, unas veces por conquista y exterminando á los indios, otras veces por compra y algunas por anexión. La provincia de Tejas se había declarado independiente de Méjico en 1836, formando una república aparte; acudieron á ella muchos nuevos pobladores europeos y americanos, que al cabo formaron la mayoría; en 1845 pidieron los habitantes la anexión á los Estados Unidos y éstos la aceptaron. Méjico en tanto, no habiendo reconocido la independencia de Tejas, consideró la amañada anexión como un despojo, del cual resultó la guerra entre Méjico y los Estados Unidos.

Empezaron las hostilidades en 1846 en la frontera del norte, siendo las acciones de guerra generalmente favorables á los angloamericanos, que ocuparon á Monterrey y todo el territorio de Chihuahua. Además del ejército que invadió á Méjico por la

frontera del norte, al mando del general Taylor, desembarcó otro mandado por Scott no lejos de Veracruz el 9 de marzo de 1847. Scott bombardeó el castillo de San Juan de Ulúa, que al fin se le rindió; inmediatamente marchó á la capital. El 18 de abril derrotó á Santa Ana en Cerro Gordo; ganó las acciones de Contreras, Molino del Rey, Chapultepec y otras, posesionándose de la capital de la República á mediados de septiembre.

El 2 de febrero de 1848 se firmó la paz entre las dos repúblicas, cediendo Méjico á los Estados Unidos, además de Tejas, los territorios de Nuevo Méjico y los de California á cambio de una indemnización de 15 millones de pesos. El ejército americano evacuó la capital en junio y poco después regresó á los Estados Unidos.

En 1851 se organizó en los Estados Unidos una expedición filibustera contra la isla de Cuba, expedición dirigida por don Narciso López, exbrigadier español. Era presidente Millard Fillmore, partidario de la anexión de Cuba á los Estados Unidos. La empresa no tuvo más resultado que la desastrosa muerte de Narciso López y de muchos de sus aventureros, batidos y ejecutados poco después de desembarcar en Cuba.

La secta de los mormones, perseguida constantemente por las autoridades que consideraban la poligamia contraria á la moral y á las leyes, fué por fin autorizada en 1856 (cuando era presidente James Buchanan), con ciertas condiciones, como la de residir en punto determinado que se le señaló. Aun existe en Utah, aunque en decadencia.

La República norte americana, que era en lo político un modelo, padecía en lo social de una gangre-

nosa llaga: la esclavitud, combatida con ardimiento y con fe por las almas generosas, pero sostenida por los intereses de los Estados del Sur, llamados esclavistas. En 1859 se sublevó con un puñado de abolicionistas el desgraciado John Brown pidiendo la libertad de los esclavos negros y apoderándose del arsenal de Harper's Ferry; pero atacado por tropas del gobierno fué colgado con seis de sus amigos. Sin embargo, la esclavitud no se podía sostener por el interés discutible de los menos, siendo una afrenta para la humanidad. Los Estados esclavistas vivían en continua alarma por la propaganda infatigable de los abolicionistas. Uno de los hombres que más se distinguieron en esta propaganda fué sin duda el abogado Abraham Lincoln; y al ser éste elegido presidente, comprendieron los esclavistas que había llegado la hora de lo que ellos consideraban su ruina, aunque fuera realmente su purificación.

Los estados del sur decidieron separarse de la Unión Americana. Rompió la marcha la Carolina del Sur, dando la voz separatista el 20 de diciembre de 1860. Su ejemplo fué seguido por los Estados de Georgia, Alabama, Florida, Misisipí, Luisiana y Tejas. El 4 de febrero de 1861 se estableció en Montgomery el gobierno de los *Estados Confederados de América*, nombrándose presidente á Jefferson Davis.

Los separatistas rompieron las hostilidades el día 2 de abril atacando el fuerte Sumter. El gobierno ederal tenía muy poco ejército, y Lincoln pidió al aís 75,000 hombres. Los confederados organizaron ápidamente un ejército más numeroso, admitiendo ventureros de todos los países. El año de 1861 fué unesto para el gobierno de Wáshington, pues los

separatistas se hicieron dueños de los arsenales de Harper's Ferry y de Norfolk y triunfaron en los primeros encuentros. En junio quedaron derrotados los generales del gobierno Butler y Mac Dowell (batallas de Big Bethel y Bull Run). Nombrado el ilustre general Mac Clellan general en jefe de las tropas federales, fué vencido también en Bull's Bluft donde quedó deshecho el ejército del Potomac.

En 1862 cambió un poco la suerte de las armas. La guerra empezada en 1861, que duró cuatro años, es digna de meditado estudio para los hombres de guerra; pero en un compendio no es posible enumerar los combates y batallas en que federales y confederados fueron tantas veces vencidos y vencedores. Ambos ejércitos admitían soldados de todas procedencias; pero los extranjeros no eran tan numerosos en el federal como en el confederado. El ejército del Sur tenía desde el principio muy buenos oficiales, tanto de los que habían seguido su carrera en la célebre escuela de West Point, como de los aguerridos en las modernas luchas sudamericanas y europeas. De todas maneras, el ejército del Norte contaba con más y con mejores recursos y con la justicia de su causa.


Grant

Mac Clellan volvió á ser derrotado en 1862 por Lee, militar de carrera y de los más ilustres de la

escuela de West Point. Lee pasó el Potomac y obtuvo grandes victorias, pero tuvo que retroceder. Se hacía la guerra en extensos territorios, y la cifra de ambos ejércitos aumentaba hasta lo inverosímil; llegó á contarse por millones de hombres. No sólo se peleaba en tierra, sino también en el mar. Ambos partidos construyeron los primeros monitores, los más temibles torpedos, iniciando una transformación en la arquitectura náutica. El 8 de marzo de 1862 fueron echadas á pique las fragatas federales *Cumberland* y *Congress* por el acorazado *Merrimac*; éste fué vencido par otro buque de hierro : el *Monitor*.

La escuadra federal mandada por Farragut (americano oriundo de las islas Baleares), se apoderó de Nueva Orleáns después de haber obtenido otras victorias.

En 1863 venció Lee con sus confederados á los federales del general Hooker, invadiendo el Maryland así como Pensilvania; pero derrotado por el general Meade, repasó el Potomac y adoptó la defensiva.

El general Sherman y el comodoro Porter ocuparon importantes fuertes en Arkansas; Grant obtuvo serias ventajas en el Misisipí; Sherman y Burnside triunfaron en Tennesse, donde los federales habían combatido antes con muy mala ventura.

En 1864 fué nombrado general en jefe del ejército del Norte el aguerrido Grant. La calma olímpica de este caudillo heroico, la intrepidez invencible de Sherman y el incomparable arrojo de Farragut, dieron la victoria al gobierno federal. Venció Sherman en Atlanta, después de una campaña brillantísima; se rindió Mobila á Farragut, después de forzar éste

la entrada de aquel puerto con sus barcos de madera, amarrado en una cofa, ypasando á través de los acorazados enemigos; por último, Lee se rendió á su antiguo compañero Grant el 9 de abril de 1865.

Lincoln había sido reelegido presidente en noviembre de 1864, y tuvo la doble satisfacción de suprimir la esclavitud en su patria y de ver restablecida la paz en la República.



Lincoln

Pero el hombre que había roto las cadenas de 4 millones de negros infelices, dignificando á toda la raza negra y salvando á su patria de una afrentosa ignominia, murió asesinado el 14 de abril de 1865 en un teatro de Wáshington por un fanático llamado Booth.

Entonces ocupó la silla presidencial el vicepresidente Andrew Johnson, hasta que fué elegido presidente el general vencedor Ulises Grant.

Desde entonces no se ha registrado ningún suceso de importancia histórica en los Estados Unidos. Lo mismo Grant que sus dignos sucesores han contribuído á restañar las heridas de la guerra, no interrumpiendo el admirable progreso de la gran República ni las crisis económicas, ni la cuestión social, ni las agitacionee electorales que tanto perturban á las democracias inexpertas. La de Norte América está en posesión de todos sus derechos y es eminentemente práctica.

República Mejicana. — En el capítulo anterior dejamos constituída la República de Méjico y presidida por el general Victoria (1). Poco después se descubrió una conspiración ridícula para restablecer la dominación de España, á consecuencia de la cual murieron fusilados fray Joaquín Arenas, el general Arana, Segura, Martínez y otros, siendo expulsados algunos españoles y presos los generales Echavarri y Negrete, mejicanos.

En 1827 se sublevó en Otumba el teniente coronel Montaño, pretendiendo que se había violado la Constitución y exigiendo la supresión de la masonería. El movimiento llegó á revestir alguna gravedad, pero fué vencido por Guerrero en Tulancingo á principios de enero de 1828. Los vencedores se condujeron con magnanimidad y á nadie se fusiló.

En septiembre del mismo año fué elegido presidente el general Pedraza; pero derribado inmediatamente por una revolución, fué substituído por el general Guerrero.

En tiempo de Guerrero llegó á la costa de Méjico una expedición de 4,000 españoles organizada en Cuba. Don Isidro Barradas, brigadier, mandaba la expedición. Ésta se apoderó de Tampico, donde fué atacada por fuerzas de Santa Ana, Mier y Terán y otros jefes. Después de combatir doce horas capituló Barradas, embarcándose para Cuba los supervivientes.

Guerrero fué derribado por un pronunciamiento; le sucedió el general Bustamante.

(1) Este general se llamaba don Manuel Félix Fernández; pero adoptó el apellido Victoria, desde que se sublevó en 1810, por creerlo de buen augurio.

Siguió una serie que llegó á parecer interminable de pronunciamientos militares, asonadas y motines. Las desdichas del pandillaje, las vergüenzas del caudillaje y la inexperiencia de los partidos políticos no causaron en país alguno tantos desastres como en la República de Méjico. El insigne Guerrero fué fusilado en 1831. La guerra civil era casi permanente.

El general Santa Ana, que había sido uno de los más ardientes y bravos defensores del sistema federal, llegó á la presidencia en 1833 y en ella renegó de sus principios. Se alzó contra él en 1835 el partido federal, pero fué vencido por Santa Ana. La república pasó de federal á unitaria, lo que produjó la sublevación de Tejas. Ninguna provincia se disgregó de Méjico, ni aun en medio de grandes agitaciones, mientras duró el régimen federal; pero tan pronto como se estableció el unitarismo, Tejas se declaró independiente, formó una república por separado y designó para la presidencia á Samuel Houston.

El presidente de Méjico don Miguel Barragán dispuso la marcha á Tejas de un ejército de 6,000 hombres mandado por Santa Ana. Éste batió á los tejanos en todos los encuentros, pero ensangrentó sus triunfos con fusilamientos repetidos. Exasperados los habitantes, solicitaron recursos á los Estados Unidos, y los obtuvieron. Poco después sorprendieron á Santa Ana, lo derrotaron en San Jacinto y lo hicieron prisionero. Más humanos que él, no quisieron fusilarlo.

En 1837, siendo presidente el general Bustamante, hubo movimientos federales en San Luis Potosí, Tampico, Sonora y Nuevo Méjico. Fueron reprimidos, pero costaron sangre.

En 1838 reclamó Francia una indemnización por los perjuicios causados á negociantes franceses durante las revueltas que hemos apuntado. El gobierno de Méjico no dió satisfacción, y el rey de los franceses, Luis Felipe de Orleáns, hizo bombardear el castillo de San Juan de Ulúa por la escuadra del almirante Baudin. El fuerte capituló después de defenderse cuatro horas. Los franceses ocuparon la ciudad de Veracruz y obtuvieron la indemnización que reclamaban. El ministro realista Mr. Thiers, tuvo el cinismo de declarar más tarde que Méjico había pagado más de lo que debía, pero que no había faltado en qué emplear aquella diferencia (1).

En 1839 continuó perturbada la República por alzamientos y revoluciones. En 1840 sucedió lo mismo. La guerra civil, con su obligado cortejo de fusilamientos é injusticias, era lo normal é inevitable. En tal situación se hallaba Méjico al ocurrir la anexión de Tejas á los Estados Unidos, anexión que motivó una guerra entre las dos repúblicas. La de Méjico no había reconocido la independencia de Tejas y protestó. La de los Estados Unidos aceptó la anexión, y aun pretendió que pertenecían á Tejas territorios mejicanos que nunca le habían pertenecido.

La guerra comenzó en 1846, durante la presidencia del señor Herrera, invadiendo los americanos la República de Méjico. Lo hizo por la frontera de Tejas el ejército de Taylor; por Veracruz el que mandaba Scott. Ambos ejércitos norteamericanos tuvieron que luchar con decisión, pues la defensa de los mejicanos, aunque mal dirigida, fué real-

(1) Thiers, *Discurso del 9 de junio de 1867.*

mente heroica. El general Scott se apoderó por fin de la ciudad de Méjico, después de vencer la obstinada resistencia de los mejicanos en Veracruz, Cerro Gordo, Churubusco, Molino del Rey y Chapultepec. En Chapultepec se batieron como gigantes los jóvenes alumnos del Colegio militar, muriendo 5 menores de diez y siete años (1).

Méjico vencido cedió á las exigencias de los norteamericanos; perdió casi la mitad de sus ricos territorios; pero los americanos perdieron en esta guerra de 25,000 á 26,000 hombres, incluyendo los muertos por las enfermedades. Para llevar á cabo la adquisición de Tejas, Nuevo Méjico y Alta California (que tal fué el resultado de la guerra), tuvo que emplear el gobierno de los Estados Unidos 20,000 soldados, 70,000 voluntarios, 200 piezas de artillería y 150 embarcaciones.

En cuanto salieron de Méjico las tropas invasoras, se pronunció en Aguascalientes el general Paredes Arrillaga que juzgaba el tratado de paz una vergüenza para la República. El movimiento quedó bien pronto vencido, siendo fusilado el padre Jarauta, célebre guerillero que aun no tenía cicatrizadas las heridas gloriosas recibidas en la guerra. La historia de las revoluciones y guerras civiles mejicanas, que continuaron después como antes de la invasión (2),

(1) En el glorioso combate de Chapultepec murió el coronel Xicotencatl. Un monumento conmemorativo, en el que están esculpidos los nombres de los héroes, contiene esta inscripción : « CHAPULTEPEC, 13 DE SEPTIEMBRE DE 1847. — *A la memoria de los alumnos del Colegio Militar que murieron como héroes en defensa de la patria.* »

(2) Durante la invasión y en plena guerra extranjera hubo también revueltas intestinas que perjudicaron mucho á la defensa nacional.

no cabe en un compendio. Tantos disturbios, que impedían el progreso moral y material de Méjico, dieron por resultado en 1853 la efímera dictadura militar del general Santa Ana llevado al poder por los conservadores. El dictador no tuvo ni un día de paz, sucediéndose las protestas armadas uno y otro día. Se sublevaron tropas y generales y pueblos, sobre todo al saberse que Santa Ana andaba en tratos con el gobierno español del conde de San Luis para poner la República bajo el protectorado de la monarquía española. En 1854 fué atacada la Sonora por una expedición filibustera de franceses y de piratas norteamericanos, en número de 400 hombres. El conde Raousset de Boulvon, aventurero francés de modales distinguidos y de valor temerario se puso al frente de los filibusteros con el pensamiento de hacerse proclamar rey constitucional de Sonora. Batido por 300 mejicanos que mandaba el general Yáñez, quedó prisionero y el 12 de agosto fué pasado por las armas. Continuaba en tanto reinando la anarquía; en 1855 se retiró Santa Ana, que era impotente para sostener su dictadura, y se refugió en la Habana.

Le sucedió en la presidencia el general don Juan Álvarez, reemplazado á los dos meses por el general don Ignacio Comonfort. Éste no pudo tampoco gobernar tranquilamente, pues los conservadores continuaron promoviendo sublevaciones, revueltas, escándalos y traiciones, aun después de la rendición de Puebla y de celebrarse en Méjico la « fiesta de la paz ». El obispo de Puebla, don Pelagio Labastida, predicó sermones sediciosos y fué desterrado; se extinguió gubernativamente la compañía de Jesús; el ministro de Hacienda Lerdo de Tejada, uno de los

hombres más capaces que han gobernado en Méjico, ordenó la desamortización de los bienes eclesiásticos. Estas medidas les sirvieron á los conservadores para convertir en religiosa la cuestión política. Hubo repetidas sublevaciones del partido conservador clerical, siendo vencidas sucesivamente; la del valiente general Osollo fué la más importante.

El 5 de febrero de 1857 se promulgó la nueva Constitución de Méjico; no sólo era federal, sino que era la primera constitución verdaderamente liberal y democrática. El partido conservador la calificó de funestísima; á ella, sin embargo, debe la República su actual grandeza, la prosperidad de sus Estados y el más lisonjero porvenir. El 1.° de diciembre de aquel mismo año fué reelegido presidente el general Comonfort, que quiso practicar en lo político el sistema astronómico de Tico-Brae; fué un error, pues no consiguió atraerse á los conservadores y se enajenó las simpatías y el apoyo de los liberales. En política es necesario estar con unos ó con otros, dejándose de equilibrios.

El pronunciamiento de enero de 1858 derribó á Comonfort; los conservadores nombraron presidente al general Zuloaga, con el pensamiento de reformar la Constitución en sentido restrictivo; pero el presidente de la Suprema Corte de Justicia, don Benito Juárez, no reconoció al nuevo gobierno, llamado reformista, y estableció el gobierno constitucional, primero en Guanajuato, después en Guadalajara, más tarde en Veracruz.

Zuloaga derogó la ley de desamortización y mandó un ejército contra los patriotas constitucionales. Encendióse la guerra llamada de *Reforma,* que fué la más dramática y sangrienta porque ha pasado la

República. Inundóse el país de partidas guerrilleras, así constitucionales como reformistas, y se derramó la sangre en abundancia como en la guerra de la Independencia. De tanta sangre vertida en combates y fusilamientos son responsables ante la posteridad los clericales y conservadores. Miramón, el caudillo más notable de éstos, derrotó á Vidaurri, á Degollado y á otros generales defensores de la legalidad. Poco después sustituyó en la presidencia el general Miramón al general Zuloaga. Entretanto Juárez mantenía la ley en Veracruz, adonde había llegado en mayo del año referido (1858). Miramón quiso tomar la plaza, pero ni pudo tomarla en 1858, ni en 1859 en que reiteró sus tentativas. Inútilmente lo intentó en 1860; pero no sólo tropezaba con el tesón de Juárez y con la fiebre amarilla que diezmaba sus tropas, sino con el aumento de las fuerzas liberales en todos los Estados de la federación. Miramón se acreditó en la guerra de Reforma de ser un buen soldado y el más caballero de los conservadores; ganó muchas batallas; pero al fin quedó completamente vencido y derrotado en San Miguel de Calpullapan, el 22 de diciembre, por las tropas federales del general Ortega. El 1.° de enero de 1861 entró en Méjico don Benito Juárez, restableciéndose el gobierno constitucional en la capital de la República. En la guerra de Reforma adquirió celebridad



Juárez

funesta el general conservador don Leonardo Márquez, autor de innumerables y odiosos fusilamientos. En un solo día fusiló á cincuenta y tres personas, algunas de ellas heridas, otras enteramente extrañas á la lucha, no perdonando ni á los practicantes y los médicos que curaban á los heridos de ambos bandos. La historia ha recogido los nombres de las víctimas y las titula « Mártires de Tacubaya ». El mismo Zuloaga, honrado general conservador, hablando del tigre Márquez, decía en un manifiesto : « su huella se conoce á larga distancia; donde la barbarie se ha cebado en una ó muchas víctimas, donde hay lágrimas y desolación, por allí ha pasado de seguro don Leonardo Márquez. »

En 1861, siendo presidente don Benito Juárez, siguieron en armas los conservadores aunque ya sin esperanza de triunfo. Sus caudillos principales eran Cobos, Márquez, Mejía, Buitrón, Vélez y otros generales que se mantenían en Sierra Gorda. Sorprendieron al general Degollado, que fué inicuamente fusilado por los defensores de la Iglesia ; Márquez fusiló también á don Melchor Ocampo, sacándolo de su hacienda donde vivía sosegado con toda su familia; el general Valle, derrotado por Márquez, fué fusilado igualmente; no tienen número los crímenes que cometieron los conservadores. Alentado por sus victorias y por el terror que su presencia imponía, se acercó Márquez á las puertas de la capital de donde fué rechazado por el general Zaragoza y por don Porfirio Díaz. El 13 de agosto lo derrotó por completo el general Ortega en Jalatlaco.

Angustiosa era la situación económica de la República después de tantas guerras, viéndose obligada la nación á suspender temporalmente sus

pagos. Con tal motivo presentaron sus reclamaciones Inglaterra, España y Francia; estas potencias, en virtud de la convención de Londres, acordaron ocupar los puertos é intervenir las aduanas de la República hasta cobrar sus créditos, « comprometiéndose á no pretender adquisición de territorio y á no influír en la política interior de Méjico ». Así lo hicieron lealmente España é Inglaterra, pero el imperio francés llevaba ocultas y bastardas miras. Los conservadores mejicanos habían convencido á Napoleón III de que podía establecerse un imperio en la heroica tierra de Morelos y de Matamaros. Sucedió, pues, que á poco de ocupado Veracruz por los ejércitos español, francés é inglés, apoyados en las tres escuadras respectivas, y cuando estaban pendientes las negociaciones con el gobierno de Juárez, descubrió don Juan Prim, general en jefe de los españoles, que los franceses pretendían violar la convención de Londres imponiendo á Méjico un gobierno imperial con el príncipe Maximiliano de Austria por emperador. Inmediatamente protestaron los generales español é inglés, retirándose á la Habana con sus tropas, y dejando á los franceses. El abandono de la empresa por los españoles produjo en España una explosión de entusiasmo y aumentó la popularidad de que gozaba Prim. Algunos lo criticaron por no haberse puesto francamente al lado de la justicia, cooperando con los mejicanos á defender la República y expulsar á los franceses; pero Prim se defendió después en el Senado, diciendo que en Méjico hubiera podido hacerlo, pero que quiso evitar á España la guerra en los Pirineos y cumplir fielmente la convención de Londres. También hubo en España, desgracia-

damente, algunos descendientes de inquisidores y frailes que censuraron á Prim por no haber contribuído á restablecer en Méjico la casa de Austria. Pero la opinión general en Europa y en América hizo completa justicia á la previsión y á la resolución del General. Nada más absurdo, sobre ser injusto, que el propósito del emperador de los franceses. ¿Cómo había de ser posible que Méjico aceptara, al cabo de medio siglo de independencia y de revolución, la forma de gobierno de los toltecas y los chichimecas?

Reforzados los franceses emprendieron la marcha el 19 de abril de 1862 con 6,000 soldados aguerridos; se les unieron los conservadores mejicanos, cuyo jefe era el traidor Almonte; el 28 batieron en las cumbres de Acultzingo al general Zaragoza, que resistió algunas horas con 2,000 reclutas y se retiró por el camino de Puebla. El 5 de mayo, cerca de esta ciudad, se avistaron de nuevo los ejércitos del general Lorencez y el general Zaragoza. Éste, con 4,000 soldados, rechazó las enérgicas acometidas de los 6,000 franceses, que abandonaron el campo dejando más de 600 muertos, heridos y prisioneros. Muchos soldados mejicanos, que jamás habían salido de Méjico, adornaron sus pechos desde aquel día con medallas de Solferino y de Sebastopol ganadas con sus bayonetas en la batalla de Puebla.

Emprendió Lorencez la retirada, manteniéndose en Orizaba y á la defensiva, hasta que en septiembre llegó de Europa el general Forey con 30,000 soldados.

Emprendió Forey su marcha al interior en marzo de 1863. En Puebla estaba el general Ortega con 20,000 soldados mejicanos, que sostuvieron con

honra un sitio de dos meses. Cuando la resistencia llegó á ser imposible, después de rudísimos combates y careciendo los sitiados de víveres y de municiones, abrió Ortega las puertas de la ciudad negándose á capitular; prefirió rendirse á discreción por no tratar con los enemigos de su patria, El sitio les costó á los franceses 2,000 bajas, y al tomar la ciudad se apoderaron de 10,000 soldados que todos quedaron prisioneros; ninguno quiso servir á la causa de los invasores.

Juárez y el gobierno abandonaron entonces la capital de la República llevándose la bandera de la legalidad y de la patria. Los franceses entraron en Méjico el 7 de junio. El general don Bruno Aguilar se adhirió, con otros conservadores mejicanos, á la invasión francesa. El general francés constituyó un gobierno mejicano, el cual acordó que Méjico adoptaba la forma de gobierno monárquica hereditaria con un príncipe católico, aceptando por emperador de Méjico al archiduque Maximiliano de Austria « ó cualquiera otro que indique Su Majestad el Emperador de los franceses, *con tal que sea católico* ».

El mariscal Forey entregó el mando al general Bazaine en octubre de aquel año. En 1864 llegó el Emperador, desembarcando con la emperatriz en Veracruz, donde el recibimiento fué glacial. Casi con la misma indiferencia se le recibió en la capital, aunque los imperialistas lo vitorearon, pagándose los vítores á precio de oro lo que costó 140,000 pesos.

Los 50,000 franceses de Bazaine y las tropas mejicanas del general imperialista Márquez, tuvieron que combatir á los republicanos que se sostuvieron con tesón. El general Mejía, también imperialista

mejicano, consintió que las fuerzas de su mando asesinaran al general Comonfort. Aunque había en Méjico un partido imperialista y un ejército imperial, Maximiliano se hubiera sostenido poco tiempo sin el apoyo del ejército francés. Éste ocupaba la capital y otras ciudades importantes, manteniendo las comunicaciones estratégicas.

En 1865 operaban en Méjico y batían casi constantemente á los patriotas, 20,000 imperiales mejicanos, 30,000 franceses, 1,500 auxiliares belgas, 6,000 austriacos y 8,000 guardias rurales. Juárez mantenía la bandera de la patria y de la federación, con una constancia superior á todo encarecimiento. Vencidos y muertos muchos de sus generales, abandonado por otros que traidoramente se unieron al enemigo y acosado por los invasores, andaba fugitivo por selvas y montañas, pero sin desmayar y sin ceder. Con fecha 3 de octubre de aquel mismo año firmó el emperador Maximiliano (aconsejado por Bazaine) la bárbara orden que condenaba á muerte á los prisioneros, sin distinción de clases ni categorías; al firmarla Maximiliano, firmó su propia sentencia. Los franceses y los guerrilleros imperialistas cumplieron hasta la saciedad la orden inicua del Emperador, fusilando prisioneros, ahorcando patriotas y arrasando pueblos. Á esto respondió el gabinete de Juárez, prohibiendo á sus soldados que mataran prisioneros. Rasgo digno de encomio.

En 1866 obtuvieron los patriotas importantes triunfos. Las legiones auxiliares alemana y belga ya no se batían; á la sola vista de un escuadrón mejicano se desbandaban como cabras ó se rendían pidiendo misericordia. Maximiliano se sostenía, gracias al

ejército francés. Pero á principios de 1867 retiró su ejército Napoleón III, abandonando à su suerte al emperador Maximiliano. Quiso éste captarse la voluntad del pueblo con algunas medidas liberales, y entonces lo abandonaron también los conservadores y los clérigos que lo sostenían. Por último, salió en persona á campaña con los generales imperialistas Mejía, Miramón y Márquez. Las derrotas de los imperialistas se sucedieron sin interrupción;



Maximiliano

las fuerzas de Márquez fueron deshechas por Guadarrama en San Lorenzo; don Porfirio Díaz tomó por asalto la ciudad de Puebla, que defendía el general imperialista Noriega. El mismo emperador se rindió en Querétaro á los generales Escobedo y Corona; juzgado por un consejo de guerra ordinario ó de simples capitanes, fueron sentenciados á muerte « el cabarello Maximiliano de Ausburgo, que se titula emperador, y los traidores Miramón y Mejía » Los tres fueron fusilados en el histórico cerro de las Campanas, muriendo con valor, el 19 de junio de 1867.

El presidente don Benito Juárez, dos veces reelegido, murió desempeñando la primera magistratura del Estado en 1872. Le sucedió á su muerte don Sebastián Lerdo de Tejada, que entregó el poder á don Porfirio Díaz en 1876. Relevó al general Díaz el general González. En la actualidad es presidente don Porfirio Díaz.

América Central. — Promulgada y jurada la Constitución de las Provincias Unidas de Centro América, procedió cada provincia á discutir su constitución particular. Don Manuel José Arce fué electo presidente de la Federación; don Mariano Beltranena, vicepresidente. Cada Estado ó provincia eligió su jefe constitucional, siendo designados don Juan Mora en Costa Rica, don Manuel de la Cerda en Nicaragua, don Dionisio Herrera en Honduras, don Juan Villacorta en Salvador y don Juan Barrundia en Guatemala.

El Congreso constituyente, cumplida su misión, había quedado disuelto. El primer Congreso federal se reunió en febrero de 1825; el primer Senado se constituyó en abril, como también la primera Corte Suprema de Justicia en substitución de la antigua Real Audiencia.

Pronto se agriaron las luchas de los partidos y las rivalidades entre las provincias. En 1826 hubo conflictos entre la Asamblea federal y el poder ejecutivo. En 1827 hubo combates entre guatemaltecos y salvadoreños, mandados los primeros por el presidente Arce y los últimos por el coronel Trigueros. Fué derrotado éste en Arrazola, aquél en Milingo. Siguió la guerra civil con suerte varia, empezando á descollar en ella la interesante figura del general don Fran-

cisco Morazán. El 6 de julio de 1828 ganó Morazán la acción de Gualcho, en la que sus hondureños derrotaron á los guatemaltecos. De victoria en victoria llegó el caudillo á posesionarse del Salvador, amenazando á Guatemala. Con motivo de su proximidad se sublevaron los liberales guatemaltecos, dirigidos por el doctor Gálvez, dando lugar á que las fuerzas unidas de Honduras y Salvador, con Morazán al frente, penetraran en Guatemala á principios de 1829.


Morazán

El cuerpo de Morazán, fuerte de 2,000 hombres, que se titulaba « Ejército aliado protector de la ley », tuvo en Mixco un encuentro desgraciado, por lo que no pudo entrar en Guatemala; pero retirándose á la Antigua reforzó sus tropas con las de Raoul, obtuvo una victoria en las Charcas y pudo poner sitio á Guatemala. El sitio duró dos meses rindiéndose la ciudad por capitulación. Así terminó la guerra de tres años.

Morazán desterró al presidente Arce, repuso las autoridades que Arce había destituído, expulsó al arzobispo y suprimió las órdenes monásticas, todo lo cual mereció la aprobación del Congreso federal.

En 1830 fué elegido Morazán presidente de la Federación.

Don José María Cornejo, que desde 1829 era jefe del Salvador, se insurreccionó contra la legalidad, fué derrotado por Morazán en persona.

Hubo algún tiempo de tranquilidad; pero unita rios y reaccionarios conspiraban siempre. En 183 ocurrió un levantamiento dirigido por Carrera, e Misa; en Nicaragua y Honduras no faltaron trastor nos; el general Ferrera se puso á la cabeza de fuer zas rebeldes importantes. Morazán, con fuerzas in- feriores, batió á Ferrera en Jiboa (marzo de 1839), en Espíritu Santo (6 de abril) y en Perulapam (25 de septiembre). En el combate de Espíritu Santo quedó herido Morazán. Los triunfos de éste no evitaron que Carrera tomara á Guatemala y restableciera las comunidades religiosas. Morazán recuperó la ciudad de Guatemala en 1840 (el 18 de marzo); pero allí mismo lo atacó al día siguiente Carrera, y después de combatir veinte horas quedó Morazán vencido y emigró.

Carrera se trasladó con fuerzas á Quezaltenango, donde hizo fusilar sin formación de causa, como era su costumbre, á cuantos creyó enemigos. Aunque no era presidente, Carrera gobernaba en realidad ejerciendo una verdadera dictadura. Su sistema consistía en proscribir patriotas y fundar conventos. La Federación se había roto de hecho al emigrar Morazán, pues cada provincia se declaró independiente.

Desembarcó Morazán en Costa Rica para restablecer la unión Centro Americana; pero los costarricenses temían verse envueltos en disturbios si unían de nuevo su suerte á países tan agitados como Guatemala y Salvador, y el insigne Morazán murió fusilado en San José el 15 de septiembre de 1842 con sus compañeros en la malograda empresa Villaseñor y Saravia.

Carrera fué elegido presidente de Guatemala en

1844. Su primer acto fué romper la unión de las provincias, aislando á Guatemala. Estaba rota de hecho la Federación; pero no lo estaba de derecho. Carrera proclamó la República de Guatemala, independiente y soberana, el 21 de marzo de 1847. Las demás repúblicas hicieron otro tanto. Desde entonces viven separadas las cinco repúblicas de Centro-América, pero en todas existe la aspiración federal. Y se unirán, más tarde ó más temprano, con los lazos de la federación, que engrandeciendo á la América Central dejarán á cada estado su más perfecta y cabal autonomía.

Las dimensiones de este libro no nos permiten dar más extensión á la historia centro-americana. La reseña de los sucesos, de las reformas, de los progresos realizados en cada una de las repúblicas de América Central, exigiría mayor espacio que el que podemos dar á todas juntas. No han faltado trastornos interiores en cada sección de Centro América ni guerras de unas con otras; pero los hechos culminantes han sido la invasión de los filibusteros en 1854 y la guerra de Guatemala y Salvador en 1885.

En 1853 ardía la guerra civil en Nicaragua. Los demócratas, sublevados contra el gobierno conservador, llamaron en su auxilio al aventurero Wálker, filibustero norteamericano. Las tropelías de Wálker enardecieron el patriotismo de todos los nicaragüenses y aún de todos los centroamericanos, y todos se prestaron á concurrir á la expulsión de los filibusteros. Dió el ejemplo Costa Rica, enviando las primeras fuerzas, por lo que se nombró general en jefe del ejército de Centro América al costarricense don José Joaquín de Mora. Vencido Wálker en los sangrientos combates de Granada y Rivas, capituló

con su gente y en 1857 regresó con ella á los Estados Unidos. En 1860 desembarcó de nuevo con otra expedición; pero perseguido por las tropas de Honduras con el general Álvarez, no tuvo más remedio que rendirse. Juzgado por un consejo de guerra, fué fusilado en Trujillo el 3 de septiembre del referido año.

En 1885 pensó el general Barrios, presidente de Guatemala, que había llegado la hora de restablecer la federación de las cinco repúblicas centro-americanas; pero cometió el error de intentar restablecerla por medio de las armas, lo que daba á su empresa apariencias de absorción. Al frente de su ejército se dirigió á la frontera del Salvador; pero el 2 de abril murió en la acción de Chalchuapa, en la que triunfaron los salvadoreños. La intentona intempestiva de Barrios ha retrasado tal vez la federación patriótica de la América Central, que no se hará nunca por la guerra sino por un congreso reunido en plena paz con representación de todas las repúblicas.



Barrios

Barrios, sin embargo, era un político experto y progresista, un buen patriota y un valiente. Guatemala tiene que agradecerle reformas útiles y algunas trascendentales.

Venezuela, Colombia y Ecuador. — Estas tres re-

úblicas hoy separadas, formaron juntas la Federación que se llamó Colombia constituída antes de la ompleta y definitiva retirada de los españoles. Venezuela tenía su constitución particular; Nueva Granada (la actual Colombia) tenía también la suya; ero ninguna de ellas era aplicable al conjunto de la 'ederación. Por eso fué necesario convocar un congreso general, que se reunió el 6 de mayo de 1821 n Rosario de Cúcuta, villa fronteriza. La región de uito (hoy república del Ecuador) no concurrió al ongreso, porque no entró á formar parte de la antigua Colombia hasta después de la batalla de Pihincha ganada por Sucre en 1822.

El congreso de Cúcuta discutió ampliamente la onstitución de Colombia, estableciendo la capital n Bogotá. Bolívar fué nombrado presidente; para a vice-presidencia se designó al general Santander.

Quedó Santander al frente de Colombia cuando artió Bolívar á la guerra de Pasto; dejó Bolívar na Colombia independiente, libre, sin más enemi;os que los últimos restos de los destruídos ejércitos spañoles; á su vuelta, después de haber agregado l Ecuador á Colombia, de haber consumado la inlependencia del Perú, de haber fundado en el Alto erú la República de Bolívar (hoy Bolivia), encontró Colombia perturbada por las disensiones y por un ran descontento en las clases todas de la sociedad. ara Bolívar fué más difícil la empresa de la paz y s congresos, que la de los campamentos y batallas. ronto se desvanecieron las ilusiones concebidas por l Libertador, que había pensado y querido hacer na Colombia rival en grandeza, prosperidad y gloia de los Estados Unidos. Si en gran parte se malogró su empresa, de lo que él hacía responsables á

los demagogos y facciosos, no está exento él mismo de responsabilidad. La gran república norte americana se salvó y prospera por la federación y por la democracia; Bolívar era unitario y excesivamente autoritario. Tropezó, es cierto, con deslealtades y con ingratitudes; pero era tan grande su personal prestigio en su patria y fuera de ella, que hubiera podido vencer las dificultades y salvar la existencia de Colombia sólo con haber tenido más fe en la libertad, en la democracia y en la federación. La fama de Bolívar era inmensa en América, en Europa, en todo el mundo. Desconocidos ó poco menos los nombres de San Martín, O'Higgins, Morelos y tantos otros héroes de la independencia americana, el de Bolívar se pronunciaba en todas partes con respeto y con admiración.

Era Bolívar un genio militar de los más elevados que ha conocido el mundo. Era además orador y algo poeta. Su ardiente imaginación lo inclinaba á lo aparatoso, á lo teatral, haciéndolo casi incompatible con la sencillez republicana. Se ha comparado á Bolívar más de una vez con Wáshington. Como capitán, Bolívar está cien codos más alto que el héroe de los Estados Unidos; pero no pudo imitarlo en su amor á la república ni en su respeto á la ley. Si es la previsión la primera cualidad de un buen político, Bolívar fué un político mediano. Combatiendo las ideas federales, predominantes en Venezuela entonces como ahora, se hizo muy sospechoso á los federalistas. Para los liberales, todo republicano que no sea federal será siempre sospechoso, pues el unitarismo y la centralización conducen fatalmente á la absorción y al despotismo. Á Bolívar se le acusó hasta de aspirar á una corona, acusación injusta y

una de las que más amargaron su existencia. Es cierto que los guerreros de la antigüedad y la edad media, ganando coronas y soberanías con las puntas de sus lanzas, no hicieron más ni tanto como Bolívar; pero éste poseía demasiado talento y sobrado corazón para degradarse hasta el nivel de los usurpadores coronados.

Fué reelegido presidente en 1826 y en 1828; pero todo el tiempo de su mando transcurrió entre disturbios promovidos generalmente por sus allegados. Santander se puso al frente de la más rabiosa oposición, se sublevó Padilla en Cartagena, hubo un alzamiento en Guayaquil. Bolívar renunció varias veces el poder, renuncia que no le fué aceptada. La convención de Ocaña, reunida en abril de 1828, no ocultó su hostilidad á Bolívar; pero éste se hizo cargo de la dictadura, última etapa de su agitada existencia.

El 25 de septiembre fué sorprendido el palacio del Libertador por algunos conjurados partidarios de Santander, que entraron á los gritos de ¡muera el tirano! Bolívar se salvó, pudo reunirse á las fuerzas leales y sofocó el movimiento.

En 1829 estalló la guerra de Colombia y el Perú; las causas eran muchas, pero ninguna tan fundamental como la codiciada posesión de Guayaquil. Se dió la batalla de Tarqui el 26 de febrero, quedando vencedores los colombianos que mandaba Sucre y vencidos los peruanos que dejaron en el campo 2,000 hombres (contando los prisioneros).

Bolívar entre tanto se hallaba muy enfermo y sólo pensaba en dejar el poder con sus tareas, amarguras y responsabilidades. Para dar testimonio de sus desengaños, basta leer estas líneas que publicó en

aquel tiempo : « No hay buena fe en Colombia, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida un tormento ».

Hasta el valiente neogranadino Córdova, aquel coronel que se había distinguido en Ayacucho, se sublevó contra Bolívar; fué derrotado por fuerzas muy superiores á las suyas y asesinado por un oficial inglés.

Al saberse la insurrección de Córdova en Antioquia, proclamó Páez la separación de Venezuela. Era la descomposición de aquella Colombia que había hecho concebir tantas esperanzas lisonjeras y tantas halagüeñas ilusiones. Bolívar se retiró del mando, recibiendo antes del Congreso la entera aprobación de su conducta.

El general Flórez, en Quito, siguió el ejemplo de Páez en Venezuela, dando por pretexto para separarse la retirada del Libertador.

La federación colombiana ya no existía, constituyéndose entonces las tres repúblicas independientes de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. La de Nueva Granada tomó algunos años más tarde su nombre actual de Colombia.

El general venezolano Sucre, uno de los héroes más cumplidos de la independencia americana, murió asesinado en 1830, á la edad de 37 años; había nacido en 1793 en Cumaná,

Don Simón Bolívar y Ponte murió de consunción y de melancolía á la edad de 47 años, en diciembre de 1830; había nacido en Caracas en 1783.

El último presidente, más nominal que efectivo, de la Gran Colombia, fué don Joaquín Mosquera.

Disuelta la confederación, cada república nombró su presidente : Nueva Granada á Obando, Venezuela á Páez y el Ecuador á Flórez.

En Nueva Granada no se registró suceso alguno de importancia capital hasta la revolución de 1840, ocurrida cuando era presidente don José Márquez. Se inició la revolución en Pasto y se propagó á todas las provincias, tomando en algunas carácter religioso. La guerra duró tres años, corriendo mucha sangre en combates y en patíbulos. El término de la lucha fué la victoria del gobierno.

En 1851, siendo presidente el general López, hubo otro movimiento revolucionario sofocado fácilmente. Restablecido el orden, pudo López realizar reformas útiles; en su tiempo quedó abolida la pena de muerte por delitos políticos, así como también la esclavitud; se estableció el jurado, se reconoció la libertad de imprenta y los diezmos quedaron suprimidos.

En 1854 hubo un alzamiento promovido por los conservadores y dirigido por el general Melo, que al cabo quedó vencido; la lucha duró más de seis meses.

En tiempo de don Mariano Ospina, presidente constitucional, se promulgó la Constitución federal de 1858. La República se denominó *Confederación granadina.* Subleváronse entonces los conservadores y unitarios; la guerra empezó en 1860; al fin triunfó la legalidad, reconstituyéndose la nación con el nombre de *Estados Unidos de Colombia.*

La República ha pasado desde entonces por varias alternativas de agitación y de paz, cuyas peripecias no caben en este libro.

Venezuela ha pasado como Colombia por las agitaciones naturales en toda sociedad que no ha encontrado su asiento. Contra Páez, recién elegido presidente, se sublevó en 1830 don José Tadeo Monagas; contra Vargas, presidente en 1836, hubo también alguna sacudida; contra el general Soublette, presidente en 1837, se rebelaron las fuerzas del coronel Farfán. Todos estos movimientos fueron reprimidos por el valiente Páez.

En 1839 volvió Páez á la presidencia, hasta 1843; fué un período de completa paz; le sucedió Soublette. Al terminar este último su período constitucional en 1847, se desencadenaron las pasiones. La lucha electoral fué agitadísima, triunfando al fin Monagas. Pero no cesó el encono en las contiendas políticas ni la agitación de los partidos. Páez se sublevó, siendo vencido y expulsado en 1850.

En 1858 se aprobó una Constitución centralista ó unitaria; pero en 1859 se levantó contra ella el general Falcón. En vano se recurrió á la dictadura del anciano Páez: la lucha prosiguió hasta que el país se constituyó federativamente.

El Ecuador se constituyó como Estado soberano en 1830. El congreso reunido aquel año en Quito confió la presidencia al general Flórez y votó la constitución ecuatoriana, constitución que duró hasta 1835, fecha de la caída de Flórez y de la elevación de Rocafuerte. En 1839 llamó el congreso nuevamente á Flórez.

Una convención reunida por Flórez votó en 1843 una Constitución más reaccionaria que las precedentes, y dió la presidencia á Flórez por ocho años. En

.845, sin embargo, cayó Flórez derribado por una ·evolución.

Valdivieso, que se puso al frente del gobierno, ;onvocó una convención que dió la jefatura del Esado á don Vicente Roca y publicó una Constitución nás liberal.

Las elecciones presidenciales de 1849 ocasionaron rastornos. Eran candidatos el general Elizalde, iberal, y don Diego Novoa, conservador. El general Jrbina se levantó en Guayaquil proclamando la ›residencia de Novoa ; más tarde proclamó su pro›ia dictadura.

No obstante la dictadura de Urbina, la Asamblea ontinuó funcionando en Guayaquil; reformó la ;onstitución, confirmó en la presidencia al general Jrbina y abolió la esclavitud. Durante el gobierno .el general Urbina se suprimió la pena de muerte, e expulsó á los jesuítas y se rechazó una tentativa .echa por Flórez con fuerza que organizó en el 'erú.

En 1856 terminó el gobierno del general Urbina, ucediéndole el general Robles que continuó la nisma política progresista y liberal. Pero los conervadores se sublevaron contra él aprovechando ı oportunidad de hallarse el Ecuador en guerra con l Perú y de estar bloqueado el puerto de Guayauil por la escuadra peruana. Á Robles sucedió el eneral Franco. La guerra del Perú acabó por un 'atado.

El partido conservador dirigido por García Mo-eno llamó á Flórez que continuaba emigrado, em-ezando entonces la omnipotencia de García Mo-eno, de la que todavía se acuerdan en el Ecuador.

Perú, Chile y Bolivia. — Antes de reseñar lig ramente la historia de cada una de estas tres n ciones, diremos algo del conjunto de las tre Victoriosos en Ayacucho los independientes, co tinuó Bolívar ejerciendo en el Perú su pod dictatorial, poder que no llegaba á Chile, pe ro sí á Bolivia. En la época virreinal formab Chile una provincia aparte, pero no indepen diente del Perú. La dependencia de Bolivia, cuy territorio en aquel tiempo se llamaba « Alto Perú » fué siempre más directa, más inmediata que la d Chile, pues no sólo dependía del virreinato sino qu formaba parte del Perú. Al emanciparse estos paíse Chile constituyó desde luego una república por se parado. En cuanto á Bolivia, de seguro se hubier incorporado al Perú, á Chile ó á la República A gentina si alguna de estas naciones se hubie constituído desde el principio federativamente : la federaciones atraen, los centralismos repelen. Sa bido es que los pueblos hispanoamericanos, deu dores á España de su sangre, de su lengua, de su his tórica hidalguía, le deben también dos calamidade causantes de sus desdichas: el centralismo y l intolerancia religiosa.

No tardó Bolívar en convocar un Congreso que s reunió en Lima el 10 de febrero de 1825. Este Con greso regularizó ó legalizó la dictadura, confiriend á Bolívar los títulos de Libertador y Padre del Perú Llamado Bolívar á Colombia, dejó un gobierno pro visional en Lima. El 9 de diciembre de 1826, segund aniversario de Ayacucho, se juró la Constitució peruana que confería á Bolívar un poder vitalicio Pero una revolución en sentido liberal, apoyada po las tropas colombianas de guarnición en Lima

ɘrribó el gobierno provisional en enero de 1827, ɘstableciendo la Constitución de 1823 y elevando la presidencia al general La Mar. Puede decirse ɪe hasta aquel momento no existió la República ɘruana.

El Alto Perú se quiso declarar independiente del erú desde enero de 1825. Bolívar hizo que Sucre .era en persona á La Paz, llegando á esta ciudad ı febrero y dando un manifiesto para decir que su ɔjeto era declarar la independencia del Alto Perú, ɘjando á esta provincia en posesión de su libertad sus derechos. Un Congreso reunido en Chuquica el 24 de junio de 1825, declaró que el Alto Perú erigía en Estado independiente de todas las naɔnes del antiguo y del nuevo mundo. Se acordó ɪe la nueva república se llamara *de Bolívar*, nome que más adelante se convirtió en *Bolivia*. Un ngreso constituyente reunido en mayo de 1826 ı Chuquisaca, ciudad que cambió su nombre por de *Sucre*, estableció la república centralizada con ɪa presidencia vitalicia y una constitución redacda por Bolívar, que se modificó ligeramente; era mismo código de que Bolívar estaba enamorado, mo que era su obra, y que tantos disgustos le usó en el Perú y en Colombia, pues quería imporlo en todas partes. Sucre fué elegido presidente lesempeñó su puesto con inteligencia y probidad; ro un motín militar que estalló en Chuquisaca el de abril de 1828, le obligó á renunciar el poder e sólo había aceptado por obediencia á Bolívar. s sublevados de Chuquisaca lo hirieron, rompiénle aquel brazo que había roto en Ayacucho la lena de la tradición.

Chile independiente fué una república en el

nombre, pues estuvo seis años sujeta á la dictadu despótica de O'Higgins. Los liberales conspirar mucho contra él, pero no pudieron derribarlo ha que él dimitió, convencido de su impopularida Entregó el poder en 1823 á una junta provisional se alejó de su patria para siempre. En su reempla fué elegido director supremo el general don Ram Freire, que reunió un congreso para que cons tuyera la República. La Constitución de 1823 no buenos resultados, achacándolo algunos al feder lismo; pero es el caso que aquella constitución más bien unitaria y que el federalismo no se pra ticó. Tuvo sin embargo apóstoles convencidos, cor el benemérito general Infante (1).

En 1829 estaban constituídas, pero agitadas, l tres repúblicas centralistas de Chile, Bolivia y Perú. Veamos ahora con la concisión posible y s paradamente sus hechos culminantes.

El Perú ha sido una de las repúblicas más tu bulentas. En los cincuenta años que siguieron á retirada de Bolívar, hubo ocho constituciones varias dictaduras, sólo dos presidentes llegar tranquilamente al fin de su período constitucion (Castilla y Pardo), sólo dos no fueron militar (Elías y Pardo), siendo además casi imposib contar el número de revoluciones y pronunci mientos.

Á Bolívar sucedió La Mar, político adocenado qu

(1) Exactamente lo mismo ha sucedido en España, donde exist la República en 1873; la República Española no alcanzó ni bu éxito ni larga vida; fué unitaria de hecho, pero ciertos publ cistas y algunos republicanos culpan del resultado á la federació que brilló por su ausencia.

iso apoderarse de Guayaquil intempestiva y pre-
turamente, lo que suscitó una contienda con
lombia y la derrota de Jirón ó Tarquí. Esta derrota
costó á La Mar la ruina de su prestigio, la pér-
la del mando y la emigración hasta su muerte.
Le sucedió Gamarra. En su período, que fué de
ispiraciones y de turbulencias, lo más importante
la insurrección del coronel Escobedo en el
zco, donde levantó sin éxito la bandera federal.
La elección presidencial para sustituír al general
marra encendió la guerra civil en el Perú, guerra
ga, dramática, sangrienta y complicada por la
ervención armada de Bolivia. El resultado de la
erra fué la *Confederación Perú-Boliviana*, la cual
motivo á que Chile hiciera la guerra á la Con-
eración en 1839.
Los peruanos quisieron separarse de la Confede-
ión, no lográndolo hasta que, unidos á los chile-
, derrotaron á Santa Cruz en la batalla de
ngay. La Confederación Perú-Boliviana duró dos
s y medio.
Subió al poder el general Gamarra, que había
tribuído á la ruptura de la Confederación. Hubo
período largo de guerra y de anarquía; en Bo-
a se pronunciaron también algunos militares en
or de Santa Cruz y para restablecer la disuelta
federación, que había tenido tan pobres resulta-
. Intervino el presidente del Perú, Gamarra, lle-
do sus armas á Bolivia. Los peruanos quedaron
rotados por los bolivianos en la batalla de Ingaví,
itorio boliviano, en 1841, muriendo en ella el
sidente Gamarra.
Continuaron en el Perú las disensiones internas
ta que subió á la presidencia el general Castilla

en 1845. Don Ramón Castilla fué un goberna afortunado, pues mantuvo la paz en la Repúbl hasta ser legalmente relevado por Echenique 1851.

En 1854 se murmuraba tanto en el Perú sobre gestión financiera de los gobernantes, que al fin sublevaron Castilla y otros jefes. La guerra term con el triunfo de la insurrección en enero de 18

Empezó la dictadura del general Castilla, tuvo la gloria de abolir la esclavitud. Las revue continuaron sin interrupción; el levantamiento Vivanco sólo terminó con el asalto de Arequipa marzo de 1858. En octubre de este año fué eleg presidente constitucional el mencionado Casti que substituyó la Constitución de 1856 por otra hizo aprobar en 1860 y rigió hasta 1865.

En este período de Castilla hubo una guerra el Ecuador. Los peruanos bloquearon el puerto Guayaquil, terminándose la cuestión por arreglo.

No ocurrió suceso alguno de extraordinaria portancia, hasta el mes de abril de 1864 en que escuadra española se hizo dueña de las islas de Ch cha. Las tomó como garantía de sus reclamacior lo cual sirvió de motivo á complicaciones interio que hicieron más difícil un arreglo. De todos sucesos y complicaciones que entonces resulta tuvo la culpa la torpeza de un diplomático espa

El presidente Pezet quiso evitar un rompimien pero el patriotismo exaltado de los peruanos arrojó del poder en 1865, dando el mando y la tadura á Prado, coronel que había iniciado la re lución.

En enero de 1866 declaró el Perú la guerr

ıaña. El 2 de mayo se presentó la escuadra espa-
a de don Casto Méndez Núñez en frente del Callao.
escuadra y la plaza combatieron bravamente
·ante cinco horas. Ambas partes se atribuyeron
riunfo y las dos sin fundamento. No tienen razón
españoles en atribuírse la victoria, pues no apa-
on todos los fuegos de la plaza ya que el último
onazo lo dispararon las baterías del Perú ; menos
ón tienen los peruanos en creerse vencedores
iendo que se retiró la escuadra ; pues es claro
; la tierra no se había de retirar ni la escuadra
lía permanecer eternamente allí. En aquel com-
e no hubo tal victoria ; lo que hubo fué temerario
ɔjo de unos y otros combatientes, como lo han
onocido unos y otros. Uno de los peruanos que
rieron en el combate del Callao fué el ministro de
;uerra del Perú don José Gálvez. Extraña coinci-
ıcia : en aquel tiempo, el ministro de la guerra
España era hijo del Perú (el general Zavala).
'oco después recomenzaron las revoluciones. El
sidente Prado salió contra los sublevados de
quipa, fué derrotado y abdicó la presidencia.
ıas presidencias de La Puerta y de Canseco (pre-
ɜncias interinas) pasaron tranquilamente. En
o de 1868 se eligió presidente al coronel Balta,
; dedicó su celo á mejorar el crédito y á las obras
ılicas. Once días le faltaban para terminar su
sidencia, cuando ocurrió la célebre insurrección
los Gutiérrez, el 22 de julio de 1872. El coronel
ı Silvestre Gutiérrez se apoderó del presidente
ta y del poder, al grito de ¡ viva el general Gu-
rez (don Tomás)! Los Gutiérrez fueron dictado-
cuatro días, empezando por hacer desalojar el
ıl de las sesiones de las juntas preparatorias del

Congreso ; todas sus medidas liberticidas é ilegal eran secundadas por don Marceliano Gutiérrez por alguna tropa. El 26 de julio, cuatro días despu del atentado y pasado el estupor de los primer momentos, la ciudad de Lima se llenó de bar cadas, lo que es grandemente honroso para pueblo. Entonces los Gutiérrez asesinaron al pre dente Balta, que estaba en su poder; pero el puel derribó la dictadura y colgó á los dictadores de l torres de la catedral.

Siguió la presidencia de Pardo, en el transcur de la cual se sublevó don Nicolás de Piérola, q fué batido. Á Pardo le sucedió el general Pra en 1876.

En 1879 declaró el Perú la guerra á Chile; en mes de abril empezaron las hostilidades. En tod las batallas triunfaron los chilenos, que invadier el Perú y se apoderaron en 1880 de Lima y Callao, donde impusieron la paz á los vencidos.

En Chile no han faltado desde 1827 ni revol ciones ni trastornos, pero no han sido tan frecuen ni tan graves como en el Perú; en sus gobiernos habido siempre más formalidad. Sucedió al gene Freire el general don Francisco Antonio Pinto, m combatido por los conservadores; en su tiempo promulgó la Constitución de 1828, que es la m liberal de las que han regido en Chile. Relevó Pinto en 1830 don Francisco Ruiz Tagle, designa por los conservadores. Los liberales, arrastrados p Freire, se sublevaron en el mes de abril para vencidos en Lircay.

La Constitución liberal de 1828 fué substituída 1833 por otra que en gran parte rige todavía y que

ı duda la más conservadora que haya tenido pueblo
ɀuno, incluso las monarquías parlamentarias.
ɜmos dicho que los gobiernos chilenos se han
stinguido por su formalidad. Á esto se debe que
país haya progresado tanto como otros y que su
édito se halle más alto que muchos, pues si la
nstitución no es digna de una República ni de un
ıeblo independiente, en cambio casi siempre se
cumplido con puntual escrupulosidad. Gran ven-
ja, sin duda, sobre pueblos que han poseído cons-
uciones democráticas, científicas y justas, pero
oladas constantemente por gobernantes y por
bernados.

El ministro Portales fué la encarnación y el alma
los conservadores. Él, y no los presidentes, per-
nificó la reacción política empezada en 1830. Su
ılítica de represión absoluta y sistemática lo llevó
cometer desafueros y grandes injusticias.

El general Freire intentó hacer una revolución
n elementos que organizó en el Perú; no tuvo
ito y murió emigrado. Otros liberales pagaron con
ı vida la oposición que hicieron al partido domi-
ınte. Pero Portales también acabó trágicamente:
s tropas organizadas en 1837 para la guerra con
olivia y el Perú, se amotinaron en Quillota y lo
silaron cuando se presentó para pasarles revista.
l motín fué reprimido y ahogado en sangre, pues
urieron fusilados los más culpables, como asi-
ismo el coronel Vidaurre, jefe de las tropas.

El suceso de Quillota no impidió que Chile em-
endiera la guerra preparada contra la vecina con-
deración de Bolivia y el Perú, pues el gobierno
ispuso una expedición mandada por el general
lanco Encalada. Desembarcó la expedición en

Quilca y marchó sobre Arequipa. Envuelto Blanco Encalada por el ejército perú-boliviano que mandaba Santa Cruz, no quiso arriesgar una batalla y firmó una capitulación.

Al año siguiente salió otro ejército expedicionario con el general don Manuel Bulnes, que desembarcó cerca de Lima con 6,000 soldados. Esta expedición fué más feliz, pues no sólo entraron en Lima los chilenos y triunfaron en el puente de Buin, sino que unidos á los disidentes peruanos, derrotaron al mismo Santa Cruz en la batalla de Yungay el 20 de enero de 1839. Las armas de Chile rompieron la Confederación de Bolivia y el Perú.

Los reaccionarios de Chile seguían monopolizando el poder público y desterrando á los más ilustres liberales, como el severo tribuno don Francisco Bilbao que falleció en el destierro.

En 1843 fundó el gobierno de Chile su importante colonia de Punta Arenas.

Desde el fusilamiento de Portales, nadie personificaba la tendencia más conservadora con tanto derecho como el autoritario don Manuel Montt. Éste presidió los destinos de Chile desde 1851, acreditándose durante su presidencia de ser tan hábil como inexorable. Consiguió imponer la autoridad civil, teniendo á raya al militarismo que en otras repúblicas ha sido tan funesto; pero lo consiguió sacrificando las escasas libertades públicas y gobernando con los estados de sitio. En cambio fomentó las obras públicas y dió impulso á la instrucción general, siendo reelegido en 1856. En su segunda época hizo Montt con el clero lo que antes había hecho con los militares : someterlos á la autoridad civil, manteniendo los derechos del Estado. Pero

sta conducta le enajenó las simpatías de los reac-ionarios más intransigentes que, poniéndose de cuerdo con los revolucionarios, promovieron un lzamiento simultáneo en el norte y en el sur á principios de 1859. La lucha fué sangrienta y larga, ero la victoria coronó los esfuerzos del gobierno. En la segunda época de Montt se aprobó el célebre ódigo civil chileno, obra del insigne sabio don Andrés Bello, natural de Venezuela, pero natura-izado y domiciliado en Chile.

En 1861 sucedió á Montt en la presidencia don José Joaquín Pérez, conservador también, pero de spíritu conciliador; desempeñó la presidencia por spacio de diez años. El hecho más importante de u tiempo fué el conflicto con España, motivado, ntre otras causas, por haberse negado los puertos le Chile á suministrar carbón á la escuadra espa-ñola del Pacífico. Á una comunicación altanera del lmirante español, contestó Chile con una declara-ción de guerra á España. Poco después se suicidó l almirante Pareja, de la armada española, al saber a captura de la goleta *Covadonga* por la corbeta hilena *Esmeralda*. Tomó el mando de la escuadra spañola el brigadier don Casto Méndez Núñez, que ombardeó el puerto no fortificado de Valparaíso el 31 de marzo de 1866. De allí pasó al Callao, plaza de guerra, y también la atacó el día 2 de mayo, siendo herido Méndez Núñez.

Después de retirarse del Pacífico la escuadra de Méndez Núñez y de firmarse con España, por media-ción de los Estados Unidos, una tregua de dos años, se renovaron las luchas de los partidos, pero sin que se alterara el orden público.

En 1868 emprendió el gobierno la ocupación par-

cial y progresiva del territorio de Arauco. Las tropas ocuparon todo el litoral, se avanzó la línea fronteriza hasta el río Malleco y se empezó á colonizar las tierras quitadas á los indios.

En 1879 y 1880 hizo la guerra Chile á Bolivia y el Perú, invadió estas repúblicas, venció á sus enemigos en la tierra y en la mar y extendió por el norte su frontera.

Después de Méjico, Chile es la primera potencia militar de la América española; como nación naval es la primera.

Bolivia ha pasado por las perturbaciones inherentes á los pueblos que hacen el aprendizaje de la libertad, como les ha sucedido á todas las repúblicas de América. Al pasar sin transición del despotismo realista á la libertad republicana, sobre todo en países en que existe diversidad de razas, no es posible evitar ensayos y tanteos antes de encontrar el molde que conviene á cada nueva nacionalidad.

Ya hemos dicho cómo se fundó la nación boliviana en 1825. Al saberse la rota del virrey en Ayacucho, proclamó la independencia en La Paz el general patriota don José Miguel Lanza. Ni el Perú ni la República Argentina hubieran aceptado sin protesta la formación de un Estado en el Alto Perú, sobre el cual creían tener dominio una y otra república; pero el derecho que tiene todo pueblo á constituírse y gobernarse, invocado por los habitantes y amparado por Sucre, evitó dificultades con los pueblos vecinos y Bolivia se constituyó en república centralizada.

El mismo Bolívar, antes de retirarse del Perú, hizo un viaje á La Paz donde fué recibido con de-

mostraciones de contento. Su autoridad, unida á la de Sucre, sirvió de escudo y sanción á la nueva república de la cordillera.

Cesó la presidencia de Sucre en 1828. Poco después era presidente el general Santa Cruz, que á fuerza de intrigas llegó á constituír en 1836 la Confederación de Bolivia y el Perú. Los Estados eran tres : Bolivia, Perú-Sur y Perú-Norte. Santa Cruz se hizo elegir presidente de la Confederación Perú-Boliviana con el título de Protector supremo; sus facultades eran dictatoriales y omnímodas. Cada uno de los Estados tenía su presidente, siéndolo Velasco de Bolivia, Orbegoso del Perú-Norte y don Pío Tristán del Perú-Sur.

La tiranía de Santa-Cruz, sus miras absorbentes que eran una amenaza para las otras repúblicas y algunos incidentes diplomáticos más ó menos abultados por la susceptibilidad de las naciones vecinas, dieron lugar á una guerra con Chile que aspiraba á romper la Confederación. No tuvo éxito la expedición chilena del general Blanco Encalada en 1837, pero lo tuvo completo la del general Bulnes, que derrotó á Santa Cruz y deshizo la Confederación en 1839. La empresa de los chilenos fué auxiliada por muchos peruanos; el mismo Orbegoso había proclamado en Lima la disolución de la Confederación.

Se había refugiado Santa Cruz en la República del Ecuador, pero su nombre fué largo tiempo bandera de un partido. No faltaron en Bolivia conjuras ni sediciones. El presidente Velasco tuvo que hacer frente á la revolución, y solicitó el auxilio de los peruanos contra los partidarios del dictador vencido.

El general Gamarra, presidente del Perú, fué en

efecto á Bolivia con su ejército; pero la defección de algunos bolivianos determinó la derrota de los peruanos y la muerte del presidente Gamarra en la batalla de Ingaví, el 18 de noviembre de 1841.

Pasaron sin grandes hechos las presidencias de Velasco y de Ballivián. En 1848 surgió de un movimiento militar la dictadura de Belzú, ministro de la guerra. En 1855 tomó las riendas el general Córdoba, que fué sustituído por el doctor Linares. En 1861 se encargó del poder un directorio formado por don Ruperto Fernández, don Manuel Sánchez y don José Acha; pero la caída de Linares produjo levantamientos que fueron reprimidos con rigor, pues además del degüello en las calles de La Paz de un centenar de cholos ó mestizos, murieron fusilados el ex-presidente Córdoba, otro general, varios coroneles, tres sacerdotes; ciento veinte personas en un solo día.

La Convención de 1862 otorgó la presidencia de Bolivia al general Acha; no le faltaron revueltas que combatir ni ambiciones que refrenar con la fuerza. En su tiempo arrastró el pueblo por las calles de La Paz el cadáver del coronel Yáñez, autor de las ciento veinte ejecuciones y de los degüellos que hemos referido.

El último hecho importante de la historia de Bolivia es su participación en la guerra con Chile empezada en 1879.

Ha pasado Bolivia por todos los trastornos inseparables del centralismo, de la inexperiencia y de las ambiciones personales; pero es una república de hermoso y envidiable porvenir.

República Argentina, Uruguay y Paraguay. — Á

instancias del Director Puyrredón, el Congreso de Tucumán se trasladó á Buenos Aires en enero de 1817. Puyrredón y la mayoría de los diputados eran centralistas; algunos eran monárquicos. Pero el insigne coronel Dorrego era republicano federal y no cesó un momento su activa propaganda.

Mientras los políticos de Buenos Aires discutían pública y privadamente á qué nación de Europa irían á buscar un rey, entraban los portugueses en la Banda Oriental del Uruguay, se apoderaban de Montevideo y sofocaban la resistencia de Artigas.

La invasión portuguesa, las inclinaciones realistas de los diputados y la tendencia unitaria de los mismos y de Puyrredón, agitaron las provincias y algunas se levantaron en armas. Puyrredón se vió forzado á emigrar. Le sucedió Rondeau en 1819.

En aquellos días se disolvieron algunas de las provincias antiguas y se formaron las nuevas tal como existen ahora. Todas querían federarse, esto es, unirse por un pacto federal; pero no estar sometidas á un centralismo, parecido al colonial, que pudiera imponerles una monarquía ó desconocer la automonía y aun la existencia de todas y cada una.

En Buenos Aires hubo sacudimientos; al fin se formó una junta de representantes, la cual nombró á Sarratea gobernador de la provincia. No era ya Buenos Aires más que una provincia lo mismo que las otras y pudo pensarse en constituír una federación. Las convulsiones del alumbramiento fueron proporcionadas á la robustez de la criatura que nacía: nació la hermosa Federación Argentina, que si ha tenido una juventud sobrado borrascosa, está destinada á ser en su madurez un modelo de repúblicas.

En 1824 gobernaba el general Las Heras; en su tiempo se reunió por fin en Buenos Aires un « Congreso general constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata ».

En 1825 se levantó el Uruguay contra sus dominadores brasileños. El gobierno de Buenos Aires apoyó el movimiento de los uruguayos, formando un ejército de 10,000 hombres; lo puso á las órdenes del general Alvear. El 20 de febrero de 1827 ganó el ejército republicano la batalla de Ituzaingó, en la que perdieron los imperialistas del Brasil más de 1,000 hombres, 10 cañones y 2 banderas.

La flota argentina del almirante Brown también obtuvo señalados triunfos en el río Uruguay, en el Plata y en Montevideo.

El Congreso, entretanto, había sancionado una constitución unitaria á fines de 1826. La indignación en las provincias fué inmensa, pues los diputados deshacían la obra de los pueblos faltando á su mandato. Don Bernardino Rivadavia, que había sustituído al general Las Heras, se vió en la precisión de dimitir reemplazándole provisionalmente don Vicente López.

El movimiento de oposición al código unitario tuvo por jefe á Dorrego, que fué nombrado gobernador de Buenos Aires, donde se reinstaló la junta de la Provincia. El Congreso general quedó disuelto.

Dorrego firmó la paz con el Brasil, en 1828, reconociendo ambos Estados la independencia de la Banda Oriental del Uruguay.

Las tropas vencedoras volvieron á Buenos Aires; seducidas por los unitarios, se sublevaron en sus cuarteles contra Dorrego, que pudo escapar de la ciudad para reunir la fuerza de los campos. El ge-

neral Lavalle, verdadero instigador y caudillo del movimiento militar, salió á campaña con las tropas rebeldes, alcanzó á Dorrego, lo hizo prisionero y sin forma alguna de proceso lo pasó por las armas el 13 de diciembre de 1828.

El partido unitario imaginó que el fusilamiento de Dorrego aseguraba su triunfo. El triunfo era efectivo en Buenos Aires, no en las provincias. Gobernadas casi todas por federales, como Bustos, Quiroga y algunos más, se opusieron al cambio liberticida y acudieron á las armas. El gobierno usurpador mandó al general Paz con un ejército contra las provincias, y así empezó la guerra civil de doce años.

La Convención reunida en Santa Fe declaró anárquica la rebelión y criminal el fusilamiento de Dorrego. De las fuerzas que éste empezaba á reunir cuando cayó prisionero, quedaban algunos restos á las órdenes de Rosas. Éste juró vengar la muerte de Dorrego, y á fe que lo cumplió hasta saciarse.

Rosas con sus gauchos se replegó á Santa Fe, donde la Convención organizaba un ejército. Lavalle salió de la capital y entró en el Rosario; pero tuvo que retroceder, porque las partidas que se presentaron á su retaguardia le cortaban las comunicaciones con Buenos Aires y podían caer sobre dicha capital aprovechando su ausencia. Perseguido en su retirada, fué batido en el puente de Márquez por Rosas y por López en abril de 1829.

La usurpación quedó vencida y el general Lavalle se expatrió; pero ya el poder no podía ir á las manos hábiles de Dorrego, que hubiera restablecido la paz y la concordia; cayó en manos de los que, á pretexto de ser sus vengadores, ensangrentaron inicuamente la ciudad de Buenos Aires.

Entretanto Paz se había apoderado de la ciudad de Córdoba, después del combate de San Roque, y fué nombrado gobernador en sustitución de Bustos. Don Facundo Quiroga también fué batido en La Tablada el 22 de junio de 1829 y en Oncativo el 25 de febrero de 1830.

Los triunfos de Paz obligaron á los gobiernos de Buenos Aires y de Santa Fe á invadir la provincia de Córdoba con fuerzas federales. Paz quedó vencido y capturado el 10 de mayo de 1831.

Desde el triunfo de Rosas gobernaron sucesivamente el general Balcarce y el coronel Viamont; pero Rosas tenía excepcional influjo. El 7 de marzo de 1835 fué electo gobernador de Buenos Aires, por cinco años, don Juan Manuel de Rosas.

Desde entonces no hubo más voluntad que la de Rosas, titulado « Restaurador de las Leyes »; no se recuerda en Buenos Aires ni en país alguno, si no es en el Paraguay, una tiranía tan larga y tan sangrienta como la de Rosas. Menudearon en provincias las tentativas para derribarlo, llegaron expediciones organizadas en el extranjero, hubo complicaciones internacionales; pero Rosas logró vencer todas las dificultades de la situación. Don Marcos Avellaneda, que se puso al frente de la revolución en las provincias del norte, fué fusilado; el general Lavalle, que entró por Entre Ríos, perdió la vida mientras sus compañeros se refugiaban en las vecinas repúblicas. El poder de Rosas era incontrastable; únicamente se estrelló en los muros de Montevideo, que sostuvo, nueva Troya, un sitio de diez años.

La dictadura omnipotente y sanguinaria de Rosas duró hasta 1851, fecha del alzamiento del general

Urquiza. Vencido el general Rosas en la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, emigró á Inglaterra donde vivió muchos años.

El primer acto importante de los vencedores fué celebrar en San Nicolás de los Arroyos una junta de gobernadores, cuyos acuerdos no fueron bien recibidos. Se reprodujo la revolución; Buenos Aires pasó por todas las desdichas de un asedio en 1853; el Congreso constituyente dictó una Constitución nacional y eligió presidente de la Confederación al general Urquiza.

La lucha de los partidos y los cambios de gobierno continuaron sin interrupción, hasta que subió al poder en 1862 el general don Bartolomé Mitre.

El inteligente y laborioso Mitre organizó correctamente los distintos ramos de la administración y declaró la guerra al Paraguay. La guerra del Paraguay, de la que diremos algo al tratar de esta República, duró cinco años y está considerada como una de las guerras civilizadoras.

Don Domingo F. Sarmiento sucedió al general Mitre en 1868; fué un gobernante notable, y entregó el mando á don Nicolás Avellaneda en 1874, término de su período legal, después de haber resistido los embates de la revolución dirigidos contra él.

En tiempo de Avellaneda se realizó la conquista del Desierto y se declaró á Buenos Aires capital federal de la República.

La historia de la República Oriental del Uruguay, si breve por los años, es interesante en grado sumo. En estas páginas apenas podemos hacer más que apuntar algunos hechos.

La provincia que se llamaba en los tiempos colo-

niales « Banda Oriental del Uruguay », por estar situada al oriente de este río, fué siempre codiciada por los portugueses y teatro de luchas entre portugueses y españoles. Su capital, Montevideo, no sólo era plaza fuerte de importancia, sino verdadera capital geográfica de la región. Al emanciparse los argentinos, acaso el Uruguay por propia conveniencia, hubiera formado parte de una gran república federativa conservando su autonomía como la garantizan las federaciones; pero los hombres políticos más influyentes de Buenos Aires, siendo entonces unitarios y muchos de ellos monárquicos, no inspiraban confianza á los patriotas orientales que se inclinaron desde luego á la independencia y constituyeron una república aparte. Durante la guerra de la Independencia, combatiendo juntos argentinos y orientales contra el poder español (que había establecido su base de operaciones en Montevideo), hubo ya diferencias, rozamientos, choques entre los orientales y los argentinos. El caudillo de los orientales era Artigas, hombre duro y feroz, pero odiado de los argentinos que lo consideraban perturbador y enemigo de la naciente nacionalidad. No era enemigo, ciertamente, sino federal tan convencido que no se prestaba á la absorción de su provincia por otras sino en condiciones de equidad, es decir, federativamente.

Invocando inadmisibles derechos y pretextando que el Uruguay podía ser devorado por la naciente anarquía, lo invadieron las tropas del Brasil en 1816. Artigas cumplió como buen patriota, sosteniendo la guerra con bravura y con tenacidad; pero fué derrotado varias veces y por último en la batalla de Tacuarembó. Los brasileros incorporaron por las armas

el Uruguay al Brasil, ocuparon la plaza de Montevideo, y obligaron á Artigas á huír al Paraguay de donde jamás volvió. En 1820 se había consumado la usurpación del Uruguay, que quedó incorporado al imperio del Brasil llamándose entonces *Provincia cisplatina.*

En 1825 invadieron la provincia 33 patriotas orientales, llamando á las armas á sus compatriotas. Los *Treinta y tres* están considerados como verdaderos fundadores de la nacionalidad, pues ellos reanimaron el espíritu de los orientales y derrotaron á los brasileños en Sarandí y el Rincón.

Intervinieron los argentinos contra los brasileños, no precisamente para que los orientales constituyeran su nacionalidad, sino alegando derechos tradicionales é históricos de la nación Argentina sobre la Banda Oriental. El emperador del Brasil no reconoció los derechos de la nación Argentina, que para sostenerlos formó un ejército de 10,000 hombres (contando los orientales del general Lavalleja). Se dió el mandó en jefe al general Alvear.

Los brasileños, enteramente vencidos y deshechos en Ituzaingó, abandonaron el campo á los orientales y argentinos. En la célebre batalla se distinguieron mucho los generales Oribe, Lavalle y Brandzen; este último cayó muerto al romper un cuadro de la infantería enemiga. Poco después firmaron la paz la República Argentina y el imperio del Brasil, reconociendo ambas naciones la independencia absoluta de la República del Uruguay.

Durante las tiranías de Rosas y Urquiza en Buenos Aires, Montevideo fué amparo protector de todos los perseguidos. Los argentinos y los orientales hacían en Montevideo una guerra sin tregua á la dic-

tadura del sanguinario Rosas, por medio de proclamas. Las quejas del dictador, sus reclamaciones desatendidas por el gobierno oriental y otras causas de menor cuantía, envolvieron al Uruguay en una guerra que duró diez años. Más de nueve duró el sitio de Montevideo, sin que Rosas consiguiera dominar la resistencia de sus defensores. Los orientales y los extranjeros combatieron como bravos. Uno de los héroes de aquella homérica lucha fué el inmortal Garibaldi, que mandaba una legión italiana y prestó inolvidables servicios.

La República del Uruguay, unida á la Argentina y al Brasil, tomó gloriosa parte en la guerra sostenida contra el dictador del Paraguay, de la que luego hablaremos.

Antes y después de la citada guerra ha pasado el Uruguay por enconadas luchas, sobre todo en las épocas de elección presidencial; pero sus disensiones políticas internas pocas veces han sido tan duraderas, tan hondas ni de consecuencias tan funestas como en otras repúblicas de nueva creación. El oriental es un pueblo progresista, viril, trabajador, y cada vez afirma con mayores bríos su amor á la independencia y á la libertad. Ha pasado también por tristes dictaduras, pero han durado poco.

La historia del Paraguay, desde su independencia hasta la invasión de las tres naciones aliadas, se encierra en los anales de tres consecutivas dictaduras. República autocrática, semejante á las de la Edad media, no conoció la libertad ni el derecho, no gozaba siquiera de los beneficios del comercio y la civilización, pues sus dictadores la mantenían aislada, sin contacto alguno con los demás pueblos,

perdida en el corazón del continente sin escuchar más rumores que el de sus grandes selvas y sus hermosos ríos.

El primero de sus dictadores, el doctor Francia, más que un hombre es un enigma; pero enigma sangriento y repugnante. Gobernó toda su vida como verdadero rey del Paraguay. Al proclamarse la independencia, constituyeron el poder tres hombres; uno de ellos era el doctor en teología don José Gaspar de Francia, más astuto que los otros dos. No tardó en deshacerse de ellos para establecer una dictadura personal. Temible es siempre la dictadura de un hombre; júzguese lo que sería la de aquel misántropo. No faltaron murmuradores y aun circularon graciosas caricaturas, mas no se repitieron las caricaturas ni las murmuraciones; algunos se quejaron, nadie dos veces; todos los que profirieron quejas ó censuras fueron ahorcados inmediatamente sin formación de sumaria, sin defensa, sin contemplaciones. Este sistema duró mientras hubo á quien ahorcar. Todos los hombres que tenían tendencia al raciocinio ó restos de dignidad, salvaron la frontera para evitar la horca.

La Iglesia católica no podía ver con buenos ojos el poder absoluto de aquel hombre, que anulaba la histórica autoridad de los clérigos en el Paraguay. Allí donde poco antes el cura lo era todo, ya nadie era nada : el doctor Francia no consentía más influencia que la suya propia. Él era el señor, el amo, el dictador, el rey, el papa. No tenía qué envidiar al autócrata de Rusia ni á los sultanes de Oriente.

Por eso la Iglesia conspiró contra el despotismo de Francia; pero éste se declaró patrono de la Iglesia, disolvió el cabildo y obligó á los curas á casarse.

En 1819 hizo fusilar á Yegros y á cuarenta más; llenó las cárceles de presos por denuncias, ó por simples sospechas de su cabeza febril; á los presos los mandaba azotar, con doscientos azotes cada día, para que denunciaran á supuestos cómplices de crímenes absolutamente imaginarios.

En 1821 hizo fusilar á 68, presenciando él la ejecución sin conmoverse; á los extranjeros les negó el derecho de testar: sus bienes pasaban al Estado; fusiló á una docena de españoles por el crimen de haber montado á caballo, lo que les estaba prohibido.

El sabio francés Bonpland estuvo preso ocho años por haber penetrado en el país sin su autorización.

Hubo personas que estuvieron presas 17 años por leves infracciones; alguna vez se acordaba de los que estaban presos y los mandaba fusilar; á sus criados los fusilaba por la más mínima equivocación. Se observó que esto sucedía cuando reinaban los vientos del primer cuadrante.

Hizo fusilar á su cuñado y al cura que lo casó con una hermana suya.

Cuando salía, todo el mundo estaba en la obligación de retirarse; al que no lo hacía con rapidez lo mandaba acuchillar; las calles por donde él pasaba las quería desiertas.

El terror de los paraguayos no tenía límites ni precedentes en la historia universal. Los vecinos de la Asunción al despertar por las mañanas (si es que dormían por las noches) se asombraban de encontrarse vivos. ¡Y esto duró muy cerca de treinta años!

El doctor Francia murió tranquilamente en 1840, á la edad de 84 años. Según los historiadores, *su muerte fué muy sentida;* en sus exequias fúnebres lloraban las mujeres y aun los hombres, tal vez

temerosos de que resucitara. El cura encargado de su panegírico lo comparó á Julio César y á Octavio Augusto.

Con la muerte del odioso Francia pasó la dictadura á manos de Carlos López; su dictadura fué más llevadera, aun sin ser benigna. López organizó un ejército, hizo algunas mejoras materiales, pero continuó la política del doctor Francia en lo referente á las relaciones exteriores, política de aislamiento que le sobrevivió. La dictadura de López también fué vitalicia; él la creyó hasta hereditaria, pues la legó á su hijo Francisco Solano López en un testamento original, místico, absurdo por medio del cual fundaba, al parecer, la dinastía de los López.

En 1862 se hizo cargo de la dictadura (que los paraguayos llamaban presidencia) el doctor Francisco Solano López, sucesor de su padre que acababa de morir. El segundo López era doctor y no participaba de los errores añejos; pero conservaba el de creer conveniente á la nación la vida del aislamiento, con un despotismo paternal y moderado.

Sus relaciones con los gobiernos vecinos fueron desde el principio algo tirantes, pues la República Argentina, el Brasil y el Uruguay querían abrir al comercio universal aquella nación cerrada á toda extranjera comunicación. El resultado fué una declaración de guerra colectiva, notificada en 1865. Las naciones signatarias declaraban que no harían la guerra al pueblo paraguayo sino al tirano López.

Sin embargo, los paraguayos se identificaron con el dictador y sostuvieron la guerra con singular bravura. Los combates fluviales y terrestres, generalmente mortíferos, pusieron muy alta la fama de heroísmo de los paraguayos. Ni sus barquichuelos

retrocedían una braza ante los acorazados del Brasil ni sus batallones cedían el campo á fuerzas superiores mientras tenían cartuchos. Victorias y derrotas fueron igualmente honrosas para los soldados paraguayos. López estuvo á la altura de la situación, batiéndose en todas partes con arrojo inconcebible. Juró morir por la patria y supo cumplir su juramento; perdió la vida en 1870, á los cinco años de lucha, en el último combate.

El pueblo se mostró digno de aquella heroica epopeya, dando todos sus hijos para defender la patria; el Paraguay en masa lidió con heroísmo; perecieron más de 200,000 hombres. Todos se hacían matar, diciendo al morir estas palabras : « Un paraguayo no se rinde ». Así murieron muchos soldados de 30, de 15 y aun de 70 años. La población del Paraguay quedó reducida á 300,000 personas, pues murieron más de 400,000 de las epidemias y de hambre. La ruina fué completa; caro pagó el país su adhesión á los déspotas y su incalificable sumisión al poder ilegítimo de Francia y de los López.

De un pueblo tan heroico puede esperarse mucho; hoy va resueltamente por la ancha vía del progreso y de la libertad, á cuyo término encontrará la verdadera gloria, la gloria reservada á las naciones libres.

Brasil. — Constituído el imperio independiente y constitucional, empezó el gobierno del Brasil á perseguir á los republicanos. Fueron muchos los desterrados, figurando entre ellos Cunha-Barbosa, Ledo y Pereira. Las sesiones del Parlamento fueron tumultuosas y los ministerios se sucedían sin tener tiempo de realizar sus planes. El emperador disolvió la

Asamblea constituyente, sin que hubiera constituído nada, y otorgó él mismo una Constitución.

En julio de 1824 estalló en las provincias del Norte una revolución federalista, reprimida con facilidad. En 1825 se sublevó el Uruguay, trabándose la guerra en que los imperialistas brasileños fueron vencidos por los republicanos argentinos y orientales. El Brasil reconoció la independencia del Uruguay en 1828.

El Emperador, por muerte de su padre don Juan VI, heredó la corona de Portugal; pero le fué usurpada por don Miguel. Deseando recobrarla, y fatigado de las discordias que amargaban su vida en Río de Janeiro donde había perdido la popularidad, abdicó la corona del Brasil con fecha 7 de abril de 1831 en favor de su hijo el príncipe don Pedro, de edad de cinco años. Don Pedro I, apoyándose en los liberales portugueses, reconquistó su trono de Portugal donde reinó hasta su muerte. Durante la menor edad de don Pedro II, gobernó el imperio del Brasil una regencia modificada en varias ocasiones. Los regentes hubieron de luchar contra reiteradas rebeliones, en 1831, en 1832, en 1835, en 1837. Las revueltas se repetían sin cesar, aunque ninguna tan grave como la revolución republicana de Río Grande do Sul preparada por numerosos clubs federalistas.

El Emperador fué declarado mayor de edad en 1840, á la edad de quince años; pero la paz no se restableció. La guerra civil de Río Grande del Sur no terminó hasta el año de 1845, diez años después de haberse comenzado. Hasta 1850 no dejaron de reproducirse en unas ú otras provincias las intentonas revolucionarias.

Como el imperio mantenía la esclavitud de la ra-

za de color y protegía la trata de africanos, tuvo largas contiendas con Inglaterra y hubo de soportar bastantes humillaciones. La esclavitud, sin embargo, ha durado en el Brasil hasta las postrimerías del reinado de don Pedro II, el último emperador; fué abolida cuando ya no existía ni en Cuba ni en ningún país con pretensiones de civilizado.

La triple alianza del Brasil, la República Argentina y la del Uruguay llevó sus armas al Paraguay en 1865. La primera victoria del Brasil fué la naval de Riachuelo. En el curso de la guerra se batieron los soldados del Brasil con tanto arrojo como sus aliados. Ya hemos dicho en otra parte cuándo y cómo terminó la guerra.



Pedro II

En 1888 quedó abolida la esclavitud, reforma pedida desde muchos años antes por los elementos democráticos y por los más ilustrados publicistas.

El emperador don Pedro II, sin ser verdaderamente popular, contaba con bastantes simpatías y con el respeto general por la austeridad de sus costumbres, por su fidelidad á la Constitución y por ser un príncipe ilustrado. No era posible, empero, que un pueblo americano soportara la monarquía imperial en las postrimerías del siglo XIX. En efecto, el 15 de noviembre de 1889 se proclamó la República Federal en Río de Janeiro, siendo aceptada sin oposición, más todavía, con verdadero entusiasmo, en

todas las provincias del imperio. La República se estableció sin efusión de sangre, por inicativia de la guarnición de Río de Janeiro, y ha tomado el nombre de *Estados Unidos del Brasil.*

Haití y Santo Domingo. — La República de Haití, según su Constitución, es *una é indivisible.* Fundándose en esto, al saberse en Port-au-Prince que el 1.º de diciembre de 1821 se habían declarado independientes los dominicanos embarcando al brigadier Real y á las autoridades españolas, dispuso el presidente Boyer invadir la parte española de la isla para incorporarla definitivamente á la República haitiana.

El 9 de febrero de 1822 entraron los haitianos en la ciudad de Santo Domingo. El presidente Boyer recibió las llaves de la ciudad en presencia de una columna de granaderos y cazadores haitianos y entre vítores á la República *una é indivisible.* Toda la isla formó desde aquel momento una república.

Los dominicanos aceptaron lo que les imponía la fuerza y no el derecho; pero no estaban contentos con la dominación de sus vecinos haitianos, que además de ser negros hablaban una lengua para ellos desconocida : un francés adulterado.

El presidente Boyer organizó la administración asimilándola en todo á la de Haití. Nombró generales negros para gobernar las diferentes provincias y practicó una política de atracción y tolerancia. El primer acto importante de Boyer, aplaudido francamente por los dominicanos, fué la abolición inmediata y completa de la esclavitud con arreglo á la Constitución. Esta medida justa y necesaria no causó

perturbación alguna, porque los esclavos negros de la parte española no habían sido nunca maltratados como en la parte francesa, que de haberlo sido, la esclavitud de los negros hubiera sido sustituída por la de los blancos.

Boyer se retiró á Port-au-Prince, dejando nutridas guarniciones en los pueblos importantes, empezando por Santo Domingo. Sus delegados, aunque no todos, cometieron abusos incalificables que exasperaron á los habitantes de origen español; muchos de éstos emigraron y otros hicieron gestiones para que España volviera á posesionarse de la isla.

El mismo Boyer llegó á ser aborrecido, no sólo en Santo Domingo sino en su misma patria.

La monarquía francesa reconoció la independencia de la República haitiana en 1825, mediante una indemnización de 150 millones (que se redujo á 90).

Los dominicanos estaban cada día más descontentos. Soportaban con paciencia la prohibición de las peleas de gallos y aun el servicio forzoso en el ejército, pero no así la ley que los obligaba á renunciar á su lengua, á olvidar para siempre el castellano (que en Santo Domingo se hablaba perfectamente), adoptando el mal francés de Haití.

El ilustre Juan Pablo Duarte constituyó una sociedad secreta, *La Trinitaria*, que contaba un gran número de afiliados en 1838. El objeto de dicha sociedad era hacer una propaganda activa preparatoria de la independencia.

Mientras los dominicanos conspiraban por su emancipación, los liberales haitianos hacían lo mismo contra el despotismo de Boyer. En enero de 1843 se sublevaron los haitianos al grito de *Reforma*. Vencidas las tropas de Boyer en tres ba-

tallas seguidas, cayó el presidente después de haber gobernado 25 años. Ocupó la presidencia el general Herard, uno de los caudillos del levantamiento.

En el ínterin, los dominicanos tenían muy avanzados sus trabajos de conspiración. No habían de contentarse con un cambio de gobierno, aunque llevase aparejado un cambio de política. Los amigos de Duarte eran separatistas y no transigían con cambiar de presidente y de constitución. Los conservadores también querían separarse de la República negra, pero no tenían confianza en las fuerzas populares de Santo Domingo y preferían á la independencia la dominación de España. Acudieron á Cuba pidiendo el apoyo material de las fuerzas españolas y mostrándose dispuestos á someterse de nuevo á la metrópoli; pero el capitán general don Jerónimo Valdés (el mismo del Perú) no quiso envolver á España en nuevas complicaciones.

Entretanto el presidente Herard, que no ignoraba el estado de los ánimos ni la composición de los partidos en la parte española, se presentó á la cabeza de un ejército, decretó innumerables prisiones en el Cibao y entró en Santo Domingo donde se impuso por el terror, la violencia y la arbitrariedad. Duarte, Pina y otros muchos patriotas apelaron á la fuga para evitar la prisión; el general Mella fué llevado preso á la capital de Haití; las proscripciones desmembraron las fuerzas preparadas para el movimiento de emancipación.

Se hizo una nueva división del territorio, reuniendo en cada provincia pueblos haitianos y dominicanos (ó franceses y españoles) para que se perdiera toda traza de la frontera antigua; lo cual au-

mentó el creciente disgusto de los dominicanos.

El 27 de febrero de 1844 inició Sánchez la revolución al grito de independencia. El general haitiano Desgrottes hizo cuanto pudo para resistir, mas al fin capituló. El movimiento de la capital fué secundado con el mayor entusiasmo en las provincias, constituyéndose la República Dominicana en Estado independiente.

El gobierno de Haití no aceptó los hechos consumados y envió dos ejércitos á la parte española, invadiéndola simultáneamente por el norte y por el sur.

El pueblo dominicano, siempre heroico, opuso á los ejércitos haitianos la más decidida resistencia. El invasor del sur fué derrotado en Azua por el general don Pedro Santana; el del norte fué rechazado en Santiago de los Caballeros y batido más tarde en Guayubín. La flotilla dominicana, aunque improvisada y compuesta sólo de tres ó cuatro goletas, se batió varias veces con la escuadrilla haitiana.

Sentimos no poder consignar aquí los ilustres nombres de los héroes que se distinguieron en la guerra de la independencia, tarea que nos fuera sumamente grata, pero que es harto difícil, pues los héroes dominicanos fueron entonces y han sido siempre excesivamente numerosos; en Santo Domingo se ha luchado casi constantemente desde los tiempos de Colón hasta los de Santana, y siempre con arrojo. No hay un pueblo más belicoso en América, ni quizá en el mundo.

La doble invasión haitiana fué rechazada, quedando asegurada la existencia de la República de Santo Domingo. Pero los haitianos se negaron á

reconocerla; no hicierom más que firmar un armisticio.

Desgraciadamente para las dos repúblicas, en las dos estallaron á la vez disensiones y disturbios de carácter grave. En la de Haití fué destituído el presidente Herard, sustituyéndolo el general Guerrier; en la de Santo Domingo se impuso á la Junta de gobierno el general Santana, que apoyándose en el partido llamado conservador llegó á la presidencia.

Los conservadores dominicanos pretendían el protectorado de Francia ó la anexión á España, como garantía de su independencia amenazada siempre por Haití. No consiguieron una cosa ni otra. El rey Luis Felipe se opuso á conceder el protectorado de la monarquía francesa; el capitán general de Cuba don Leopoldo O'Donnell informó desfavorablemente al gobierno de Madrid sobre la oportunidad de realizar la anexión. Los conservadores y todos los dominicanos hubieran debido comprender que su sola garantía de existencia es proteger y aumentar la inmigración. El peligro haitiano, la amenaza de absorción existe efectivamente. Han podido en todas sus contiendas con Haití defenderse por las armas y triunfar con sus machetés; pero aunque la República de Haití es de más reducido territorio, su población es mucho más nutrida y aumenta en progresión mucho más rápida. Si los dominicanos no fomentan la inmigración de blancos, llegará un día en que los haitianos los agobien por el número. Los gobiernos de Santo Domingo no debieran olvidarlo.

Separadas las repúblicas, ambas vivieron al prin-

cipio seriamente perturbadas. La más perturbada fué la de Haití; pero á pesar de todos los trastornos pensaban siempre los haitianos en conquistar la de Santo Domingo, cuya independencia se negaban á reconocer. La invadieron repetidas veces, pero siempre fueron rechazados.

En 1847, al morir el presidente Riché, fué nombrado presidente de Haití el general Souluque. Invadió éste la República Dominicana, en la que fué vencido; y aunque sin laureles que deslumbraran á las muchedumbres, se hizo proclamar emperador en 1849, tomando el nombre de Faustino I de ridícula memoria.

Souluque nació en la isla en 1789; perteneciendo á una familia mulata, había nacido esclavo; en su juventud había combatido contra los franceses: era soldado en 1803, capitán en 1820, coronel en 1844. Como presidente fué un tirano; como emperador no podía menos de serlo. No se pueden contar los seres que destruyó, *guindando* á unos y fusilando á otros; pero instituyó la célebre nobleza haitiana con sus príncipes, sus duques y sus blasones heráldicos, tan risibles ó más que los de Europa.

Coronado emperador, quiso agregar á su imperio la República Dominicana; fué vencido como de costumbre.

En 1859 fué derrocado el imperio por la revolución, reconstituyéndose la República de Haití bajo la presidencia de Geffrard. Souluque emigró á Jamaica y murió sin volver á su país.

La República Haitiana ha pasado desde aquella fecha por grandes convulsiones, pero subsiste y progresa. El desarrollo de su riqueza y el aumento de

su población constituyen siempre una amenaza para su vecina la República Dominicana, donde no es tan visible el desenvolvimiento de las grandes riquezas apenas explotadas, en parte desconocidas.

En Santo Domingo hubo también agitaciones interiores, además de las frecuentes guerras con Haití. El general Santana, representante de los elementos más conservadores, ejerció una influencia marcada, con breves interrupciones, desde que subió á la presidencia por primera vez en 1844 hasta poco antes de su muerte. Aunque de poca instrucción, el general Santana era político sagaz y hombre de guerra notable. Gozaba de alguna popularidad, pues si sus enemigos criticaban con razón el despotismo de sus actos y la ejecución de algunos hombres políticos, se le agradecía el esfuerzo con que luchaba siempre en defensa del país. Rechazó constantemente las invasiones haitianas, y en su tiempo se promulgó la primera constitución de la República.

En 1845 rompieron los haitianos el armisticio existente, siendo vencidos por los dominicanos en la mayoría de los encuentros, lo mismo en la tierra que en la mar.

En 1846 intentaron aquéllos otra invasión y también fueron vencidos y escarmentados.

El general Santana dimitió la presidencia en 1848, sucediéndole el general Jiménez. Sólo así pudo evitar que estallara la revolución.

En 1849 invadió Souluque la República Dominicana, consiguiendo señalados triunfos. Desmoralizado el ejército dominicano, desprestigiado el general Ji-

ménez, cundiendo la desconfianza y con ella la anarquía, fué preciso llamar al general Santana. Éste se puso al frente de las tropas y derrotó á Souluque en Las Carreras. En esta batalla perdieron los haitianos dos generales, dos banderas y la artillería, huyendo desbandados. En su retirada mandó Souluque reducir á cenizas varios pueblos y ahorcar á los prisioneros de las primeras acciones.

Después de una breve dictadura de Santana, fué elegido presidente el general Báez. Éste prosiguió la guerra con Haití, siendo vencida la escuadra dominicana en un combate naval.

En 1851 se renovaron las hostilidades, siendo rechazados los haitianos; al fin se firmó una tregua.

Á Báez sucedió Santana en diciembre de 1852.

Santana y sus partidarios prepararon desde entonces la anexión á España; deseaban, á lo menos, el protectorado; para conseguirlo mandaron á Madrid al general dominicano Mella, que nada consiguió.

El congreso dominicano reformó la constitución de la República en 1854, y acordó que el general Santana desempeñara la primera magistratura de Santo Domingo durante dos períodos, es decir, hasta 1861. Entre tanto el vencedor de Las Carreras, apoyado en sus gestiones por don Francisco Serrano, capitán general de Cuba y más tarde duque de la Torre, logró que España aceptara la anexión. Ésta se efectuó sin resistencia ni protesta alguna; pero la paz fué poco duradera. El gobierno español inundó la isla de autoridades militares, civiles, judiciales y eclesiásticas. Olvidando que los dominicanos se habían unido á España por su voluntad, les negó representación en Cortes y les impuso leyes y tri-

butos que no les convenían. Reconoció los empleos de los militares dominicanos y concedió á Santana un título de marqués, pero nada hizo que fortaleciera la anexión. No es extraño, pues, que los dominicanos se cansaran pronto y que recabaran su perdida independencia, ya que tal pérdida era obra de un partido y no voto nacional. España los desoyó, y tuvo que sostener una guerra de dos años (de 1863 á 1865). Los generales, jefes y oficiales dominicanos adictos á España, cumplieron con su deber; todos se batieron con bravura y muchos sacrificaron la vida por ser fieles á su juramento. Los militares españoles se portaron como de costumbre, soportando enfermedades mortíferas y privaciones sin cuento. Por su parte los separatistas se condujeron con valor y con humanidad.

En 1865 resolvieron las Cortes españolas evacuar la isla, y entonces quedó restablecida la República Dominicana y reconocida su independencia por todas las naciones.

Isla de Cuba. — Esta hermosa isla, predilecta de los españoles, es la mayor de las Antillas. Como la de Puerto Rico, formó parte de España hasta 1898. Su importancia nos obliga á decir algo, para acabar este libro, de la historia de Cuba en el siglo XIX.

Al empezar el siglo no pasaban de 200,000 los habitantes blancos, número que se aumentó poco después con los emigrados españoles de Luisiana, Florida, Santo Domingo, Venezuela y Méjico. Siendo los habitantes pocos en número y muy adictos á la madre patria, no se produjeron en la crisis nacional de 1808 los sucesos que ensangrentaron las impor-

tantes colonias del continente. Los agentes del rey José fueron perseguidos y uno de ellos ahorcado: don Manuel Rodríguez Alemán.

La infanta doña Carlota Joaquina de Borbón solicitaba desde el Brasil que se la reconociera por regente de la América española durante el cautiverio de Fernando VII, pero el capitán general don Salvador del Muro (marqués de Someruelos) desechó sus pretensiones con respecto á Cuba.

En los ingenios de Puerto-Príncipe, Holguín, Bayamo y Trinidad se levantaron los negros en 1812. El orden se restableció á los pocos días, muriendo ahorcados el moreno libre José Aponte, y ocho más.

En 1817, siendo capitán general don José Cienfuegos, se suprimió la trata de esclavos africanos; pero con mengua de España siguió haciéndose de una manera clandestina, á despecho de la ley y de la humanidad.

En 1823 se notaron en Cuba las primeras tendencias separatistas, que no tuvieron eco. También hubo entonces algunos partidarios de la anexión á Méjico ó á los Estados Unidos.

En 1824 se sublevó contra Fernando VII el oficial de dragones don Gaspar Rodríguez, seguido de ocho lanceros, al grito de viva la Constitución. Al ver que el pueblo no los secundaba, los sublevados huyeron.

En 1828 se descubrió una conspiración separatista, siendo ahorcados en Puerto-Príncipe don Francisco Agüero y Manuel Sánchez.

En 1834 llegó á Cuba de capitán general el célebre don Miguel Tacón. Prestó buenos servicios á la sociedad persiguiendo el bandolerismo, restableciendo la seguridad en los campos y en los pueblos, ahorcando malhechores y corrigiendo abusos; pero con

do, fué un gobernante funesto: su política ahondó
; divisiones entre cubanos y peninsulares, pues
a suspicaz y absolutista. En su tiempo ocurrió la
blevación del mariscal de campo don Manuel Lo-
nzo, comandante general de Santiago de Cuba, que
oclamó la Constitución de 1812 y desconoció la
toridad de Tacón, en 1836. Abandonado Lorenzo
r sus tropas, se embarcó en un buque inglés con
; oficiales y sargentos más comprometidos (1).
Tacón fué relevado en 1838, por don Joaquín Ez-
leta.
El regente del reino, don Baldomero Espartero,
andó á Cuba de capitán general, en 1841, al in-
gne patriota don Jerónimo Valdés, que además de
r un gran soldado era un político liberal y un go-
rnante justo. En su época se reorganizó la acredi-
da Universidad de la Habana, y se hicieron refor-
as tan acertadas y útiles como la de la moneda, la
presión de los conventos y otras. En 1843 regresó
ıldés á España, costeándole el viaje sus amigos
rque él no tenía más que una onza.
Sucedió á Valdés el general O'Donnell, á quien
ıpo la triste suerte de tener que fusilar á Gabriel
la Concepción Valdés, más conocido por « Plá-
do », poeta popularísimo en Cuba. Plácido se había
ıesto al frente de una conspiración contra los blan
s para establecer una república de gente de color
n él fueron fusilados otros mulatos y un blanco
Canarias, contra el cual no resultaba más cargo
ıe el de admirar á Plácido y recitar á todas horas
ıs versos; no encontró clemencia en su paisano

(1) Uno de estos sargentos era el entonces joven don Vicente
odríguez, más tarde diputado progresista que gozó en Madrid
no poca popularidad.

el general O'Donnell, canario poco amigo de la musas.

No sucedió nada importante en la isla hasta l invasión pirática de Narciso López, que desembarc en 1850 con 500 hombres en el puerto de Cárdenas El destacamento de 17 soldados españoles se defen dió heroicamente durante algunas horas, no rindién dose hasta verse envuelto por las llamas. El genera Roncali, que gobernaba á la sazón la isla, mand fuerzas que batieron á los invasores obligándolos reembarcarse con bastantes pérdidas. Á fines de mismo año se reforzó el ejército de Cuba y fu nombrado capitán general don José Gutiérrez de l Concha.

En 1851 se levantaron partidas insurrectas, bati das y disueltas con facilidad; poco después desem barcaba Narciso López con 500 aventureros bien ar mados cerca de Bahía Honda. Atacado en las Poza por tres compañías de preferencia, las quintó con e fuego de sus rifles. Reforzadas las tropas, desalojaron de sus posiciones á los filibusteros, los persiguieron y los dispersaron; en uno de los combates murió e general español don Manuel Ena. Á los pocos días era ahorcado en la Habana don Narciso López. De sus 500 hombres, los que no murieron combatiendo fueron capturados. Fusilados muchos, se concedió el indulto á 180.

Desde entonces hubo en la isla, y fuera de ella, personas que conspiraron, ya por la independencia, ya por la anexión á los Estados Unidos. Ni faltaron chispazos precursores de la guerra ni persecuciones de las autoridades. En 1855 fué ejecutado en la Habana el catalán Pintó, acusado de separatista; algunos dicen que era solamente liberal. Cuba prospe-

raba en lo perecedero, como las riquezas materiales; pero la libertad brillaba por su ausencia. Los que imaginaban qne la opulencia, generadora de la molicie, basta á dar satisfacción al espíritu de un pueblo, han tenido un costoso desengaño. Los pueblos no pueden vivir sin dignidad, y no hay dignidad donde impera el despotismo; no pueden vivir sin libertad, y ésta es incompatible con los privilegios y la esclavitud.

La revolución se preparaba en Cuba con el concurso de todos los criollos y de un gran número de peninsulares, al mismo tiempo que en España conspiraban contra Isabel II los patriotas más esclarecidos. En septiembre de 1868 se hizo en España la revolución que echó á rodar el trono y derribó del poder al partido moderado. Sin la revolución de la península, hubiera sido formidable por lo unánime la insurrección de Cuba; pero al sublevarse en Yara don Carlos Manuel de Céspedes con un puñado de hombres en octubre de aquel mismo año, la inmensa mayoría de los habitantes, cubanos y españoles, confiaba en la revolución democrática vencedora en Alcolea, de la que esperaban obtener dignidad, equidad y libertad. Por eso la insurrección de Cuba sólo contó con el apoyo de los separatistas y no tuvo en armas en ningún momento arriba de 10,000 hombres; á lo sumo 12,000. Duró sin embargo desde el grito de Yara hasta la paz del Zanjón, es decir, diez años; pudiéramos decir que duró doce, pues algunos cubanos siguieron combatiendo cerca de dos años más.

Sin la revolución española de Septiembre, la isla de Cuba se hubiera perdido entonces para España. Aun con la revolución triunfante en la península estuvo muy á pique de perderse, no sólo por los errores y timi-

deces de la revolución, sino por las intransigencias insensatas de algunos españoles domiciliados en Cuba que se rebelaron más de una vez contra sus legítimas autoridades, como sucedió, para no citar más que un ejemplo, con el benemérito general Dulce; éste, de ser obedecido, hubiera pacificado la isla sin tantos sacrificios como ha costado la guerra.

La historia de la guerra no cabe en este libro. Sólo diremos para terminar que fué tan penosa como sangrienta y larga. Las tropas regulares españolas, auxiliadas eficazmente por voluntarios rurales españoles y guajiros, acreditaron mil veces el heroísmo propio de la raza. Los negros auxiliares y guerrilleros criollos, prestaron á España servicios eminentes. Los separatistas á su vez combatieron con tesón, elevándose algunos á la altura de gigantes.

La insurrección de 1895 y la intervención de los Estados Unidos en 1898, determinaron la emancipación de Cuba.

FIN.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

América primitiva.

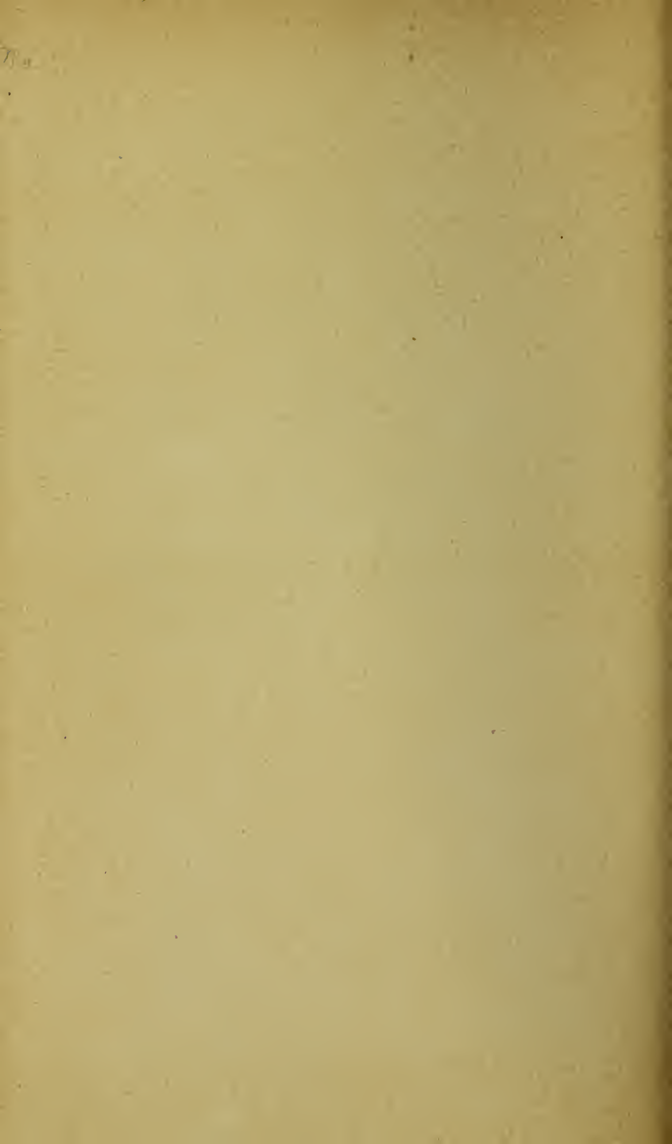
SEGUNDA PARTE

Historia colonial.

TERCERA PARTE

Independencia americana.

Paris — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints Pères.




UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 039558868